

UANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MEROUVEL

RICOS Y POBRES

1

PQ2625

R53

R58

v.1

85586



1020027070



RICOS Y POBRES.

U A N L

Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Adg. _____

Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catálogo _____

N
M 562/m
30557
-P- (R)

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

RICOS Y POBRES

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO PRIMERO



MADRID

«EL COSMOS EDITORIAL»

MORÓN; PASTOR Y COMPAÑÍA

63, Cardenal Cisneros, 65.

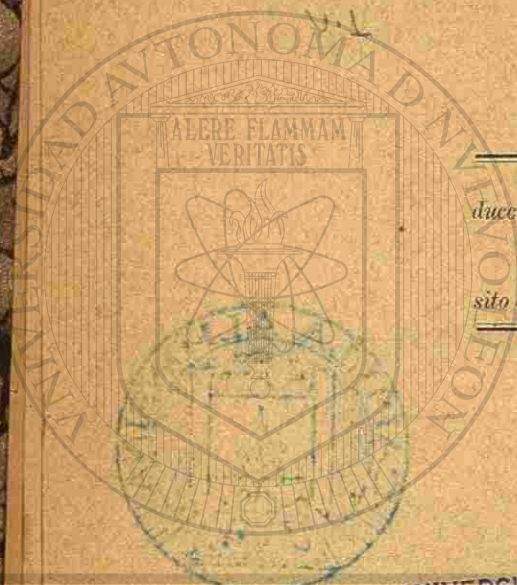
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
«ALFONSO»
Año. 1925 MORÓN, ARGENTINA
85586

30557

843 PQ 2625

M. ES3

R 58



Prohibida toda traducción y reproducción.

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.—Imprenta de La CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE

ODIOS DE FAMILIA

I

Los Corbiere-Latouche.

La Sologne, digan lo que quieran sus habitantes y los cazadores, seducidos por sus vastas extensiones (que valen muy poco), no representa, sino de una manera muy imperfecta, la idea que comunmente se tiene del Paraíso Terrenal. Es un territorio infecundo y pantanoso, que no ha producido en mucho tiempo más que calenturas ni engendrado otra cosa que miseria; pero hasta el desierto tiene sus oasis.

Acá y allá alguno que otro valle regado por una corriente de agua, á cuya orilla crecen álamos y chopos, rompe la monotonía de aquellas planicies áridas y arenosas y alguna que otra casa de campo alterna con las casuchas y chozas de pobres gentes, que allí, más que en otra parte, constituyen una inmensa y deplorable mayoría.

A la mitad del camino, poco más ó menos,

entre la Motte-Beuvan, y Cour-Cheverny, la carretera de Romarantín á Gion atraviesa una inmensa posesión, compuesta casi en su totalidad de bosques de encinas y de pinos, entre los cuales se encuentran algunas granjas, cuyo aspecto representa cierto desahogo.

En el centro de este vasto dominio, que tiene una extensión de más de tres leguas, ve el viajero, en el extremo de una avenida de olmos seculares, la fachada de un imponente edificio, cuyo estilo indica al primer golpe de vista que data de los últimos años del reinado de Enrique IV.

Las aguas del Saudre y de otro riachuelo que lleva este extraño nombre, La Nada, alimentan sus anchos fosos.

Es la Ferté-Montarón.

En los comienzos de la gran revolución, su propietario era el marqués de la Ferté-Montarón.

Este marqués, joven entonces, no carecía de talento.

Tan luego como comprendió que la estancia en París era peligrosa para las gentes de su rango, hizo su equipaje, encargó á su portero de la calle de Santa Dominica la custodia de su hotel y abandonó París. Pero no emigró.

Se fué directamente á su finca de la Sologne; armó á sus criados para estar preparado para cualquier acontecimiento, y se dedicó á correr los ciervos y jabalíes, que abundaban en sus bosques, anunciando que fusilaría á los descamisados que quisieran matarle.

Como la empresa era arriesgada y hubiera sido preciso perseguirle como á un lobo en aquel terreno lleno de pantanos y malezas y sin caminos; como por otra parte el marqués pasaba por ser un pobre hombre, nadie intentó la aventura y pasó sin inconvenientes toda aquella época en que el terror ensangrentó Francia.

Era viudo, y no tenía más que una hija, que en 1804 contaba veinte años.

Esta se casó en aquella época con el conde de Corbiere-Latouche, entonces teniente coronel de dragones, y á quien una herida grave obligó á pedir el retiro, después de la batalla de Eylau, con el empleo de general de brigada.

En aquellos tiempos se ascendía con más rapidez que hoy, pero era preciso obtener los empleos á fuerza de puños.

El general conde de Corbiere no tuvo más que un hijo, y este hijo nació cuando su padre era ya casi un anciano.

En 188... no quedaba de esta familia más que una señora ya de edad; la condesa de Corbiere-Latouche, alta, delgada, de cara larga, nariz afilada, ojos verdes y cabellos grises, que formaban á las mil maravillas un conjunto adusto, más á propósito para una superiora de un convento que para una mujer de la buena sociedad.

Esta condesa de Corbiere, muy conocida en París por su gran fortuna, se llamaba Natalia Beauvillare, nombre que sustituyó por el de Corbiere-Latouche al casarse con el conde.

Muy rica, había aportado al matrimonio bienes considerables, reunidos poco á poco en la casa-banca que tuvieron su padre y su abuelo.

El carácter de esta señora era poco agradable, pues era altiva, desatenta, desconfiada, dura é intratable.

Enorgullecida con el título, que debía á su marido, sostenía á su alrededor una atmósfera de hielo que era preciso soportar y contra la cual nadie se atrevía á protestar; tan incapaz la creían de ceder á las instancias de sus mismos hijos.

Tenía tres, una hembra y dos varones.

El mayor estaba ya fuera de la patria por testad hacía algunos años.

El conde Gabriel, que así se llamaba, tenía treinta y seis años y una fortuna considerable, cuya mayor parte había heredado de una hermana de su madre, que le había constituido en heredero universal.

Solterón recalcitrante, acostumbrado á satisfacer sus caprichos, no retrocedía ante ningún gasto para procurarse toda especie de goces; de aspecto frío y de pasiones fogosas, raras veces se alejaba de París.

Jamás acompañaba á su madre en las salidas que esta hacía, y nunca la daba cuenta ni de su vida, ni de sus asuntos.

Vivía en los Campos Eliseos, en un hotel amueblado con lujo de archimillonario y gusto de artista.

Su hermano Rolando era más joven que él y era oficial de caballería.

A consecuencia de haberse caído de un caballo, había tenido que abandonar Luneville, donde estaba de guarnición. É ir con licencia por enfermo á casa de su madre, al castillo de La Ferté, en el cual estaba, hacia ya tres meses, cuando comienza esta historia.

El conde Gabriel era moreno, alto y de una distinción notable.

El oficial era más bajo, rubio, admirablemente formado, tenía ojos muy expresivos, y aspecto encantador.

Sin el sedoso bigote que sombreaba su labio superior, se le hubiera podido confundir con una señorita joven, por lo fino de su cutis, la dulzura de sus facciones, su encantadora sonrisa y sus hermosos dientes.

Pero era preciso no fiarse de él.

Aquel exterior seductor cubría un indomable orgullo, un extraordinario ardor por los placeres y todos los vicios de un corazón corrompido y de un niño mimado.

El 16 de octubre, uno de esos hermosos días, llenos de melancolía, pero que no tienen aún nada de los rigores del invierno, á eso de las tres de la tarde, el vizconde Rolando de Corbière, con elegante traje de americana, sombrero de color gris y admirablemente calzado, salía del castillo, tarareando una canción.

Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando se volvió.

Una voz dulce le llamaba:

—¡Rolando!

Una jovencita de cabellos de un rubio claro,

de ojos de un azul bastante oscuro, esbelta y blanca, se inclinaba sobre el balaustre de un balcón de piedra.

De la estatura del oficial, y por consecuencia alta para una mujer, ofrecía á la vista uno de los tipos más encantadores y más angelicales que ha podido admirar el ojo de un artista.

Todo respiraba en ella gracia y bondad.

Tenía en sus labios tal vez una sombra de malicia, pero esta malicia era espiritual, sin nada de hiel.

—¿A donde vas?—preguntó á su hermano.

El contestó riendo:

—¡Eso no te importa! ¡Hasta luego!...

—¡Buen viaje!—contestó la joven retirándose del balcón y entrando en la sala.

El oficial se dirigió hacia las caballerizas, ocultas entre grandes árboles.

—Lorenzo—dijo dirigiéndose á un mozo que fumaba su pipa ante la puerta—ensilladme á *Fleurette*.

Y siguió tarareando.

—Está bien, mi capitán,—contestó el criado.

Dejó la pipa sobre un banco, entró en la cuadra y tres minutos después salió de ella llevando de la brida á un hermoso animal, de tan fina piel, que se la marcaban las venas.

—Este será su segundo pasco de hoy—dijo mientras el oficial examinaba la cincha y la brida.

Evidentemente Rolando no se acordaba ya de su caída en Lunéville, porque montó con la rapidez de un clown, y salió al trote largo por

una avenida que por medio de un puente atravesaba el *Saudre*, perdiéndose pronto en el bosque.

El criado se rascó lo oreja, hizo un gesto y se dijo:

—El señorito frecuenta mucho ese camino. Es seguro que va á La Breche-au-loup. Teresita es un buen bocado. El señorito pensará divertirse y tal vez le salga mal la cuenta. ¡Los Montarón no son buenos!

Cogió la pipa, la encendió, se puso á fumar, y encogiéndose de hombros, añadió:

—Después de todo, ¡á mí qué me importa!... ¡allá se las arreglen ellos!

Rolando siguió al galope durante veinte minutos, llegó á la orilla del bosque, pasó por delante de una casa medio derruida, pero que no carecía de cierto aspecto, hizo una seña á una rubia que estaba asomada á una de sus ventanas, se acercó á una encina y en un hueco de ésta introdujo un papel, dirigió una significativa mirada á la joven y se alejó:

La cartita decía:

«Mi ángel adorado:

- »No he dejado de reflexionar desde ayer.
- »Es preciso que te hable seriamente.
- »¡Hasta esta noche á las diez!
- »Te amo.

»ROLANDO.»

II

Los Montaron.

No había recorrido todavía Rolando doscientos metros del sendero que le preservaba de miradas indiscretas, cuando aparecieron dos hombres en el pórtico de la casa en que se había presentado la rubia.

Este pórtico, hecho de piedra, carcomidas por el tiempo, tenía todavía bastante buen aspecto.

Pero los edificios á que daba acceso, estaban en muy mal estado.

La casa, por sus altos tejados y sus anchas chimeneas de ladrillo, presentaba el aspecto de una casa feudal, arruinada por las inclemencias del tiempo y el abandono forzoso, ó voluntario, de sus moradores.

A pesar de esto, la perspectiva era agradable.

Los graneros, cuadras y pocilgas que á ella estaban unidos, amenazaban ruina igualmente.

En las ventanas no se veía un cristal; las paredes estaban mal encaladas; el conjunto demostraba la miseria de sus habitantes, ó al menos esa estrechez, que es su prima hermana.

El sitio se llama *La Breche au loup* (La boca del lobo).

Esta especie de casa solariega convertida en granja, está situada en el extremo de los bos-

ques de La Ferté Montarón, y por desgracia de sus habitantes, el terreno en que está edificada es casi infértil y muy pantanoso.

Alguno que otro bosquecillo de pinos ó de encinas que vejetaban allí pobremente y matorrales que servían de guarida á la caza; no se veía más vejetación.

Los dos hombres que salían de la casa, estaban en consonancia con el terreno.

Vestían blusa de tela basta y descolorida, llevaban sombreros que á fuerza de uso habían perdido la forma, polainas que parecían hechas de algún saco viejo y tenían entre sí un parecido tal que delataba su parentesco.

Eran hermanos y tendrían de treinta á treinta y dos años.

Rubios, con mucha barba, cutis tostado, ojos penetrantes y vivos, presentaban todos los signos de una fuerza hercúlea.

Apenas habían salido de la casa, cuando la joven que estaba á la ventana al pasar Rolando, se asomó de nuevo y dirigiéndose á ellos les dijo:

—¡Buena suerte!

Nadie hubiera esperado descubrir en aquel desierto una criatura tan perfecta como la que en aquel momento expresaba á los dos hermanos su deseo de que salieran bien en la empresa que se disponían á acometer.

Tenía, poco más ó menos, la edad de Fernanda de Corbiere, y una sorprendente distinción.

Imposible pensar, ni aun en la pobreza de

su traje, en presencia de aquellas facciones tan puras, de aquellos ojos llenos á la vez de inteligencia y de dulzura; de aquellos cabellos magníficos color castaño claro que coronaban su elevada frente, y de sus rojos labios que llamaban los besos.

Los dos hombres se volvieron.

En aquel momento se hubiera podido ver dulcificarse sus rudas facciones y un resplandor de indecible ternura aparecer en sus feroces ojos.

Pero esto tuvo la duración de un relámpago.

—¡Buenas tardes, Teresa!—dijo uno de ellos.

—¡Hasta luego, querida!—dijo el otro.

Y continuaron andando.

Su aspecto no era muy lucido.

Y eran, sin embargo, los descendientes en línea recta de un segundón de los La Ferté-Montarón, que florecía hacia el año de gracia de mil setecientos setenta y cinco.

Pero en esta época, los segundones tenían que inclinarse ante la ley, que daba todo al primogénito y á los otros les dejaba apenas para el cotidiano pan, si no se buscaban ellos la vida de otro modo.

Tres generaciones se habían sucedido.

Desde hacía mucho tiempo los Montarón—no les daban otro nombre—habían abdicado toda pretensión nobiliaria, y vegetaban en plena miseria.

La pobre finca de la Boca del Lobo era lo único que poseían, y poco á poco el desprecio

de los vecinos poderosos, que poseían la herencia que hubieran debido repartir con ellos. Las vejaciones de que habían sido objeto y las privaciones que habían sufrido, habían encendido en sus almas ulceradas unos celos furiosos, y uno de esos odios cuya explosión aterra á veces á las tranquilas comarcas en que estallan.

Uno de aquellos dos hombres llevaba en la mano un palo de nudos, y á la espalda, debajo de la blusa, un bulto que le delataba como á una especie de contrabandista.

Era el mayor de los dos hermanos.

El otro llevaba, en bandolera, una de esas escopetas de pistón de dos cañones, cuyo uso ha desaparecido ya, excepto para aquellos que no tienen medios de procurarse otra.

Un perro pequeño y de pelo largo les seguía paso á paso y con docilidad de esclavo.

Los tres compañeros, los hombres y el perro, atravesaron un bosquecillo de pinos, y se encontraron en un campo en que un aldeano iba detrás de una criada cubriendo el trigo que ésta sembraba.

—¡Trabaja, Marqués!—dijo el hombre del bulto.—¡Siembra pan! ¡Nosotros vamos á buscar con qué llenar la marmita!

—¡Tened cuidado no os cojan!—dijo el labrador con tristeza.

—No tengas cuidado, Pedro—dijo el de la escopeta.—¡Andaremos con ojo!

La sembradora se había parado delante de los caballos y cambió con los dos hermanos una mirada amistosa.

Se comprendía en seguida que aquellas pobres gentes, por grande que fuera su miseria, tenían un consuelo: les querían.

La sembradora no era ni guapa ni fea.

Era joven.

Sus negros cabellos, que se escapaban en mechones de un capillo gris, servían de marco á su tostado rostro, que no carecía de cierta gracia.

Aquella cara respiraba una gran bondad.

Sin más que fijarse en la manera de mirar al labrador que detrás de ella arreaba á los pencos, se comprendía que le quería hasta el sacrificio.

Este hombre era Pedro Montarón, el jefe de la familia; el marqués, como en tono de broma le llamaba el segundo de sus hermanos, Guillermo Montarón.

El de la escopeta era el tercero, Juan, y había un cuarto, más joven; sus hermanos se habían sacrificado para que éste pudiera estudiar.

Después se había ido á París á buscar fortuna, pero sin éxito, y un día tomó el vapor del Havre para América, escribiendo á sus hermanos que se marchaba porque no quería continuar siéndoles gravoso, y que no volverían á saber de él hasta que pudiera triunfar de la mala suerte.

Hacia cinco años de esto, y desde entonces apenas habían tenido noticias de él.

Se llamaba Marcelo Montarón.

La rubia de que hemos hablado era la más

pequeña de aquella familia decaída y ella con Marcelo, para quien todos ellos soñaban con destinos soberbios, eran el orgullo y el cariño de los tres aldeanos de La Boca del lobo.

Los cazadores furtivos—¿por qué no decir con franqueza cual era su ocupación más frecuente?—se dirigieron hacia la espesura de los bosques de la Ferté.

A medida que se iban acreando su paso era más cauteloso.

Se ocultaban en lo posible detrás de los bosquecillos, de los taludes de las fosos de saneamiento y de la maleza.

Llegaron sin inconveniente alguno á la orilla del bosque y penetraron en él.

Los conejos abundan en aquellos arenosos terrenos.

Guillermo no tuvo más que azuzar á su perro.

El animalito se lanzó en seguida á través del bosque, registrando en silencio las hierbas altas y los abrojos.

Y cuando algun conejo asustado pasaba como una flecha por delante de los dos hermanos que estaban ocultos por los troncos de enormes olmos, Juan, que era el más loquaz de los dos hermanos, decía sonriendo:

—¡Marcha, buen amigo, que ya te se buscará!

Juan y Guillermo estaban en la cima de una colinita en la cual, entre los helechos y hierbas había una porción de madrigueras.

Juan dejó la escopeta al pie de una encina, y se puso á inspeccionar los alrededores.

No debió ver nada sospechoso, porque dijo á su hermano:

—¡Vamos allá!

El otro desató una correa y cayó á sus piés el bulto que llevaba á la espalda.

Era un saco lleno de redes de esas que se ponen en las bocas de las madrigueras.

Pusieron unas veinte en las bocas, y entonces Juan sacó del bolsillo un animalito largo y rojo, de ojos claros y de aspecto inteligente y feroz.

Era un hurón.

El animal estiró el pescuezo para aspirar el aire del bosque, y sus redondos ojos se fijaron en los de su amo.

Juan se puso boca abajo sobre la arena, acercó al hurón, lo puso en la entrada de una de las bocas de las madrigueras, tapó y se puso á escuchar con gran atención.

El animal olfateó el suelo á derecha é izquierda; pareció buscar el camino un instante, y desapareció en el subterráneo.

Muy pronto oyeron los cazadores el galope de los conejos que huían despavoridos para librarse de los mortíferos dientes del hurón.

En menos de un cuarto de hora se lanzaron una docena de conejos en las redes que les cerraban el paso. A medida que iban cayendo en ellas se apoderaban de ellos los cazadores, les daban un puñetazo en la nuca, que les dejaba sin vida, y los metían en el saco en que habían traído las redes.

Era bastante para una excursión.

El hurón, siguiendo la pista de un fugitivo, que acababa de caer como los otros, sacó la cabeza y entonces el dueño le cogió con prontitud por el pescuezo y lo metió en su bolsa.

Después recogió Guillermo las redes, silbó despacio para llamar al perro, que estaba muy tranquilo al pié de un zarzal, y dijo á su hermano:

—¡Vámonos!

La caza había concluido.

Pero al ir á emprender la marcha, oyeron una voz que saliendo de entre las ramas de una espesa encina les decía:

—¡Alto ahí!

Al mismo tiempo el ruido que producían con el roce de las ramas, gente que se acercaban, les hizo conocer que el enemigo era fuerte.

—¡Caimos!—dijo Juan lanzando un terno.

—¿Y qué?—dijo su hermano con tono resignado.—¿Dónde está el mal?... ¡Una vez más!

El enemigo eran los guardas del castillo.

Eran tres mozos robustos, con su carabina á la espalda, bien uniformados, con bandoleras en las cuales brillaba una placa con la siguiente inscripción: *Guarda particular de las posesiones de la señora condesa de Corbière-Latouche*. Sobre esta inscripción había una corona conde. Las cabezas no tenían nada de particular, bigotes espesos, cabellos cortos y aspecto de soldados; pero en suma nada que impusiera.

Uno de ellos, el que había dado la voz de alto, dijo en voz baja á los dos hermanos, al bajar del árbol en que estaba oculto:

BIBLIOTECA DE BUENO LEON
ALFONSO DE VARGAS
1912

—Hubiera querido advertiros... pero no ha habido medio, á causa de mis compañeros...

Cuando los guardas estuvieron cerca de los cazadores furtivos, Guillermo dijo como dirigiéndose á personas conocidas.

—Y bien, ¿qué es lo que vais á hacer con nosotros ahora?

—Rogaros que nos sigais al castillo—contestó el que parecía ser el jefe.

—Diablo!—objetó Guillermo—es que hay un buen trecho desde aquí.

—Y la carga es pesada—observó el guarda tomando á peso el saco.

—Bastante.

—No tenemos más remedio que llevaros allí, esa es la orden,—añadió el guarda.

Juan se retorcía la barba y acariciaba la culata de su escopeta, refunfuñando:

—¡Miserable! ¡Si yo no temiese á Dios!

Pero su hermano le dijo al oído:

—Ven. Tengo que hacer allí...

—¿Tú?

—Quiero hablar con la condesa.

—¿De qué?

—No alborotes... Lo vas á ver...

Y dirigiéndose á los guardas dijo:

—Sí nosotros tratáramos de huir, tal vez os vierais muy apurados para cumplir la consigna... Pero somos dóciles como corderos y nos alegramos mucho de dar ese paseito.

—¡En hora buena! ¡Veo que sois razonables!—contestó uno de los guardas.

—¿Qué, no lo somos siempre? ¿Marchamos?

—¡En marchal!

Y como el perro, con el pelo del lomo erizado, gruñía enseñando dos hileras de afilados dientes dispuestos á morder:

—Ven aquí, *Ramoneau*—le dijo.—¿No ves que estos señores son amigos? Ellos hacen lo que les mandan...

El perro volvió á colocarse detrás de sus amos.

Guillermo se echó el saco al hombro y se pusieron en marcha.

Todos guardaban silencio.

Cuando por el camino del bosque iban los guardas siguiendo á sus prisioneros, parecían avergonzados del papel que les obligaban á desempeñar.

El que había bajado del árbol dijo á su vecino en voz baja:

—¡Barasson hace mal... son primos de los amos, y por unos cuantos miserables conejos!...

Juan Montarón era sin duda alguna el menos inteligente de la familia; representaba en ella la fuerza bruta.

Tenía todos los instintos de un soldadote, y militares debieron ser los primeros Montarón.

Valiente y atrevido, no temía ningún peligro, y vibraba á la menor injuria; esto, no obstante, las palabras de su hermano le habían calmado y estaba pensativo.

¿Qué sería lo que tenía que decir á la condesa de Corbière? ¿Qué podía haber de común entre ellos?

La condesa era millonaria.

Ellos pobres como Job

Ciertamente en otros tiempos había habido un lazo de familia que hubiera debido reunirlos, pero aquel lazo estaba roto desde hacia cerca de un siglo.

Desde el primer imperio, los Corbière-La-touche parecían desconocer á los Montarón y les trataban peor que á estraños.

Después, los odios habían ido tomando mayores proporciones, y su estallido se hacía más temible de día en día.

Como se vé, por el simple delito de haber cazado en la posesión de la condesa unos cuantos conejos, conducían á los dos hermanos como pudieran hacerlo con criminales condenados á trabajos forzados.

Juan Montarón no era más que un bruto, pero altivo é incapaz de humillarse.

No hubiera seguido á los esbirros á no habersele aconsejado su hermano. Hubiera contestado:

—¡Denunciadnos! ¡Iremos ante el juez!

Hubiera vuelto á su casa con el botín.

Pero tenía la costumbre de dejarse guiar por Guillermo. Este había dicho: «¡Obedezcamos!» Y él obedecía.

Guillermo era la cabeza mejor organizada de la familia.

Sus hermanos le obedecían ciegamente, lo cual no impedía que Juan se repitiera esta pregunta:

—¿Qué tiene que ver él con la condesa?

Cuando del otro lado de las praderas, amarillentas por el viento del otoño, apareció la mole del castillo con sus altos tejados y sus pabellones parecidos á bastiones avanzados, estaba en la misma duda que al emprender la marcha.

Al llegar á la escalera exterior del castillo, otro guarda, que parecía un oficial comparado con sus compañeros, les salió al encuentro y les dijo con tono rudo:

—¿Otra vez vosotros? ¡Nos hacéis vosotros solos más daño que todos los morodeadores de seis leguas en contorno!

Los dos hermanos, como si hubieran estado de acuerdo, hicieron un movimiento de desprecio encogiéndose de hombros.

En este movimiento había un desden enorme y un odio mortal en la biliosa mirada que lo acompañó.

Guillermo contestó con tono burlón:

—¡Si no se os ayudara á deshaceros de vuestros conejos, os comerían!

—¿Y por eso vosotros decidis coméroslos? ¡Ya veréis que caro os cuesta eso!

Su aspecto era desagradable, tenía barba rubia, la cara llena de pecas, mirada torva y vez dura.

Barasson merecía toda la confianza de la señora de Corbière.

Examinando la aptitud de los delincuentes y la del administrador, pues Barasson, era el administrador de la condesa, era fácil ver que se odiaban á muerte.

Barasson preguntó en tono de burla.

—¿Ha sido buena la caza?

—¡Bastante buena!—contestó Juan en el mismo tono.

—¿Cuántos conejos han caído?

—Una docena.

—Eso no valdrá más que treinta francos.

¿Queréis pagarlos?

Los dos hermanos hicieron un gesto de desprecio y Juan hizo con la boca un movimiento que significaba.

—¡Dios mío! ¡cómo me aburre este animal!

—Vamos, ¿sí ó no?—preguntó el administrador impacientándose.

—No—dijo Guillermo.

—Tanto peor para vosotros. Iréis á véroslo con el juez.

—¡No será la primera vez!—dijo Juan.

—¡Ni la última... de seguro!—contestó Barasson.—¡Marchaos!

Guillermo dijo con mucha tranquilidad:

—No merecía la pena de habernos traído desde tan lejos para cuatro palabras estúpidas; porque os ruego que creáis que yo no hubiera andado el camino por el gusto de veros...

—¿Qué queréis decir?

—Que yo tenía otras razones para venir aquí.

—¿Cuáles?

—Señor Barasson—dijo Guillermo, cambiando de tono,—¿me haríais el favor de prevenir á la señora de Corbiere que deseo hablarla?

Barasson se encogió de hombros.

—¡Será tiempo perdido!—afirmó con insolencia.

—¡Tal vez!...—contestó Guillermo.

—La señora—añadió Barasson—no cambiará en nada lo que yo he dispuesto, y aun dudo que os reciba.

Durante este coloquio, los guardas mantenían una neutralidad que más bien era benevolencia para los dos hermanos.

¡Las gentes como el señor Barasson no son apreciados por nadie!

Además, ¿no era un espectáculo desagradable ver á aquellos dos infelices obligados á soportar la altanería de un criado de más ó menos categoría en la casa de sus antepasados?

No hay hombre del pueblo que no comprenda estas cosas.

Guillermo miró á su hermano.

Los ojos de Juan lanzaron un relámpago.

—¡Ea!—dijo al hombre rubio con tono imperioso,—mi hermano os dispensa el honor de decirlos que desea hablar á la señora de Corbiere, su prima. ¡Haced el favor decirselo en seguida! En cuanto al juicio y demás amenazas, ¡he aquí el caso que yo hago de ellas!

Escupió al suelo, hundió su sombrero de un puñetazo, y mostrando al administrador la puerta del vestíbulo, añadió con enérgico gesto:

—¡Id!

Dominado por la mirada del cazador furti-

vo, Barasson no se atrevió á replicar, abrió la puerta del vestíbulo y desapareció.

Uno de los guardas indicó á los dos hermanos un banco de piedra y les dijo:

—Descansad; si la señora os recibe, nosotros cuidaremos de vuestros efectos.

Otro acarió á Ramonean, que se mostró menos feroz y se dejó querer.

Un testigo observaba esta escena desde una ventana del primer piso.

Era Fernanda de Corbiere, que escuchaba con interés.

Escondida detrás de una cortina transparente, sentía el alma llena de compasión por aquellos desheredados y sufría por su humillación más tal vez que ellos mismos.

Pero conocía al administrador de su madre y no se atrevía á intervenir.

¡Cuántas veces lo había hecho en vano!

El administrador entró.

La condesa estaba sentada á su pupitre y repasaba sus cuentas, que llevaba con la exactitud de un cajero de cien francos mensuales, perdiendo horas enteras en rectificar un error de veinte céntimos.

—¿Qué hay?—preguntó, volviendo hacia el administrador su cara angulosa.

—¡Siempre esos condenados Montarón!—contestó éste. No escarmentan. Acaban de ser cogidos en infraganti delito, se niegan á pagar una multa, y para colmo de audacia, piden hablar á la señora.

La condesa quedó un momento pensativa.

Iba á rehusar, pero los delincuentes tenían allí un intercesor.

Este era Fernanda.

—Escuchadles, os lo ruego madre mía—dijo—y sed indulgente. Si queréis, yo os acompañaré.

La condesa vaciló.

Una mirada suplicante la decidió.

—Está bien—dijo con sequedad.

—¿Dónde les recibirá la señora?

—En la sala. Iré sola.

Dos minutos después, Barasson, gruñendo como un perrillo á quien se le quita un hueso, llamaba á los dos hermanos con gesto ceñudo.

Guillermo y Juan Montarón dejaron, el uno la escopeta y el otro el saco de conejos y siguieron á Barasson.

Fernanda, apoyada en la baranda del balcón, dejaba errar por el parque sus grandes y hermosos ojos llenos de compasión.

III

¡Paz ó guerra!

Metida en su bata negra, como en una funda, pálida en la semi oscuridad de aquella habitación colgada de telas rojas, cuyo color estaba ya bastante decaído, la condesa acogió á los dos hombres con estas bruscas palabras:

—Habéis pedido hablarme, cosa que es creo, perfectamente inútil. ¿Qué queréis?

—Primero suplicaros que despidáis á este hombre—dijo Guillermo indicando al administrador que estaba en pie é inmóvil—porque es con vos con quien tengo que hablar.

—¿Se trata de cosas secretas?—preguntó la condesa.

—¡Tal vez!—dijo Guillermo.

La señora de Corbiere se encogió de hombros y mostró la puerta al administrador.

—Podéis hablar; ya estamos solos—dijo á los dos hermanos.

Juan miraba los soberbios muebles, los retratos que se destacaban de las paredes, todo aquel lujo grandioso y noble con el cual la miseria de la Boca del Lobo formaba un desgarrador contraste. Y se decía que él hubiera deseado, no para sí—porque él allí no estaba á gusto,—sino para los suyos, sobre todo para

aquella graciosa Teresa, tan á propósito para gozar de él, todo aquel lujo.

La voz de Guillermo le sacó de sus reflexiones.

Decía, dirigiéndose á la condesa:

—En vuestro comportamiento para con nosotros, se ve bien que olvidáis que esta finca sigue llevando el nombre que en otros tiempos llevaba: La-Ferté-Montarón, y este nombre es el nuestro.

La condesa se encogió de hombros.

—¿Es supérfluo recordármelo—dijo;—lo sé. ¿Es eso todo lo que tenéis que decir?

—No. Tengo que deciros que tanta dureza subleva y que la paciencia tiene sus límites. Los Corbiere no han tenido más que malos sentimientos para nosotros, parientes pobres...

—¡Oh!

—¡No lo neguéis! ¡Vos misma, vos, nos habéis perseguido como á fieras, nos habéis tratado como á parias!... ¡No hay vejación con que vuestros antecesores no nos hayan agobiado, y vos extremáis el rigor! Mi hermano Juan ha estado semanas enteras preso por haber cazado en vuestras posesiones... Vuestras multas nos arruinan. Hoy, por unos cuantos conejos que devastan nuestra pobre cosecha, vuestro odioso administrador ha hecho que nos traigan, como si hubiéramos sido unos parricidas, á este castillo, que ni ver quiero, porque nos recuerda una patente de injusticia, la desigualdad de trato entre los hijos de un mismo padre: «todo al mayor, nada á los demás...»

—¿Adónde queréis ir á parar?

—A esto: ¡que estamos cansados de tanta humillación!...

—¡Acabad!

—¡So! Queremos ser tratados como vecinos y no como enemigos. Cuando vuestros caballos y vuestros ganados pasan por nuestros campos y nuestros prados, los dejamos y no denunciámos nunca. Queremos que se nos deje tranquilos, que no se alborote por la caza, que á vos no hace más que causaros perjuicios, después de todo, y que para nosotros es muy útil; que, en fin, no consintáis que nos insulte un Barassón!...

—¿Es eso todo?

—En pocas palabras: no os pedimos amistad; os ofrecemos la paz.

—¿Es decir, que exigís el derecho de saquear esta posesión.

—Jamás lo hemos hecho! ¡Jamás nos habéis visto por los alrededores de este parque, sino á una legua de aquí, allí, en donde vuestros bosques lindan con nuestras tierras! Si nosotros nos defendemos contra los animales que nos hacen daño en los sembrados, ¿en que os perjudicamos? ¿dónde está el mal?

—La ley es igual para todos.

—¿Es decir, que seréis inflexible como hasta aquí?

—Soy dueña de mi casa; no permitiré usurpaciones ni desórdenes.

Esto fué dicho en un tono que no admitía réplica.

Guillermo sonrió con amargura.

—El pasado me había enseñado á conoceros —dijo.— Previa esta contestación; pero me gusta oír la de vuestros labios.

Aquel campesino desarrapado se transformó de pronto en un hidalgo, á quien estimulaba el orgullo de raza.

—¿Es esa vuestra última decisión?— preguntó.

—Seguramente.

—Como queráis; pero debo advertiros que eso es tanto como querer la guerra.

—¿La guerra?— repitió asustada la condesa.

—Sí, la guerra con vos y con los vuestros. Vosotros defendéis vuestros bienes; nosotros defenderemos los nuestros. ¡Adiós, prima!

El cazador furtivo se expresó con tanta tranquilidad, que la condesa se turbó.

¿Qué bienes tenían que defender aquellos miserables?

Los hermanos iban ya á salir del salón, cuando oyeron que la condesa les decía:

—¡Por esta vez estáis perdonados; pero en lo sucesivo os entenderéis con la justicia! ¡Nada más!

Salieron, atravesaron el vestíbulo, llegaron adonde habían dejado sus efectos, los cogieron y emprendieron la marcha, después de haberse despedido de los guardas.

Pero al dirigir una última mirada al castillo, Juan sintió un ligero estremecimiento, y el rostro de Guillermo perdió por un momento su ferocidad.

Fernanda esperaba con ansiedad el final de aquella escena, á la cual hubiera querido asistir. Sonreía á los dos pobres diablitos con extrema bondad y les dirigió con la mano una afectuosa despedida, á la cual ellos contestaron inclinándose.

—¿No será ella de la misma raza que los otros?—dijo Guillermo entre dientes.

Juan guardó silencio.

Iban el uno al lado del otro, como dos mendigos que buscan su pan; así atravesaron el parque y llegaron á la verja.

Cuando pasaron de ella, se internaron en el bosque, muy preocupados y más molestados por las ideas que por el cansancio.

Todo aquello que acababan de ver, había pertenecido á sus antepasados y de aquellos enormes bienes nada les quedaba á ellos.

De pronto Juan detuvo á su hermano, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—¿Por qué has amenazado á esa bruja, y de qué bienes la hablabas?

—De uno al cual quiero tanto como á las niñas de mis ojos, y tú también.

—¿No comprendo!

—Y Teresa, ¿te olvidas de ella?

—Es verdad—dijo Juan, cuyas pupilas se agrandaron—pero, ¿quién piensa en quitárnosla?

—La voz de Guillermo tembló de cólera.

—Ya nos la han quitado!

—Explícate.

—¿No has visto nada?

—No.

—¿No sospechas nada?

—Nada.

—¡Pues bien, mi pobre Juan—dijo Guillermo, con acento de profunda tristeza,—es un hecho. La desgraciada se ha dejado engañar. ¡Tiene un amante!

—¿El oficial?—exclamó Juan temblando de ira.

—El mismo.

Los dos quedaron pensativos.

Juan estaba como atontado por aquella noticia, que le había causado el efecto de una bomba que hubiera estallado á sus pies.

¡Teresa seducida! ¡Teresa culpable!

Esto era el mayor desastre, la mayor desgracia que podía ocurrirles.

Si cualquiera otro se hubiera atrevido á aventurar una calumnia tan horrible, Juan le hubiera aplastado de un puñetazo y le hubiera pisoteado; pero se contentó con decir con vacilante tono:

—Vamos á ver, Guillermo, ¿es eso posible?

—¡Desgraciadamente!

—¿Estás seguro?

—¡Demasiado seguro!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he visto á Rolando de Corbiere entrar de noche en la habitación de Teresa... dos veces.

Y añadió con desesperación:

—¡No, no se puede dudar! ¡La desgracia nos persigue!

Juan cogió á su hermano por la muñeca y le dijo:

—¡Y no le has aplastado!... ¡No le has matado!...

—No.

—¿Por qué?

—Porque no hay prisa. Tiempo tenemos...

—¿Y ahora?

—¡Si vuelve, tanto peor para él!... ¡Y volverá!

—¿Crees tú?...

—Estoy seguro...

—¿Cuándo?

—¡Esta noche, sin duda!

Se había hecho de noche.

Guillermo pudo oír el suspiro de satisfacción que exhaló su hermano. Estaban de acuerdo. Iban á poder vengarse y castigar. ¡Qué alegría!

Todos los odios de tres generaciones se habían encendido súbitamente en el alma feroz de Juan. ¡Hervían en su cerebro y podría satisfacerlos!

Los dos hermanos salieron del bosque á las siete y media. Pronto llegaron á las inmediaciones de un cuadro de edificios imponentes, en medio de la oscuridad que les envolvía.

Una luz amarillenta y débil lucía en el cuarto de su hermana.

Guillermo se la mostró á Juan con el dedo, diciendo:

—¡Ahí está!.. ¡le espera!... ¡Delante de ella ni una palabra!... ¡Silencio!

IV

Madre é hijo.

La comida del castillo había concluido.

Solo tres personas estaban reunidas en la inmensa sala de artesonadas paredes, en las cuales se veían cuatro soberbios lienzos de Ondry representando diversas escenas de caza.

Aquellas tres personas eran la señora de Corbiere, su hija y su hijo.

Los tres estaban pensativos.

Pero las causas de su preocupación eran diferentes.

El oficial pensaba en su cita de aquella noche.

Fernanda en los dos hermanos, en la humillación que habían sufrido y que debía reavivar en ellos sus odios seculares.

La condesa oía zumbar en sus oídos las amenazas de Guillermo Montarón.

La tranquilidad con que aquel aldeano la hablaba, como de igual á igual, imponiéndola condiciones, la causaba á la vez una violenta sorpresa y una turbación profunda.

¿De dónde le provenía aquella audacia? ¿A qué bienes había aludido aquel pobreton?

Ellos poseían, era verdad, una cierta extensión de tierra, pero tan mala, tan pantanosa, que no producía nada. Un pinar y un bosquecillo de encinas, pero sumamente pobres.

No hubieran encontrado, con seguridad, quien por todo les hubiera dado cincuenta mil francos, si se hubieran propuesto venderlo.

Y todo esto estaba grabado con deudas que tenían, según se decía en el país.

¡Excelente dominio, en verdad, para defenderlo contra vecinos como los Corbiere, que podían andar leguas y leguas sin salir de los suyos.

Y, sin embargo, Guillermo no presentaba señales de estar loco, poseía sus cinco sentidos cabales.

Se expresaba con un aplomo y una seguridad, que daban que pensar.

De pronto le ocurrió una idea.

Rolando estaba en la Ferté desde hacía tres meses. Con frecuencia daba á caballo largos paseos, cuya dirección no indicaba.

¿A dónde iba?

Con seguridad á un sitio que debía tener algún atractivo para él.

¿Qué atractivo?

La condesa creía adivinarlo.

Más de una vez había visto en la iglesia de la Ferté á la hermana de los Montaron.

Teresa Montaron era una perla, y una perla de las de más hermosas aguas.

La señora de Corbiere se acordó de aquella hermosa joven, de blanco cutis, de cabello de color castaño, de soberbios ojos y tan encantadora en la expansión de su primavera.

¡No podía ser más que de ella de quien Guillermo había querido hablar!

¡Entonces el capitán corría serios peligros!
¡Los Montaron debían tener furiosos deseos de venganza!

¿Qué ocasión más favorable podía presentarse, si el capitán, por capricho ó por entretimiento, cometía alguna imprudencia por esa parte?

Quiso informarse para saber á que atenerse. El capitán había sacado la petaca y se disponía á salir del comedor sin decir nada, cuando sintió que le tocaban en el hombro, y que la condesa le decía:

— Espera, tengo que hablarte.

— Me lo temía— dijo para sí el joven, contrariado.

No obstante, volvió á sentarse demostrando serenidad, mientras que su hermana Fernanda se levantaba y se dirigía á su cuarto, comprendiendo que estaba allí de más.

Rolando mostró el cigarro á su madre, y con cariñoso tono la preguntó:

— ¿No se puede, eh?

— No.

— Entonces despachemos pronto, porque ya sabes que después de comer tengo siempre unos deseos horribles de fumar.

La señora de Corbiere había hecho seña á los criados para que se marcharan.

Cuando estuvieron solos, preguntó á su hijo.

— ¿Cuándo piensas volver al regimiento?

— Dentro de tres semanas, si es que el coronel no quiere prorrogarme la licencia. No me disgustaría estar aquí un mes más.

—Sin embargo, tú lo pasas bien en Luneville.

—A los veintiocho años, con una madre como tú, una buena salud y buenas rentas, lo pasa uno bien en todas partes.

—¿Es cierto eso que dices?

—Y tan cierto. En mi posición, con cinco mil francos mensuales que tirar, se aburren solo los imbéciles. Yo nunca me aburro.

—¿Ni aun en el campo?

—Ni aun en el campo—contestó con perfecta indiferencia.

—¿Ni aun en la Ferté?

—¿Por qué me preguntas eso?—dijo sorprendido.

—Por nada... Por saber...

El capitán miró á su madre de reojo.

—¿Sospechará?—pensó.

La condesa insistió:

—Sin embargo, la falta de gente, de ruido, de diversiones, de vida...

—No tanto. Hermosos bosques, agua, estanques, caza, pesca, buen *confort*; ¿qué más se puede pedir?

—¿Sabes lo que me han dicho?—preguntó la condesa.

—¿Qué?

—Que te encuentran con frecuencia al otro extremo del bosque.

—Es posible... ¿Hacia qué sitio?

—En los alrededores de la Boca del Lobo.

El rostro del capitán se puso ligeramente colorado; pero esto tuvo la duración de un relámpago.

—¿Y á qué supones tú que voy hacia ese sitio?

El tono de la condesa se hizo más insinuante.

—Pues á buscar alguna de esas distracciones que únicamente los imbéciles no pueden encontrar, como decías hace un momento.

El capitán amenazó á su madre con el dedo.

—¡Oh!—dijo—no sabía yo que hubiese por allí distracción alguna; pero puesto que tú pareces estar enterada, serás muy amable en hacerme las conoceras. Me aprovecharé de ellas, ya lo creo, y lo antes posible!

—Harás mal.

—¿Y por qué?

—Porque por esa parte no tenemos más que enemigos.

—¿Te refieres á los Montarón?

—A esos mismos.

—¡No son tan malos como dices!

—¡Se titulan parientes nuestros!

—Eso no es un crimen. Siempre se es pariente de alguien, aunque no sea más que por Adán y Eva. Y además, yo no miro tan lejos. Yo no pienso más que en divertirme. Lo cojo donde lo encuentro y cuando se ha concluido paro.

La señora de Corbiere respiró.

El tono ligero de su hijo la tranquilizaba.

El mal no era tan grande como hubiera podido temer.

Es preciso decirlo todo.

Rígida en apariencia, con aires de abadesa

y afectación de severa moral, la condesa, cuyo nombre de soltera era Natalia Beauvillare, guardaba en el fondo las ideas crueles y sin generosidad de una cierta burguesía que hace de las hijas de los pobres carne para satisfacer los apetitos de los hijos de los ricos.

Que la hermosa Teresa Montarón hubiese atraído las miradas del brillante oficial; que su hijo se hubiera propuesto distraer con ella los ocios de su estancia en la Sologne; que emplease el tiempo que tenía demás en trastornar una cabeza de aldeana, sin consecuencias, la gazonería de la condesa no se resentía por esto.

Aun encontraba algo interesante en la aventura.

Los Montarón la robaban sus cervatillos y sus conejos; ella les quitaba otra cosa.

Eso estaba bien con tal que la cuestión se redujese á un simple capricho.

Olvidó por un momento su ordinaria gravedad, y una sonrisa asomó á sus labios.

—¡Vamos, sé sincero y no me ocultes nada!

—dijo con amabilidad.

—¿De qué?

—Confiesa que en tus paseos solitarios, adonde vas es á la Boca del Lobo.

—¡No... de veras!

—La mayor parte de las veces... al menos...

—¡En verdad... es ridículo lo que dicen!...

—¡Y que no es solo el paisaje lo que tú admiras allí!...

Rolando se acercó á su madre, y mirándola á los ojos:

—Es posible—dijo;—pero, después de todo, ¿por qué tienes tanto interés en saberlo?

—Es que tengo en ello un verdadero interés.

—Curiosidad.

—No, cariño. ¿Tú no dudarás de mi cariño por tí?

—¡Qué idea!

—Yo no estaré tranquila si sé que vas á menudo á ese sitio.

—¡Esto es singular!

—Ya te lo he dicho... Allí no hay más que gentes que nos odian.

—¡Siempre tu preocupación!

—Convengo en ello. Las creo capaces de todo.

—Escepto de hacer fortuna. Aquí para entre nosotros, más de una vez he visto al pasar su choza. Está en un estado lamentable. Los tejados se hunden, las ventanas se caen. ¿Quieres que te sea franco?... Esos Montarón á quienes detestas, me dan lástima. Y al fin, tienen razón... Son nuestros parientes. De buena gana les hubiera ofrecido algunos billetes de mil francos para reparar sus ruinas, pero me he contenido porque sé que son altivos y no los hubieran aceptado.

La condesa y su hijo hablaban con la confianza de dos amigos.

La madre hizo un gesto de sorpresa, y con ironía dijo:

—No sabía que eras tan filántropo! ¿En dónde has tomado ese gran cariño á la familia? ¡En los hermosos ojos de Teresa de Montarón!

30557

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. CENTRAL

"MEXICO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

El capitán sintió un ligero estremecimiento. Aquel nombre le recordaba su cita.

Miró al reloj, que estaba entre dos ventanas. Eran las nueve y veinte.

—¡Diablo! — pensó — no hay instante que perder.

Y añadió en voz alta:

—¡A fe mía que haces cuanto puedes por meterme en ganas de conocerla! ¿Qué tal es, rubia ó morena?

—Un término medio, castaño claro.

—¿Es guapa?

—Para ser franca te diré que sí.

—Está bien — dijo el joven levantándose. — Iré mañana á verla para formar juicio por mí mismo.

Quiso alejarse.

Su madre le retuvo, y poniéndose seria, le dijo:

—No, no irás si quieres oírme. Los Montaron son, en efecto, nuestros primos, pero primos cuyo carácter se ha agriado por la miseria, y desde hace un siglo no alimentan más que hiel y mala voluntad para con nosotros.

—¡Mal rancho! — dijo el oficial.

—Se cuenta que en los momentos de la revolución fué uno de ellos quien denunció al marqués de la Ferté; pero no consiguieron que le guillotinaran, ni aun que le prendieran, que era lo que deseaban.

—¡Oh, qué pícaro! — exclamó alegremente el joven. — Pero, querida madre, lo que me estás contando son historias del siglo pasado. Eso es,

en todo caso, una leyenda. ¡Y además es tan antigua!

—No es menos cierto que desde aquella época una profunda enemistad separa á los Montaron y el castillo, y que la situación no hace más que empeorar.

—¿La conclusión es?

—Que te ruego — repuso la condesa en un momento de ternura — que no vuelvas á ir por ese lado... La granja de los Montaron está en un sitio muy aislado, casi siniestro, perdido en medio de las lagunas y la maleza. Tengo presentimientos, razones para temer... Una desgracia ocurre pronto. Esos Montaron están desesperados. Prométeme huir de ellos.

—Tú no quisieras, sin embargo, tener un hijo que temblara al menor peligro, y al que cuatro patanes hicieran volver talones... ¡Bah! ¡Te alarmas sin razón!

—Tal vez; pero ¿qué te cuesta renunciar á esas excursiones á un desierto en donde nada puede atraerte?

—Nada, en efecto.

—¿Entonces me prometes?...

—No tengo razones para contrariarte.

—En hora buena!

—¡Pero qué miedosas sois las madres, Dios mío! ¿Qué dirías si tuviéramos guerra?

—¡Ah! no me hagas pensar en eso, te lo suplico.

El capitán miró de nuevo al reloj.

Las agujas parecían correr con una rapidez vertiginosa.

Echó los brazos al cuello de su madre, la besó y la dijo al oído:

—¡Miedosa, tranquilízate!

Y echándose á reír, añadió:

—¡Basta de sermón! ¡Me voy á tomar el fresco! ¡Hasta mañana!

Salió con paso tranquilo, como si se propusiera dar un paseo, encendiendo un cigarro y tarareando; pero cuando estuvo en la terraza, aligeró el paso y se dirigió á las caballerizas.

La condesa, ya tranquila, se fué á su habitación, se sentó delante del escritorio y trazó de prisa unas cuantas líneas.

He aquí lo que decían:

«Mi querido coronel:

»Por razones que os diré en nuestra primera entrevista, deseo que mi hijo se incorpore á su regimiento lo antes posible.

»Estas razones, que no os digo hoy, son sumamente graves.

»Tendréis todo género de derechos á mi agradecimiento, si tenéis á bien llamar á Rolando á vuestro lado.

»Cuento con que vuestra amistad hará este favor á una madre, atormentada por temores, quiméricos tal vez, pero que no puede desear.

»Creed, mi querido coronel, en mis mas afectuosos sentimientos.

»CONDESA DE CORBIERE.»

Puso el sobre:

SEÑOR DE MÉRAN

Coronel del 3.º de Cazadores.

LUNEVILLE

(Meurthe et Moselle.)

Llamó.

Se presentó una doncella en seguida.

—¿Está Barassón?—preguntó la condesa.

—Está jugando en la cocina.

—Entregadle esta carta y decidle que la lleve á la estación lo antes posible. ¡Que no pierda un momento!

—Está bien, señora.

—Afortunadamente—pensó cuando estuvo sola—estoy segura de que el coronel me complacerá. ¡Los Montarón me han amenazado!... ¡Todo se puede temer de ellos!

Y añadió con reconcentrado odio:

—¡Rolando es valiente, pero esas gentes no se baten, asesinan!

El capitán era valiente, en efecto.

Al pensar en las inquietudes de su madre, se encogía de hombros.

En los momentos en que la doncella cumplía la orden que había recibido, él galopaba hacia la Boca del Lobo, no teniendo en la cabeza más que una sola idea la de que Teresa Montarón le esperaba.

¿La amaba?

¿Quién sabe?

Llegó por fin á la orilla del bosque.

Un rayo de luna alumbraba débilmente aquellos dormidos paisajes.

Paró el caballo y se apeó.

Sacó del bolsillo una cadena y ató el caballo á un árbol, á pocos pasos del camino por donde había venido.

Después continuó á pie.

Llegó á la casa y vió una silueta de mujer que inclinándose hacia él murmuró con voz conmovida:

—¡Rolando!

—¿Me he retrasado?...

—Sube.

El pórtico medio arruinado estaba abierto para todo el que llegara.

Rolando subió la escalera que conducía al cuarto de Teresa.

La puerta de la habitación se cerró detrás de él.

En aquel momento, á pocos pasos del pórtico, dos sombras se destacaron del tronco de la encina en donde aquella mañana había depositado la carta Rolando y uno de ellos dijo al otro:

—¿Lo ves?... ¡No te engañaba!... ¡Ahí está!...

V

Las consecuencias de una falta.

Los enamorados formaban lo que se llama una hermosa pareja; pero hubiera llamado la atención verla en un sitio semejante.

Figuraos un chiribitil ó buhardilla pequeña, mal blanqueada, con el piso de ladrillo y la mayor parte de ellos rotos, un techo en el que un albañil del campo había llenado de barro amarillento los huecos que había entre las vigas, y con dos ventanas pequeñas, una de las cuales daba al patio y la otra al campo.

Y en este granero una cama, formada por cuatro tablas de encina, unidas de cualquier modo, dos sillas de paja y una mesa, que ocupaba la tercera parte del local.

En un rincón una palangana de barro con su pie de madera y una jarra llena de agua. En la pared, y colgada de un clavo, una toalla de tela gruesa.

Esto era todo.

Al leer esta descripción se dirá: «¡Eso es horrible!»

Al contrario.

En aquel enchitril, se respiraba desde el dintel un perfume de juventud que dilataba el corazón, y hasta la vista tenía en qué deleitarse.

Sobre la mesa, de madera blanca, había todo

¿La amaba?

¿Quién sabe?

Llegó por fin á la orilla del bosque.

Un rayo de luna alumbraba débilmente aquellos dormidos paisajes.

Paró el caballo y se apeó.

Sacó del bolsillo una cadena y ató el caballo á un árbol, á pocos pasos del camino por donde había venido.

Después continuó á pie.

Llegó á la casa y vió una silueta de mujer que inclinándose hacia él murmuró con voz conmovida:

—¡Rolando!

—¿Me he retrasado?...

—Sube.

El pórtico medio arruinado estaba abierto para todo el que llegara.

Rolando subió la escalera que conducía al cuarto de Teresa.

La puerta de la habitación se cerró detrás de él.

En aquel momento, á pocos pasos del pórtico, dos sombras se destacaron del tronco de la encina en donde aquella mañana había depositado la carta Rolando y uno de ellos dijo al otro:

—¿Lo ves?... ¡No te engañaba!... ¡Ahí está!...

V

Las consecuencias de una falta.

Los enamorados formaban lo que se llama una hermosa pareja; pero hubiera llamado la atención verla en un sitio semejante.

Figuraos un chiribitil ó buhardilla pequeña, mal blanqueada, con el piso de ladrillo y la mayor parte de ellos rotos, un techo en el que un albañil del campo había llenado de barro amarillento los huecos que había entre las vigas, y con dos ventanas pequeñas, una de las cuales daba al patio y la otra al campo.

Y en este granero una cama, formada por cuatro tablas de encina, unidas de cualquier modo, dos sillas de paja y una mesa, que ocupaba la tercera parte del local.

En un rincón una palangana de barro con su pie de madera y una jarra llena de agua. En la pared, y colgada de un clavo, una toalla de tela gruesa.

Esto era todo.

Al leer esta descripción se dirá: «¡Eso es horrible!»

Al contrario.

En aquel enchitril, se respiraba desde el dintel un perfume de juventud que dilataba el corazón, y hasta la vista tenía en qué deleitarse.

Sobre la mesa, de madera blanca, había todo

lo necesario para dibujar: papel, lápices de colores, pinturas en una caja abierta, bocetos de cabezas ó de paisajes clavados ó pegados á la pared; zagalejos, deshilachados tal vez, pero limpios, colgados también; dibujos muy bien hechos, y en fin, todo lo que una cabeza ingeniosa puede reunir en la pobreza de una casa y de un país para adornar su habitación predilecta, su gabinete de trabajo y su dormitorio.

Aun había sobre la pared algo que resaltaba como el encarnado de una cinta en el ojal de una levita: este algo era un gran abanico de papel japonés, una sombrilla de cretona con flores color escarlata, y sobre la chimenea un jarrón de Gien bastante elegante (regalo de un amigo que iba algunas veces á pasar un domingo á la Boca del Lobo y á tirar unos cuantos tiros), y en el jarrón un ramo de rosas.

Una vez cerrada la puerta, Teresa atrajo al joven hacia una silla, en la cual le hizo sentarse; se colocó frente á él, y fijando en él sus hermosos ojos:

—Y bien. ¿qué vais á hacer?—le preguntó.

El la cogió las manos, y sin contestar á la pregunta, la hizo otra.

—Hablemos seriamente. ¿Quieres ir á París?—la dijo.

Teresa tenía cierta instrucción.

No había pasado toda su infancia en aquel olvidado rincón.

Había estado tres años en un buen colegio

de Gien, en donde había recibido una educación casi completa.

Mejor que la de sus hermanos, que no habían ido más que á la escuela de su aldea, y eso poco tiempo, excepto Marcelo, que había hecho con gran aprovechamiento sus estudios en un colegio de Tours.

Teresa se había instruído con un ardor que descubría una ambición secreta, y tal vez inconsciente.

Gracias á la casualidad, había encontrado un profesor de dibujo, pintor en porcelana, dotado de un verdadero talento y á quien las buenas aptitudes de la discípula llamaron la atención y se esmeró en su enseñanza.

Los cuadernos, los papeles que caían en sus manos, estaban llenos de bocetos de paisajes, de caricaturas que revelaban una vocación extraordinaria.

Atrapaba al vuelo el perfil de una profesora, en cuatro rayas perfilaba la cabeza de una compañera, la silueta de una casa ó de un árbol.

Todo era bueno para ella.

La vista de un cuadro de mérito la daba palpitaciones de corazón.

Siempre que entraba en la iglesia de Gien, la daban ganas de exclamar ante los dos ó tres cuadros notables que allí había.

—¡Yo también seré pintora!

Un día que en ausencia de los dueños de la Ferté, la enseñó un guarda todo el castillo, no podía decidirse á salir de él, porque aunque era

muy niña, se quedaba extasiada ante los cuadros de caza, los paisajes y los retratos que allí abundaban.

Así es que cuando tuvo que abandonar el colegio para irse al lado de su madre, parte porque no podían seguir pagando su pensión, y parte por cariño á su madre y á sus hermanos, tan buenos para con ella, se la desgarró el corazón cuando llegó á la Boca del Lobo.

Hacía de esto un año.

¡Ya no había esperanzas de cultivar el arte, ya no tenía quien la diera lecciones, quien la animara!

¡Nadie más que la naturaleza por maestra!

¡Y qué naturaleza!

Sin embargo, se había resignado.

¡Era valiente!

Y además la pobre era cariñosa.

Quería á sus hermanos, cuya rudeza se dulcificaba para con ella: prefería sobre todo á Marcelo, el más joven, que le había dicho al marchar para no sabía dónde:

—¡Por tí, es por quien yo quisiera ser rico, Teresa mía!

Era muy pequeña entonces y ya había pasado mucho tiempo, pero todavía oía vibrar en sus oídos la voz conmovedora del pobre joven.

Quería también mucho á su anciana madre, tan buena para todos, tan cuidadosa de su prole, que había nacido bajo mala estrella y que vivía con tanto trabajo.

Lo que había entrevisto durante los tres

años de pensión, la daba idea de otra existencia.

Su cabeza desvariaba; sentía en su alma verdadera ambición; se apoderaba de ella un gran deseo de salir de su miserable condición, de ganar su vida con el talento de que tanto la habían hablado, levantar aquella casa caída, con un poco de dinero y un poco de gloria.

Las criaturas tienen á veces estas visiones. Y allá en el fondo de sus sueños, se la aparecía París como el fin á que era preciso dirigirse, como la mina que había que explotar, la escuela en donde debía encontrar verdaderos maestros.

Así es que la pregunta del capitán la hizo estremecerse de los piés á la cabeza.

Su gracioso rostro se puso súbitamente colorado y repitió como extasiada.

—¿París?

—Sí—repuso el joven;—compréndeme bien! Te pregunto si quieres ir á vivir en él.

Teresa balbució:

—Sin duda que quisiera; pero...

—¿Pero qué?

—Mi madre... ¿qué decirle?

Rolando hizo un gesto de indiferencia.

Nada—dijo.

—¡Eso es imposible!...

—O la dices que no quieres condenarte á vivir y morir en este desierto... que quieres buscar una colocación, trabajar para ganarte la vida...

—Sí—repuso Teresa;—pero...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"MATEO REYES"
2000 MONTERREY, MEXICO

El capitán continuó con tono algo burlón:

—Que, por otra parte, tú no puedes resolverte á quedar soltera, lo cual sucederá infaliblemente si continúas vegetando en este desierto; que no hay pretendiente que pueda sacarte de aquí, como no sea algún patán indigno de besar siquiera la huella de tus pisadas...

Rolando de Corbiere se inclinó hacia la joven y la dijo al oído:

—Yo sé que tienes el corazón tierno y el alma delicada y que te costará mucho usar este lenguaje con aquellos á quienes quieres; pero lo que no se quiere decir, se escribe. Eso es más fácil.

—¡Explicaos con claridad—dijo Teresa.

—La cosa es sencilla... Principia uno por alejarse á fin de evitar las repreciones, los sermones, las lamentaciones y se deja tras de sí una carta que explica todo; la cruel necesidad en que uno se ve de ausentarse, lo desconsolado que se está por esto, la esperanza de que el tiempo no dejará de consolar á los que quieren á uno. Esto es la infancia del arte. ¡Se ahorra á todo el mundo el mal rato de la despedida y la jugada está hecha! Se tiene tanto menos que temer el efecto de la cólera de los demás, cuanto que se tiene buen cuidado de ocultarles adonde se va, cosa que indudablemente les costará mucho trabajo averiguar.

Teresa dejó caer la cabeza sobre el pecho, y murmuró:

—¿Es eso todo lo que habéis pensado?

—¿No es el mejor remedio para la situación?

¡Tú no conoces París! Si lo conocieses, sabrías que allí se está más oculto que en el centro de un bosque, nadie se ocupa de su vecino, allí todas las faltas son un secreto; ¡los escándalos se ahogan! Yo te prepararé un nido en que serás más feliz que una marquesa: te rodearé de los más atentos cuidados. No te faltará nada de lo que puede hacer á una mujer la vida agradable y tranquila.

—No acepto nada.

—¿Por qué?

—¡Pensad! ¡Qué dolor para ellos y qué vergüenza para mí!... ¡Vivir yo de una limosna que me daríais!... ¿Puedo recibirla?... ¡No!

—¿Qué queríais, pues?

—Abandonar este país, donde no podré ocultar largo tiempo la prueba de mi falta; pero vivir de mi trabajo, no deber nada más que á mí misma.

—¡Tontería! ¡Ignorancia!

—¿Es imposible eso?

—¡Sí, en verdad!

—Sin embargo, otras...

—¿Queríais gastar tus hermosos ojos en trabajos que no dan nada, ni aun el pan nuestro de cada día, perder tus mejores años en tareas más áridas que la tierra en que mueres de aburrimiento? ¡Prueba! ¡A las pocas semanas, á los pocos días estarás desengañada y volverás á mí! ¿Qué otro podría asegurar mejor tu libertad? Tu buena estrella es quien ha guiado mis pasos hacia este sitio. Te ví á la ventana, graciosa, idealmente hermosa, y volví. ¿No has

pasado días felices? Pues bien; te amo más que nunca, y te lo probaré. ¿Por qué vacilar? ¿Tus hermanos? ¿Los querrás menos porque estés á treinta leguas de ellos? ¿Tu madre? ¿Serás la primera hija que se ha separado de la suya? Además, si eso que temes llegara, si tus temores son fundados, ¿no será preciso que te decidas á huir? Pues entonces, ¿por qué no hoy mejor que mañana? Yo te amaré por todos los que aquí dejas. Yo te sostendré, aseguraré tu porvenir. Puedes aceptar sin temor; lo que yo te dé no me arruinará, y en verdad jamás sacrificio alguno me habrá proporcionado tanta satisfacción.

Rolando hablaba con voz llena de caricias, tierna y persuasiva.

Y al mismo tiempo la oprimía las manos y se las besaba.

Teresa tenía los ojos fijos en los ladrillos del piso, no sabiendo qué decidir, asaltada por el temor de la pena que causaría á su madre y hermanos y por la necesidad de ocultar una vergüenza en lo sucesivo inevitable, atraída también por aquel París cuya visión la causaba espanto.

Bruscamente separó sus manos de las del oficial, y levantándose le dijo con cólera:

—¡Sí, partiré! ¡Sí, me refugiare en ese París de que me habláis; pero no aceptaré nada ni de vos ni de nadie! ¡Yo no quiero ni socorros ni regalos de ninguna especie! ¡Vuestro dinero me quemaría los dedos! ¡Me parece que esa segunda caída sería peor que la primera! ¿Vivir de

mi amor?... ¡No quiero! ¡Preferiría morir! ¡Os he dicho ayer todas mis angustias, mis remordimientos! ¡Vos habéis reflexionado!... ¡yo también! ¡La criatura que nazca no tendrá padre!... ¡sea!... ¡Su madre hará por ella cuanto pueda! ¡Y ahora... adiós!... ¡Os he amado mucho unos cuantos días!... ¡Procuraré olvidaros!... ¡Sepárenos!

Esta resolución fué tan imprevista, que el capitán quedó un instante aturdido y estupefacto.

¿Qué era lo que aquella muchacha se había creído? ¿Qué se casaría con ella?

Esta idea le pareció tan extraña al joven, que una sonrisa sarcástica asomó á sus labios.

La desgraciada comprendió la ironía, y dijo con viveza:

—¡Caballero! ¡Os juro que en mi pobre cabeza no ha habido cálculo ni ambición! ¡He cedido á no sé qué cobardía, por la cual sufriré cruelmente, lo sé! ¡Seré, sin duda, tan desgraciada como feliz he sido unos días... creyéndome amada!...

—¿No seguirás siéndolo?

Teresa movió melancólicamente la cabeza:

—¡No como yo esperaba! dijo —y mucho menos de como quisiera serlo! ¡Olvidé que no somos iguales, y que una distancia infinita nos separa! ¡Vos sois rico y yo soy pobre!... ¡Adiós! ¡Me acordaré sin pesar de las horas de alegría que me recordabais hace un momento!

Rolando intentó un nuevo esfuerzo.

Insistió largo tiempo. La dijo que él no era

libre, que su licencia iba á concluir y que tenía que volver al regimiento. Que qué cosa había más sencilla para ella que irse con él, no á Luneville, sino á París, adonde iría á verla, donde ella podría hacer la vida que quisiera, con arreglo á sus aficiones, estudiando el arte, hacia el cual se sentía tan arrastrada.

Y además, ¿qué le faltaría? ¿No estaba él allí para sostenerla? Podía aceptar todo de él sin temor de molestarle. El no se casaría. Le horrorizaba el matrimonio, un lazo inútil... Ella sería siempre su querida, es decir, la mujer de quien no se separaría nunca, el encanto de su existencia.

La hizo una seductora pintura de la vida tranquila é independiente que llevaría gracias á él. Trató de deslumbrarla hablándola de aquel París, cuyo solo nombre hacía subir una ola de sangre á su rostro pálido, pero se estrelló contra una resistencia que no había previsto y que concluyó por irritarle.

—¡Me parecería que me había vendido! —repetía Teresa.—¡La idea del dinero recibido envenenaría el recuerdo de nuestro amor!

Se obstinó tanto en su negativa, que Rolando exclamó en un acceso de impaciencia:

—Pero desgraciada, ¿qué harás sin mí?

—No lo sé.

—¿Y esa criatura?

La joven replicó también irritada:

—¿La serviréis de padre?

Rolando contestó vacilando:

—¡Sin duda!

—¿La daréis un nombre?

El capitán guardó silencio.

Con amargura dijo Teresa estas palabras:

—¿Lo véis?

Rolando trató de atraerla hacia sí, pero el encanto estaba roto.

Por niña que fuese, por poca experiencia que tuviera de la vida, su altivez la indicaba la profundidad del abismo en que había caído.

El jóven comprendió que no cedería.

Y, irritado por la resistencia, furioso al encontrarla tan tentadora y tan fria, cuando antes era tan sumisa y tan cariñosa, cogió con mano nerviosa el látigo que había dejado sobre la mesa, se puso el sombrero, se retorció el bigote y dando un paso hacia la puerta, dijo:

—¡Tu reflexionarás!... ¡Volveré mañana!

Teresa movió la cabeza y mordiéndose los labios, con los ojos llenos de lágrimas, con voz baja, ahogada por la emoción, contestó:

—¡No, no volváis!

—¿Por qué?

—Temo que sospechen. ¡Desde hace unos días me mira Guillermo de una manera que me hace temblar!

—¿Te ha dicho algo?

—No.

—¿Y los otros?

—Yo creo que no saben nada... Pero Guillermo lo vé todo... Nada se le escapa... Esta noche hubiera querido preveniros... deteneros, solo que yo quería saber...

—¿Qué?

—¡Vuestra manera de pensar... y por eso os he esperado!

—Pues bien—dijo el capitán sonriendo—ya lo sabes... Te amo... Estoy dispuesto á ayudarte, á tomarte bajo mi protección... Y será con una alegría que nunca comprenderás bastante bien... No tienes más que decir una palabra, ahora ó cuando quieras, si estoy lejos de tí no tienes más que escribirme...

Una sonrisa amarga crispó los labios de la joven.

—Sí, dinero... ya sé... dijo! ¡Eso es lo que no quiero!

El capitán se refa.

Su irritación había pasado.

Pensaba que Teresa cedería; que no podía menos de ceder.

Teresa estaba delante de él, en pie é inmóvil cerca de la puerta, que iba á abrir; sus hermosos ojos no se atrevían á mirarle, húmedos y vagos, como si escuchara una voz interior y pidiese un último consejo á su conciencia.

La cogió entre sus brazos y la estrechó contra su pecho, diciéndola:

—¡Dinero y amor, querida niña! ¿Qué más se puede desear en este mundo?

Ella se desprendió con suavidad.

—¡Bueno—dijo indecisa,—veré! Tal vez tengáis razón... ¡Pero eso es muy humillante.

Rolando abrió la puerta y en seguida retrocedió.

Dos hombres le cerraban el paso.

Eran Guillermo y Juan.

VI

Durante la noche.

Teresa se colocó de un salto entre su amante y sus hermanos; pero Guillermo la cogió bruscamente por una muñeca y la llevó á su lado.

Juan cerró la puerta y echó el cerrojo que la servía de cerradura.

La ventana que daba al campo estaba abierta. Miró al exterior y no vió nada en las tinieblas.

Tomadas estas precauciones, volvió al lado de su hermano, mientras el capitán, sorprendido en un principio, examinaba con mirada atenta á los dos hermanos.

No llevaba más arma que el inútil látigo que oprimía entre sus dedos.

Cuando vió á Juan Montarón frente á él, separar con un gesto brutal é imperioso á Teresa, que hacía un nuevo esfuerzo para acercarse á su amante, dijo con desdén:

—¿De modo que esto es un lazo?

Juan no se dignó contestar.

Guillermo respondió:

—¡El lazo, sois vos quien lo ha tendido á esta niña ignorante y fácil de engañar! ¡Vuestros guardas velan por vos!... ¡Yo velaba por ella! ¡Tanto peor para vos si os habéis dejado coger!

Y perdiendo su sangre fría añadió:

—¿Si fuera de la señorita Fernanda de Corbiere de quien se tratara, qué harías vos?

El capitán contestó con frialdad:

—Os prohibo que pronunciéis ese nombre?

Juan dió un paso hacia adelante, cerrando sus formidables puños.

Su hermano le detuvo.

—¡Lo pronunciaré cuantas veces quiera!— dijo.—¡Los Montarón valen tanto como los Corbiere, y yo no tengo órdenes que recibir de vos! ¿En suma, qué habíais prometido á esta joven?

Rolando miró con insultante altanería.

—Nada—dijo.

Guillermo repuso rechinando los dientes:

—Si no oí mal, hablabáis de dinero hace un momento.

—¿Lo queréis?

Guillermo sacudió la cabeza.

—No, lo mismo que ella.

—¿Entonces, qué pedís?

—Una reparación.

—¿Cuál?

—La única que en este caso procede.

—¿Un matrimonio?

Es imposible dar idea del acento con que el oficial hizo esta pregunta.

Jamás, ultraje tan sangriento fué proferido en tan pocas palabras.

Esto quería decir:

—¡Tanto valdría pretender casar á un príncipe con una pastora!

Teresa recibió el insulto en pleno rostro y, bajando la cabeza, se apoyó en la pared sollozando.

Lo comprendía todo.

¿Qué locura se había apoderado de ella?

Al entregarse con todo su corazón, había creído en las protestas de amor eterno de aquel hombre, para quien no había sido más que la distracción de un día.

¿Y en efecto, qué podía haber durable entre ellos?

¡Un matrimonio!

¡Vamos! ¡Por ventura se casa uno con muchachas como ella!

En cuestión de reparaciones, el capitán conocía otra y estaba dispuesto á ofrecerla.

Se bató uno.

Juan Montarón le interrumpió, preguntándole con tono burlón:

—¿Con qué armas?

—Con las que querráis—contestó el capitán.

Los ojos de Juan echaban chispas; su paciencia se había agotado.

—Llévatela—ordenó á su hermano, mostrando á la joven que le miraba con ojos suplicantes.

Teresa se escapó de las manos de Guillermo y cayó de rodillas delante de Juan, exclamando:

—¡No os batiréis!... ¡Yo no quiero!... ¡no quiero que os batáis!... ¡Por piedad, por mí!... ¡Eso sería horrible!

—¡Llévatela!—repitió Juan lleno de ira.

—¡Ven!—dijo Guillermo cogiéndola entre sus brazos.

Teresa luchó, haciendo esfuerzos supremos; trató de desprenderse de los brazos de su hermano, pero éste la echó á la cabeza un zagalajo que descolgó de la pared, diciéndola:

—¿Quieres que tu desgraciada madre lo sepa todo?... ¡Silencio!..

La joven no tuvo tiempo más que para lanzar á su amante una mirada de espanto.

Cansada, medio ahogada, temblorosa y casi sin vida, dejó de resistirse.

Guillermo la levantó con la misma facilidad que cuando era niña.

Cuando Guillermo llegó con su carga al pié de la escalera, Juan se aproximó al oficial, é impotente ya para contenerse, rugió como una fiera y le dijo:

—¡Me has dejado la elección de armas! ¡Yo elijo estas!

Se recogió las mangas de la blusa y descubrió dos brazos velludos y nerviosos, con los cuales hubiera podido luchar con un toro.

Todos los rencores, todos los odios depositados en su pecho desde hacía años, los de sus padres reviviendo en aquella fiera humana, iban á estallar.

Rolando se cruzó de brazos y mirando á Juan de arriba á abajo, con impasible mirada, exclamó:

—¡No son esas las armas de un hidalgo!—dijo el capitán.

Un grito de salvaje le contestó.

—¡Ea vamos pronto! ¡En guardia ó te abofeteo!

Su cara estaba horrible.

Hubiera querido abofetear al oficial para obligarle á salir de la calma que le hacía perder á él los estribos.

Rolando, muy pálido, no hacía un movimiento.

Juan lanzó un juramento.

—¡Asesinadme si quereis!—dijo tranquilamente el oficial.

—¿Y aún cuando lo hiciera—exclamó Juan—en que estaría el mal? ¿Vamos, quieres?

—¡No!

—¡Ten cuidado!

—¡No temo nada!

El cazador furtivo levantó el brazo.

El látigo del oficial silbó y le señaló un rejizo surco en la frente.

Al mismo tiempo dió un salto hacia la ventana; pero no tuvo tiempo de llegar á ella.

Su adversario se arrojó sobre él, le cogió entre los brazos y apretó con furia.

No hubo lucha.

Crugieron los huesos y la cabeza del capitán cayó hacia atrás.

Jadeante, asfixiado, destrozado, Juan Montarón le lanzó fuera con el vigor de un resorte de acero que se extiende.

El oficial cayó sin lanzar exclamación alguna.

Su contrario, con las manos apoyadas en el

marco de la ventana é inclinándose hacia fuera, contempló el inanimado cuerpo.

Juan permanecía inmóvil, con los ojos inflamados, feliz por lo que acababa de hacer; contento por aquella venganza, tardía, pero terrible, pensando en la orgullosa condesa y diciendo:

—¡Ah! ¡Tu nos has traqueteado, hostigado, llevado ante los tribunales, tratado como á bandidos! ¡Pues bien, ahí está tu hijo! ¡Ha pagado por el y por los demás! ¡Ven á buscarle y resucítale si puedes!

El desgraciado no se movía.

Juan no tenía ante sí más que una masa inerte, sin respiración, sin movimiento.

—¡Está muerto!—pensó.

Cerró la ventana y se fué.

No sentía remordimiento alguno por lo que había hecho, no temía las consecuencias.

Después de todo, lo que acababa de suceder no era más que un duelo como otro cualquiera, cada uno se sirve de las armas que tiene, en el cual el capitán había llevado la peor parte.

Al atravesar el patio sombrío para llegar á la casa, Juan sonreía. ¡Pensaba en la condesa!

Cuando subió los cinco peldaños de piedra que conducían á la cocina, miró por los vidrios de la ventana.

Las bujías eran un lujo poco frecuente en casa de los Montarón; no se usaban más que en la habitación de Teresa.

Una débil luz alumbraba el vasto espacio,

casi vacío, que Juan tenía ante su vista. La anciana madre estaba acostada desde hacía largo tiempo.

Pedro, cansado de trabajar durante el día, y además teniendo que levantarse al amanecer para volver al trabajo, se acostaba casi cuando su madre.

La criada dormía en un rincón.

Y al lado de la chimenea no estaban más que Guillermo y Teresa, que parecía tan inanimada como su amante.

Juan entró.

Su hermano le interrogó con la vista.

Juan contestó haciendo con la cabeza un signo afirmativo, lo cual quería decir:

—Está hecho.

Al hacer este signo se sonrió.

Lo vió la joven.

Abrió los ojos, y al notar que el rostro de Juan estaba iluminado por una alegría feroz, exclamó:

—¡Ah! ¡Le has matado!

Juan Montarón desconocía las precauciones.

—Sí—dijo sencillamente.

No pensaba más que en su trinfo.

La desgraciada Teresa hubiera despertado á todos con sus gritos; pero la mano de Guillermo la tapó la boca, diciéndola al mismo tiempo al oído:

—¡Que nos pierdes!

Juan fué á la alacena, sacó una botella de aguardiente, llenó un vaso y se lo bebió de un trago.

Guillermo meditaba.

Era preciso alejar toda sospecha de que ellos hubieran sido los autores de aquel asesinato.

¿Por qué medio?

Su fértil y astuta imaginación trabajaba.

Al cabo de un momento había pensado ya lo que debía hacer.

No había cosa más fácil.

El caballo del capitán debía estar atado en las inmediaciones de la Boca del Lobo, en la salida del bosque, sin duda.

No tenían más que trasladar el cadáver á cinco ó seis kilómetros de allí y enterrarle en medio de la espesura, en la que ni los guardas ni los que pasaran, ni aun los jueces lo descubrirían.

El se encargaba de buscar sitio á propósito.

Y entonces, muy listo, tenía que ser el que pudiera vanagloriarse de haber podido suministrar pruebas del crimen.

Llamó á Juan y le comunicó su proyecto.

—Se podría declarar todo sin rodeos; pero si tú quieres...—dijo.

—Sí, sí...

E indicando á su hermana, que les escuchaba abatida, lívida, pero ya resignada y sumisa á todo, medio muerta, sin fuerzas para pensar y para determinar, añadió:

—¿Comprendes?... Por su honor...

Juan dijo sencillamente:

—¿Vamos?

Y Teresa, levantándose, exclamó:

—¡Yo voy con vosotros! ¡Quiero ver!...

Aun tenía esperanza. Juan podía haberse engañado.

El capitán respiraría aún tal vez.

Guillermo la preguntó:

—¿Tendrás fuerzas para presenciarlo?

Por toda respuesta se echó en brazos de Guillermo y dijo á su vez:

—¡Vamos!

Teresa y sus dos hermanos no tardaron en atravesar el pórtico.

Juan extendió la mano, indicando el pie de la pared bajo la ventana del cuarto de Teresa.

—¡Allí está!—dijo.

Se equivocaba.

Por más que Guillermo buscó con gran cuidado con una luz; por más que registró todos los rincones del pórtico y sus inmediaciones; por más que escudriñó el sendero que partiendo de la casa, atraviesa por los sembrados y conduce al bosque de La Ferté, sus pesquisas fueron inútiles.

El capitán había desaparecido.

He aquí cómo:

Apenas había desaparecido Juan Montarón de la ventana para dirigirse á la cocina, en donde estaba su hermano, cuando un hombre de unos sesenta años, alto, huesoso y de pelo gris, mal vestido, calzado con gruesos zapatos herrados, cubierta la cabeza con un sombrero que á fuerza de uso había perdido la forma y armado de un palo de seis pies de altura, llegó cerca del pórtico.

Este hombre no era conocido por otro nombre que el de Cazador de Topos.

Era un antiguo soldado herido en Africa; disfrutaba de una pequeña pensión, y resultaba ser una especie de mendigo que dormía en los pajares ó en los establos, comía en las casas de campo, siendo bien acogido en todas partes, en donde le empleaban en alguno que otro trabajo, siendo su principal ocupación podar árboles frutales y cazar topos.

Este hombre iba á menudo á la Boca del Lobo, y allí le recibían siempre como á un amigo.

En la oscuridad tocó su pie con un obstáculo que no veía, y oyó un gemido.

Se bajó.

El obstáculo era un hombre.

El cazador de topos era fumador y llevaba cerillas.

Encendió una.

—¡El señorito del castillo!—exclamó.

No se necesitaba una inteligencia superior para comprender lo que había debido pasar.

El cazador tenía buena imaginación. Entrevió la verdad.

El herido se reanimó poco á poco, y tan luego como volvió en sí, trató de levantarse, cosa que consiguió con el auxilio del anciano, que era todavía vigoroso.

Rolando estaba destrozado y sufría cruelmente; pero sus energías le sostenían.

—¿Queréis ayudarme á ir adonde está mi caballo?—preguntó al anciano.

—Sí. ¿Dónde está?

—A la entrada del bosque.

—¡Vamos!

La caminata fué penosa y larga.

Mientras Rolando y el mendigo iban en busca del caballo, Juan bebía en la cocina el aguardiente que hemos dicho y Guillermo meditaba el proyecto que no debía cumplirse.

El caballo del capitán relinchó al aproximarse su amo.

—¡Diez luises por conducirme al castillo!—dijo el joven, dirigiéndose á su acompañante.

—¡Entre nosotros—dijo el anciano—esos servicios se prestan de balde!

Es imposible expresar las torturas que el capitán sufrió durante aquella marcha de dos horas; pero era valiente y ahogaba sus quejidos.

Sin embargo, comprendía que estaba perdido.

Aunque Juan Montarón no le había dejado muerto en el instante, se necesitaba un milagro para salvarle.

¡No lo esperaba!

Cuando por fin, á eso de las dos de la mañana, bajo una lluvia torrencial, que borraba las huellas de sus pasos en el sendero del bosque, llegaron á las caballerizas del castillo, estaba medio desmayado, era presa de una fiebre ardiente, tenía la cabeza trastornada, y, sobre todo, no podía respirar.

Se asfixiaba.

Esto no obstante, tuvo aún fuerzas para expresar sus deseos.

—¡No quiero que se sepa de dónde vengo, ni lo que me ha ocurrido!—dijo al cazador de topos y á su criado Lorenzo.—¡Si os preguntan, contestaréis que no sabéis nada! ¡Llevadme sin producir ruido á mi cuarto y no digáis nada ni á mi madre ni á nadie! ¡Mañana veremos!

Los dos hombres le entraron en el castillo con mil precauciones.

Todo dormía.

El capitán no dejó escapar una queja durante el trayecto.

Cuando le hubieron desnudado y tendido en el lecho, despidió á los dos hombres, les dió un bolsillo y les repitió con la mayor energía:

—¡Silencio!

Quedó solo.

El cazador de topos no era delicado en cuestión de camas.

Se echó sobre unos haces de paja y durmió como un lirón.

Y Lorenzo volvió á ocupar su lecho en la cuadra, repitiendo con frecuencia:

—¡Ya lo había dicho yo... que esto iba á concluir mal! ¡Los Montarón no son buenos para enemigos!...

VII

Noticias

Llegó el día: el cielo estaba encapotado, después de algunas horas de una lluvia torrencial.

Los campos de la Boca del Lobo desaparecían bajo una sábana de agua muy turbia que el sol no absorbía.

Guillermo y Juan Montarón se habían puesto en campaña para averiguar lo que había sido del capitán.

Ningún indicio les había iluminado.

Sin embargo, el caballo no estaba allí ya, y todo indicaba, al ojo penetrante de los dos hermanos, que la cabalgadura había llevado á su amo, pero pensaban que alguien había debido ayudarle.

Dieron las doce.

Era la hora del almuerzo.

Magdalena, la sembradora de la víspera, puso en movimiento una campanilla caseada para llamar á las gentes de la casa.

No estaban lejos.

El defecto capital de los terrenos pantanosos, como los de la Boca del Lobo, es que, después de una lluvia de veinticuatro horas, es preciso esperar ocho días para poder trabajar en ellos.

Magdalena se veía, pues, obligada á ocupar-

—¡No quiero que se sepa de dónde vengo, ni lo que me ha ocurrido!—dijo al cazador de topos y á su criado Lorenzo.—¡Si os preguntan, contestaréis que no sabéis nada! ¡Llevadme sin producir ruido á mi cuarto y no digáis nada ni á mi madre ni á nadie! ¡Mañana veremos!

Los dos hombres le entraron en el castillo con mil precauciones.

Todo dormía.

El capitán no dejó escapar una queja durante el trayecto.

Cuando le hubieron desnudado y tendido en el lecho, despidió á los dos hombres, les dió un bolsillo y les repitió con la mayor energía:

—¡Silencio!

Quedó solo.

El cazador de topos no era delicado en cuestión de camas.

Se echó sobre unos haces de paja y durmió como un lirón.

Y Lorenzo volvió á ocupar su lecho en la cuadra, repitiendo con frecuencia:

—¡Ya lo había dicho yo... que esto iba á concluir mal! ¡Los Montarón no son buenos para enemigos!...

VII

Noticias

Llegó el día: el cielo estaba encapotado, después de algunas horas de una lluvia torrencial.

Los campos de la Boca del Lobo desaparecían bajo una sábana de agua muy turbia que el sol no absorbía.

Guillermo y Juan Montarón se habían puesto en campaña para averiguar lo que había sido del capitán.

Ningún indicio les había iluminado.

Sin embargo, el caballo no estaba allí ya, y todo indicaba, al ojo penetrante de los dos hermanos, que la cabalgadura había llevado á su amo, pero pensaban que alguien había debido ayudarle.

Dieron las doce.

Era la hora del almuerzo.

Magdalena, la sembradora de la víspera, puso en movimiento una campanilla caseada para llamar á las gentes de la casa.

No estaban lejos.

El defecto capital de los terrenos pantanosos, como los de la Boca del Lobo, es que, después de una lluvia de veinticuatro horas, es preciso esperar ocho días para poder trabajar en ellos.

Magdalena se veía, pues, obligada á ocupar-

se de las cosas de la casa, por no poder trabajar en el campo.

El mayor de los Montarón, triste por la inacción, ponía en orden los útiles de que se servían de ordinario.

Guillermo y Juan, sentados al pie de la chimenea, guardaban silencio, y su madre, que estaba con ellos, remendaba una sábana.

La madre de los Montarón tenía cerca de sesenta y seis años, la edad poco más ó menos del cazador de topos.

Era una mujer delgada, de facciones enérgicas, y que no estaba desocupada un minuto.

Gracias á ella y á Magdalena, una huérfana que habían recogido siendo muy pequeña, y que formaba parte de la familia, aquel pobre interior conservaba el aspecto de limpieza y casi de desahogo que un ama de casa inteligente sabe dar á las cosas que están á su cargo.

Los vasares, cargados de platos y fuentes de porcelana, de los cuales algunos tenían más de un siglo, se veían al lado de las cacerolas, que brillaban, las llaves de la chimenea no tenían una mancha, ni estaban tomados lo más mínimo.

Si la pobre mujer se enorgullecía por ser un ama de gobierno cuidadosa, no tenía pretensiones de nobleza.

Quando la recordaban en broma que ella era la verdadera marquesa de La Forté-Montarón, se contentaba con encogerse de hombros y sonreír.

No contestaba, pero indicaba con la mano la casa y los miserables campos que la rodeaban, y parecía decir:

—¡Bonito marquesado!

Si su difunto esposo era en efecto el marqués de Montarón, ella no había sido más que una simple sirvienta que le había ayudado con ánimo en sus trabajos, como Magdalena ayudaba á Pedro, y con quien el probo é integro dueño de la Boca de Lobo se había casado, tanto por agradecimiento, como por amor.

Su marido no había tenido motivos más que para alegrarse de su elección.

¡Jamás madre alguna se sacrificó más por sus hijos! Ninguna fué más tierna, más afectuosa que aquella pobre mujer, que no tenía más que una ambición, no riquezas para sus pequeños—no pensaba en ellas—si no la tranquilidad y la dicha, que la parecían perfectas cuando los guardas del conde de Corbiere dejaban á sus hijos tranquilos y no carecían de pan ó de leña. En la Boca del Lobo tenían lo uno y lo otro, aunque no les sobraba nada.

Sin embargo, aquella mañana, cierto mal estar dominaba á todos.

Guillermo y Juan continuaban silenciosos. Juan fumaba en su pipa, y para no hacer ver su preocupación atizaba el fuego, entreteniéndose en colocar bien la leña que ardía chisporroteando ante una marmita que, por el perfume que esparcía por la cocina, debía contener algunos conejos de los cazados en el bosque de la condesa de Corbiere.

La madre no sabía una palabra de la sorpresa de la víspera.

No se la enteraba nunca de las malas noticias hasta el último momento.

Como la mayor parte de las aldeanas de alguna edad, hablaba poco.

Sin embargo, el silencio que aquel día reinaba, la extrañaba sin duda y debía molestarla, porque dijo por romperlo:

—¿No se ha visto á Teresa esta mañana?

Magdalena contestó:

—Todavía no.

Juan dijo por su parte:

—Estaba mal anoche! ¡Habrá dormido poco y tal vez ahora duerma!

La criada levantó la tapadera de la marmita.

Un perfume delicioso salió de ella.

—¡Vamos! dijo alegremente, —no moriremos de hambre por hoy! ¡Será la condesa quien nos haya proporcionado este guisado; pero no de buena gana, de seguro!

La alegría de la pobre joven no encontró eco.

Guillermo, el diplomático de la casa, estaba visiblemente preocupado.

A cada momento volvía la cabeza hacia la puerta, como si temiera ver aparecer en ella algún gendarme portador de un mandato de prisión, ó al juez rodeado de personas de justicia.

No fué ni un juez ni un gendarme quien apareció en ella.

Fué el gracioso rostro de Teresa.

Estaba muy pálida.

Juan había tenido una buena inspiración al atribuir aquella palidez á un malestar, porque la madre, intranquila, agobió á su hija á preguntas acerca de su indisposición, y la propuso una serie de tisanas que la desgraciada rechazó diciendo:

—¡Si, he estado un poco enferma!... ¡No ha sido nada; ya ha pasado!

Pero se la veía profundamente triste.

Sus hermanos trataron de consolarla y de tranquilizarla.

¡Aquellos rústicos, de corazón duro para sí mismos, guardaban para aquella criatura, la flor de aquel desierto, una ternura que nada podía agotar ni disminuir!

Se valieron de mil medios de una extrema delicadeza para sostenerla y animarla.

Pero sus esfuerzos no conseguían más que hacer asomar á sus pálidos labios una sonrisa abortada, y cuya pesadumbre no comprendía nadie más que ellos.

En pocas horas había quedado destrozada su vida; el sueño de dicha que acariciara se había desvanecido; un rayo le había disipado.

Teresa oía aún, por decirlo así, el silencio glacial con que el capitán había contestado á la pregunta que ella le había dirigido con voz angustiada, como si su vida y su porvenir hubiesen dependido de la decisión que él tomara.

Y en el fondo, en las meditaciones de una

larga noche en vela, se había visto obligada á decirse que el capitán tenía razón.

¿Qué podía pensar de ella?

Había llegado; sus ojos se habían comprendido en seguida... Al día siguiente la había vuelto á encontrar á la ventana, para esperarle sin duda... y á los pocos días se había arriesgado á escribirla.

Ella debió negarse á recibir sus cartas, y las había cogido como si una fuerza misteriosa la obligara á hacerlo.

Las había leído y releído cien veces y las había contestado, sin pensar que cometía una imprudencia y que se dejaba embriagar poco á poco por aquel veneno delicioso que la quitaba el sentido, como el opio á los orientales.

Después, una noche, había entrado el capitán en su cuarto, de improviso, para sorprenderla, y á despecho de sus súplicas y de su resistencia, la irreparable falta se había cometido.

¡Sí, esto era un sueño!

¡Qué doloroso despertar!

¡Qué catástrofe había ocurrido!

En pocos minutos el mal se había hecho irreparable, como su falta.

¡Todo había concluído para ella!

¿Y de él, que había sido?

Teresa hubiera dado diez años de vida por saberlo.

Sentada cerca del hogar, con la mirada vaga, errante sobre los rojizos carbones, sin ver nada, sin comprender nada, sino era que esta-

ba perdida, sin recursos, de pronto oyó que su hermano Juan exclamaba:

—¡Calla! ¡el cazador de topos!

Era él, en efecto, el gran vagabundo, el huésped de todas las granjas, el ciudadano de todas las aldeas, el corredor de todos los caminos.

En verdad que llegaba á punto.

El cazador se paró en el dintel y dijo:

—¡Buenos días tenga la gente honrada!

Su fisonomía no era desagradable.

Su nariz, un poco larga, anunciaba viva inteligencia, menos viva, sin embargo, que sus penetrantes ojos grises, que debían ver en la obscuridad como los de las zorras y los de otros habitantes de los bosques.

Los pasó sobre todos los allí reunidos, llevándolos del pálido rostro de la joven á la tostada faz de los dos hermanos y á la de la madre, y sus delgados labios parecieron murmurar lo que acaso bullía en su mente.

Esta idea era que sólo Juan, Guillermo y Teresa conocían el drama de aquella noche, y que el resto de la familia no sabía nada.

Un ruido de zuecos que se movían detrás de él le hizo avanzar.

Era el mayor de los hermanos que llegaba y que al ver al anciano se animó.

—¡Calla! ¿sois vos?—dijo tendiéndole la mano.—Llegáis oportunamente, amigo mío. ¿De dónde venis?

El cazador de topos contestó redoblando su atención:

—¡Nada menos que del castillo, en donde he pasado la noche!

El golpe produjo el efecto propuesto.

Tres pares de ojos se volvieron hacia él con distintas expresiones.

Eran los de Teresa, á quien un estremecimiento había agitado de pronto, y las salvajes pupilas de los de Guillermo y Juan.

Ni la madre, ni el hermano mayor, ni Magdalena habían pestañeado.

La prueba estaba hecha.

—¡A la mesa!—dijo Pedro con su acostumbrada dulzura.—¡Colocaos aquí, cerca de mí, abuelo!

La casa de la Boca del Lobo pasaba por una de las más hospitalarias de aquel país pobre.

Allí se encontraba siempre lo que se llama un plato de buena voluntad, y con frecuencia una pierna de corzo ó una cabeza de jabalí, que no costaba á los Monterón más que un tiro y algunas horas de paciencia en el acecho.

Además las gallinas de la granja suministraban huevos y las vacas manteca.

La huerta daba coles y ensaladas.

Durante algunos minutos no se oyó más que el ruido producido por los tenedores y cuchillos; pero Juan, no pudiendo dominar la curiosidad preguntó al huésped:

—¿Decís que venís del castillo y que habéis pasado allí la noche?

—Y que he dormido como un rey, gracias al viejo Lorenzo.

—¿A qué hora llegásteis allí?—preguntó Guillermo.

—Serían las once ú once y media...

—¿Y qué ocurría en el castillo á esa hora?

—¡Cosas extrañas!

—Conocéis á Lorenzo, ¿no es verdad?

—Es un bello sujeto; ha sido siempre muy bueno con nosotros dijo la madre.

—Lorenzo me contó que el señorito Rolando había salido de parranda y que le estaba esperando; que el capitán tenía el diablo en el cuerpo y se complacía en galantear á las muchachas para divertirse con ellas y reirse después con sus compañeros; que hacía mal...

Teresa bajó la cabeza y se puso aún más pálida de lo que estaba.

El cazador no perdía una sola de sus emociones; pero fingía no mirarla.

—Lorenzo me dijo—añadió—que estaba intranquilo; que su amo no volvía; que era ya tarde y que temía le hubiese ocurrido algo.

—¿Qué más?—preguntó Guillermo.

—Después—repuso el viejo—hé aquí lo que pasó.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

Los de Teresa se habían agrandado por la ansiedad que la oprimía el corazón.

—Me había acostado y roncaba como un bienaventurado, cuando me despertó bruscamente Lorenzo diciéndome: «arriba». Me puse en pié en seguida y le seguí. ¡El señorito del castillo estaba allí; pero en qué estado! Empapado de arriba á abajo, tendido sobre un haz

de paja y parecía estar pasando un martirio; pero no lanzaba un quejido. Lorenzo me contó en pocas palabras que había venido de lejos en el caballo, al paso, pudiendo apenas sostenerse, próximo á desmayarse y á espirar á cada sacudida. Sin embargo, hablaba. Nos dijo: «Subidme á mi cuarto, sin hacer ruido... No quiero que se sepa...» A cada palabra se detenía jadeante; tenía la mirada extraviada. Obedecimos, le trasportamos á su cuarto al través del castillo, en donde todo el mundo dormía; no se oía el más leve ruido. Lorenzo quería prevenir á la condesa.

El capitán dijo con viveza: «¡No, no!...» Y cuando después de haberle desnudado, le acostamos en su lecho, repitió: «¡Ni una palabra á nadie, os lo prohibo! ¡Marchaos!» Y en seguida cerró los ojos. Principió á delirar... Pronunciaba nombres...

—¿Qué nombres?— preguntó Guillermo.

—No me acuerdo bien... Nombres desconocidos.

—¿Y esta mañana?

—Esta mañana parece que sigue muy mal. La condesa ha enviado propios en busca de médicos á Blois y á poner despachos para París. En el castillo hay un movimiento que parece un hormiguro cuando se le pisa.

—¿Pero no saben de dónde volvía?— preguntó Juan.

—No. A nosotros no quiso decirnos nada anoche, y esta mañana está bien incapaz de hablar. Temen que los médicos no lleguen á tiempo.

Los ojos de Teresa se llenaron de lágrimas. Pedro, que estaba cerca de ella, la preguntó en voz baja:

—¿Qué tienes?

—¡Yo, nada!— contestó, procurando dominarse.

Juan, que se había enterado de esto, y que estaba al otro lado de ella, la dijo también en voz baja:

—¡Domínate! ¡Madre te mira!

Ella hizo por fin un supremo esfuerzo y contuvo sus lágrimas.

Cuando se levantaron de la mesa, sintió el huésped que una mano pesada se posaba sobre uno de sus hombros, y que le decían:

—Ven, tenemos que hablarte.

Era Guillermo quien le había puesto la mano sobre el hombro, y quien eso le decía.

Juan estaba al lado de su hermano.

Salieron al patio y allí comenzó Guillermo, diciendo:

—Tú no has dicho todo lo que sabes!

El cazador de topos le miró y esperó.

Guillermo repuso:

—Esta noche ha llovido á cántaros.

—Sí.

—La lluvia ha borrado muchas huellas.

—¡Tanto mejor!— dijo el anciano.

—No las ha borrado todas, sin embargo— añadió Guillermo.— En el sitio en que el capitán de Corbiere había atado su caballo, quedan impresas dos.

—¿Cuáles?

—La suya y la de tus zapatos—dijo.

—¡Ah!

—Tú eres quien le ha ayudado á volver al castillo.

—Es verdad.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

El anciano miró á Guillermo con compasión.

—¿Me extraña la pregunta en ti, que eres tan malicioso!

—Dilo.

—¿Y tu madre qué hubiera pensado? ¿Y Pedro y Magdalena que nada sabían! ¿A qué causarles la pena de decirles que Teresa era la causa de lo ocurrido al señorito? ¡Sí, yo fui quien le ayudé á volver á su casa! Venía yo á pedir os albergue por esta noche y encontré al capitán moribundo... Me habló, le conduje adonde estaba su caballo y empleamos dos horas en llegar al castillo... En cuanto á lo que ha pasado aquí, yo nada he visto ni sé una palabra. El capitán nada ha dicho y yo creo que él no os descubrirá. Puede ser culpable, pero es un valiente. En cuanto á mí, ya sabéis que no tenéis nada que temer. Sé mucho; pero el Cazador de topes sirve á los amigos y no los vende!...

Los dos hermanos cambiaron con el anciano un apretón de manos.

El cazador añadió:

—La justicia tomará parte, tal vez, en el asunto; pero no hay cuidado. Estáis prevenidos... Además un galanteador se expone á eso.

si no el oficio sería demasiado bueno! ¡Hasta la vista!

—¿Nos dejas?

—Sí, tengo que hacer; pero volveré...

Cogió su palo, que había dejado en la cocina, y despidiéndose de la madre de los Montarón y de los que allí había, salió.

Al llegar al pórtico le alcanzó Teresa.

La pobre joven no pudo contenerse; lloraba á lágrima viva, su dolor había estallado.

—¡Oh!—dijo en tono de súplica y sollozando.—¿Volveréis pronto? ¿Me diréis cómo está, ¿no es eso?

—¡Sí, voy á ver! ¡No tengas cuidado!...

En dos palabras se habían comprendido.

La joven lo había confesado todo; el anciano lo había prometido todo.

Se alejó de prisa.

Teresa subió á su cuarto, se asomó á la ventana y le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido en el bosque.

Noche de duelo.

Se acercaba la noche.

El día había sido horrible en el castillo.

En un gabinete del primer piso, el gabinete rojo, que así le llamaban, para distinguirlo de los otros, agonizaba uno de los herederos de la opulenta familia de los Corbière-Latouche, rodeado de parientes y amigos que guardaban un silencio sepulcral.

La condesa estaba de pie á la cabecera del lecho, con los ojos secos pero colorados, la frente dividida por una arruga vertical, los labios contraídos, espionando los menores movimientos de su hijo, atenta á las palabras incoherentes que dejaba escapar, tratando de sorprender el secreto de aquella desgracia que nada había podido revelar aún.

¡Oh! ¡tenía más que dudas!

¡La escena de la víspera estaba demasiado presente en su imaginación!

¡Las embozadas amenazas de los Montarón vibraban aún en sus oídos!

—¡Guardad vuestros bienes; nosotros guardaremos los nuestros!

Lorenzo, á pesar de su promesa, no había podido callar del todo.

Por él conocía la condesa lo siguiente:

Que su hijo había salido á caballo á cosa de

las nueve y media; poco después de la conversacion que había tenido con ella.

Que á las dos de la madrugada había vuelto y se había acostado.

Lorenzo no sabía más y nada más decía.

¿Pero no era esto lo bastante para poner á la madre sobre la pista?

A las preguntas que su ama le hacía, contestaba Lorenzo, invariablemente:

—¡No sé, señora!...

Y en efecto, no sabía.

Fernanda, estimulada por la condesa, á cada momento que un relámpago de razón se veía en él cuando la fiebre cedía un momento, suplicaba á su hermano.

—¿Dime lo que te ha ocurrido... te lo suplico?

El capitán sonreía y no contestaba.

Fernanda se inclinaba tanto hacía él que sus cabezas se tocaban, y su voz tenía un acento tan dulce, que hubiera enternecido á una roca.

Nada conseguía.

Rolando contestaba á las caricias de su hermana con una ligera presión de manos, y no dejaba escapar nada de su secreto.

Pero el administrador, Barasson, se había puesto en campaña.

Y, con los guardas, había descubierto el sitio pisoteado por el caballo del herido durante la noche siniestra.

Esto era más que una presunción; esto era casi una prueba.

La madre no vacilaba ya en acusar á los Montarón del asesinato de su hijo, y su cólera contra ellos llegaba al paroxismo.

—¿Pero cuáles habían sido las circunstancias del drama?

—¿Dónde tenía la herida el agonizante?

Un médico que había ido de Blois no se atrevía á decirlo.

Se contentaba con observar los progresos del padecimiento y se reservaba, esperando la llegada de un célebre cirujano de París, amigo de la familia, á quien se había llamado por telégrafo.

Este cirujano no podía llegar al castillo hasta cerca de las doce de la noche.

A más de las once y media, el ruido de un coche que venía á todo escape, anunció su llegada.

El nombre del doctor Perrón es conocido de todo el mundo científico.

Nada iguala á la seguridad del ojo médico del célebre práctico; pero nadie le iguala tampoco en la manera brusca de expresar su opinión.

Cuando entró, el corazón de la condesa y el de Fernanda latían con violencia.

La condesa le salió al encuentro y le dijo en voz baja:

—¡Salvadle, doctor, salvadle!

El cirujano no contestó; hizo una seña á su colega de Blois y habló con él durante algunos minutos.

Prestando oído se hubieran podido coger algunas palabras de esta conversación.

—¿Crimen ó accidente?... Lesiones internas!... ¡Caso muy grave!...

Después el cirujano se acercó al lecho y miró con la mayor atención al enfermo.

La fisonomía del doctor Perrón, tan expresiva, pero tan dura, se oscurecía por grados. Se volvió hacia su compañero y dijo:

—Tenéis razón; éste no es un enfermo; es un herido.

Después se sentó cerca de aquel cliente, á quien había conocido muy niño, y cogiéndole la mano izquierda entre las suyas, le dijo en voz baja:

—¿Habéis sido sorprendido?

El capitán abrió los ojos, pero no movió los labios.

—¿Atacado?...—prosiguió el doctor.

Y notando que Fernanda, oculta entre las cortinas del lecho, escuchaba con ansiedad las preguntas que hacía, añadió:

—¿Por malhechores tal vez?

El capitán hizo con la cabeza un signo negativo.

El doctor oprimió sus gruesos labios con aire contrariado.

—¿No queréis hablar, Rolando?—preguntó.

El herido murmuró, haciendo un esfuerzo:

—¡No puedo!...

El célebre práctico murmuró algunas bruscas palabras que significaban:

—¡Hay quien puede y no quiere!

—Sin embargo—añadió con cierta severidad,—si queréis salir de este mal paso, es pre-

ciso que me declaréis la verdad. Nosotros no podemos curar los males cuya causa no conocemos... ¿Qué os ha ocurrido?

Una amarga sonrisa pasó por los pálidos labios del oficial.

Con la mano hizo una seña muy disimulada al doctor; éste se acercó á él cuanto pudo, y entonces, Rolando, le dijo en voz baja:

—¿Para qué todas esas preguntas, si todos vuestros cuidados y toda vuestra ciencia me serán inútiles? ¡Estoy perdido!...

—¿Quién os lo ha dicho?

—¡Yo, que lo siento!

—¿Ha habido lucha?—preguntó el cirujano.

El capitán guardó silencio.

Pero el doctor repuso con tal acento de autoridad:

—¡Decídmelo! ¡lo quiero!—que con una mirada, pero solamente con una mirada, confesó el joven lo que además no podía negar.—¿Trataron de ahogarnos? ¿Os han destrozado!

—¿Para qué torturarme? ¡Debo callar!

—¿Quién os obliga á ello?

—¡El honor!

A esta palabra los dos hombres se comprendieron.

Sólo ellos se habían entendido.

El herido estaba muy débil.

Su voz salía por entre sus labios como un silbido.

La respiración era fatigosa, jadeante.

Al mismo tiempo, por el esfuerzo que había hecho, una espuma rojiza asomó á sus labios.

El doctor se puso en pie, murmurando sordamente.

El mal se le presentaba en toda su extensión.

Pero el capitán, á quien sin duda le había ocurrido una idea, le volvió á llamar con un gesto:

—¡Mi querido doctor!—le dijo con voz casi apagada—todo se explica en pocas palabras... ¡Una caída... una caída de un sitio elevado!... ¡Un accidente!

Los hombros del cirujano se agitaron.

Introdujo los dedos en sus cabellos grises.

—¡Sea—dijo—puesto que así lo quereis!... ¿Sufrís?

—¡Horriblemente!

—¿Aquí?—preguntó tocando el pecho del capitán.

—Sí.

No continuó su interrogatorio.

El relámpago de razón que había iluminado un momento aquel cerebro, abrasado por la fiebre, se apagó de pronto.

Rolando pronunció algunas palabras sin ilación y bruscamente se escapó de su boca con acento doloroso y apasionado este nombre:

—¡Teresa!

La condesa lanzó un grito de ira.

—Estaba segura de ello, ¡ellos le han asesinado!

—¿Quiénes?—preguntó el doctor.

—¡Ellos, los Montarón!

—¡Madre mia!—dijo á su vez Fernanda—¿Por qué acusarles? El no les acusa.

—¡Ah! defiéndelos aún si te atreves—repuso la madre con furia—¡Eso es un crimen, cuando tu hermano agoniza! ¿No es ese nombre que acaba de pronunciar el de esa muchacha maldita? Nos amenazaron, y sus amenazas no han sido vanas. ¡He querido impedirlo... ha sido imposible!

Y volvió á repetir su súplica.

—¡Doctor, salvadle, os lo suplico!

—¡A Dios es á quien es preciso pedirselo!—contestó el médico.

—¿No hay esperanza?

—Siempre se puede esperar... hasta el último momento; pero el mal es grave, interior, inaccesible para nosotros. Es imposible decir en este momento... Mañana tal vez...

Ni el uno ni el otro de los doctores se atrevían á dar á la madre y á la hermana del capitán la menor esperanza.

Una hora después de su llegada salía el doctor Perrón de la habitación del enfermo, aprobando todo lo que su colega de Blois había ordenado.

La madre y la hermana del paciente le siguieron á una sala inmediata, y allí las dijo sin rodeos.

La situación es grave. Todos los milagros son posibles con la juventud, pero en este momento todo es de temer también.

—¿Está en tan gran peligro?—exclamó la condesa.

—En muy gran peligro, señora. Si tiene algo que disponer y tiene algún momento lú-

cido, haced que lo aproveche. Mi presencia es inútil, ahora al menos... ¡Si ocurre algún accidente que me avisen!

El doctor se retiró á la habitación que le tenían preparada.

Fernanda, obligada por su madre, se retiró á su cuarto para intentar descansar un poco.

La verdad era que la condesa quería estar sola con su hijo para arrancarle el secreto.

Un violento deseo de venganza se mezclaba en el corazón de aquella implacable mujer al dolor que la torturaba.

El naciente día aclaraba con incierta luz las ventanas, cuando el joven dijo con doloroso tono.

—¡Quiero agua!

La condesa se apresuró á darle la poción prescrita por los médicos.

El herido la bebió con avidez y pareció experimentar un bienestar indecible.

El rostro de su madre se iluminó de pronto.

—¿Sigues sufriendo?—preguntó á su hijo con ternura.

—¡Menos! ¡Me parece que esto ha concluido, pero me siento tan débil!... ¡Es como si no viese ya!...

Al cabo de un momento, hizo un esfuerzo y repuso:

—¡He reflexionado: quiero morir tranquilo!

—¡Vivirás!—murmuró la condesa.

—¡Tal vez!—dijo el herido con indiferencia, —pero lo dudo. ¡Dame lo necesario para escribir!

—¿Qué quieres hacer?

—¡Cumplir con mi deber!

La condesa obedeció.

¿Iría por fin á declarar lo ocurrido?

El capitán trazó con insegura mano unas cuantas líneas, que encerró en un sobre, y dió á su madre, diciéndola:

—¡Ahora mi conciencia está tranquila! ¡Júrame hacer lo que confío á tu honor!

—¿Qué es?

El herido, falto de fuerzas, y aletargado también por el calmante que acababa de tomar, se dejó caer sobre las almohadas y cerró los ojos sin responder.

¡Su fin estaba próximo, no era posible dudarle!

Cuando los primeros rayos del sol penetraron en el gabinete, el doctor Perrón, entró en él sin que nadie lo hubiese llamado.

Cuando llegó cerca del lecho de su cliente, sacó el reloj, miró las agujas que marcaban las seis y dijo entre dientes:

—No creía yo que llegara á esta hora!... ¡La juventud!...

Y volviéndose hacia la condesa, preguntó:

—¿Habéis llamado á un sacerdote?

Esta era una sentencia sin apelación.

Fueron corriendo á llamar al cura del pueblo, que no distaba del castillo más que algunos cientos de metros.

Cuando entró el cura apenas respiraba el agonizante.

Fernanda, después de haber pasado toda la

noche en vela y de haber ido veinte veces á ver á su querido enfermo, estaba arrodillada cerca del lecho de su hermano y derramaba lágrimas á torrentes.

Los criados del castillo, cabizbajos y guardando un silencio absoluto, estaban al pie de la cama.

La condesa, siempre altiva, aun ante aquel desastre, que hubiera debido agobiarla, parecía reflexionar.

A las diez espiró el pobre joven sin pronunciar una palabra, entre su madre y su hermana que le tenían cogida una mano cada una.

Pero su última mirada, ya vidriosa y empañada por las nieblas de la muerte como un espejo por las brumas del invierno, se había fijado en los ojos de su madre, suplicándola que cumpliera el juramento que había solicitado de ella y que ella no había pronunciado.

¡Todo había concluido!

La señora de Corbiere depositó un beso en la frente, ya fría, de su hijo, y oprimiendo febrilmente en su mano el papel que le había entregado, fué á encerrarse en su cuarto.

¿Qué contenía aquel sobre?

Tenia verdadera ansia por saberlo.

Rompió el sobre y sacó el papel, en el cual había escritas unas cuantas líneas.

Y con estupor creciente leyó lo que sigue:

«Este es mi testamento:

»Que no se acuse á nadie de mi muerte. Es debida á una imprudencia mía.

»Antes de morir, cumplo con un deber sagrado reconociendo la criatura que debe nacer de Teresa Montarón.

»Doy á esa criatura y á su madre todo lo que me pertenece.

»La Ferté-Montarón, á diez y siete de octubre de mil ochocientos ochenta y...

»ROLANDO DE CORBIERE.

La firma, aunque se veía que estaba hecha con mano temblorosa, estaba bastante legible.

Cuando hubo concluido la lectura de este documento, tan corto, pero tan expresivo, la condesa parecía aterrada.

Pero pronto sobrevino una verdadera indignación.

¡Reconocer que su hijo había tenido por querida á aquella Teresa! ¡Admitir en su familia al hijo de aquella miserable y enriquecerla con una fortuna de más de dos millones de francos! ¡Dejar, en fin, impune aquel asesinato que la quitaba á su hijo predilecto!

¡Jamás!

En un movimiento de cólera estrujó entre sus manos aquella hoja de papel, que hubiera querido reducir á polvo.

El fuego era un medio más seguro de destruirlo.

Encendió una bujía y acercó el papel á la llama, indecisa aún, y retrocediendo tal vez ante uno de esos crímenes que pesan eternamente sobre las conciencias.

En aquel momento se abrió la puerta, y rápidamente, temiendo ser sorprendida, metió en un cajón de su escritorio aquel testamento que dos segundos más tarde hubiera devorado la llama.

Barassón entró.

—¿Qué quereis?—le preguntó con dureza.

—Ahí están unos caballeros que desean hablar á la señora condesa.

—¿Quiénes son?

—Creo que uno de ellos es el fiscal de Romorantin, el señor Desloges, con el juez de instrucción y un escribano. Vienen con ellos unos gendarmes.

—¡Ah!—dijo la condesa sonriendo con malicia.—¡La justicia... el juzgado! Y con sequedad ordenó.

—¡Está bien!... ¡Que pasen á la sala!... ¡Allá voy!

IX

En el que se presentan los golillas.

Allí estaba, en efecto, todo el tribunal de Romorantin, menos el suplente, un excelente joven que había ido á pasar unos días á París.

El escribano, señor Laconture, era un alegre compadre, que de ordinario acompañaba á los magistrados en sus salidas.

El escribano no veía en estas excursiones más que un pretexto para abundantes festines en las posadas del distrito y para hacer comparaciones entre los vinos de las diversas bodegas del país.

El juez de instrucción, señor Robinier, era el tipo opuesto, tan débil y delgado, como el escribano era obeso y corpulento, tan empaquetado como sencillo en el vestir el otro, con sonrisa burlona y tan severo é irritable, como el escribano era indulgente y bondadoso.

El señor Robinier, con su monóculo colocado en el ojo izquierdo, y la nariz puntiaguda en forma de pico, tenía aire astuto y tan sutil, que pocos crímenes se le quedaban ocultos.

Esta pretensión tenía él al menos.

Así es que cuando á eso de las diez de la noche, habían ido á buscarle al círculo en donde jugaba una partida de *besigue*, á cincuenta céntimos con el señor Lapierre, un comercian-

te rico que trataba en maderas del país, se había estremecido de satisfacción á la primera noticia.

Si no hubiese escuchado más que á su ardor, sin duda ninguna que se hubiera puesto en camino inmediatamente, aunque hubiera tenido que viajar de noche para estar cuanto antes en el lugar del suceso; pero había sido preciso esperar hasta el día siguiente á causa del fiscal señor Desloges.

Este era un tipo completamente distinto.

En el fondo, el fiscal era perezoso como una marmota, y se preocupaba tanto de los dramas, delitos ó crímenes, como del año cuarenta con tal de que no se tocase á su amable persona, ó á sus cuantiosos bienes.

Desde muy temprano estaba en movimiento el cochero del juzgado y antes de que el señor Desloges se hubiese levantado, sintió que el coche llegaba y se paraba á su puerta. Mientras se vestía y disponía para el viaje, oía el chasquido del látigo del cochero, cosa que le demostraba la impaciencia con que era esperado, y decía para sí:

—Ese Robinier se desespera. ¡Cuanto me alegraría que se encontrase burlado! ¡Que no diese con los criminales, si es que los hay!

Cuando la condesa de Corbiere entró en la sala en que Barasson les había introducido, el fiscal y el escribano se inclinaron mientras que el pequeño Robinier, siempre dispuesto á atribuirse los primeros papeles, avanzaba hacia ella y decía:

—Nuestros deberes, señora condesa, nos

obligan á veces á dar pasos, crueles para nosotros y para los demás: Con mucho sentimiento venimos el fiscal y yo á molestaros en circunstancias tan dolorosas; pero nos vemos obligados á hacerlo... ¡Vuestro hijo ha sido herido por una mano criminal!...

—¡Tal vez!...

—¡Oh! ¡Estoy seguro de ello! ¡Se ha hablado de una caída!... ¡Una caída no hubiera producido los efectos desastrosos que han traído la muerte!...

—¿En resumen, qué deseáis?

—En primer lugar, darnos cuenta de las causas de la defunción.

—¿Cómo?

—Haciendo practicar la autopsia....

La señora de Corbiere se estremeció.

Pero la reflexión la hizo dominar el horror de aquella idea.

Era un sacrificio que podía hacer por su odio

—¿Es verdaderamente indispensable?— preguntó.

—Sin la menor duda; á menos de que vos podáis afirmar que no ha habido crimen.

La condesa guardó silencio.

—¡Ya veis!—observó el irresistible juez— ¡que ni vos misma os atrevéis á negarlo, y tenéis razón! ¡La evidencia se impone! ¡Deseamos saber además si tenéis alguna sospecha, de quién puede haber sido el autor de ese abominable asesinato!

—El Sr. Robinier se volvió hacia el fiscal y le preguntó:

—¿Es eso, no es verdad?

—¡Sin duda, sin duda!—dijo distraidamente el Sr. Desloges, que examinaba el retrato de una marquesa de cabeza empolvada y agraciado rostro.

—La condesa pareció reflexionar, pero no contestó. El juez añadió:

—Ha llegado á nuestra noticia que hace pocos días os amenazaron. ¿Es verdad?

—Es verdad,

—¿Los Montarón, no es así?

—Precisamente.

—¿Con qué motivo? ¿No fué á causa de haber sido cogidos por los guardas cazando en vuestra posesión?

—En efecto, ¿cómo estáis tan bien informados?... Por mi parte debo declarar que yo no acuso á nadie.

—¡Por generosidad!

—¡Ignoro y quiero seguir ignorando cómo ha ocurrido la horrible desgracia que me priva de un hijo tan querido! ¡Quiero encerrarme en mi dolor! ¡No tengo valor ni fuerzas para pensar en otra cosa!...

Esto fué dicho con un abatimiento admirablemente simulado.

La condesa sufría sin duda cruelmente, pero su odio la sostenía.

Añadió, con la hipocresía de que acababa de dar pruebas:

—Os repito que yo no acuso á nadie y no tengo más que un deseo, el de ver á mi desgraciado hijo descansar en paz cerca de mí, pero se que mis palabras no podrán conteneros... ¡Ca-

balleros, sois libres! ¡Cumplid con vuestro deber!

Suspiró profundamente, llevó el pañuelo á sus áridos ojos y saludando á los tres hombres, que se inclinaron, se alejó.

En aquel momento, un anciano, alto, con un palo en la mano, caminaba por el bosque á toda prisa, dirigiéndose á la Boca del Lobo.

Era el cazador de topos.

Cumplía la promesa que había hecho á Teresa.

La víspera había ido dos veces á llevarla noticias.

En su última entrevista no la había dicho más que estas palabras:

— Sigue muy mal, no hay esperanza.

Aquel día, al encontrarse con ella, fué más breve.

— ¡Ha concluido! — dijo.

La desgraciada no pronunció una palabra.

Se metió en su pobre cuarto y, cayendo de rodillas al pié de la cama, ocultó el rostro entre las manos y lloró amargamente.

El hombre que acababa de morir, la había amado, no lo dudaba.

¡Perdido para siempre!

Ahora le había perdido.

Le veía con los ojos cerrados, tendido en su lecho, pálido y sin vida, entre su madre, altiva, á pesar del golpe terrible que había recibido, y su hermana Fernanda, cuya gracia admiraba ella cuando algunas veces la veía paseando por el bosque, ó los días de fiesta en la iglesia de La Ferté.

A aquella no podía odiarla.

Se sentía abatida, sin fuerzas, sin valor.

De todas las ideas que bullían en su pobre y trastornada cabeza, una sola dominaba aquel caos.

Era la de que ya no tenía apoyo, ya no tenía porvenir, ya no tenía esperanzas, y que el país, la habitacioncita en que se resignaba á vivir antes, contentándose con nada, con un rayo de sol, con una palabra de su madre, con una caricia de sus hermanos, de quienes era la niña mimada, le eran ahora odiosos.

Quería abandonarlo todo, huir de allí.

¿Pero adonde ir y con qué recursos?

¿Qué hacer, en fin, cuando su deshonra estuviera á la vista de todos?

¿No había perdido al que debía de ser su apoyo?

Al pensar en esto venían á su cabeza ideas de muerte, de suicidio.

De estas reflexiones la sacó el ruido de caballos y coches que se aproximaban á la granja.

Se levantó de pronto y se asomó á la ventana.

Un temblor repentino se apoderó de ella.

Cuatro gendarmes escoltaban un coche lleno de lodo, que avanzaba con trabajo por el camino, lleno de baches y hecho un lodazal por la lluvia de las noches precedentes.

Pronto el coche y la escolta atravesaron el pórtico y entraron en el patio.

Cuando el coche y la escolta pasaron por enfrente de la ventana donde estaba Teresa, ésta oyó una voz algo alegre, que decía:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APR. 18 1925 MONTERREY, MEXICO

—¡Diablo, qué muchacha tan hermosa!
Era el escribano Lacouture, que se había admirado al verla.

Al mismo tiempo el juez de instrucción replicaba con voz áspera:

—¡Hé ahí la causa!

—¿Quién es ella!—dijo irónicamente el fiscal.

—¿Sabemos quien es—contestó el señor Robinier!

El juez se frotaba las manos; su pequeña persona se estremecía de satisfacción de los pies á la cabeza.

Adiós gracias el asunto no marcharía mal.
¡El señor Robinier se vanagloriaba de tener ya el hilo!

Sin embargo su entrada en el patio de la Boca del Lobo, no producía el efecto que él esperaba.

El mayor de los Montarón, que arreglaba sus caballerías, se detuvo volviendo hacia los recién llegados un rostro placido, en el cual no se podía descubrir ninguna huella de inquietud.

El sargento que mandaba la pequeña escolta de gendarmes se dirigió á él y le preguntó:

—¿Sois un Montarón?

—Sí señor, el mayor.

—¿Y los otros?

—Por ahí andan.

—¿Puede avisarles?

—¿Para qué?

—Se ha cometido un crimen...

El señor Robinier intervino diciendo:

—Yo soy el juez de instrucción de Romorantin y este caballero el fiscal.

Pedro Montarón iba á contestar, pero la cancela que separaba el patio de la huerta se abrió y apareció en ella Juan Montarón con un azadón en la mano: Guillermo le seguía á dos pasos de distancia, empujando ante sí una carretilla llena de estiércol.

Estaban prevenidos.

El cazador de topos había visto entrar el coche en el castillo y había ido á decir á sus amigos de La Boca del Lobo:

—¡Atención! ¡Ahí están!

El juez se bajó del coche y dijo con autoridad:

—¡Que nadie se aleje!

Y muy sarcástico al encontrarse con los hermanos que varias veces habían comparecido ante el tribunal por delitos de caza, añadió:

—¡Eh! ¡eh! ¡Me parece que estamos entre gentes conocidas!

Al mismo tiempo, al través de su monóculo, dirigía el rayo de sus pupilas grises sobre los tres hermanos, alternativamente, como si hubiera querido fascinarles con su famosa mirada de águila.

Ninguno de los tres hermanos pestañeó.

—¿Es vuestra hermana la joven que hemos visto al entrar?—preguntó.

—Sí, señor—dijo Juan.

—La interrogaremos después; primero á vosotros.

—¡Ah!—dijo Guillermo,—¡venís á!

—A evacuar un interrogatorio—concluyó el señor Robinier, con tono brusco.

—Hacedme el favor de pasar—dijo atentamente el mayor de los Montarón.

La anciana madre había abierto la puerta y estaba en el dintel.

La sirvienta apareció á su vez en la entrada de un establo.

—¿No tenéis otros parientes aquí?—preguntó el señor Robinier.

—No, señor.

—Bueno.

El fiscal, como la mayor parte de las gentes del país, conocía la historia de los Montarón y de los Corbiere-Latouche.

Era casi compasión lo que sentía por aquella familia decaída.

Los delitos de caza, por los cuales se había visto obligado tantas veces á condenarlos, le parecían ligeras faltas.

Para decirlo todo, en una palabra, hubiera querido encontrarlos inocentes, y los compadecía al creerlos entre las garras de Robinier.

Con una mirada benévola Lacouture infundió ánimo á los pobres muchachos para que se mantuvieran firmes.

El aviso era superfluo.

Momentos después el tribunal estaba instalado en la cocina. Los tres funcionarios estaban sentados, y los hermanos, en pie y apoyados contra la pared, esperaban el interrogatorio.

La anciana volvió á ocupar su puesto en el rincón, y siguió haciendo media, como si hubiera estado sola.

El señor Robinier comenzó diciendo:

—¿Conocéis el objeto de nuestra visita? Guillermo contestó:

—No, señor.

—Un joven de una familia muy respetable, un oficial, ha muerto esta mañana en el castillo de la Ferté. Vosotros no ignoráis esto.

—Es verdad.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Por un pobre hombre que acaba de llegar del castillo de la Ferté.

—¿Se llama?

—El Cazador de topes.

—¿Es amigo vuestro?

—Sí, señor.

—Vosotros habéis sido condenados varias veces por cazar furtivamente.

—Eso es cierto respecto á Juan y á mí, pero no lo es respecto á nuestro hermano mayor, quien no se ocupa más que de su trabajo.

—Esos delitos han sido cometidos en las posesiones de la señora de Corbiere, y atestiguados por sus guardas.

—Es posible.

—¿Es cierto!—rectificó el juez.—Hace dos días que los mismos guardas os sorprendieron *in fraganti* y os condujeron al castillo. ¿No es cierto?

—Fuimos porque quisimos seguirles—rectificó Juan con brusco tono.

—En efecto—añadió Guillermo,—los acompañamos porque yo quería hablar á la condesa.

—¿A propósito de qué?

—Para decirle que somos parientes y que lo olvida con frecuencia.

La madre de los Montarón suspendió su trabajo y dijo con cascada voz:

—Entre parientes es malo hacer uso de tanto rigor. Nosotros nos hubiéramos portado de otro modo, pero cada uno obra como le parece, ¿no es verdad?

No había pesadumbre, ni irritación en su cara plácida y resignada.

El alegre Lacouture dirigió una mirada al fiscal.

Esta mirada quería decir:

—Tiene razón la buena mujer.

El juez repuso dirigiéndose á Guillermo:

—No es menos cierto que en vuestra entrevista con la condesa, os atrevistéis á amenazarla.

—Dispensadme. Yo dije simplemente á la señora de Corbiere: «Guardad cuidadosamente vuestros bienes, que nosotros guardaremos los nuestros.»

—¿De qué bienes queréis hablar?

—De los que poseamos.

—Vosotros no poseéis gran cosa, en suma.

—Razón de más para cuidarnos de ello con más interés. La caza de la Ferté nos arruina, los ciervos nos comen los trigos, que ya de por sí son pobres; los jabalíes nos echan á perder los sembrados y los conejos completan la obra. Y además de esto, una banda de guardas nos ojea como si fuéramos lobos. ¿Qué es lo que vos haríais en nuestro lugar?

—Existe la justicia. Dirigirse á ella.

Guillermo se echó á reír con desdén.

—¡Ah! sí; valiente cosa adelantáramos.

Lacouture estaba gozando al oír á Guillermo que se expresaba como hombre seguro de su derecho y cuya conciencia está tan limpia como el agua de un arroyo cristalino.

El escribano se decía haciendo votos por las víctimas de aquel Robinier.

—Te vas á quedar con tres palmos de narices, amiguito.

Pero el juez no se desanimaba.

—¿No sería más bien—repuso—que hiciérais alusión á otros bienes, á bienes de una naturaleza muy diferente?

—¿A cuáles, si haceis el favor?—preguntó Guillermo—yo no entiendo de enigmas.

—Necesito abordar primero un punto delicado. Se dice por ahí que el señor de Corbiere venía con frecuencia por estos sitios, atraído por una joven hermosa.

Juan Montarón se puso violentamente colorado.

Los ágiles dedos de la anciana se pararon de pronto, y su mirada se fijó en el diminuto Robinier.

—¡Caballero!—dijo Guillermo en un tono en que se veía un principio de irritación.

El juez no se dejó intimidar.

Tenía tras sí á los gendarmes dispuestos á echarse encima de aquellos rústicos si se atrevían á rebelarse.

—Tengo un deber que cumplir—declaró el señor Robinier con altivez—y lo cumpliré.

El señor Desloges le dijo al oído:

—¡Tened presente que está ahí su madre!

—¡La verdad ante todo!—replicó el juez con

el tono del hombre que no transige en cuestiones de principios.

La anciana principiaba á comprender.

Su cara, de ordinario apergaminada, se animaba; sus ojos grises estaban fijos en la cara de guarda del juececillo con una fijeza penetrante.

—¿No era de Teresa de quien queria hablar aquel engendro?

La madre se admiraba de la paciencia y de la calma de sus hijos en presencia de la insolencia del juez.

Robinier continuó:

—Pesando las circunstancias que han acompañado al fin del desgraciado capitán, se concluye por pensar que fué atraído á un lazo y atacado por malhechores...

—¿Con qué fin?—preguntó irónicamente Guillermo de Montarón.

—Ese es el único punto oscuro que subsiste en mi imaginación. De todos modos el señor Rolando de Corbière fué tratado con la mayor violencia y dejado por muerto en el sitio; eso se ha visto claro.

—Hubiera denunciado á sus asesinos—repuso Guillermo con la misma sangre fría.

—Si él no lo ha hecho, á nosotros toca descubrirlos, y los descubriremos.

Y añadió con tono de amenaza:

—Si he de creer á mis presentimientos, los asesinos no están lejos.

—¿En dónde los suponéis, pués?

—Aquí.

Para juzgar el efecto de sus palabras, el

juez paseó á su alrededor su terrible mirada.

Y he aquí lo que vió.

El fiscal, señor Desloges, principiaba á encontrar larga la sesión, y á pesar del interés de la causa, luchaba contra una imperiosa necesidad de dormir.

Le habían hecho madrugar mucho y además los treinta y seis kilometros de coche le habían cansado.

—Démonos prisa, os lo suplico,—dijo.

La madre de los Montarón estaba casi en pie dominada por una indignación que no podía contener.

El mayor de los hermanos, que estaba recostado contra la pared al lado de Magdalena, había avanzado un paso.

—¡Os equivocáis, caballero!—exclamó con indecible acento de sinceridad—¡Aquí no hay más que gente honrada!

El señor Robinier contestó:

—¡Eso es lo que vamos á ver!

Los otros dos hermanos conservaban su aspecto tranquilo.

De pronto preguntó el juez:

—¿Quién de vosotros se llama Juan?

—Yo—dijo Juan dando un paso hacia adelante.

—Está probado que, la noche del crimen, salió el señor de Corbière del castillo á cosa de las diez. ¿Dónde estabáis á esa hora?

—En mi cama.

—Luego estabáis en la Boca del Lobo.

—Es probable.

—¿Es cierto?

—Es un detalle de tan poca importancia que ni aun intento acordarme de él.

—En resumen, ¿os negais á contestar á lo que os pregunto?

—No señor.

—¿Y esclarecer á la justicia?

—¡Qué se esclarezca ella misma!

—¿Y vuestros hermanos, donde estaban?

—Preguntadse lo á ellos. Aquí estarían, supongo yo. ¡Cuándo no se posee más que una mala casa, en ella se está, sobre todo cuando llueve, y lo hacia bien hace dos días!

—Segun todas las probabilidades fué á la Boca del Lobo á donde se dirigió el señor de Corbière.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo sé.

—Sabéis más que nosotros. ¿Y con qué objeto vendría aquí ese caballero? si teneis á bien decirnos.

—La señorita de Montarón es quien podría contestar á esa pregunta.

Juan Montarón se adelantó como si un resorte de una potencia extraordinaria le hubiera impulsado; pero Guillermo le tiró de la blusa y le obligó á permanecer inmóvil diciéndole.

—¡Quieto! ¿No ves que el señor ejerce sus funciones?

El juez se había vuelto con viveza hacia la puerta.

Dos gendarmes estaban apoyados en el quicio.

Robinier respiró.

El juez comenzaba á comprender que no sacaría nada de aquellas gentes.

Quiso dar un golpe decisivo.

—Gendarmes—dijo—buscad á la señorita de Montarón y traedla.

La madre, con las manos unidas, suplicó:

—¡Caballeros, es una criatura inocente, os lo juro! ¡Eso será para ella un dolor y una vergüenza inútil!

Juan apenas podía dominarse.

—¡Madre mía—dijo—no os rebajéis á suplicar!...

A los gendarmes no les costó trabajo cumplir la orden. En el momento en que se ponían en movimiento para ejecutarla, se abrió la puerta y entró Teresa.

Estaba lívida, desencajada; pero atravesó la sala con paso firme y fué á colocarse al lado de su madre, como para ponerse bajo su protección.

Un estremecimiento de placer corrió por las venas de Lacouture, que fijó sus ávidos ojos en el rostro de la joven.

El fiscal se rascó ligeramente la oreja.

Pensaba como el juez de instrucción.

Allí estaba la clave del misterio, la causa del drama. El señor Desloges se imaginaba toda una intriga de amor. Rolando se había prendado de aquel encanto, de aquella belleza; enamorando á aquella criatura, por placer al par que por pasatiempo, había sido sorprendido por los hermanos de su querida, y había sido víctima, después de todo, de sus propias faltas.

—Señorita—ordenó el juez,—dignaos acercaros. Tengo algunas preguntas que haceros. Teresa dió un paso hacia adelante.

Vestía un traje de estameña negra, mal cortado, pero que no conseguía ocultar el hermoso talle, aunque delgado aún, de la joven.

Sus hermosos cabellos levantados descubrían su dorada nuca, sobre la cual el escribano dirigía sus miradas violentamente iluminadas.

—Reflexionad acerca de lo que os voy á preguntar, señorita,—repuso Robinier con acento patético,—y decidme toda la verdad. ¡De otro modo me verá obligado á poner os en manos de la justicia y á aseguraros!

—¿Por qué? caballero.

—¡Como cómplice de un asesinato!

—¡Yo!—exclamó la joven.—¿Y de qué asesinato?

—¡Del de Rolando de Corbiere, vuestro amante!

La madre se levantó indignada.

—¡Mentís, caballero!—dijo.—¡Eso es una infamia!

—Guillermo intervino de nuevo:

—Madre mía—dijo,—dejadle decir! ¿No estamos condenados á soportarlo todo nosotros?

—Contestad,—ordenó el juez dirigiéndose á la joven.

Guillermo cambió una rápida mirada con su hermana. Con aquella mirada la advertía del peligro que la amenazaba, y ella contestó en el mismo mudo lenguaje:

—No temas nada: no seré yo quien os delate. Y mirando frente á frente al juez, le dijo:

—No debo cuentas á nadie de mi conducta más que á mi conciencia y á mi familia. No tengo nada que contestaros más que, que no sé lo que quereis decir. ¡Prendedme, torturadme, no diré nada más!

—¿No visteis al señor de Corbiere hace dos días?

—He visto con frecuencia al señor de Corbiere pasar por los caminos de la Boca del Lobo. ¿Qué importa que haya venido aquí ó no?

—Importa mucho, puesto que si no hubiera venido aquí, estaría aún lleno de vida.

El juez extendió el brazo hacia la salida de la granja.

—Allí es donde fué herido—afirmó.

Teresa contestó simplemente:

—Vos sois quien debe probar que eso es cierto. Yo no sé lo que quereis decir.

—¡Hola! ¡hola!—pensaba Lacouture encantado.—No se acobarda la pequeña. ¡Qué familia, hijos míos!

El asunto tomaba mal aspecto para el juez.

—Veo que no quereis hablar—repuso Robinier muy agitado.

—¿Qué quereis que yo os diga?

—Lo que sabéis perfectamente.

—Explicaos.

—Hace cuatro meses, poco más ó menos, que el señor de Corbiere llegó á la Forté-Montaron en uso de licencia. Está probado que desde los primeros días de su llegada se entablaron relaciones entre vos y él, ó al menos que él intentó entablarlas. La Boca del Lobo pare-

cía ser el sitio adonde dirigía sus paseos. Los guardas así lo han declarado...

—Esos son invenciones.

—Existe en vuestra familia un odio mortal hacia los propietarios del castillo de la Ferté. Ese odio se ha manifestado en diversas ocasiones, muy especialmente el día del crimen, por amenazas dirigidas á la condesa...

—Lo ignoro.

—Intentáis despistarme y no lo conseguiréis. Todo contribuye á hacer creer que vuestros hermanos debieron atraer al capitán á la Boca del Lobo, ayudados por vos, á fin de llevar á cabo la detestable venganza que habian anunciado á su madre.

Teresa movió la cabeza.

Una ligera sonrisa asomó á los labios del fiscal.

Lacouture no se contenía ya.

El juez lo notó, sin duda, porque le lanzó una mirada terrible; pero se veía que él mismo comenzaba á cansarse.

El sudor corría por su frente.

¡Los Montarón no eran tan fáciles de intimidar como él había creído!

—Está bien—dijo con tono brusco.—Voy á conferenciar con el señor fiscal, y es probable que paguéis cara vuestra obstinación. Después de algunos días de prisión os decidiréis á declarar.

—¡Mi hija presa!—exclamó la pobre anciana arrojándose en los brazos de Teresa.—¡No me la llevaréis sino á la fuerza!

—¡Que diga la verdad; yo no la pido más!

La anciana se dirigió al fiscal, cuyo rostro la inspiraba confianza, y le dijo en suplicante tono:

—Caballero, vos veis que mi hija es inocente y que no puede ser detenida. ¡Eso sería indigno! ¡Que me lleven á mí entonces! ¡Vos no permitiréis semejante injusticia! Eso sería odioso. ¡Vos sois bueno!

La aldeana se había acercado al señor Deslojes y le suplicaba con la voz, con los ojos, y con sus manos tendidas hacia él, con un acento tal de dolor, que el fiscal estaba sumamente emocionado.

—Tranquilizaos—la dijo.—Si no existen pruebas contra ella, ¿por qué detenerla?

—¡Y no las hay, á Dios gracias!—le dijo al oído el escribano.—¡Me parece que el señor Robinier está en una pista falsa! ¡Hace mal en atormentar á estas pobres gentes!

El fiscal era del parecer del escribano, pero su naturaleza de sibarista odiaba las discusiones, y la idea de un conflicto con el venenoso y turbulento Robinier le repugnaba.

El juez de instrucción comprendió su vacilación y se aprovechó de ella.

Cogió al fiscal por un brazo, y llevándosele á un rincón de la cocina, le dijo:

—Cuento conque no flaquearéis; eso sería de un efecto deplorable. ¡Comprenderéis que un crimen tan grave, tan ruidoso, no puede ser ahogado así como se quiere! ¡Los periódicos van á hablar de él, y nos pondríamos en evidencia! Se trata de un oficial distinguido, de una familia respetable... Para mí los asesinos están aquí...

—¡Pero son disculpables, en todo caso!—objetó el fiscal con timidez.

—Eso será cuestión de la defensa... Lo que yo quiero demostrar es que los Montarón son los autores del crimen... El jurado decidirá lo que quiera.

—Pero esa joven... ¿No será á ella á quien acusaréis?

—¡Quién sabe!... No me cabe duda de que ha sido cómplice.

—No tenéis pruebas.

—Las encontraré.

—En resumen, ¿qué queréis?

—Que me ayudéis. No podemos dejar á estos malhechores en libertad.

Robinier añadió con acritud:

—Voy á hacer que los prondan al instante. Después conseguiré que declaren, yo os respondo de ello, y habremos cumplido con nuestro deber.

El fiscal rogó al juez; pero todo lo que pudo conseguir fué que se dejase en libertad al mayor de los Montarón, á Teresa y á su anciana madre.

A no haber sido por él, Robinier hubiera metido en los calabozos de Romorantín á toda la familia, atada de pies y manos.

El escribano tenía en su cartera mandatos de prisión en los que no había ya necesidad más que de poner los nombres de los detenidos.

El juez llenó dos, á nombre de Guillermo y de Juan Montarón, y entregándoselos al sargento de gendarmes, le dijo:

—¡Cumplid con vuestro deber!

Los dos hermanos no opusieron resistencia.

Habían temido que el juez detuviera también al pobre Pedro, que miraba aquella escena sin comprenderla, con la serenidad del hombre que nadie puede revelar nada contra él y confía en la inocencia de los suyos.

Teresa se arrojó en los brazos de sus hermanos, murmurando muy bajo, con voz que les llegó al alma:

—¡Perdón!

Juan y Guillermo la estrecharon contra su pecho en una explosión de ternura, abrazaron á su madre, á Pedro y á la criada con efusión, y Guillermo, mirando de arriba á bajo á Robinier con desprecio, les dijo:

—¡No temáis nada! ¡Estamos acostumbrados á sufrir! ¡La mala suerte no se cansa de perseguirnos, pero volveremos!

Errores que se pagan.

El ambicioso Robinier tenía razón.

El asunto fué ruidoso.

Pocos días después su nombre se veía impreso en todos los periódicos de Francia y en particular en los de su departamento.

Se ensalzó la celeridad del juez de instrucción y la claridad de sus conclusiones.

Pero su alegría no fué completa.

Hasta el día de la vista de la causa tuvo que temer el éxito.

Faltaba la base principal.

Los Montarón no habían confesado el delito.

Su mirada de águila no producía ningún efecto sobre los hermanos Montarón.

Su sutileza, su astucia, su truhanería y sus amenazas, se estrellaban contra el firme propósito que habían formado de no decir nada.

Cuando hablaban era para decirle:

—¡Cumplid con vuestro deber!

La mayor parte de las veces no le contestaban más que con una sonrisa de desprecio. Robinier se quemaba.

Pero en medio de su cólera iba amontonando tantas presunciones, tantas hipótesis, tantas probabilidades, que á fin de cuenta formaban un protocolo enorme.

La autopsia le había proporcionado un argumento de mucha fuerza.

Había demostrado, sin dejar la menor duda, que el desgraciado capitán había sido ahogado en una lucha, destrozado por formidable presión.

Ningún accidente hubiera podido producir los efectos comprobados por el cirujano.

Por otra parte, un leñador había declarado que la noche del crimen había ido tarde á su casa y que al pasar por el bosque había oído los relinchos del caballo hacia el sitio en que los guardas, estimulados por Barassón, habían descubierto y juzgado que debió estar el animal, pues las huellas que allí había dejado no daban lugar á dudas.

El leñador declaró que, sorprendido en un principio, continuó después su marcha, pensando que se trataría sin duda de alguna escapada del señorito del castillo, á quien varias veces había visto por los alrededores de la Boca del Lobo.

Y añadió al fin:

—¡Todo el mundo sabe en el país que allí hay una hermosa joven!

Este era un cargo agobiador para los Montarón.

Una guardesa de patos declaró que había visto con frecuencia á Teresa á la ventana de su habitación y á Rolando de Corbiere, que desde afuera hablaba con ella.

Esta guardesa dejaba comprender, además, que podía decir mucho más acerca del asunto, si quisiera; pero que no la gustaban los chismes.

Y apremiada por las preguntas de Robinier,

concluyó por declarar que el capitán había entrado una noche en la habitación de Teresa, después de haber dejado el caballo allí donde decía leñador que había oído los relinchos la noche del asesinato.

El cazador de topes se negó á declarar el sitio preciso en donde había encontrado al herido, llevado por él al castillo á eso de las dos de la mañana, y como su amistad con los Montarón era notoria, se deducía que si guardaba silencio acerca de este punto, era á fin de no comprometerles.

El asunto había hecho un ruido enorme en Romorantin y en Blois.

Se habían dividido las gentes en dos campos.

Los Montarón, según la opinión general, debían ser absueltos.

El nombre de Teresa se había hecho popular y su reputación de joven hermosa daba un atractivo novelesco á aquella tenebrosa historia.

Inútil es decir que el señor Lacouture y la mayor parte de los letrados del país hacían votos por ellos, en odio al pequeño juez de instrucción.

Los Montarón tenían de su parte á las gentes de negocios.

No sucedía lo mismo entre los propietarios.

Las persecuciones de que los hermanos habían sido objeto por el delito de caza furtiva, y las condenas que por esto habían sufrido; en una palabra, lo que se llama «los antecedentes», les causaban un daño horrible.

Ahora bien; la mayor parte de los jurados eran de estas gentes.

El asunto estaba dudoso, cuando un incidente extraño vino á privar á los Montarón de sus probabilidades de salir bien.

Los dos hermanos no habían ni aun pensado en nombrar defensor.

Juan Montarón estaba decidido á revelarlo todo ante el tribunal, cuando se encontrara frente al jurado, y al público, sin confesar, sin embargo, la deshonra de su hermana.

Que hubieran podido contestarle cuando él hubiera dicho:

—Pues bien, sí, yo sorprendí al capitán de Corbiere en mi casa, en la cual había entrado de noche como un ladrón. ¡Iba á seducir á la criatura que nosotros queremos con toda el alma, á arrebatarnos el único bien que nos quedaba en nuestra miseria! Hubo entre nosotros un duelo con las únicas armas que teníamos á nuestra disposición. El fué el más débil y yo le arrojé por la ventana. Allí es donde le encontré un caminante, y si á pesar de haber tenido algunos momentos lúcidos no ha querido hablar, es porque ha comprendido que el castigo era justo, que la lucha había sido leal y que después de todo, con sentimientos caballerescos que no puedo menos de alabar, ha querido morir sin acusarnos!

La casualidad debía disponer las cosas de otro modo.

Días antes del comienzo de las sesiones, se hizo saber á los acusados que tenían que nombrar defensor.

No conocían á nadie.

Un calabocero complaciente les indicó un abogado que gozaba entonces en Blois de gran fama.

Se hablaba mucho de él y se insertaban sus discursos en las crónicas del departamento.

Sabía manejar la prensa y hacer sonar las trompetas de la Fama.

En su calidad de soltero, el señor Letanneur de la Gigonniere no dejaba de asistir á ninguna de las reuniones que se daban en las casas más principales de la prefectura del Loir-et-Cher.

Cuando se hablaba del señor Letanneur de Gigonniere, era un concierto de elogios, sin nota discordante, en los salones de Blois.

En lo físico, el señor Letanneur de la Gigonniere era tal vez extremadamente distinguido, pero no se podía sostener que fuese guapo.

Tenia de treinta y ocho á cuarenta años.

Era alto, desgarbado; tenía la cabeza estrecha y larga, la nariz afilada, los ojos claros y unas patillas lacias y rubias, que le daban el aspecto de uno de esos ingleses que salen en las comedias y que no se ven nunca más que en el teatro.

Pero se perfumaba y vestía de pies á cabeza como una madama.

Los acusados no habían declarado nada.

Esto estaba bien.

El señor Letanneur se vanagloriaba de haber estudiado el proceso á fondo.

No habia ni un átomo de prueba contra los Montarón.

Serían absueltos sin la menor duda.

El defensor felicitó también á Teresa.

¡Se había sabido sostener de una manera admirable!

¡Ni una palabra comprometidora se le había escapado!

Todo marchaba bien.

Cuando Guillermo y Juan intentaron exponer á su presuntuoso defensor el efecto que produciría la verdad declarada en plena audiencia, el abogado se sulfuró.

¡Confesar!

¡Nunca!

¡El asunto estaba seguro! ¡Era imperdible! ¡El lo garantizaba!

El 25 de noviembre comparecieron los hermanos ante el tribunal para la vista de la causa en el Palacio de Justicia de Blois.

En la Boca del Lobo se esperaba la sentencia con ansiedad.

Esta célebre causa había atraído á la capital una gran afluencia de curiosos.

La sala estaba completamente llena.

Naturalmente, las señoras de la alta sociedad ocupaban los mejores sitios y rivalizaban en elegancia, como si hubieran ido á uno de los principales teatros.

Las había por todas partes, á la derecha, á la izquierda, entre los abogados y hasta detrás del sillón del presidente.

En el banco de la defensa, el señor Letanneur de la Gigonniere, con sus patillas claras, adorablemente peinadas, su raya hecha con un cuidado extremo, la pechera de la camisa de

una blanca deslumbradora, las manos delicadas, finas y cuidadas como las de una dama, parecía tan seguro de sí mismo, que su confianza había concluido por apoderarse de sus mismos clientes.

El ministerio público, por el contrario, estaba representado por un magistrado de gran saber y de una elocuencia sobria y arrebatadora.

Cuando los hermanos entraron en la sala un estremecimiento de malestar corrió por las apiñadas filas de las señoras.

Un murmullo hostil acogió su entrada.

Su aspecto era imponente.

Robustos, rechonchos, verdaderos caríatides masculinos, hechos para soportar la bóveda de un templo, ofrecían á los ojos del público rostros rudos, ojos feroces, barbas muy diferentes á la de su defensor, y, sobre todo, trajes de aldeano, que no ha conocido los refinamientos del lujo.

¡Esto fué deplorable!

—¿Vuestro nombre y apellido?—preguntó el presidente al mayor de los dos acusados.

—Guillermo de La Ferté-Montarón.

Un estremecimiento agitó al auditorio.

El origen de los dos hermanos no era uno de los menores atractivos de aquella ruidosa causa.

—Vuestra partida de bautismo dice simplemente Guillermo Montarón, observó el presidente.

—Es posible—contestó el acusado;—pero todo el mundo sabe que nosotros descendemos de

los marqueses de La Ferté-Montarón, que este apellido no pertenece á nadie más que á nosotros y que, si renunciáramos á él, es porque se necesitan rentas para sostener un título. Mi hermano mayor, Pedro, no deja de ser el marqués de La Ferté-Montarón, y trabaja la tierra como un simple mozo de labranza, sin quejarse y sin pedir nada á nadie.

—Ha concluido el incidente—dijo el presidente.—Pasemos á los hechos de la causa.

Guillermo Montarón refutó los cargos que resultaban contra él y su hermano. Hizo ver claramente que no existía ninguna prueba de que el capitán de Corbière hubiese sido atacado por ellos; sostuvo que era imposible al ministerio público presentar un solo testigo digno de fé que declarase haber visto á uno de ellos amenazar ó pegar al capitán.

Dijo, que si había algun misterio en el asunto, no eran ellos quienes debían aclararlo, sino sus acusadores.

No dejó sin respuesta ninguno de los argumentos de la instrucción.

Atenuó la declaración de la guardesa de patos, diciendo que aquella muchacha había pasado siempre por loca, lo cual era verdad, y que si ella había declarado como lo había hecho, había sido, con seguridad, guiada por un odio secreto ó unos celos atroces contra Teresa de Montarón, cuya vida, sin embargo, no era de envidiar.

Respecto á las amenazas de que se quejaba la condesa de Corbière, declaró que no habían tenido el sentido que falsamente se las atribuyeron.

buía; que había querido decir, simplemente, que la dureza de la castellana de la Ferté era inexcusable.

Con entera franqueza, declaró que á pesar de sus incesantes vejaciones que sufrían, no era á la condesa ni á su familia á quien detestaban, sino al administrador, un tal Barasson, de quien en pocas palabras trazó de mano maestra un retrato tan poco lisonjero, que una sonrisa asomó á los labios del presidente.

Terminó defendiendo, conmovido, á su hermana de las acusaciones infames de que había sido objeto é hizo constar el afecto sin límites que todos ellos la profesaban, con un calor que dejaba entrever la causa del asesinato, si en efecto había sido cometido.

El presidente se volvió hacia el fiscal y le lanzó una mirada que quería decir:

—El mozo es de primer orden! ¿Qué es lo que vais á contestarnos?

Si los jurados hubieran debido entrar á deliberar después del interrogatorio de Guillermo, hubiera ganado la causa. Ni uno de ellos hubiera vacilado en declarar á los dos hermanos inocentes, se les veía altivos, pero sin afectación, se veía en ellos una dignidad increíble en su miseria y una indiferencia por el dinero que no era fingida.

El señor Lacouture, que como tantos otros de los habitantes de Romorantin había ido á Blois para asistir á aquellos conmovedores debates, inició un aplauso y dijo á uno que estaba á su lado:

—¡Qué desgracia que esas pobres gentes ten-

gan defensor! Hay médicos que matan á sus enfermos.

No faltan defensores que tan solo el que ellos despliegan sus labios vale á sus defendidos el máximo de la pena.

Estos no son siempre los más célebres.

Es preciso decir la verdad.

Juan produjo peor efecto que su hermano.

El pobre muchacho era la franqueza misma. Seguía los consejos del señor Letanneur de la Gigonniere, pero de mala gana, echando pestes contra las órdenes que le ataban la lengua.

Para no mentir, cosa que le repugnaba, no entró en explicación alguna.

—Ahí está mi defensor para contestar—decía—yo no sé nada.

A los jueces no les gustan las gentes que ponen en práctica la célebre máxima de Avignon: «No confeséis nunca».

Juan Montarón parecía desconfiar de sus jueces.

Sin embargo, la confesión que él hubiera querido hacer le quemaba los labios.

Tenía locos deseos de decir á cuantos estaban en la sala, al tribunal, á las mujeres, que le miraban de pies á cabeza con tanta curiosidad, al público:

—¡Pues bien, sí! Yo he sido quien le ha matado. ¿Por qué entró de noche en nuestra casa? ¡Lo sorprendí y nos batimos! ¡Le arrojé por la ventana!

No se atrevió.

Peró sus facciones se contrajeron por los esfuerzos que tuvo que hacer para reprimir esa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LEGAL Y PERIÓDICA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, N.M.

exclamación, dispuesta á salir de sus labios; las venas del cuello se le hincharon y por su frente corría el sudor.

El juez, oculto detrás del fiscal de la Audiencia, dijo á éste al oído:

—¡Ved! ¡el miedo se apodera de él!

Esto se podía creer y la impresión producida era difícil de borrar.

La audición de los testigos no trajo ningún nuevo incidente.

No variaron en sus declaraciones.

Barassón venenoso como un escorpión, agobió á los dos hermanos.

La sala, no obstante, no se apasionó sino á la llamada de Teresa Montarón.

Para el público, la verdadera heroína, la única, era ella.

Teresa hubiera excitado en otros tiempos un murmullo de admiración.

Ahora no podía excitar más que lástima.

El tribunal, los jurados y el público, no tenían ante su vista más que á una pobre muchacha de facciones marchitas, de mirada apagada, triste, temblorosa y enfermiza, envuelta en un mantón negro y con un pañuelo de lana en la cabeza.

Al pasar por delante de los acusados estuvo á punto de desmayarse.

Juan, muy conmovido, la dijo en alta voz: —¡Animo!

Su declaración fué muy corta.

—Hubieran podido ahorrarme esta cruel prueba—dijo;—yo no sé nada!

El fiscal trató de intimidarla.

—¡Tened cuidado!—dijo con severidad. ¡Si no se hubieran apiadado de vuestra juventud, no es entre los testigos en donde estaríais sentada, sino entre los acusados!

Teresa hizo un gesto de indiferencia.

¿No la era igual en lo sucesivo todo lo que pudiera ocurrirla?

—¡Haced de mí lo que queráis!—dijo.—¡Yo soy inocente y mis hermanos no tienen ningún crimen de que acusarse!

La señora de Corbiere, citada como testigo, se excusó por medio de una carta, á la cual acompañaba un certificado de un médico en el cual se hacía constar que no podía salir de París en donde se hallaba desde hacía unos días.

Confirmando las amenazas de que había sido objeto; pero con mesura, sin hiel aparente, en un lenguaje hipócrita que parecía favorable á los acusados; pero diciendo, sin embargo, lo suficiente para hacer que fuesen condenados.

La lectura de esta carta, que parecía tan llena de dulzura, precedió al informe del fiscal.

Este alto dignatario de la magistratura se levantó.

Era un hombre de unos cincuenta años, en toda la madurez de su experiencia y de su talento.

Se había jurado obtener una condena.

La quería á todo trance.

El fiscal habló del odio secular de los Montarón á los Corbiere y del origen que le atribuía la leyenda.

Presentó á los propietarios de la Boca del

Lobo como gentes entregadas á todos los libertinajes y á todos los excesos, perdidos por los vicios, roídos por la envidia y no dedicándose, en su inveterada holgazanaria, más que á una profesión digna de ellos: á la caza furtiva.

Dijo que los Corbiere, vecinos de los Montaron, tenían que defenderse de las incursiones y rapacidades de éstos, que exasperados por su impotencia, habían llegado hasta preferir amenazas de venganza, que no debían ser vanas.

¿Cómo, á consecuencia de estas amenazas, había sido atraído el capitán Corbiere á caer en el lazo y en el que había encontrado la muerte?

Este era el misterio cuyo esclarecimiento no hacía falta.

El hecho brutal bastaba.

El capitán había sido muerto, y muerto en la Boca del Lobo.

Que se justificaran los acusados si podían.

El eminente magistrado trazó entonces un tan discreto como ingonioso retrato de aquella joven de diez y siete años, pervertida tal vez —él no quería saberlo— por los ejemplos de pereza y de desorden que tenía ante su vista, y sirviendo de instrumento y de cebo á otros seres corrompidos en medio de los que se veía reducida á vivir.

Por culpable que fuese la joven—si lo era—él la compadecía con toda su alma, y deseaba que la terrible escena que tenía á la vista, le ayudase á salir de aquel abismo en que había caído.

Su discurso fué magnífico ya rrebatador.

—¡Los mismos hechos son los que descubren á los culpables!—exclamó.

Si la víctima no ha denunciado á sus asesinos, es porque desde el primer momento perdió el sentido y murió sin recobrarlo.

Por otra parte, el silencio de los acusados no les condena.

La autopsia demuestra que el capitán de Corbiere fué ahogado por dos brazos potentes destrozado por salvaje opresión.

El fiscal extendió el brazo hacia Juan Montaron, diciendo:

—Mirad á ese hombre de faz brutal, de mirada torva, de tronco hercúleo, de brazos musculares y de una ojeada restableceréis la terrible escena de que fué teatro la Boca del Lobo.

Y añadió volviéndose hacia Guillermo Montaron:

—Y ahora mirad á ese otro acusado, habla bien, es habil en sus razonamientos y menos rústico, más desbastado; pero más perverso y peligroso tal vez que el otro. Considerad la sonrisa de sus irónicos labios y diréis que de los dos hermanos éste ha sido la cabeza que ha concebido el crimen, el otro el brazo que lo ha ejecutado.

El fiscal se sentó en medio de un murmullo de aprobación.

Tocaba el turno al defensor.

El señor Latanneur de la Gigonniere se estiró los puños de la camisa y se levantó.

Un profundo silencio se estableció en la sala.

El defensor pasó sus dedos llenos de sortijas por su sedosa barba, paseó la mirada por la parte femenina de la concurrencia, saludó á algunas de sus íntimas y con una calma que hacía ver la seguridad que tenía de salir airoso, empezó diciendo:

—Señores del tribunal, señores del jurado!

Puso en juego una vez más su método y agobió con su sarcasmo y sus alfilerazos al tribunal, á los jurados, al juez de instrucción, á los gendarmes, á la víctima del drama, á su madre la señora de Corbiere-Latouche y hasta á sus mismos clientes.

Durante dos horas fué aquello un fuego no interrumpido de palabras ingeniosas y de apópsitos, no mal buscados algunos de ellos.

Hubo sobre todo respecto á la caza furtiva de que se acusaba á sus clientes, equívocos encantadores.

¿Era esto un crimen tan grande? ¿Y se venía á parar forzosamente á un asesinato porque se entregasen á hacer excursiones por las propiedades del vecino?

—Qué, ¿no tenemos todos un poco de cazadores furtivos, señor fiscal?

Trató con desdén los argumentos del ministerio público, les hizo apenas el honor de refutarlos someramente, y en un brillante, pero enojoso discurso, provocador hasta el fin, desafió al jurado á que pronunciara, en presencia de la nulidad de las pruebas reunidas por el juzgado de Romorentin, un veredicto de culpabilidad.

El fiscal, que después de todo no era peor

que otro fiscal cualquiera, se decía al oírle, en un movimiento de compasión por los acusados:

—¡No será este quien los saque de nuestras garras!

Y el bueno de Lacouture pensaba, mirando al acicalado defensor:

—¡Que el diablo le retuerza el pescuezo á ese majadero!...

Los dos hermanos escuchaban su defensa con profunda indiferencia.

Guillermo pensaba en el porvenir, que le asustaba.

Juan tenía los ojos fijos en el pálido rostro de su hermana, medio oculto por sus pequeñas y descarnadas manos, y su corazón se desgarraba.

Por lo demás, después de tantas seguridades del señor Letanneur, sus clientes se dormían en una falsa seguridad.

Pero las burlas del señor Letanneur habían picado en lo vivo la epidermis de los burgueses llamados á decidir de la suerte de sus clientes.

En veinte minutos se pusieron de acuerdo, y el presidente del jurado leyó el veredicto con segura voz.

La primera parte consoló el corazón de la pobre Teresa.

Guillermo Montarón era absuelto.

Pero había esta pregunta:

«¿Es culpable Juan Montarón de haber dado muerte voluntariamente á Rolando de Corbiere en la noche del 16 al 17 de octubre.»

La contestación fué, por mayoría de votos:

—¡Sí!

El jurado concedía, sin embargo, al asesino circunstancias atenuantes.

Los dos hermanos se miraron con estupor.

Teresa no comprendió en un principio.

Pero momentos después el presidente dijo, aplicando la ley:

—En su consecuencia, Juan Montaron es condenado á diez años de trabajos forzados.

Los ojos de la desgraciada joven se dilataron con expresión de terror.

Quiso dar un paso y gritar:

—¡Señores, eso es imposible! ¡Vais á conocer la verdad!... ¡Soy yo quien tiene la culpa de todo! ¡Yo sola soy la culpable!

Pero ya los jueces se habían levantado.

La toga del presidente mostraba la espalda al público.

Entonces vió Teresa á los gendarmes levantarse á su vez y llevarse á sus hermanos.

De un salto se lanzó hacia ellos y se arrojó en los brazos de Juan, gritando como una loca.

—¡Juan, hermano mío, mi querido hermano!...

El rudo aldeano había soportado sin desfallecer el golpe que acababa de herirle, pero aquel grito de cariño y de desesperación le turbaba.

Una niebla pasó por sus ojos, mientras murmuraba estrechando contra su pecho á la desgraciada:

—¡No llores!... ¡Tal vez esto no haya concluido aún!

—Y además, diez años pasan pronto... ¡Volveré!

No, aquello no había concluido.

El Sr. Letanneur de la Gigonnière, que se apresuró á asistir á aquella escena tan interesante, lo afirmaba.

Se entablaría un recurso de casación y, con la cosa más insignificante, con nada, se rompería la sentencia y se vería la causa ante otro jurado mejor inspirado.

No se había perdido nada.

Al Sr. Letanneur no le faltaban jamás palabras.

Los gendarmes, conmovidos al presenciar aquella escena, les separaron no sin trabajo y con amabilidad.

Teresa permaneció con la cabeza entre las manos, sentada en un banco y con los codos apoyados en las rodillas, esperando á que Guillermo fuese puesto en libertad y se uniese á ella.

XI

Un amigo.

Después de un otoño soberbio, se había echado encima, casi de pronto, el invierno.

Mediaba el mes de enero.

Este es un mes triste. La humedad hiela los huesos; el viento sopla durante las noches, noches que no tienen fin: la lluvia engruesa los arroyos y cambia los campos y los prados en pantanos. Sobre todo en la Solagne.

Nunca había tenido tan sombrío aspecto la pobre casa de la Boca del Lobo.

La desgracia se había cebado en ella.

No era solamente la escasez la que allí habitaba, sino también la deshonra.

Reinaba en ella un silencio desconsolador; los ojos no se buscaban; no se hablaba del pasado y parecía que se presentían nuevos desastres.

El más joven de los hijos, desaparecido desde hacía años, apenas había dado señales de vida.

Tres ó cuatro veces habían llegado á la Boca del Lobo, cartas firmadas por un desconocido, que no daba sus señas ni decía que era.

La primera no decía más que lo siguiente:

«He visto á Marcelo en el Perú, hace seis semanas. Está bueno.

»Piensa en todos.»

No tenía fecha.

El sobre llevaba el sello de correos de Lisboa.

Las otras estaban concebidas, poco más ó menos en los mismos términos.

En una de ellas se decía que Marcelo había ido desde Lima á los Estados Unidos, que allí había entrado en una buena casa de Nueva York, en donde trabajaba; pero tenía poco sueldo.

No obstante abrigaba esperanzas de mejorar pronto.

Esto era todo lo que de él sabían.

El otro hijo, Juan, no tenía más remedio que cumplir la condena, porque el recurso había sido denegado, á despecho de las seguridades del señor Letanneur, quien, por otra parte, se había mostrado muy indulgente en la cuestión de honorarios.

No había querido aceptar nada de sus clientes.

Tal vez, en su conciencia de hombre rico, que tiene más dinero que le hace falta para cubrir sus necesidades, estimaba que era él quien debía una indemnización á aquellos desgraciados, por la ligereza con que les había defendido.

Su probidad, no llegaba, sin embargo, hasta ofrecersela.

Pero una verdadera reacción se operaba en la opinión pública.

Se dudaba ahora de la culpabilidad del condenado y el asunto Corbière era más enigmático que nunca.

Sin embargo, se anunciaba la salida de Juan para Noumea en el primer convoy de presidarios, que debía embarcar el quince de aquel mes.

Guillermo no había vuelto á ver á su hermano, pero estaba decidido á ir, á pie, si era preciso, desde Blois á Rochefor, para hacer ver á Juan que no le olvidaban y cambiar con él una última mirada en la que le llevaría el adiós y los votos de los suyos.

Para un andarín como él, la excursión no era imposible.

El 10 de febrero, á cosa de la una de la tarde, Teresa estaba en su habitación, sentada en una silla ante la chimenea (en la cual no quedaba más que un poco de ceniza roja de unas ramas de pino) con los brazos caídos, los ojos hundidos, la frente plegada, inerte, triste y llena de desesperación.

Llegaba el momento en que sería imposible ocultar su estado á los ojos de su madre y hermanos.

Y hasta es posible que fuese ya tarde.

—¿Pero qué hacer?

¡Suicidarse arrojándose en uno de los estanques de que el país estaba lleno, ir á podrirse bajo los junco con la criatura que llevaba en sus entrañas!

No podía decidirse á esto.

Si no hubiera sido por su estado, no hubiera vacilado, tal vez.

¡Las sacudidas que la habían trastornado desde hacía algunos meses; el amor que había ido á ofrecerse á ella en el momento en que su pobre Sologne se adornaba con el verdor y las flores del verano; aquel sueño cuya realización le parecía un cuento de hadas; las horribles escenas que le habían seguido; la muerte de su

amante, á quien en el fondo no había dejado de amar, olvidando sus desdenes para no acordarse más que de sus juramentos y de sus caricias; la prisión de sus hermanos, cuya indignación en presencia de su seductor excusaba; la terrible condena de Juan, en fin, la sumergían en una turbación próxima á la locura. ¡Quería huir de aquella casa, tan triste ahora, sobre la cual había arrojado su falta un velo de luto!

Y aquella huida era necesaria.

Pero un obstáculo insuperable se presentaba para llevarla á cabo.

¡No tenía recursos!

¡Esta idea era superior á sus fuerzas!

¡Sin embargo, quería partir á todo trance!

Lágrimas de desaliento y de cólera rodaban por sus mejillas, cuando oyó que desde la parte de afuera decían:

—¡Chist! ¡chist!

Se levantó con viveza, abrió la ventana y vió á un hombre alto, de cabellos grises, envuelto en un abrigo deteriorado.

Una triste sonrisa asomó á sus labios.

Aquel hombre era un buen amigo, era el cazador de topos.

¿Pero qué podía hacer por ella?

El la examinó desde abajo, y viendo sus ojos enrojecidos por el llanto:

—¡Siempre triste!— la dijo.

—¡Oh, sí!

—¿Siempre sola?

—¡Sola, en efecto!

El buen hombre no pidió permiso.

Atravesó el pórtico, subió la escalera de piedra que conducía á la habitación, abrió la puerta y entró sin cumplidos. Vió que no había fuego apenas, cogió unas ramas de pino que había cerca de él y los hechó sobre las pocas brasas que aún había ocultas bajo la ceniza.

—¡Brrr!— exclamó.— El aire es helado y áspero como la vieja del castillo de la Ferté.

Casi en seguida las ramas, secas como la yesca, que había echado en la chimenea, se inflamaron.

El viejo extendió sobre el fuego sus manos llenas de arrugas.

—¡Eh! ¡Qué bueno es esto!— dijo.— ¡Un buen fuego, querida, es media vida!

Y mirando atentamente á Teresa, añadió:

—¡Vamos á ver, sé sincera!... ¡Cuéntame tus penas! ¿Por qué estás tan afligida?

Y como Teresa vacilase, dijo:

—¿Quieres que te lo diga yo?

La joven le miró con asustados ojos, y él continuó:

—En primer lugar, lo que te entristece es la condena del pobre Juan; Juan es valiente y robusto, y no debe preocuparte tanto. Dentro de pocos años será indultado, ya se habla hoy de eso, y volverá. ¡Por eso no hay motivo para que te atormentes! Sin embargo, estás desconocida... Tú, que eras tan hermosa, tan alegre, da compasión verte!

Teresa bajó la cabeza.

El buen hombre la miraba con la ternura de un abuelo.

Vió que las lágrimas corrían por las mejillas de la pobre joven, y cogiendo entonces entre sus anchas y rudas manos las pequeñas y finas de Teresa, la dijo con cariño:

—Hay historias que no necesita uno que se los cuenten, porque teniendo interés se observa y se ve todo. Como me ha sucedido á mi en este caso.

—¿Todo?— exclamó Teresa.

El cazador sonrió y continuó:

—Sí, todo. Primero á un elegante caballero que hacia la rueda delante de esta casa, hace ya bastante tiempo. En aquellos tiempos esta habitación estaba llena de flores y tus cánticos resonaban en ella durante todo el día. El elegante caballero venía hasta dos veces algunos días, y...

—¿Y?...— preguntó Teresa jadeante.

—Pronto entró aquí una noche.

La joven se puso más colorada que una amapola.

El anciano estrechó con más fuerza las manos de la desgraciada.

—¡Bah, hija mía!— repuso,— ¡no es á tí á quien yo culpo, sino á él! El tenía cuanto necesitaba para seducirte y engañarte. Te hablaba de París, te aturdiría con sus mentiras. Y después, él era muy diferente de los amigos que tú veías. ¡Es tan hermosa la fortuna! Entonces, lo que debía suceder, sucedió... Tú te dejaste arrastrar... Tú lo has sentido tal vez...

—¡Oh, sí!

—Ya era tarde... El mal estaba hecho... Y se hizo mayor aún. Guillermo y Juan, exaspera-

dos por la dureza de la condesa... de la madre... sorprendieron al hijo.. ¡Tú sabes el resto!

Teresa retiró con suavidad sus manos de las del anciano, se cubrió con ellas la cara, y sollozando, balbuceó:

—Si, es verdad, es verdad!... Pero no lo sabéis todo todavía.

—El anciano dijo sencillamente:

—Si.

Y muy bajo, como si hubiera temido aterrarse al pudor de la joven, añadió:

—Te lo repito, lo que debía suceder, sucedió!... ¡Eso es lo que te tiene tan desalentada!... Si al menos tuvieses alguién á quien confiarle; pero tú no te atreves, y, sin embargo, será preciso hacerlo... lo es... ¿Por qué no me lo has confiado todo?

—¡Oh! ¡amigo mío!

—Si, soy tu amigo, y más amigo de lo que tú piensas. Soy amigo de tu pobre madre y de todos los tuyos. Lo era de tu padre, un buen hombre, como tu hermano Pedro, que daría su sangre, toda su sangre, por veros felices á todos. Los Montarón tienen buen corazón, Juan y Guillermo, como todos los demás. Pedro es muy resignado; se contenta con estar siempre trabajando para su querida madre y hermanos. Yo os quiero á todos; pero á ti es á quien más quiero, Teresa, sobre todo en estos momentos.

—¿Por qué?

—¡Porque eres la más desgraciada!

—¡Cuán cierto es eso!

Entonces la joven abrió su corazón al anciano.

Le confesó todos sus secretos.

Ahora que el cazador la había declarado que él no ignoraba nada, se había apoderado de ella una especie de feroz placer en contárselo todo; las citas de Rolando de Carbiere, sus cartas llenas de pasión, sus promesas de ser de ella para siempre, y sus juramentos.

Sacó las cartas del capitán, del pecho, en donde las guardaba como un tesoro, y se las dió al anciano, diciéndole:

—Tomad, leed... Vereis que no miento.

El anciano las rechazó.

—¿Acaso no te conozco, Teresa?—dijo.

Llegó á su última entrevista con su amante.

Ella le había confesado su estado, ó más bien sus temores.

Entonces quiso saber cuál sería la suerte de aquella criatura; él contestó á sus preguntas con evasivas, y ella comprendió que la despreciaba.

Ella se había indignado.

—Y sin embargo, él tenía razón!—exclamó.

—¿Qué soy yo? ¡Una joven perdida, desgraciada, que se ha de honrado sin excusa, por locura! Me proponía ir á Paris... Debi aceptar.

Y añadió con su enternecedora sonrisa:

—¡Quién sabe! ¡Acaso á fuerza de ternura, de sumisión, porque yo le amaba, le hubiera ganado tal vez para mí, para mi hijo! ¡Y viviría aún! ¡El era bueno en el fondo; estoy segura de ello!

Teresa se había expresado con una exaltación que desapareció pronto.

Luego repuso:

—¡Ahora es preciso pensar en el porvenir!
¡Oh! En París, allí es de donde yo quisiera re-
fugiarme... Yo no podría soportar las justas
reprehensiones de mi madre... ¡Será preciso que
ella lo sepa todo!... Pero no puedo ni aun
abandonar esta casa! ¡Soy demasiado pobre!

—Es preciso buscar un amigo rico.

—¡Tenía uno y ya no existe!

—¡Otros quedan!

—¡No os burleis de mí!... ¡Tengo tantas pe-
nas!...

Se echó á llorar.

—¡Vivir sola, abandonar lo que se quiere, no
llevarse más que su vergüenza y sus recuer-
dos, estriste! ¡Es para matarse!... ¡Esta idea se
me ha ocurrido varias veces!... ¡Oh, si no fuese
tan cobarde!

El cazador la atrajo hacia sí, y mirándola
con dulces ojos:

—Tu no eres cobarde—la dijo;—por el con-
trario, eres valiente, como todos los Montarón.
¡Matarte! ¡Eso sería un crimen!... ¡Pero tienes
razón... es preciso huir de aquí!

—¿Puedo yo hacerlo sin elementos?

—¿Y no estoy yo aquí?

—¡Vos!... ¿no sois casi tan pobre como yo?

—Es verdad; pero yo haré todo lo que
pueda.

—¿Cómo?

—Escuchame.

Teresa le miraba con avidez y con los ojos
fijos en su bondadosa fisonomía.

—Yo también—comenzó diciendo el buen
anciano—tuve en otros tiempos, hace muchos

años, la idea de París. Sí, yo tuve, como tantos
otros el deseo de ser rico. Hasta los veinte años
me retuvo en el país una pasión. Amaba á
una de mis vecinas, una joven muy buena, y
nos habíamos prometido casarnos. Salí soldado
y tuve que marchar. Me enviaron á la Arge-
lia. Allí recibí un balazo que me costó seis me-
ses de hospital. Apenas curado, recibí una car-
ta de Sologne. Me decían en ella que mi futura
había muerto. Me pareció que todo había con-
cluido para mí y que había envejecido medio
siglo en pocas horas. Volví al país, no tenien-
do en el corazón más que cansancio y aburri-
miento. El gobierno me había concedido una
pensión de cien francos al año y poseía además
la casita en donde nací. Mi madre había muer-
to hacía ya mucho tiempo. Tú sabes como vivo.
Mi placer es ir al cementerio en donde mi fu-
tura está enterrada y cuidar allí algunas flo-
res sembradas alrededor de su tumba. Yo no
soy rico, pero no gasto nada; quiero á los que
son buenos para conmigo y no me niegan un
poco de paja para dormir y un pedazo de pan
en su mesa. Los mejores de todos son los Mon-
tarón. Ahora no tengo necesidades, no tengo
parientes, no tengo ninguna familia, sino es á
vosotros... Te he conocido desde muy pequeña
y desde entonces te quiero como á una hija...
¡Lo poco que tengo es tuyo!

—¡Oh!

—No te preocupes por eso... Después, quan-
do seas rica, si llegas á serlo un día, me de-
volverás lo que ahora te dé... ¿Cuánto quieres?

—Lo necesario para el viaje.

—¿Y después?

—Después, me colocaré... ¡Encontraré trabajo!...

—¿En tu estado?...

Teresa tembló y se levantó.

Un ruido de pasos se oyó en el pórtico.

Fué á la ventana y miró al exterior.

—No es nada—dijo,—es Magdalena que lleva los animales al agua.

El cazador sacó de uno de los bolsillos de su abrigo un saquito de piel de cordero y dijo:

—Mira, este es mi tesoro.

El saquito contenía cerca de ochocientos francos.

—Tengo todavía otro tanto allá en San Maximino, en mi choza—añadió. ¡Ya ves que soy rico! Pues bien; todo lo que tengo te pertenece.

La alargaba el saquito con los ochocientos francos.

¡Era la Providencia que llegaba en su auxilio!

—No—dijo Teresa.—Dadme nada más que para el viaje.

Concluyeron por entenderse.

Lo partieron.

—Pero ya lo sabes—repuso el anciano,—si guardo el resto es para tí! Cuando lo quieras me escribes diciéndomelo.

—¿Qué bueno sois!

—¡Porque te quiero! ¡Y quién no te querrá, pobre ángel de Dios, que te marchas á la ventura, como un pájaro, sin saber... ¿Cuándo partirás?

—¡No lo sé... pero muy pronto!... ¡Es preciso!

—Sí—dijo el anciano.—No me dices nada nuevo. Había adivinado... ¡Por eso he venido! ¡Ahora bien, lo que yo he visto podrían verlo los otros también!

Teresa se arrojó al cuello del anciano y lo besó.

El se levantó, y muy gozoso la dijo:

—¡Bah! ¡ya estoy pagado! ¡Este beso vale más que el dinero que te he dado!

Se retiraba ya, cuando al llegar cerca de la puerta, se paró y dijo:

—Cuando vayas á abandonar la Boca del Lobo, avisame... Yo te acompañaré hasta Cour-Cheverney, en donde tomarás el tren de la mañana... Tengo amigos... encontraremos un carrito... Nadie lo sabrá... El camino de hierro está lejos de aquí... seis leguas!... ¡Es demasiado para tí!...

—¡Gracias!

—¿Queda convenido?

—Sí.

—No digas á nadie que me has visto!

—¡Estad tranquilo!

—Tu madre y hermanos sentirán mucho tu partida; pero los consolaré... Hablaremos de tí.

—Sí.

Se separaron.

Teresa sintió que un gran peso se quitaba de su corazón.

¡En adelante era libre!

Poco después bajó al patio de la granja.

Magdalena entraba con paso lento detrás de sus vacas.

—No tienen que comer en el campo y en el

granero hay poca hierba. El verano ha sido malo y el invierno será rudo—dijo.—¡Pobres animalicos!

La criada se paró á la puerta de la cuadra. Desde el dintel, Pedro Montarón, apoyado en el batiente de la puerta, miraba á sus caballos, que comían en el pesebre paja sola.

Magdalena puso sin cumplimientos una mano sobre el hombro de su amo y le dijo:

—¡Será preciso apretarse la barriga este invierno!

Pedro examinó melancólicamente el cielo y contestó:

—¡Va á nevar!

Teresa se acercó á ellos y preguntó:

—¿Dónde está Guillermo?

—Por ahí anda.

—En el estanque del Juncal, á ver si caza algo. ¡No hay nada en la alacena!

Pedro observó:

—¡El pobre está muy triste! ¡No tiene ganas ni aun de cazar, que era su afición! ¡No hace más que pensar en Juan, su inseparable!

Cogió á su hermana por el cuello y la dio un beso.

—Tú también, Teresa mía, estás triste—le dijo al oído.—Ten confianza. La alegría volverá...

Decía esto, pero no lo creía.

El porvenir le parecía completamente oscuro.

Debían quince mil francos, que habían tomado á préstamo sobre sus bienes á un propietario de Gien y los réditos les absorbían la mayor parte de sus productos.

Tenían que pagar setecientos cincuenta francos al año, y esto era más de las dos terceras partes de los productos de aquella finca, única que poseían, cuyo terreno era sumamente pobre.

¡Felizmente aún tenían algunas semanas ante sí!

En aquel momento apareció Guillermo, acompañado del Cazador de Topos.

—Figúrate—dijo á su hermano—que he visto de lejos al viejo, que volvía á San Maximino por medio de las tierras, y le he obligado á venir conmigo. ¡No quería, porque dice que eso es tomar la casa por posada! ¡Qué nos importa eso á nosotros! ¡Donde comen cuatro comen cinco!

Sacó del morral de caza tres aves frías y dos patos.

—He encontrado á estos amigos, que se pescaban por el Estanque Nuevo—dijo.—Los vamos á componer y nos los comeremos.

Y volviéndose al anciano añadió:

—¡Vamos á calentarnos! ¡El fuego nos animará y mañana será otro día!

Chanceaba, pero se veía que su espíritu estaba en otra parte, que tenía el corazón enchido.

La noche se pasó como de ordinario.

Teresa se había sentado ante la chimenea, frente á su madre, que hacía media.

Los tres hombres, alumbrados por la llama, hablaban amistosamente.

Se ocupaban de Juan y de Marcelo.

La joven, con la cabeza baja y los ojos me-

dio cerrados, para no encontrarse con los de su madre, que la miraba con aire de profunda tristeza, parecía escuchar voces interiores.

Terminada la cena, Teresa se acercó á su madre y la presentó la frente para que la besara. Pero de pronto se estremeció.

La anciana le decía, casi con severidad y con voz que jamás había oído:

— ¡Necesito hablarte!

Teresa quedó un momento cortada y luego contestó:

— ¡Bueno, mañana por la mañana, si quereis.

— ¿Por qué no esta noche?

— Porque no me siento bien. ¡No puedo con la cabeza!

— ¡Ah! — exclamó la madre pensativa; — ¡bien, pues mañana.

La joven le echó los brazos sobre los hombros y la besó con ternura.

La anciana repitió:

— ¡Bueno: hasta mañana!

Nadie había oído lo que entre sí habían hablado madre é hija.

Teresa presentó á sus hermanos la frente, estrechó con efusión la mano al cazador de topos, besó á Magdalena, y encendiendo un farolillo se fué á su cuarto.

Quando el anciano salió de la cocina para ir á acostarse, vió que aún había luz en la habitación de Teresa.

— ¡Pobre niña! — pensó — ¡Está en vela! ¡Ah! si yo fuese rico, mi capital sería para estas pobres gentes! ¡Qué miserable es esa condesa de Corbiere!

XII

En la nieve

Teresa velaba, en efecto.

Ya no lloraba; su resolución estaba tomada.

Por la primera vez acaso desde que estaba en el mundo, su madre había tenido para ella una mirada, no dura, sino inquieta, displicente.

La voz de la pobre mujer estaba alterada.

Habría debido concebir dudas, sospechar, en fin, lo que ella suponía imposible.

Teresa quería evitar á todo trance una confesion necesaria.

Había pedido un plazo al decir: «mañana».

Mañana ya no estaría allí.

¿Pero podía partir sin dar el último adiós á su madre, á sus hermanos, á todos aquellos que tanto la querían y á quienes ella quería con toda su alma?

A la vacilante luz de un cabo de vela, escribía:

«Querida madre:

»La estancia en la Boca del Lobo se me ha hecho insoportable.

»En ella pienso sin cesar en Marcelo, que ha debido irse al extranjero á buscar los medios de vivir, y en nuestro pobre Juan, tan bueno y tan injustamente condenado.

»Además, á medida que voy siendo mayor,

dió cerrados, para no encontrarse con los de su madre, que la miraba con aire de profunda tristeza, parecía escuchar voces interiores.

Terminada la cena, Teresa se acercó á su madre y la presentó la frente para que la besara. Pero de pronto se estremeció.

La anciana le decía, casi con severidad y con voz que jamás había oído:

— ¡Necesito hablarte!

Teresa quedó un momento cortada y luego contestó:

— ¡Bueno, mañana por la mañana, si quereis.

— ¿Por qué no esta noche?

— Porque no me siento bien. ¡No puedo con la cabeza!

— ¡Ah! — exclamó la madre pensativa; — ¡bien, pues mañana.

La joven le echó los brazos sobre los hombros y la besó con ternura.

La anciana repitió:

— ¡Bueno: hasta mañana!

Nadie había oído lo que entre sí habían hablado madre é hija.

Teresa presentó á sus hermanos la frente, estrechó con efusión la mano al cazador de topos, besó á Magdalena, y encendiendo un farolillo se fué á su cuarto.

Quando el anciano salió de la cocina para ir á acostarse, vió que aún habia luz en la habitación de Teresa.

— ¡Pobre niña! — pensó — ¡Está en vela! ¡Ah! si yo fuese rico, mi capital seria para estas pobres gentes! ¡Qué miserable es esa condesa de Corbiere!

XII

En la nieve

Teresa velaba, en efecto.

Ya no lloraba; su resolución estaba tomada.

Por la primera vez acaso desde que estaba en el mundo, su madre habia tenido para ella una mirada, no dura, sino inquieta, displicente.

La voz de la pobre mujer estaba alterada.

Habria debido concebir dudas, sospechar, en fin, lo que ella suponía imposible.

Teresa queria evitar á todo trance una confesion necesaria.

Habia pedido un plazo al decir: «mañana».

Mañana ya no estaria allí.

¿Pero podia partir sin dar el último adiós á su madre, á sus hermanos, á todos aquellos que tanto la querian y á quienes ella queria con toda su alma?

A la vacilante luz de un cabo de vela, escribía:

«Querida madre:

»La estancia en la Boca del Lobo se me ha hecho insoportable.

»En ella pienso sin cesar en Marcelo, que ha debido irse al extranjero á buscar los medios de vivir, y en nuestro pobre Juan, tan bueno y tan injustamente condenado.

»Además, á medida que voy siendo mayor,

me voy convirtiendo para vosotros en una carga inútil, soy una boca más que mantener, y me avergüenzo de mi indolencia y de mi holgazanería.

»Por fin, después de la desgraciada condena, os veo á todos apenados, á Guillermo, que no puede ocultar su sentimiento, á Pedro que tra baja tanto por ganar el pan para todos.

»Entonces me he decidido á alejarme para tratar de ganar mi vida yo también.

»Ignoro si lo conseguiré.

»Lo espero.

»Dios no sería justo si nos pusiese en una tierra tan ingrata que no diese á sus criaturas, honradas y laboriosas, los medios de subsistir.

»Con el corazón desgarrado me separo de vosotros para caminar ante mí, á la aventura, á la voluntad de Dios.

»¡Porque os amo tiernamente!

»¿Y cómo podría ser de otro modo?

»Me voy durante la oscuridad y el silencio de la noche, porque os opondriais á mi huida, y yo no tengo corazón para resistirme á vuestros besos y á vuestras lágrimas.

»¡Adios, madre querida!

»Decid á Pedro y á Guillermo que no olvidaré jamás sus ternuras, y que no se pasará una hora de mi vida, sea la que quiera, sin que piense en vosotros!

»Decídselo también á Magdalena, tan buena y tan decidida, y á ese pobre cazador de topes, nuestro mejor amigo.

»Cuando escribais á Juan y á Marcelo, si llegais á saber de ellos, no me olvideis.

»Daria toda mi sangre por saber que estais consolados y tranquilos, y una esperanza secreta me dice que lo estaremos un día.

»Adiós, mi buena madre. Pensad alguna vez en vuestra Teresa y pensad que si se ha ido ha sido para libraros de una carga demasiado pesada y con la esperanza de sosteneros un día.

»¡Mil besos á todos!

»Y á la voluntad de Dios.

»Vuestra pobre hija.

»TERESA.»

Dobló la carta, puso en el sobre *A mi madre*, y la dejó sobre la mesa, en sitio en que pudiera verse.

Hizo su paquete, muy sencillez y ligero.

Sus mejores dibujos, algunas camisas, un par de zapatos y dos faldas.

Esto fué todo.

¡Su verdadera fortuna eran los cuatrocientos francos que la había dado el cazador de topes!

Dirigió una última mirada á aquella habitación que tantos recuerdos encerraba para ella, y con el corazón oprimido, sopló el cabo de vela que vacilaba al espirar y, abriendo la puerta con precaución, bajó la escalera.

Apenas había puesto el pie en el pórtico, cuando sintió un ligero ruido y vió á su lado á Ramoneau, el perro de sus hermanos que iba á acariciarla, sin sospechar que se alejaba para siempre.

Le devolvía las caricias con la mano, diciéndole muy bajo:

—¡Marcha! ¡marcha!

La costó trabajo hacer que la obedeciera.

Mientras ella escribía, la nieve había estado cayendo en grandes copos y se extendía como una sábana sobre la tierra endurecida.

Dominada por el terror, vaciló un instante.

¿Pero, cómo retroceder?

Siguió adelante.

Hasta el castillo, conocía el camino que tenía que seguir.

Avanzó resueltamente por un camino del bosque, por entre grandes y descarnados árboles que parecían inclinarse para mirarla al pasar.

Por fin, después de mil sobresaltos, causados por los extraños ruidos que á su paso oía y que eran producidos por la caza que andaba de un lado para el otro y después también de haber dado muchos tropezones, en alguno de los cuales la faltó poco para caer al suelo, llegó á la verja del parque de la Ferté.

Allí respiró.

Ya era tiempo porque se sentía sin fuerzas agobiada, destrozada.

Se encontraba en medio de una especie de enrucijada, rodeada de árboles seculares despojados de las hojas.

A corta distancia, en el extremo de una gran avenida, se elevaba la iglesia de la Ferté acompañada de la casa parroquial y de algunas otras.

Al lado opuesto se veía la imponente mole del castillo de Corbiere, con sus fosos y su verja monumental, y á derecha é izquierda de esta

había enormes cadenas sujetas á pilares de granito, gruesos y bajos.

La pobre joven se sentó en uno de aquellos pilares para tomar aliento.

Y con sus pobres ojos marchitos por tantas lágrimas como había derramado, contemplaba la inmensa construcción que atestiguaba la opulencia de sus propietarios.

¡De allí era de donde había soplado un viento de desgracia sobre ella! ¡De allí era de donde había salido el amante que la había seducido!

¡Allí era, en fin, donde había vivido el padre de la criatura, causa de su vergüenza y del destierro que se imponía!

¡Ah! ¡si ella hubiera sabido en aquel momento, en que temía todos los horrores de la miseria, que antes de morir, aquel amante, en un arranque de honor y de generosidad, que una inquieta juventud y los malos ejemplos no habían conseguido ahogar en su alma, la había dedicado su último pensamiento y dado todo lo que poseía, qué consuelo y qué alegría!

¡Pero un crimen la privaba de este recurso, un crimen inspirado por el odio, por el orgullo y por la avaricia, un crimen de rico despojando al pobre, una injusticia suprema, una iniquidad sin excusa!

Ella lo ignoraba.

Se levantó y se puso en marcha.

El camino de la Ferté á Cour-Cheverney la pareció interminable.

¡Cuántas veces se paró en el camino y se dejó caer sobre los montones de piedra, diciéndose que la sería imposible volver á levantarse!

Transida de frío, con los pies helados, los zapatos húmedos y llenos de nieve, permaneció un momento acurrucada al pie de un estanque de los alrededores del Fontaine, preguntándose sino valdría más para ella arrojar-se en el de cabeza para dejar de una vez de sufrir.

El amor á la vida, el temor á la muerte y algunas misteriosas esperanzas, la contuvieron.

Retrocedió ante el abismo y continuó su camino.

Rayaba el día, cuando, por fin, vió á lo lejos las primeras casas de Cour-Cheverny.

Se paró un momento, recobró fuerzas y continuó hasta llegar á la estación, que se elevaba severa y aislada, sin más que la tenue luz de un farol en la fachada.

Una estación es un lugar hospitalario abierto día y noche á todo el que llega.

Empujó la puerta y entró.

Se sentó en un rincón en un banco, apoyó la cabeza sobre el paquetito que tan pesado le había parecido durante el viaje que había hecho, y vencida por el cansancio se durmió profundamente.

A las ocho, un empleado que entró en busca de un fardo que había olvidado, se acercó á ella, y se admiró al ver sus hermosas facciones.

—¡Es una mujer!—dijo.

—¡Qué hermosa!—añadió un hombre corpulento y sanguíneo que se disponía á tomar el tren.

El empleado era un buen sujeto.

Tocó suavemente el brazo de la viajera.

—¡Eh! ¡muchacha!—dijo.—¿Vais de viaje?

Teresa se despertó sobresaltada.

—¿Adónde vais?—le preguntó el empleado.

—¡A París!

—¡Pues bien! ¡Apresuraos á tomar el billete! ¡No hay tiempo que perder!

Teresa se levantó con trabajo sobre sus doloridos pies.

Al dirigirse á la taquilla cojeaba.

Pidió el billete con voz tímida.

—Uno de tercera para París. ¿Cuánto?—dijo.

—Trece sesenta y cinco.

—¿Podéis decirme á qué hora llegaré?

—A eso de las cinco.

—Gracias.

Entregó un luis, recogió la vuelta y pasó al andén.

Ya era tiempo.

Llegaba el tren.

El viajero grueso, que no separaba de ella sus ojos se había dado cuenta sin duda de su estado, porque Teresa oyó que decía al empleado que le acompañaba:

—¡Una más con un polichinela, que la hará bailar en la cuerda floja!

El empleado contestó:

—¡Hermosa joven! ¡Qué lástima!

Y fiel á su consigna gritó:

—¡Señores viajeros para Blois, al tren!

Teresa le dió las gracias con una mirada y fué á colocarse en un rincón tratando de huir del hombre gordo.

Pero el desconocido la siguió.

Cuando el tren arrancó estaban solos y muy cerca el uno del otro.

El desconocido llevaba por todo equipaje una cartera muy ligera.

Vestia con decencia, llevaba un abrigo largo y cubría su cabeza un sombrero redondo que dejaba asomar por debajo sus cabellos casi rojos.

Su cara no era desagradable, era redonda y colorada con ojos muy vivos.

—¡Abandonáis vuestro país eh?—dijo á Teresa con cierto interés.

—Sí señor—contestó la joven.

—¿Para ir á París?

—Sí.

—¿Tenéis *gusta*?

Teresa le miró con ojos asustados, no comprendiendo.

—¡Dinero quiero decir!

Teresa movió la cabeza.

—Entonces será preciso ganarlo!—dijo el viajero.

—¡Haré lo que pueda!

—¿Todo lo que podáis?—preguntó el viajero con una intención fácil de comprender.

Y cambiando de tono, continuó:

—Vamos á ver, ¿qué sabéis hacer? No temáis ser franca. Yo soy bueno, y en el tren y en este momento mucho más... ¡He rodado mucho y he pasado apuros grandes! ¡Hoy la cosa marcha mejor! ¡Ah, caramba, hermosa... no se anda el camino como se quiere! ¿Qué edad tenéis?

—Diez y siete años.

—¿Y qué sabéis?

—Un poco de todo: escribir... dibujar...

—¿Como Rafael?...

Teresa comprendió que aquello era una burla, y se puso colorada.

—Sabréis lo que una colegiala aventajada, ya lo supongo—dijo el viajero;—pero sería mejor que supieseis coser, guisar y arreglar, en fin, una casa. Con eso, al menos, no se muere uno de hambre. ¿Y qué más?

—¿Cómo y qué más?

—Quiero decir... qué sabéis además de escribir y dibujar...

El hombre grueso era práctico.

Teresa se vió obligada á confesar que tenía razón.

—¿Qué más?... Pues bien, no sabía más que lo que había aprendido en el colegio de Gien, es decir, nada.

—¡Ya veo!—dijo el hombre.—¡Una educación de señorita, á la cual no falta más que el dote! ¡No os han enseñado nada, esto es lo cierto! ¿De modo que no tenéis oficio?

—Tengo buena voluntad. Aprenderé.

—Eso sería bueno si tuviéseis dinero para esperar.

—No me falta ánimo.

—Lo necesitaréis!... ¿Conocéis á alguien al menos?

Teresa hizo un signo negativo con la cabeza.

—¿Y adónde vais á ir á parar?—la preguntó.

No lo sé.

—¿De modo que vais á encontraros en la estación sin saber hacia donde drigiros?

—Sí.

—¡Felicitó á vuestros padres! ¿No los tendréis tal vez?

Teresa hizo seña que no.

No mentia.

¿Qué la quedaba?

—¿No se encontraba exactamente como si no tuviese á nadie en el mundo?

—Estáis divertida!—murmuró el viajero.

—Si al menos!...

No terminó.

Quería decir: «Si al menos fuérais sola!»

Se expresaba en el fondo sin malicia, más bien con interés, con tono rudo; pero las gentes rudas no son siempre gentes de mala intención.

Teresa le escuchaba con amarga satisfacción, y se atrevió á preguntarle con timidez:

—¿Me dais un consejo?

—¡Es difícil!

El viajero se aproximó más á ella y la dijo:

—Será preciso al menos que yo conozca vuestros secretos.

Y muy bajo añadió:

—El individuo que... puede ayudaros, al menos?

Teresa pareció no oír, y bajó la cabeza.

—¡Vamos, no andemos con dengues!—dijo él bruscamente.—¿Puede sosteneros el padre, daros algo?

—Ha muerto.

—¿Y la familia?

—No puedo esperar nada de ella.

—¡Diablo, diablo! ¡Momentos rudos tendréis que pasar!

Y viendo que las facciones de la pobre joven se contraían, añadió:

—Pero tenéis un poderoso auxiliar, la juventud. Con ella es uno capaz de todo.

Hubo un silencio.

El tren se detuvo dos veces.

Teresa había cerrado los ojos y el hombre grueso pudo ver las lágrimas que, deslizándose por entre sus párpados, corrían por sus mejillas.

Las reflexiones de la pobre joven eran desgarradoras.

Desde la primera mirada había penetrado su secreto aquel desconocido. ¡No podía ya, pues, ocultárselo á nadie!

¿Cómo solicitar una colocación, por modesta que fuera?

Un ruido sordo la sacó de sus meditaciones.

El tren atravesaba el Loire por un puente y llegaba al molino de la Borde.

Las nubes se habían disipado y el sol lucía.

—¡Ea, no os desesperéis!—repuso el viajero, mostrándola el sol con la mano.—¡Ese luce para todo el mundo! ¡Siento no ir á Paris; os hubiera guiado! Pero estaré allí dentro de pocos días. Si me necesitais para algo me encontraréis. Aquí tenéis mis señas. Aun hay gentes buenas y dispuestas á ser útiles al prójimo.

Teresa cogió la tarjeta que su compañero de viaje la ofrecía y la leyó para sí.

La tarjeta decía:

PROSPERO GOMBAULT

REPRESENTANTE DE COMERCIO

Casa Renaud, Bresse y Compañía.

12, calle del Puente Nuevo, 12.

Y por debajo:

Sacos, toldos, telas para velas, hilos y cuerdas.

Se paró el tren.

Los empleados gritaron:

—¡Blois, cambio de tren!

El hombre grueso estrechó la débil mano de su compañera de viaje, la dió un golpecito en la mejilla y la dijo:

—¡Animo, y hasta la vista!

En el momento de salir de la estación se volvió y la saludó con la mano.

Teresa se sentía casi reconfortada por aquel encuentro con el hombre grueso.

¡Si, sin duda, aun había buenas gentes que se interesaran por los demás y el sol lucía para todo el mundo!

Así lo esperaba ella.

Con su paquete en la mano, estaba en el andén sin saber le que hacer, porque ignoraba el tiempo que tardaría en salir el tren, cuando un empleado, acercándose á ella, la preguntó:

—¿A dónde vais?

—¡A Paris!

—A las diez y veinte. Tenéis tiempo de dar por ahí una vuelta,—la dijo, y la indicó la salida.

Teresa, se dirigió vacilando hacia la salida de la estación.

La costaba trabajo sostenerse; tenía los pies llenos de ampollas, y además tenía hambre.

Entró en una panadería y compró un pan.

Volvió á la estación y se sentó, esperando la hora de la salida del tren y tratando de defenderse del sueño que se apoderaba de ella.

Llegó por fin el tren.

Entró en un coche y se colocó en un departamento en que estaba sola, se recostó en un ángulo y agobiada por la fatiga, y mecida por la trepidación del tren que se ponía en marcha, se durmió.

A aquella misma hora, en la Boca del Lobo, Guillermo Montarón, que se disponía á marchar á Rochefort, admirado de no haber visto todavía á su hermana, fué á la ventana de su cuarto y desde fuera llamó.

—¡Teresa!

Naturalmente, no recibió contestación.

Admirado subió la escalera, llamó á la puerta del cuarto, y tampoco le contestaron.

Entró.

La habitación estaba vacía.

Todo indicaba una partida precipitada.

La cama no estaba deshecha.

Algunos objetos de poco valor estaban esparcidos acá y allá.

Sintió una especie de estremecimiento, pero su sorpresa fué de corta duración.

El papel que su hermana había dejado sobre la mesa atrajo su atención.

Leyó el sobre: ¡A mi madre! y la primera idea que le ocurrió fué que la desgraciada había perdido el juicio y se había suicidado.

La carta no estaba cerrada, la leyó.

Entonces su rostro se iluminó de pronto.

Cogió la carta, bajó al patio y viendo á su hermano y á Magdalena les llamó.

El cazador de topos, para ser útil en algo, estaba en una de las cuadras amontonando estiércol.

Guillermo le hizo seña de que les siguiese y todos entraron en la casa.

La madre, que no perdía jamás un minuto, preparaba el almuerzo.

Se admiró de verlos llegar á todos á un tiempo, como si vinieran de algún consejo.

—¿Qué hay?— preguntó con el corazón oprimido por una angustia repentina.

Guillermo contestó:

—¡Hay que la casa se vá quedando vacía! ¡Teresa no está ya en ella!

—¿Teresa?

—¡Se ha marchado!

—¿Dónde está?

—Eso es lo que no nos dice!

—Leed—dijo Guillermo á su madre, presentándole el escrito de Teresa:

Los ojos de la anciana se habían llenado de lágrimas. Repitió, como si no fuera capaz de comprender:

—¡No puedo!... ¡no puedo!... ¡Teresa, Teresa mía!...

Guillermo leyó entonces en voz alta la carta de su hermana.

El dolor de la viuda no fué tan grande como era de temer.

Como su hijo, en un principio había pensado que la desgraciada niña no había marchado, si no que había muerto desesperada.

La lectura de aquella carta de despedida tan tierna, fué un consuelo para ella.

Si la víspera había querido ella hablarla, había sido porque principiaba á sospechar una parte de las faltas que con tanto cuidado la ocultaban.

Ya no dudó un instante.

¡Teresa iba á ocultar lejos su deshonra!

El almuerzo fué triste.

Nadie se atrevió á hablar.

Antes de que se concluyera se levantó Guillermo y subió á su habitación.

Cuando bajó estaba en traje de camino. El traje era pobre, pero limpio y á propósito para pasar inadvertido entre la multitud; llevaba polainas, pantalón y chaqueta de paño y un sombrero del mismo color del traje, que era de color castaño oscuro.

Era su traje de los días de fiesta.

—¿Tú también?—preguntó la madre.

—Sí.

—¿A dónde vas?

—A Rochefort, á despedir á Juan en nombre de todos, para que no marche sin haber visto á alguno de la familia.

—Hay mucha distancia de aquí á Rochefort—objetó la madre.

—¡Bah! Unas sesenta leguas, creo: no es una gran cosa. ¡Más he andado!

—¿Sabes siquiera el camino?

—Tengo lengua. Preguntaré.

—¿Y marchas con el tiempo que hace?

—Teresa no ha tenido miedo al tiempo!

—Tienes razón, Guillermo,—dijo el mayor de los Montarón; Juan se iría triste si embarcara sin saber que pensamos en él.

—¿Se le podía escribir!—objetó la madre tímidamente.

—¡Bah! ¿y quién sabe lo que sería de la carta?

—¿Cuándo emprendes la marcha?

—En seguida.

—¿Y dinero?

—¡Tengo algunos cuartos!... ¡Creo que me bastarán!

Habia dejado de nevar. El sol brillaba débilmente.

—La nieve ha cesado y así me gusta á mí el tiempo para viajar—dijo Guillermo, afectando una alegría que estaba muy lejos de sentir.

Abrazó á su madre, á su hermano Pedro y á Magdalena, cogió un palo para que le sirviera de bastón y se dispuso á salir.

—¡Vaya, adiós todos!—dijo.

El cazador furtivo le siguió y cuando hubieron pasado el pórtico se paró y le dijo:

—¡Guillermo!

—¿Qué?

—Has mentido.

—¿Cómo?

—Tú no tienes dinero y tu hermano no puede dártelo. No hay diez francos en la casa.

—¿Y qué?

—Yo lo tengo y no lo necesito. Helo aquí. Sacó los cuatrocientos francos que Teresa no había querido y se los dió á su amigo.

—No tengas cuidado. Aun me queda á mí y será para el primero de vosotros que lo necesite. ¡Toma!

—Veo—dijo Guillermo—que tú has sido quien ha proporcionado á Teresa los medios de ponerse en camino. ¡Has hecho bien! ¡No podía permanecer aquí!... ¡Adiós!... ¡Esto es cuestión de vida ó muerte para nosotros!

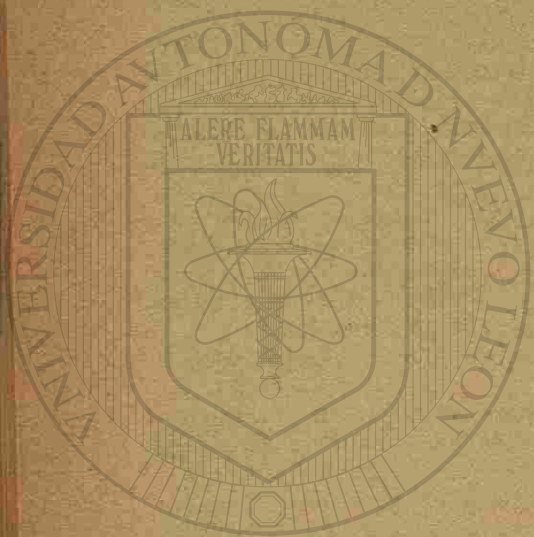
Estrechó al anciano contra su pecho y se alejó.

Ocho días después el cartero llevó á la Boca del Lobo una carta con el sello de Correos de Rochefort.

Apuella carta decía lo siguiente:

«He visto á Juan, y hasta he podido abrazarle en nombre de todos. Está animado y no desfallecerá. Yo sigo el ejemplo de nuestra desgraciada Teresa y de Marcelo: voy á buscar fortuna. Conservad la casa paterna. Tal vez volvamos á ella algún día. Tengo corazón y fuerza. Hasta la vista. Os abraza cariñosamente.

»GUILLERMO.»



SEGUNDA PARTE

SIN PADRE

I

A la cita.

Casi á la misma hora en que el tren de Blois llevaba hacia Orleans á Teresa de Montarón, dormida, una mujer joven salía de una casa de una de esas calles viejas que admiran siempre cuando se acaba de salir de las grandes vías del París nuevo, construido por el barón Haussmann y su ejército de empresarios y maestros de obras.

Esta calle lleva uno de los nombres sencillos y pintorescos, queridos de nuestros abuelos que, menos favorecidos ó más modestos, no tenían tantos grandes hombres que honrar como ahora tenemos nosotros.

Era la calle del Echaudé.

La mujer que de aquella casa salía iba un tanto pobremente vestida, pero se notaba en ella un resto de elegancia.

Esta mujer tendría veintidos ó veintitres años.

Hubiera debido, pues, estar en el apogeo de sus formas, en el punto culminante de su be-

lleza; pero parecía más joven que la edad que tenía, poco desarrollada aún, enfermiza, tal vez á consecuencia de las privaciones que se imponía.

Sea lo que quiera, es el caso que era hermosa, más que hermosa, atractiva, y tenía una gracia exquisita.

Su paso fué al principio indeciso, casi vacilante.

Miraba atrás con frecuencia.

Después pareció decidirse y prosiguió resueltamente su camino.

No tardó en llegar delante del Bon Marché. En los alrededores de la inmensa tienda, el movimiento de la clientela era enorme.

Dos empleados con corbata blanca examinaban con atención aquel yaivén, escudriñando la multitud con sus ojos siempre avizores.

Cuando la mujer joven pasó por delante de ellos, el de más edad, Frageot, una especie de polizonte habituado á ver todo, vigilando á la vez á la multitud y á sus compañeros, á la clientela y á los amigos, dijo á su compañero:

—Toma, la pequeña del señor del cupé azul. Ella se resiste, pero acabarán por entenderse.

Y en seguida entró en algunos detalles.

El la había visto por primera vez hacía cerca de seis semanas, de conversación en un rincón del salón de lectura con un caballero muy elegante que llevaba un magnífico gabán de pieles.

La discusión era acalorada. La pequeña se negaba con energía, y el caballero insistía con decisión.

De pronto se separaron, y oyó que la mujer decía:

—¡No!

El caballero tendría de treinta y cuatro á treinta y cinco años, y era un verdadero tipo de elegancia.

La mujer, como hemos dicho, de veintitrés á veinticuatro años, pero iba pobremente vestida; todo lo que llevaba no valdría ni tres luises, ni aun el día de su estreno.

Para llamar la atención con semejante atavío se necesita tener buen palmito y ser sumamente simpática.

Ella lo era.

Frageot no ocultaba su entusiasmo.

Concluyó diciendo:

—¡Estando ahí ella, apuesto doble contra sencillo á que el caballerito no andará muy lejos!

Tocó á su colega en el hombro:

—¡No aposteis, querido!—dijo—Perderiais, ahí lo teneis...

En efecto, un cupé *á la dernier*, tirado por dos caballos de mediana alzada, relucientes y vivos, se paró delante de la marquesina del almacén.

Un caballero, envuelto en un gabán de pieles, se apeó del coche, cerró la portezuela con un golpe seco é hizo una seña al cochero para que fuera á colocarse, como de ordinario, á la esquina de la calle de Dupin.

El caballero atravesó por entre la multitud y muy pronto le vieron los dos empleados subir la escalera hacia donde se había dirigido la mujer joven momentos antes.

El caballero era sin disputa muy distinguido, pero nada simpático, á la primera impresión.

Al entrar en el inmenso pasillo, con la cabeza alta, se desabrochó el gabán y paseó á derecha é izquierda una mirada fría y penetrante.

No había habido ciertamente en ninguna época el menor parecido entre él y Rolando de Corbiere, la víctima de la Boca del Lobo.

Sin embargo, habían nacido de la misma madre y del mismo padre y no era posible ni aun sospechar que Natalia Beauvillare hubiese engañado á su marido en ninguna época de su vida.

El capitán de cazadores era bajito y rubio.

El *gentleman* del cupé alto y moreno.

Las facciones del oficial eran dulces y sonrientes.

Las de su hermano imperiosas, secas y frías en todo caso, extraordinariamente desdeñosas.

Este hombre era el conde Gabriel de Corbiere Latouche, actual jefe de su familia, como aquel pobre aldeano, Pedro Montarón, labrador de la Boca del Lobo, era el mayor y el jefe de los Ferté Montarón.

Había entre los dos una diferencia enorme.

Pedro Montarón carecía de lo preciso para atender á las necesidades de su pobre madre y de sus hermanos, aunque no hacía más que ocuparse de su trabajo.

Gabriel de Corbiere no se ocupaba más que de gastar alegremente sus rentas, y como suele decirse, nadaba en la opulencia.

Su madre habitaba el hotel de Corbiere en el arrabal de San Germán.

El poseía en los Campos Elíseos el hotel Beauvillan, que le había tocado en suerte en la herencia de su tía, con los tres ó cuatrocientos mil francos de renta en fincas y valores que la solterona le había dado, con gran envidia de su hermana la condesa, á quien ella no podía soportar.

El conde, errando por el almacén, por entre la multitud, se distraía con el espectáculo, siempre interesante, que tenía ante sus ojos; pero de pronto, sacando del bolsillo del chaleco un admirable cronómetro, vió que había pasado la hora de la cita que él había dado, y entonces se dirigió con paso rápido hacia el salón de lectura.

Apenas entró en él cuando pareció que su rostro se animaba.

Un suspiro de consuelo levantó su pecho y abordó, decididamente y sin la menor precaución, á la mujer joven que el inspector había indicado á su compañero.

—¿Aquí ya?—la dijo tendiéndola una mano, que ella tocó apenas con las yemas de los dedos.

—¿No debo ser exacta por profesión?—repuso con cierta tristeza.

—¡Es justo! ¡Una profesora de piano!

—¡Sin lecciones!

—¿Para qué las necesitáis, si estoy yo aquí para reemplazar á los alumnos ausentes?

—¡Vengo á deciros que decididamente no puedo! ¡No en verdad, me es imposible!...

—¡Ah!—dijo el conde frunciendo las cejas.
—¡Siempre intratable!

—¡Si accediese, tendría un remordimiento toda mi vida!

El conde no trató de convencerla.

—¡Está bien!—dijo con tono seco;—¡no hablemos más de eso!

Se abrochó el gabán, afectando gran indiferencia, como quien se decide á desistir de su empresa, pero era fácil ver que aquella tranquilidad no era más que superficial.

Sus dedos, que no estaban enguantados, y en los cuales brillaba una magnífica sortija, temblaban de cólera; sus labios estaban descoloridos.

—¡Jamás!—murmuró entre dientes, pero de manera que pudiese ser oído por la mujer joven, volveré á hacer gestiones tan inútiles, tan humillantes! ¡Lo siento, pero puesto que es preciso, tomaré mi decisión!...

Y añadió con brutal impaciencia:

—Vamos á ver, querida, eso que decís no tiene sentido comun. Haced lo que os plazca, pero el día en que me decidá á borrar de mi imaginación vuestro hermoso nombre, Elena, lo borraré tan bien que dejará de existir por siempre para mí! ¡Entonces comenzará para vos la era de las lamentaciones! ¡Aunque vivais cien años, no volveréis á encontrar jamás lo que habéis despreciado! ¡Vamos, reflexionad, aun es tiempo!... Una vez que haya pasado de la puerta, será el adiós definitivo... ¿Si ó no?

—¡Callad!—dijo ella;—nos observan!

En efecto, el conde hablaba con tanta des-

preocupación como si hubiesen estado solos.

Hizo un gesto de insultante desprecio.

—¡Bah!—dijo—¡qué nos importan esas gentes! Si hubiera uno de ocuparse de todos los tipos que desfilan por esta feria, no se estaría tranquilo jamás. ¡Ah! querida, ¡que fin tan diferente al que va á tener, había yo imaginado para nuestra novela.

Ella permaneció silenciosa.

Pero aunque con aquel silencio parecía estar resuelta á no ceder, no se decidía sin embargo á retirarse.

Debía ser presa de punzante perplejidad.

Los latidos de su corazón, levantaban su pecho, se mordía los labios y sus ojos, muy hermosos y muy grandes, brillaban de una manera extraordinaria por las lágrimas que contenían.

El conde comprendió que un combate supremo se libraba en ella, y se decidió á poner en juego sus reservas.

—Elena—dijo,—es preciso que os hable por última vez, si quereis, pero sin testigos.

—¿Dónde?

—Teneis razón, no estamos bien aquí. Venid

El conde echó á andar, y ella le siguió como si un sortilegio la hubiese privado de su libre albedrío.

El conde no se ocupaba de saber si la joven le seguía; estaba ya seguro de que parlamentaba, de que estaba vencida.

Una mujer honrada, pobre, que no rechaza desde el primer momento la tentación que se aproxima bajo la forma de un millonario, que

lleva en la mano el cuerno de la abundancia dispuesto á derramar sobre ella la lluvia de oro de Danae, está perdida sin remedio.

El conde Gabriel tenía una gran experiencia en esto.

Cuando llegó al descanso de la escalera, se volvió y la vió á pocos pasos, con la mirada fija en él.

Una sonrisa mefistofélica asomó á sus labios, delgados como los de su madre.

La hizo una seña para que se acercase á él; y entonces, puesto de codos sobre el balustré, con tanta libertad como si la hubiera conocido desde hacía años, la puso la mano sobre el brazo con un gesto familiar, tratándola ya como á cosa propia, y la dijo:

—Escuchadme bien. Es vuestro porvenir lo que se decide. Mi coche me espera en la esquina de la calle Dupin, á la derecha. Yo saldré primero. Os esperaré. No temáis nada. Mis gentes son discretas.

Elena tuvo una vaga sonrisa.

—Pascaremos una hora juntos y en seguida tomaréis la decisión que queráis. ¿Tenéis tiempo?

Elena murmuró débilmente:

—Sí.

El conde bajó la escalera con lentitud, sin precipitarse, volviéndose varias veces para animarla con la vista. Era el momento decisivo.

Cuando el conde salió del establecimiento, ella estaba bastante lejos de él.

El inspector tocó con el codo á su colega y le dijo:

—No me equivocaba. Eso marcha viento en popa.

El conde había llegado adonde estaba su carruaje.

Elena pasó por entre los dos inspectores, que no separaban de ella los ojos, salió y se paró en la acera.

Huvo una última vacilación?

Tal vez.

Elena se volvió un segundo hacia el boulevard de San Germán, pero de pronto hizo un gesto de resignación, atravesó la calle de Sèvres y llegó al lado del coche.

La portezuela, abierta, indicaba que la esperaban.

El conde la levantó, por decirlo así, la colocó sobre los almohadones y se instaló á su lado.

Los caballos partieron al trote largo hacia el boulevard de los Inválidos.

—¿Eh?—dijo Frageot.—¿Cuando yo lo decía!...

El cochero debía tener ya instrucciones.

El cupé partió al trote largo, cruzó el Sena por el puente de los Inválidos, remontó los Campos Eliseos, atravesó el bosque de Bottonia y á las doce menos veinte llegaba enfrente del pabellón de Armenonville.

Allí tocó el conde un timbre y el cupé se paró.

—¡Ea!—dijo el conde cogiendo las manos á Elena.—¡No vais á hacer la chiquilla! ¡Son cerca de las doce, disponemos de tiempo, estamos solos y debéis tener gana. Almoremos.

—¡No... no puedo!—dijo Elena, tratando de resistir.

—¿Tenéis miedo de que os vean?

—¡Sí!

—¡No temáis! En este París ¿quién se ocupa de nosotros, decidme? Y además sería preciso un milagro para que nos sorprendiesen... En este tiempo está esto muy poco concurrido!

Elena cedió.

El cochero se había inclinado hacia su amo; éste le hizo una seña. El capé dió vuelta en el patio del restaurant y salió de él.

Había poca concurrencia, en efecto.

Una ó dos parejas desconocidas estaban sentadas á la mesa en la sala de abajo.

Elena dirigió una mirada á su modesto traje y esto hizo sonreír al conde, que la dijo:

—¡No hagáis caso, todo cambiará, y además estamos muy por encima de esas bagatelas!

Y dirigiéndose á un mozo del restaurant, que acudía presuroso:

—¿No hay nadie allí, Román?—preguntó indicando con la mano un saloncito de la planta baja.

—Nadie, señor conde.

—¡Bien! ¡Servidnos pronto!... Dos cubiertos... Ostras, una tortilla, costillas... lo que queráis... y que nos dejen solos... ¡Tengo que hablar con esta señora!

El mozo se inclinó.

En aquel saloncito blanco y oro, se estaba perfectamente á su gusto.

El calorcito que allí se percibía contrastaba con la temperatura helada del exterior.

El conde Gabriel se había metamorfoseado de pronto.

Se había vuelto atento, casi amable.

Instaló cómodamente á su compañera en una banqueta de terciopelo, se colocó en frente de ella, se puso de codos sobre la mesa y dijo con una familiaridad muy amistosa, pero sin permitirse ninguna confianza inconveniente:

—¡Sedme franca, Elena; ¿no os encontráis mejor aquí que en vuestra habitacion de la triste calle del Echaude?

—¡Sin duda, si no tuviera que avergonzarme de estar aquí!

—¡Todavía remordimientos, pesares, escrúpulos!

—¿Cómo queréis que no los tenga?

—Toda la cuestion para mí se reduce á estos dos términos: ¿Queréis á vuestro marido ó no le queréis.

Elena guardó silencio.

El conde añadió:

—Y además, ¿Queréis ó no queréis continuar la vida de privaciones, de estrecheces, de contrariedades y de humillaciones de cada instante? No, ¿no es verdad? Reflexionad tranquilamente y luego me contestaréis... Esta será nuestra última entrevista, ó no nos separaremos más. No os quiero á medias, os quiero para mí solo, que nadie más que yo os posea... Esta es mi decisión... ¡Todo ó nada!...

El conde se había quitado el gabán, porque el calor que había en la habitación y el que le producía la fogosidad conque hablaba, le sofocaban.

—Ved, mi querida Elena—continuó diciendo,—os habéis aparecido á mi en el momento psicológico, cuando yo buscaba la mujer que todos tenemos, más ó menos, en la imaginación... Cansado de la vida que llevo desde mi primera juventud, del cambio incesante, no de afectos, jamás los he tenido, sino de relaciones efímeras cuyo vacío y futilidad no me convienen, me había hecho un ideal y el día que os vi en el anfiteatro de la Opera, tan modesta, procurando pasar inadvertida, más encantadora sin embargo que todas aquellas mujeres llenas de brillantes que os rodeaban, me prendé de vuestra gracia y de vuestra hermosa cara en la cual está impresa toda la historia de vuestra vida. Os seguí. Cuando os apeastéis del ómnibus en la plaza de Saint Germain-du-Prés, os esperaba un hombre bajito y mofetudo, de cabellos cortos, mal vestido y afeitado como un actor de melodrama, ó un comparsa de teatro, se arrojó, por decirlo así, sobre vos. Tomó vuestro brazo con grandes demostraciones de cariño, y os dirigistéis á la casa en que os vi entrar dos minutos después.

Ya sabía á qué atenerme.

El conde Gabriel se había animado y hablaba con calor, pero de pronto se interrumpió.

Un camarero entró con una fuente destras.

Se conocía que en la casa estaban muy acostumbrados á servirle y le obedecían á una seña hecha con el dedo ó con la mirada, porque el camarero se eclipsó en seguida.

El conde sirvió á su invitada.

Sin dejar de comer, continuó sus argumentos, á fin de hacer desaparecer los escrúpulos que Elena tenía para acceder á sus deseos.

De pronto se interrumpió para preguntarla:

—¿Cómo encontraréis estas «Ostende»?

Elena contestó, no sin cierta sutileza:

—¡No se!... ¡Os escucho!

—¡Vamos—pensó el conde,—esto va bien.

Y volvió á tomar el hilo de sus explicaciones.

—Al día siguiente volví á la calle de Echau-dé. Me encontré allí con una portera que tiene la lengua muy expedita y que no desea más que suministrar todos los informes posibles acerca de sus inquilinos. Supe que ocupábais un cuartito del piso tercero de la casa, enfrente de un pobre pintor sin trabajo, cuya mujer está empleada en el Palais-Royal ó en el Odeon. Que estábais casada con el hombre que os salió al encuentro al apearos del ómnibus, y que ese hombre canta en los coros de la Opera Cómica. Que dábais lecciones de piano cuando encontrábais discípulas, pero que esto era raro. Que vuestro marido, que antes cantaba en la iglesia de la Magdalena, ha tenido que renunciar á esto á causa de los ensayos de la Opera-Cómica que le roban una parte de los domingos. Que vivís con mucha estrechez. Que vuestro vecino el pintor es suizo y se llama Wilhem Krug; que vuestro marido se llama Paulino Escoubère, y que es de origen gascón... ¿Quereis que os dé detalles de todos los habitantes de la casa?

Elena no pudo menos de sonreirse.

—¿Para qué?—dijo

El camarero entró y dejó sobre la mesa una tortilla que tenía buen aspecto.

Se retiró en seguida y el conde continuó:

—En cuanto al fabricante de aparatos de tortura que ocupa la planta baja y disfraza su profesión de verdugo bajo esta etiqueta científica: *Ortopédico!*... me dió curiosas noticias; también me habló de la señora del primero, que tiene costumbres más bien ligeras, pero que es cariñosa y buena aun fuera de su profesión; acerca de...

—No sigáis, os lo suplico!—dijo Elena.

El conde calló un momento, pero luego continuó:

—La portera me enteró también de que debíais al casero dos meses de alquiler, y acaso tres, y de que ese buitre, aunque no es muy feroz, comienza á abrir el pico para dejar salir de él amenazas. Supe muchas cosas más; que os llamáis Elena, que teneis veintitres años; que hace tres que estais casada y que parece que quereis á vuestro marido...

—¿Ha sido tan bueno para conmigo!

—Es siempre fácil el ser bueno con una mujer joven y hermosa, de la cual hay que esperar todo. Yo también sería bueno para con vos... y hasta muy bueno.

—¿Cuando se casó conmigo, su amor era desinteresado, porque yo no poseía ni un céntimo!

—Y vuestra persona, ¿no la contais por nada?

—¿Yo no tenía ni padres ni familia conocida!

—¿Eso es casi equivalente á un dote! ¡No hay nada peor para un amante que una serie de parientes grotescos que la querida lleve consigo!

—¿Yo no soy más que una muchacha abandonada al nacer!

—¡Felicitó al desconocido autor de tal obra maestra!...

Servidas las costillas, se llegó á los postres. El camarero puso sobre la mesa un frutero con manzanas amarillas como el oro, uvas que tenían toda la frescura del otoño y naranjas cuyo aroma embalsamaba la atmósfera.

—¡Dejadnos!—ordenó el conde.

—Os he escuchado—dijo Elena cuando la puerta estuvo cerrada y se encontraron solos.—Escuchadme ahora á mí. Yo comprendo que soy cobarde al observar la conducta que observó, pero la pobreza es mala consejera... Si os obedeciese... y mi debilidad me inclina demasiado á ello, tendría siempre sobre mi conciencia un peso enorme. ¡Paulino ha sido para mí un salvador!

—¿Quién es Paulino?—preguntó distraidamente el conde, que escogía una mandarina.

—¡Ah! sí, Paulino Escoubere... ¡Paulino, el baritono de los coros, vuestro marido!

—¿No os riais!... ¡Esa risa me hace daño! ¡Paulino me salvó de la muerte! ¡Vivíamos en una casa de vecindad, en Montmartre, y las puertas de nuestros cuartos estaban contiguas.

Acababa yo de encender la estufilla para irme á la cama. ¡Aquél carbón lo había comprado con los últimos cuartos que me queda-

ban! ¡No había un céntimo más en mi bolsillo! Un desconocido había hecho que me dieran una excelente educación en un colegio de Passy. Allí aprendí música, y según afirman, aproveché el tiempo, pues dicen que soy casi una notabilidad; me lo han repetido en todos los tonos y me han dicho que podía ganar dinero dando lecciones. A los diez y ocho años la directora de aquel colegio me entregó cuatro mil francos, diciéndome que aquella era la última cantidad conque debía contar. Fui á instalarme á Montmartre en una habitación que amueblé con lo indispensablemente necesario. Después fui á buscar discípulas. Al cabo de un año no me quedaban más que cuarenta francos y había perdido mis ilusiones. ¡Os juro, sin embargo, que había intentado todo lo que humana y decorosamente se puede intentar para salir de apuros! Pero la fatalidad me perseguía. Demasiado altiva para soportar por más tiempo las humillaciones á que me sometía en vano, resolví morir. Yo no sé como mi vecino fué advertido de este siniestro propósito ni qué indicios le revelaron mis intenciones. Entró, se arrojó á mis pies y me propuso unir su existencia á la mía. Me persuadió de que no debía morir, sin gran trabajo. ¡Tanto cuesta renunciar á la vida mientras nos queda un átomo de esperanza! Escouberé ganaba en aquella época bastante para él, y solo hubiera seguido viviendo tranquilamente.

Yo fui para él una carga demasiado pesada. ¡Pobre hombre!... Durante dos años no tuvimos

apenas de qué quejarnos y yo no me arrepenti de haberle escuchado. Después llegaron los días malos... El estuvo tres meses enfermo sin poder trabajar. Yo tuve que cuidarle. Las pocas discípulas que, gracias á las relaciones de él, tenía yo, me abandonaron. Fué preciso pagar al médico... Nos encontramos atrasados y no hemos podido volver á levantar cabeza. El solo podría vivir como en otros tiempos. ¡Yo soy quien le ha sumergido en la miseria!...

—¡Podéis sacarle de ella!

—¿Yo?

—Ciertamente.

—¿Cómo?

—Voy á decírosto.

Llamó.

Entró un camarero, á quien dijo:

—La cuenta.

Cuando el camarero la trajo, el conde echó con negligencia dos luises en el plato y se levantó.

—¡Venid, Elenita!—dijo en voz baja.

E inclinándose á su oído añadió:

—¡Qué alegría para mí el día en que me hayáis dado francamente el derecho de llamaros ¡Elena mía!

—Sería un crimen el que cometería y una inmensa ingratitud para con...

—¡Ese pobre Escouberé!—concluyó el conde. En verdad, querida mía, yo creo firmemente que os equivocáis. En todo caso, si siente algún disgusto por vuestra pérdida, encontrará sin trabajo alguna corista de la Opera Cómica ó de otra parte, que hará que os olvide.

Salieron del restaurant.

Los caballos piafaban á la puerta.

—Subid—la dijo.

—¿Adónde vamos?—preguntó ella.

Tened confianza y dejaos conducir...

El cupé partió á paso rápido y sostenido, acabó la travesía del bosque de Bolonia, enfiló por una avenida cortada por la carretera de Auteuil y se paró delante de la verja de un parque que daba á la avenida de los Príncipes, en Bolonia.

El cochero hizo oír una llamada gutural; se abrió la puerta entró el cupé y dando la vuelta alrededor de una vasta pradera se paró delante de la escalera de una *villa* imponente y artística á la vez.

—¿Dónde estamos?—preguntó Elena.

—En vuestra casa, si queréis—contestó el conde.—Entremos.

El conde subió las diez escaleras que conducían el vestibulo y la precedió, sirviéndola de guía al través de aquella casa, ó más bien de aquel nido, cuyo lujo la causaba verdadero deslumbramiento.

—¡Para vos es para quien he arreglado todo esto; la dijo! ¡Estaba seguro de veros aquí un día ú otro!

Aquella propiedad no era muy extensa, pero es imposible soñar un hotelito en Paris, más confortable y mejor situado.

Ningun detalle habia sido olvidado. En la casa se respiraba un temperatura deliciosa, un perfume ligero, flúido, un olor á mujer hermosa, la llenaba de arriba á abajo.

Se hubiera dicho que aquel palacio pequeño acaba de ser abandonado por su dueña, que habia salido á dar un paseo y que pronto debía volver á él.

Nada faltaba allí.

El ajuar era un verdadero *trousseau* de joven millonaria recién casada.

Desde las ventanas del dormitorio, se extendía la mirada sobre una superficie de unos cuantos millares de metros de terreno cercado por paredes, y allí un buen jardinero conservaba, á pesar del invierno, una verdura de otoño.

El césped estaba fresco aún: sólo los árboles grandes habían perdido sus hojas.

—Dentro de pocos meses será esto el paraíso terrenal—dijo el conde cogiendo á la joven por el talle—con Adán y Eva si queréis quedaros en él! Yo os daré todo lo que queráis, pero con una condición... ¡Que seáis siempre mía, jamás de otro; pero no como esclava, sino como dueña!

Y estrechándola contra su pecho, añadió:

—¡Vamos, di que sí, francamente, sin hacerle rogar!

Ella murmuró:

—¿Y él?... ¿Qué será de él?

—¿De Escoubere?... ¡Olvidará!... ¡Con el tiempo todo se olvida!... Además, nosotros le haremos un puente de oro y él bendecirá toda su vida el día en que se le ocurrió salvar la tuya.

El conde sacó de la cartera un fajo de billetes de mil francos y los contó con cuidado.

Había diez.

—Al abandonarle le dejarás este consuelo— dijo á Elena, entregándoselos.— Más adelante —añadió— velarás por él como su ángel guardián, pero de lejos, permaneciendo invisible.

—¡Ah! ¡Qué bueno sois!— contestó Elena cogiendo los billetes.

—No hay que fiarse de mí! ¡No soy bueno! ¡Soy considerado, correcto! ¡Hé ahí todo!

Elena lanzó un prolongado suspiro; pero sin responder.

El conde repetía con cierta rabia:

—¡Vamos, di sí! ¡Y que concluya esto!

—¡Pues bien, sí!— murmuró Elena— pero dejadme ahora; volveré.

—¿Cuándo?

—Cuando queráis.

—Entonces, esta noche.

—Conforme: esta noche; pero tomad los diez mil francos, porque no los querrá.

El conde se encogió de hombros, diciendo:

—¡Inocente! ¿Crees que así se rechazan diez mil francos? ¡Después de todo, puede hacer lo que quiera; suyos son!

Dieron las cuatro en el reloj de la habitación en que estaban.

—Vámonos— dijo Elena;— pronto llegará á casa.

—¡Delante de él ni una palabra! ¡Prudencia!

Ella se inclinó dulcemente.

El pacto estaba hecho.

El coche les llevó hacia París.

Durante el camino cruzaron pocas palabras.

Dos ó tres veces la estrechó el conde las manos con un transporte de alegría que no era fingida.

Quando llegaron á la plaza de Saint-Germain-des-Prés, Elena examinó con cuidado las aceras antes de decidirse á bajar del coche, cuyo lujo la hubiera hecho traición.

No vió á nadie.

El conde la dijo:

—¿Quedamos en eso?

—Sí.

—¿Hasta la noche?

—Hasta la noche.

—¿A las diez?

—A las diez.

—¿Nada te retendrá, puesto que estarás sola?

—No, no. Esperadme.

Por primera vez sonrió franca y sinceramente al conde.

¡Estaba convencida!

Después se deslizó á la acera por la portezuela entreabierta y se dirigió con paso rápido hacia la calle del Ehandé.

Gabriel de Corbière la vió desaparecer y se dijo con un suspiro de triunfo:

—¡Por fin, es mía!

Y haciendo una seña al cochero, que esperaba sus órdenes:

—Al hotel, ordenó.

Boemio.

Momentos antes de la llegada del cupé del conde á la plaza de Saint-Germain-des-Prés, un hombre de unos veintiocho años, bajito y regordete, que venía de hácia el muelle, pasó por aquella misma plaza.

Caminaba á paso largo, gesticulaba con energía y lanzaba, sin preocuparse de las gentes que á su lado pasaban, gritos que debían ser música, á juzgar por el movimiento de su bastón, que parecía marcar el compás como la batuta de un director de orquesta.

Aquel hombre tenía un aspecto tan franco y parecía tan bueno, que inspiraba desde luego la mayor simpatía, pero no se podía decir que fuese guapo.

Más bien hubiera podido pasar por verdaderamente feo, á no ser por la animación que se notaba en su cara en aquellos momentos.

Era bajito y rechoncho, pero muy vivo.

No andaba, rodaba como una bola de caoutchouc. Sus gruesas piernas parecían elásticas. Su traje no tenía nada de elegante ni de confortable.

Apesar del rigor de la estación, no llevaba abrigo y el terno que vestía, del mismo color que el sombrero que llevaba, parecían cortados del hábito de algún padre capuchino.

Cuando entró en una de las casas de la calle

de Echaudé, se detuvo en el portal y entonó en voz alta el aria de *Fausto*:

¡Salve, dimora, casta e pura!

El canto hizo que saliera á su encuentro una anciana de rostro simpático, pobremente vestida, pero de una limpieza exquisita.

Paulino Escoubère, pues era el, puso la mano derecha en el corazón, á la manera de enamorado que va á declarar su pasión al objeto de su amor y tiró un beso á la anciana, que echándose á reír, dijo:

—¡Siempre de buen humor!

—¿Para qué cambiar, cuando se está bien?

—¿Está mi esposa, querida abuela Guignard?

—Creo que no.

—¿Ha salido?

—Esta mañana á las diez, ó las once más bien.

—¿Y no ha vuelto aún?

—Yo no la he visto entrar, pero puede ser que esté en casa... No hace más ruido que un ratón; cualquiera diría que teme que yo la vea.

—¿Para hablarla de los dos meses que debemos?...

—¡Tres!—observó la portera.

—¡Tres!—dijo Escoubère con contrición.—

Es posible. ¡Cómo pasa el tiempo, mi buena señora Guignard.

—Eso es lo que dice el propietario, el señor Quillet. Hace dos días estuvo aquí, y está muy descontento. Dice que nadie le paga, excepto el señor Villetot.

—Sí, lo comprendo; yo en su lugar estaría también dado á los diablos. Decidle que estamos animados de los mejores deseos de pagarle.

—Sí, lo sabe... pero preferiría uno ó dos billetes de banco, ó algún luis de cuando en cuando... ¡Lo mismo que vuestros vecinos los Krug! ¡Buenas gentes, tranquilas, honradas, pero que no pagan!

—El señor Krug llegará á adquirir una posición!... ¡Tiene un gran talento!

—Tal vez llegue, pero entretanto su familia ayuna!... ¡Si no fuera que la madre gana algo en el Odeón, les sería preciso oprimirse el vientre!

—¿No ha regresado de su viaje á las inmediaciones de Blois?

—Su mujer le espera esta noche.

—Ahora traerá dinero. Ha ido á restaurar unos cuadros antiguos.

—Sí, á una iglesia pequeña!... ¡No traerá ninguna fortuna!

—¡Lo siento!... ¡Bueno, yo subo! Decid á mi mujer que no se entretenga en la escalera. Tengo el estómago como un farol y esta noche hay que cantar de firme. ¡Cuando se tiene vacío el estómago!...

El baritono subió de cuatro en cuatro los sesenta escalones que le separaban de su cuarto. Al meter la llave en la cerradura, el corazón le latía con fuerza.

Siempre que entraba en su casa, este órgano, tranquilo y regular en tantos otros, tenía en su pecho sobresaltos desordenados.

Era que iba á volver á encontrar á aquella Elena, á quien adoraba, por la que hubiera querido ser rico, la que representaba para él todo lo que puede encantar, llenar ó consolar una existencia.

Sufrió un desencanto.

La habitación estaba vacía.

Escoubere principió á registrar los cajones con el deseo de encontrar en ellos algo que le fortaleciese, y los revolvía inútilmente, cuando de pronto entró Elena muy fatigada.

El gascón se fué hacia ella, la cogió entre sus brazos, y besándola exclamó:

—¡Qué bien hueles! ¡Oh juventud!

Y vivamente añadió:

—¡Es preciso que tome algo! ¡Esta noche hay que cantar mucho!... ¿Sabes? Volvemos á hacer *Carmen* con Galli... ¡Desean un éxito!... ¡Lo obtendremos!... ¡Eso es soberbio!... ¡Qué música, santos cielos!... ¡Ya estás aquí por fin... aunque no demasiado pronto!

Elena volvía la cabeza para escapar á las caricias que su esposo la hacía.

Peró éste, sin dejar de encarecerla la necesidad que tenía de tomar algo y la prisa con que debía hacerlo, se sentó en una silla, atrajo hacia sí á su mujer, la sentó á su lado, y mirándola fijamente la preguntó:

—¡Vamos á ver! ¿De dónde vienes?

Elena se puso ligeramente pálida. Su resolución estaba tomada. Su marido no pudo notar en su rostro, de un blanco mate, más que un gran cansancio y desaliento, cosa que notaba en ella hacía ya largo tiempo.

—¡No me preguntes! ¿Que de dónde vengo? De correr inútilmente de un extremo á otro de París, como siempre... Primero he ido á ver á esa señora de quien nos han hablado...

—¿Los vecinos?

—Sí... la señora Krug; la he visto en su teatro. Alardea de tener muchas relaciones. ¡Bien podía proporcionarme discípulas!...

—¿En resumen, nada?

—¡Así es!... Me ha enviado á una docena de casas... ¡Ya sabía yo lo que me esperaba!... ¡He ido por deber... por no tener nada que echarme en cara!

—¿Y nada, verdad?

—¡Como siempre!

—¿Y te impacientas?

—¡Es claro!... ¿Qué he de hacer?

—¿Mucho?

—Hasta el extremo, si te he de ser franca, de sentir á veces que me impidieras, allá, en Montmartre, llevar á cabo...

Escubere la tapó la boca con la mano.

—¡Vamos, no digas tonterías! ¡Yo te aseguro que pronto cambiará esto! ¡Sé que van á aumentarme el sueldo! Pediré un anticipo de mil francos para pagar las deudas, é iré abonándolo poco á poco por medio de descuentos en mi paga... ¡Ya no nos molestará más la portera con sus tres mensualidades!... Después todo marchará bien. ¡Ya verás! ¡No más preocupaciones, no más miseria! Estaremos como el pez en el agua. Por mi parte, yo no soy desgraciado. Teniéndote á ti á mi lado, me considero más rico que Rothschild.

Elena no comió, pero su marido lo hizo bien.

Escubere repetía, teniendo entre sus manos las de su mujer:

—¡Ya verás, ya verás! ¡Todo vendrá á la vez! Pero no has comido y eso me disgusta. ¡Ten ánimo! ¡Ah, tú no has nacido para vivir en la miseria!

Hacia largo rato que se había hecho de noche. Una lamparita alumbraba débilmente la cocina; por eso no pudo ver Paulino que su mujer se puso súbitamente colorada al oír que él expresaba perfectamente en estas frases el estado de su alma.

—¡Nada me apocará, mientras te tenga á mi lado para alentarme!

Elena no contestó.

Escubere hablaba con calor. Elena permanecía muda.

Había una razón para aquella indiferencia.

Y en su ceguedad de enamorado, él no pensaba en esa razón.

Paulino estaba loco por aquella criatura, fragil y encantadora, que una casualidad había arrojado en sus brazos. La amaba con delirio; estaba orgulloso de ella, como otros lo están de un talento ó de una fortuna.

El estaba acostumbrado á todo: hijo de un obrero del puerto de Burdeos, huérfano desde muy pequeño, vino á París por etapas, pasando por Angulema, Poitiers y Tours, permaneciendo algunos meses en cada una de estas ciudades, de criado, de mozo de almacén y de ayuda de cámara en Orleans, en donde su amo, que

se había fijado en la buena voz que tenía, consiguió que entrara en la capilla de la Catedral, de donde tuvo que salir para entrar en el ejército.

Por suerte, el último punto en que le había tocado de guarnición había sido París, y su capitán, que le había tomado cariño, le facilitó los medios de perfeccionarse y de cultivar su arte, que debía llevarle á la capilla de San Roque y á los coros de la Opera Cómica.

Era bohemio por naturaleza, acostumbrado á sufrir y á estar siempre lleno de privaciones y en todas partes se encontraba bien.

Elena era una mujer, mejor dicho, una sensitiva, un manojo de nervios con un cutis satinado, que la más mínima cosa la resentía y la menor humillación la molestaba.

La oscuridad que envolvía su nacimiento, el misterio que lo rodeaba y que ella hubiera querido descubrir, su infancia, abandonada, sin otra indicación que aquella nota del acta de su nacimiento en el registro civil de París —nacida de padres desconocidos— y el apoyo temporal del misterioso donante que, durante dieciocho años había atendido á sus necesidades, contribuían á hacerla más sombría y más susceptible que la criatura educada en familia, aunque ésta sea pobre, y que sabe al menos su origen.

Por otra parte, los días se le hacían muy largos.

Mientras que su marido iba á sus quehaceres, ella quedaba sola con sus pensamientos, esperando discípulas, que no llegaban.

Y por fin, cosa que era más grave aún, no amaba, no había amado nunca.

Sentía por Escoubere un agradecimiento infinito; pero sus corazones no habían latido al unisono ni un segundo.

—¡Diablo!— exclamó de pronto Paulino— me he retrasado y vóyme á escape, porque me esperarán. ¿Qué vas á hacer esta noche?

—Lo que de ordinario.

—¿Dormir?

—¡Eso quisiera!

—¿No te acostarás sin cenar? ¡Eso sí que no te produciría buenos sueños!

—No sería la primera vez.

—Ven á acompañarme. Entraremos en una panadería... Te traerás un pan...

—¿Para qué?

—¡Para comer... para que no te caigas de necesidad!... ¡Aun tengo algún dinero! Mañana pediré al cajero un anticipo. Hoy no me he atrevido. Ven.

Elena vaciló un segundo, pero tenía tiempo. Se puso el sombrero y el abrigo y bajaron la escalera el uno detrás del otro.

Al pasar por delante de la portería, preguntó Escoubere:

—¿Y el señor Krug, ha venido?

—Hace un momento.

—¿Está bien?

—Muy bien. No ha vuelto solo.

—¿Cómo?

—Ha venido acompañado de una joven que quiere alquilar una habitación... ¡Otra desgraciada que me parece no tiene nada de sobra!

—¿Guapa?

—Muy guapa.

—¿Dónde la ha pescado?

—En el tren.

—¡Mire el picaro del señor Krug, reclutando inquilinos para la casa!... Vete á verles, querida; eso te distraerá.

Escoubere cogió del brazo á su mujer y salieron de la casa.

El brazo de Elena temblaba bajo el de su marido.

Pensaba:

—Este será nuestro último paseo.

En la calle de Bonaparte entraron en una panadería y compraron un pan.

Cuando llegaron al muelle, Elena se separó de su marido, y éste, en un arranque de su pasión por ella, la estrechó contra su robusto pecho, como si hubiera tenido un presentimiento de su separación, diciéndola:

—Cuánto te amo, ángel mió!... ¡Hasta luego!...

Escoubere echó á andar á toda prisa.

Elena le vió marchar hacia el puente.

III

Fuga.

Elena, al separarse de su marido no podía menos de estar conmovida, al ver tanta abnegación, tanta sencillez y un buen humor que desafiaba todas las privaciones, todas las miserias, todos los asaltos de la mala fortuna.

Su resolución la parecía un crimen de monstruosa ingratitud y estuvo á punto de no llevarla á cabo.

Pero aquel alma tan altiva, estaba demasiado herida, había en ella demasiadas aspiraciones hacia el lujo que la atraía, sentía en la sangre una antipatía violenta hacia la pobreza y sus privaciones y nada, en fin, la defendía contra la tentación.

Una gota de agua es suficiente para hacer que se desborde un vaso demasiado lleno.

La señora Guignard se encargó de hacer que se derramara.

En el momento en que Elena entraba en su casa, la portera la salió al encuentro.

—¿Sabeis—la dijo—que he hablado al señor Escoubere respecto á su deuda y me ha prometido procurar solventarla?... Yo no quiero molestaros, pero todo tiene su término.

—No lo olvidaremos... Estad tranquila—contestó Elena, y subió á su cuarto.

Pero ya habían tomado otro curso sus ideas. Volvía á ver la bonita casa de la avenida de

los Príncipes, en donde no tendría ya alquileres que pagar, sentía su dulce calor, respiraba sus suaves perfumes, y se decía:

—¡Qué bien se estará allí... qué paz... qué tranquilidad!

Solo que pensar en el conde Gabriel la causaba una sensación de frío.

Nada la inclinaba hacia él.

La parecía que un muro de hielo se interponía entre ellos. Sus sarcasmos, sus ironías, la desconcertaban.

Si debía sucumbir, no era por amor sino por tedio de la vida que llevaba, y á la cual no veía salida, sino por el contrario, cada día que pasaba, veía más oscuro y peor el porvenir.

No podía más. No se consideraba con fuerzas suficientes para sobrellevar una vida tan llena de privaciones, de miserias, de humillaciones.

Cuando llegó á su piso, la puerta de sus vecinos los Krug, estaba abierta.

El pintor la vió y ella tuvo que entrar.

Krug parecía estar solo con su hija, una niña de unos quince años, en cuya fisonomía no había una gota de sangre roja.

Cerca de esta niña, en la oscuridad vió Elena á otra joven de unos dieciocho años, á quien jamás había visto.

Esta joven estaba sentada en una silla y se mostraba sobrecojada, tímida y triste.

El Sr. Krug era un hombrecillo de unos cuarenta años apenas, de cabellos claros, de barba rubia, nada espesa, de nariz delgada y puntiaguda, de facciones expresivas, bastante

pálido y dotado de una mirada dulce y muy inteligente.

En resumen, su cabeza era una cabeza de pensador.

En aquella cara se adivinaba una pesadumbre del alma, una serie de privaciones y de decepciones sufridas con resignación y de injusticias soportadas con trabajo.

El mobiliario de aquella habitación era pobre y estaba reducido á su más mínima expresión.

Pero las paredes de la habitación estaban cubiertas de bocetos, de cuadros, de estudios, pegados por todas partes en donde había un espacio.

Las mesas estaban llenas de papeles, de cajas de pinturas ó de lápices.

Los había en la alcoba, en el comedor y hasta en la cocina.

—¿La señora Krug está en el Odeón?— preguntó Elena al pintor.

—Sí. Afortunadamente, porque ella es la que sostiene casi la casa, la pobre mujer.

—Habeis debido hacer un buen viaje.

—Regular... Fué una suerte encontrar á ese señor cura en el Louvre... Me dió trabajo por algún tiempo; pero las restauraciones y las copias dan poco... ¡Doscientos francos por seis semanas de trabajo y el viaje pagado, he ahí todo!

—Poco es.

—¿Y vuestro marido? ¿Siempre alegre como un pinzón, siempre riendo, siempre cantando?

—¡Sí, y sin embargo no hay por qué!

—Siempre está de buen humor, y el trabajo no le arredra.

—Sí, pero no prospera.

El pintor hizo un gesto de compasión.

—Estáis de mal humor?—la dijo.

—Tal vez!

—Dejadme presentaros á una pobre joven más desgraciada, que vos, de seguro, porque no tiene á nadie á su lado que la aconseje y sostenga... Será mi discípula.

Los labios de Elena expresaron verdadera compasión.

—¿Queréis hacerla también artista?—dijo.

—Lo es.

—¿Tan joven?

—Tiene mucha disposición.

—¿Cómo lo sabéis?

—He visto dibujos suyos. ¡Es un hallazgo!

¡Es una discípula de la madre naturaleza!

—¡Ah!

Elena se aproximó á la protegida del pintor.

—¿Acabáis de llegar á París?—la preguntó.

—Sí, señora.

—¿De dónde venís?

—De un país pobre, de la Sologne.

—¿Por qué no os habéis quedado allí?

—Porque eso era imposible.

—¿Tenéis allí parientes?

—Hermanos y mi madre anciana...

—¿Y han consentido que vinierais sola?...

—Los he abandonado por necesidad.

—¿Y no tenéis ningún apoyo?

—Ninguno.

—¿Ni recursos?

—Muy pocos.

—¿Esperáis, sin embargo, encontrar medio de vivir en este infierno de París?

—Es preciso.

—¡Ay de mí!—murmuró Elena!

No la preguntó cómo se llamaba.

De una ojeada había penetrado una parte del misterio de aquella huída, un pedazo del drama de aquella existencia entregada á la desgracia, no dudaba de ello.

—¿Cómo os vais á arreglar con una persona más en casa?—preguntó al pintor.

—¿Como podemos! ¡Mañana arreglaré la buardilla que está encima de nosotros! ¡Ciento veinte francos de alquiler! ¡No es mucho!... ¿Vendréis á vernos?

—¡Sí, sí!... ¡Buenas noches!—dijo inclinándose, y salió.

Pero pensaba:

—Mañana estaré lejos de aquí!

Cuando entró en su cuarto sintió una sensación de frío que la heló el corazón.

No la quedaban más que algunos instantes que pasar en aquella casa, que iba á abandonar para siempre, y al pensar en aquella pobre joven que había visto en casa del pintor, comprendía mejor que nunca las palabras que Escoubere le había dicho poco antes.

—¿Conozco gentes más desgraciadas que nosotros!

—¡Si ella hubiese podido penetrar el secreto de aquella fuga, la causa de aquella vergüenza, si hubiera podido conocer el drama comenzado en la Boca del Lobo y terminado en

Blois, ante el tribunal, tal vez un nuevo escrúpulo, algún temor misterioso, la hubiese detenido en aquella huida!

No se dijo más que, pensando en aquellos vecinos tan atentos con ella, tocada en el fondo del alma por la miseria de que les veía rodeados:

— ¡No les olvidaré! ¡Si puedo, encontraré medio de ayudarles!

Daban las nueve en Saint-Germain du Prés y como el tiempo apremiaba, se sentó ante una mesita que la servía de escritorio, tomó papel y, con los dedos medio helados, escribió lo que sigue:

» Mi querido Paulino:

» Voy á darte un gran disgusto.

» ¡Te abandono!

» Esto es cobarde, lo sé. Me lo he repetido mil veces. He luchado contra la tentación que me asaltaba. He tratado de rechazarla, pero el cansancio, el aburrimiento, el disgusto de la pobreza, me han vencido.

» Parto.

» Cuanto esta noche hablamos te engañé.

» No he ido á mendigar discípulos, á buscar lecciones.

» Lo he hecho demasiado otras veces.

» Tengo horror á esas bajezas inútiles, á esas súplicas á gentes que desprecio y que se burlan de nosotros.

» He reconocido la inutilidad de esas excursiones degradantes después de haber usado mucho mis botas en ellas.

» Renuncio á seguir haciéndolas.

» Me preguntastes de donde venía.

» He pasado mis horas de ausencia en conversación con un amante.

» Empleo esta palabra como la más amarga de las ironías.

» No amo á ese hombre.

» No amo á nadie.

» Mi corazón está cerrado, mi alma ulcerada desde hace muchos años.

» Bien lo vistes tú la noche maldita en que hubieras hecho mejor en dejarme morir!

» Estaría libre de la carga tan pesada para las abandonadas como yo á quienes un padre miserable y una madre más miserable aún, entregan á los azares de la vida, sin guía, sin sosten y sin medios de existencia.

» Muerta, hubiera acabado de sufrir y tú no sufrirías en este momento el atroz dolor que te causo, maldiciéndome á mí misma por tanta indignidad.

» Ese hombre es rico.

» Le he gustado. Me lo ha dicho. Me ha propuesto una venta y la he aceptado, he aquí todo.

» No intentes conocerle, sería inútil, y además, ¿qué podrías contra él?

» A los que disponen de una gran fortuna, no les es posible todo, no les está permitido todo?

» La prueba de ello es que yo no le amo, que no le amaré nunca, de seguro, y que hago lo que él quiere.

» ¿Te acuerdas del día que obtuvistes para mí un billete de favor para la Ópera?

»Ponían *Fausto*.

»Yo tenía una butaca de anfiteatro y te aseguro que estaba humillada con mi pobre *toilette*, en medio de tantas mujeres cubiertas de diamantes, como me rodeaban.

»Un abonado á las butacas de orquesta, estuvo casi todo el tiempo vuelto hacia mí.

»Sus gemelos no se separaban de mí.

»Esta insistencia en mirarme, me humillaba, casi me irritaba.

»Evidentemente debía admirarse de verme á mi tan sencillamente vestida, entre mujeres que rivalizaban en lujo y elegancia.

»Pocos días después me volví á encontrar con él.

»Y después le he vuelto á ver con frecuencia.

»Parecía estar al corriente de la hora en que yo salía y á dónde iba.

»Se decidió á hablarme y primero le escuché con repugnancia, después con satisfacción.

»Hoy el trato está hecho.

»El me dá una casa rodeada de jardines y amueblada con todo lo que puede hacer la vida fácil y agradable.

»No me es posible expresarte hasta qué extremo me desprecio por tal debilidad!...

»Cedo, sin embargo, preguntándome de qué cieno estoy hecha.

»Pero la suerte está jugada.

»Adiós amigo mío.

»Reunidos, la vida nos era demasiado pesada.

»Separados, tú recuperarás tu independencia y bienestar.

»Te dejo algún dinero.

»No lo rechaces... ¿No es un poco de libertad lo que él representa?

»¿Si nosotros lo hubiésemos tenido hubiéramos sufrido tanto?

»No te olvidaré jamás.

»Te reservaré el mejor puesto en mi corazón; el de un amigo animoso, dulce y bueno, que no ha tenido nunca para mí más que ternura y generosidad.

»Adiós.

»Tu no podrias maldecirme más que yo misma me maldigo ni despreciarme más que yo misma me desprecio!...

»Adiós por última vez, y para siempre!

»¡Olvidame! ¡No valgo ni el recuerdo!

»ELENA.»

Pusó la carta sobre los diez billetes de mil francos del conde Gabriel de Corbière, colocó todo bajo un prensapapeles y se dispuso á salir.

En el momento de franquear el dintel dirigió una mirada á los objetos familiares que iba á abandonar para siempre, con recordamiento de cortar también para siempre, el hilo que la unía á aquella pobre casa, y, vivamente, pasó, empujó la puerta y bajó.

Era preciso afrontar por última vez la portería, ante la cual habia sido detenida tantas veces.

Lo fué una más.

—¿Salis?—la preguntó la portera.—¿Tan tarde?

Elena la contestó una mentira.

—Voy á esperar á mi marido. Lo hemos convenido así.

—¡Vais á helaros!... ¡Hace un frio horrible!

—¡Tanto peor!

Cuando salió á la calle, el frio la hizo temblar en efecto.

Por un momento estuvo á punto de faltarla el valor.

Había dicho la verdad á su marido; no amaba al conde Gabriel.

Ahora bien, ¿no es para la mujer que conserva un resto de orgullo y de pudor el más cruel suplicio el caer en falta sin amor?

Continuó su camino sin embargo.

El cupé estaba en su puesto en la plaza de Saint-Germain des Prés.

Los faroles arrojaban enfrente de la iglesia una luz que deslumbraba.

Se aproximó al cupé temblando.

Se entreabrió la portezuela: una mano se extendió hacia ella y una voz conmovida la dijo muy bajito.

—¡Ven!

Elena obedeció.

El cupé partió en seguida.

Entonces el conde la dijo loco de alegría.

—¡Al fin me perteneces!...

IV

El golpe de maza.

Cuando, hacia media noche, abandonó Escoubere la plaza de Favart, en donde estaba todavía la antigua Opera Cómica, no pensaba ni en los tres meses de alquiler, ni en lo vacío de su bolsa, que no contenía dos francos, ni en lo fría que estaba la noche; no pensaba más que en la promesa que le habían hecho de darle los mil francos, y en que tendría en adelante doscientos francos mensuales.

¡Principiaba para él una era de extraordinaria felicidad!

Estaba por esto muy contento.

Hubiera querido ponerse de un salto del otro lado del Sena para encontrarse antes al lado de su adorada.

Pero no podía saltar, estaba detenido por Brossois, un hombre alto, huesudo, moreno, con cabeza de montañés de los Pirineos, pupilas hundidas, pupilas del color del carbón y boca pequeña, de la cual salía de cuando en cuando una voz de bajo profundo.

Chantre en su aldea, en los alrededores de Lourdes, había ido, como Escoubere, por etapas, hasta París, y como el gascón, había entrado en la capilla de San Roque y en la Opera Cómica, en los coros.

Allí se habían hecho amigos íntimos, aunque el bajo tenía cerca de diez años más que el baritono.

Lo fué una más.

—¿Salis?—la preguntó la portera.—¿Tan tarde?

Elena la contestó una mentira.

—Voy á esperar á mi marido. Lo hemos convenido así.

—¡Vais á helaros!... ¡Hace un frio horrible!

—¡Tanto peor!

Cuando salió á la calle, el frio la hizo temblar en efecto.

Por un momento estuvo á punto de faltarla el valor.

Había dicho la verdad á su marido; no amaba al conde Gabriel.

Ahora bien, ¿no es para la mujer que conserva un resto de orgullo y de pudor el más cruel suplicio el caer en falta sin amor?

Continuó su camino sin embargo.

El cupé estaba en su puesto en la plaza de Saint-Germain des Prés.

Los faroles arrojaban enfrente de la iglesia una luz que deslumbraba.

Se aproximó al cupé temblando.

Se entreabrió la portezuela: una mano se extendió hacia ella y una voz conmovida la dijo muy bajito.

—¡Ven!

Elena obedeció.

El cupé partió en seguida.

Entonces el conde la dijo loco de alegría.

—¡Al fin me perteneces!...

IV

El golpe de maza.

Cuando, hacia media noche, abandonó Escoubere la plaza de Favart, en donde estaba todavía la antigua Opera Cómica, no pensaba ni en los tres meses de alquiler, ni en lo vacío de su bolsa, que no contenía dos francos, ni en lo fría que estaba la noche; no pensaba más que en la promesa que le habían hecho de darle los mil francos, y en que tendría en adelante doscientos francos mensuales.

¡Principiaba para él una era de extraordinaria felicidad!

Estaba por esto muy contento.

Hubiera querido ponerse de un salto del otro lado del Sena para encontrarse antes al lado de su adorada.

Pero no podía saltar, estaba detenido por Brossois, un hombre alto, huesudo, moreno, con cabeza de montañés de los Pirineos, pupilas hundidas, pupilas del color del carbón y boca pequeña, de la cual salía de cuando en cuando una voz de bajo profundo.

Chantre en su aldea, en los alrededores de Lourdes, había ido, como Escoubere, por etapas, hasta París, y como el gascón, había entrado en la capilla de San Roque y en la Opera Cómica, en los coros.

Allí se habían hecho amigos íntimos, aunque el bajo tenía cerca de diez años más que el barítono.

Nada empañaba su amistad y no tenían secreto el uno para el otro.

Aquellos dos caracteres tan diferentes, el uno todo credulidad y franqueza, el otro todo desconfianza y reserva, congeniaban tal vez por el contraste.

Sus discusiones eran siempre acerca de las mujeres.

Según Brossois, todos los disgustos, todas las cuestiones, todas las miserias, provienen de ellas.

Escoubere afirmaba lo contrario, que son el origen de todas las satisfacciones y de todas las felicidades.

Se citaba él como ejemplo.

Decía con orgullo:

—Si quieres ver un individuo feliz, mírame á mí!

Aquella noche, á pesar de su deseo de llegar á su casa lo antes posible, se vió obligado á entrar en un café del muelle Malaquais á tomar un bok para celebrar el buen éxito de *Carmen*.

Y como estaba tan impaciente, repetía á cada instante:

—Vámonos; me espera Elena!

Brossois le decía burlándose:

—¿Estás seguro de eso?

Escoubere reía á más no poder. ¿Que si estaba seguro de que su mujer le esperaba?

¡No había, desde Montrange á los Batignolles, una mujercita más cariñosa ni más pacífica!

¡Sólo que se aburría extraordinariamente!

pero á Dios gracias, él iba á poder proporcionarle alguna comodidad!

Aquella noche, Escoubere defendía al sexo débil con un calor y una verbosidad admirables, mientras que Brossois decía, impacientándole:

—Desengáñate, amigo Paulino, que con las mujeres nunca estás seguro de nada, hagas los sacrificios que hagas!

Y hostigó de tal manera á su amigo, que el gascón se levantó incomodado y dijo:

—¡Pues bien, aquí te dejo! ¡Ya te diré mañana quién de los dos tiene razón! ¡Buenas noches!

Se estrecharon la mano y se separaron.

Libre ya de su compañero, Escoubere subió á paso de carga la calle Bonaparte, y muy pronto llegó á una casa de la calle del Echaudé. Llamó, y después de esperar unos segundos se abrió la puerta sin que la portera asomara su arrugada cara al ventanillo de la portería.

La buena mujer conocía las costumbres de sus inquilinos, sus pasos, su manera de llamar.

El gascón habitaba desde hacía dos años en la casa; conocía sus vueltas y no necesitaba luz para llegar á su cuarto.

Todo descansaba, desde arriba abajo, en el edificio.

La escalera estaba oscura como boca de lobo.

Escoubere abrió la puerta de su cuarto con la mayor precaución.

Entrar en su casa sin hacer ruido alguno, sin despertar á su querida Elena y sorprenderla con un beso, que la hacía estremecerse en su lecho, era uno de sus mayores goees.

Atravesó el comedor, frío como una nevera, y entró en su habitación.

Se detuvo cerca del lecho y aplicó el oído.

No oyó el ruido de la respiración de Elena. Extendió la mano hacia las almohadas, y en seguida lanzó una especie de rugido ahogado, diciendo:

—¿Acaso ese infernal Brossois habrá tenido razón con sus burlas?

La cama estaba vacía y fría.

Llamó:

—Elena!

No obtuvo contestación.

Con mano agitada por fiebre repentina buscó corillas en la mesa de noche.

Las encontró.

Encendió una.

¡Nadie!... ¡La cama estaba hecha!

El desgraciado corrió al comedor, de allí á la cocina; examinó todos los rincones; no vió huella alguna de su mujer.

Entonces se imaginó que estaría en casa de Krug, que la habrían detenido allí hasta que llegara la mujer del pintor, que se retiraba muy tarde.

Llamó en la casa del vecino.

Todo el mundo dormía allí á más y mejor.

La puerta tardó en abrirse.

Por fin el pintor se presentó en ella.

El aspecto de su vecino, el trastorno de la

cara del gascón le alarmaron y se apresuró á preguntar:

—¿Qué hay? ¿Ocurre alguna desgracia?

—¿Ha pasado Elena la noche aquí?

—No.

—¿Sabéis donde está?

—No.

—¿No la habéis visto?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Unas dos horas.

—¿Y después?

El pintor balbució algunas palabras.

—No puedo deciros... No he visto nada, nada he oído.

La cara del gascón se había descompuesto en un instante.

Sus ojos fijos parecían los de un loco.

—Sois un buen amigo—dijo con voz jadeante—venid... ¡Sí, tomo una desgracia!

Presentía una, ¿pero cuál?

La única idea que acudió á su imaginación era esta:

—¿Se ha suicidado!

Mientras el pintor se vestía á toda prisa, Escoubere permanecía inmóvil á la puerta donde el suizo volvió á presentarse á los pocos momentos.

Y como Escoubere no se movía, no sabiendo qué hacer, adónde dirigirse, Krug le dijo:

—Os alarmáis tal vez sin razón. Todo se explicará. Entremos en vuestra casa. Tal vez en ella encontremos algún aviso, algo que nos indique el por qué de esta ausencia.

—¡Ah!—dijo el desgraciado un poco reanimado—no había pensado en eso. ¡Estoy atontado!... ¡Vamos!

Cuando entraron en la sala, se presentó la verdad ante sus ojos. A la luz de la bujía vieron la carta que Elena había dejado.

Paulino se precipitó sobre la carta con una especie de furor.

Le costó trabajo abrirla: tal era el temblor de sus dedos.

Tan luego como hubo fijado en ella sus ojos, un profundo estupor inmovilizó sus facciones. Se le hubiera creído herido por un rayo.

La verdad le agobiaba como un bloque de piedra que le hubiese aplastado.

¡Brossois había adivinado lo que iba á suceder!

Sus ironías, que después de todo no eran más que dichos comunes, contenían una verdadera profecía.

¡Sí, aquella Elena, por quien se hubiera dejado hacer pedazos, su orgullo, su vanidad, su ídolo, no le quería!

¡No le había querido nunca, puesto que le abandonaba, por doloroso que le fuera!

No había concluido de leer la carta.

No podía leer más.

Le parecía que le quemaban los ojos.

Las lágrimas le cegaban, lágrimas de despecho, de celos, de rabia.

Además, ¿para qué concluir su lectura? ¿No sabía ya lo bastante?

¿No lo había sabido todo en pocas palabras? «Te abandono.»

De pronto vió el sobre gris, cuyo color se confundía con el de la mesa, y que no había visto en un principio.

Tiró la carta, cogió el sobre gris y lo rompió.

Apareció el fajo de billetes.

Una ola de sangre le subió á la cabeza y medio le ahogó.

—¡Dinero á mí!—exclamó estrujando violentamente los billetes.—¡Miserables!

Los arrojó al suelo y los pateó con rabia.

De pronto un sonido roncó se escapó de su pecho; extendió los brazos en el vacío, é iba á caer desplomado al suelo, cuando el suizo le cogió y le sentó en una silla, en donde le sostuvo, arrancándole la corbata y desabrochándole la ropa para que pudiera respirar.

Al cabo de un instante, volvió en sí el pobre hombre.

Miró al pintor con ojos llenos de agradecimiento y de dulzura.

—Ya veis, señor Krug—le dijo,—he creído ahogarme, y, á fe mía, lo hubiera sentido, no porque la vida me sea agradable, como véis, amigo mío; pero se la quiere, sin embargo. ¡Es desagradable *lárselas* cuando se tiene algo que hacer en este mundo, y me parece que ahora voy á tener una ruda misión que cumplir!

Bebió de un trago un vaso de agua fría y respiró con todas sus fuerzas.

—¡Ea—dijo—esto va mejor!... ¡Qué singular es esto! Se cree uno fuerte, amigo Krug, y se encuentra uno de pronto aplastado como un buey en el matadero... Porque lo que me ocu-

rre no merece la pena, ¿no es verdad? Una mujer que se aburre en una casa y que se va á otra. ¡Pues bien! eso me ha aturrido un instante... hasta el punto que no he podido saber lo que me dice. Tomad la carta Krug y leed-mela toda, os lo ruego...

El pintor comenzó á leer y el Gascón escuchaba atentamente, mordiéndose los labios para evitar que se notara su angustia.

Cuando el pintor hubo concluido de leer la carta, Escoubère estaba anonadado, tan abatido como si cada una de las palabras que había oído leer hubiera sido un palo recibido.

Bebió otro vaso de agua y dijo:

—Creo que todo ha concluido. ¿Qué es lo que haríais vos si estuviérais en mi lugar?

—Estaría muy aflijido ciertamente.

—Sin duda. Pero es preciso vivir.

—Yo seguiría haciendo lo que hacéis. Ganaría mi vida... Iria á mi teatro. Cumpliría con mis deberes y trataría de consolarme con buenos amigos...

—Sí, sí... ¡Pero ese dinero!

Mostró con la mano los billetes de banco esparecidos por el suelo, arrugados, medio rotos, pero que no había perdido nada de su valor.

Los ojos del pobre pintor se iluminaron de avaricia.

Jamás había tenido ante sí una cantidad tal.

—¡Ahí hay una verdadera fortuna!—dijo.

—Sí—contestó Escoubère;—hay con qué adquirir lo que os hace falta, un estudio donde podríais trabajar, hacer buenas cosas.

—¡Sin duda! Pero ese dinero no es mio...

—¡Ni mio!—dijo el gascón.—Solo que es preciso saber adonde lo he de llevar, á quien se lo debo entregar... ¡Daría algunos años de mi vida por conocer el nombre del hombre que me cree bastante vil, bastante despreciable, para aceptar una vergüenza tal!... Pues bien, le conoceré y le arrojaré su dinero al rostro, señor Krug.

—¡Tenéis razón!—dijo el suizo.—Hacer uso de él seria envileceros á vuestros propios ojos. ¿Pero cómo os arreglaréis para devolverlo?

—¿Cómo?—exclamó el gascón, levantándose sobresaltado.—Buscaré... Aunque tuviera que registrar una por una todas las casas de París, y emplear en esto un año ó dos, sabría descubrir el sitio en donde ese ladrón la ha escondido.

Se animó, y sus ojos parecían despedir chispas.

Su enorme boca mostraba el esmalte blanco de dos filas de dientes, que rechinaban.

—¡Morir!...—dijo.—¡Ah, no, es una bestialidad matarse por una mujer que se marcha y me deja por un amante, por un rico que la seduce con su dinero!... ¡Hay un placer más grande que el amor, señor Krug: la venganza!... ¡Pues bien, me vengaré! ¿Cómo? No podría decirlo en este momento. No me ocurre idea alguna. Parece que tengo la cabeza vacía. Pero esto pasará y discurriré el medio, estoy seguro de ello, ó no sería más que un gascón degenerado.

Rechazó desdeñosamente el sobre en que el pintor había vuelto á colocar los billetes.

re no mereca la pena, ¿no es verdad? Una mujer que se aburre en una casa y que se va á otra. ¡Pues bien! eso me ha aturcido un instante... hasta el punto que no he podido saber lo que me dice. Tomad la carta Krug y leed-mela toda, os lo ruego...

El pintor comenzó á leer y el Gascón escuchaba atentamente, mordiéndose los labios para evitar que se notara su angustia.

Cuando el pintor hubo concluido de leer la carta, Escoubère estaba amonadado, tan abatido como si cada una de las palabras que había oído leer hubiera sido un palo recibido.

Bebió otro vaso de agua y dijo:

—Creo que todo ha concluido. ¿Qué es lo que haríais vos si estuviérais en mi lugar?

—Estaría muy afligido ciertamente.

—Sin duda. Pero es preciso vivir.

—Yo seguiría haciendo lo que hacéis. Ganaría mi vida... Iria á mi teatro. Cumpliría con mis deberes y trataría de consolarme con buenos amigos...

—Sí, sí... ¡Pero ese dinero!

Mostró con la mano los billetes de banco esparcidos por el suelo, arrugados, medio rotos, pero que no había perdido nada de su valor.

Los ojos del pobre pintor se iluminaron de avaricia.

Jamás había tenido ante sí una cantidad tal.

—¡Ahí hay una verdadera fortuna!—dijo.

—Si contestó Escoubère;—hay con qué adquirir lo que os hace falta, un estudio donde podriais trabajar, hacer buenas cosas.

—¡Sin duda! Pero ese dinero no es mio...

—¡Ni mio!—dijo el gascón.—Solo que es preciso saber adonde lo he de llevar, á quien se lo debo entregar... ¡Daría algunos años de mi vida por conocer el nombre del hombre que me cree bastante vil, bastante despreciable, para aceptar una vergüenza tal!... Pues bien, le conoceré y le arrojaré su dinero al rostro, señor Krug.

—¡Tenéis razón!—dijo el suizo.—Hacer uso de él sería envileceros á vuestros propios ojos. ¿Pero cómo os arreglaréis para devolverlo?

—¿Cómo?—exclamó el gascón, levantándose sobresaltado.—Buscaré... Aunque tuviera que registrar una por una todas las casas de París, y emplear en esto un año ó dos, sabría descubrir el sitio en donde ese ladrón la ha escondido.

Se animó, y sus ojos parecían despedir chispas.

Su enorme boca mostraba el esmalte blanco de dos filas de dientes, que rechinaban.

—¡Morir!...—dijo.—¡Ah, no, es una bestialidad matarse por una mujer que se marcha y me deja por un amante, por un rico que la seduce con su dinero!... ¡Hay un placer más grande que el amor, señor Krug: la venganza!... ¡Pues bien, me vengaré! ¿Cómo? No podría decirlo en este momento. No me ocurre idea alguna. Parece que tengo la cabeza vacía. Pero esto pasará y discurriré el medio, estoy seguro de ello, ó no sería más que un gascón degenerado.

Rechazó desdeñosamente el sobre en que el pintor había vuelto á colocar los billetes.

—Siempre se es bantante rico cuando no se tienen necesidades! ¡Se imagina que yo ambiciono el dinero! ¡Imbécil! ¡Si yo lo ambicionaba era por ella! ¡Ahora me sobraré!

El pintor, tranquilizado al verle hablar así, le estrechó la mano diciéndole:

—Enhorabuena. ¿De modo que eso ha concluido?

—No temáis nada. Si ha concluido. Id á descansar, amigo mio.

—¿No hagáis una locura, eh?

—Estad tranquilo. La crisis ha sido fuerte, pero ha pasado.

El suizo salió de casa de Escoubere, á quien repitió diez veces:

—¡Animo!

Y entró en su casa.

Escoubere, cuando se quedó solo, colocó los diez mil francos en una cartera vieja y la metió en el bolsillo.

—Sí, te los devolveré, bandido!—repitió.

Después leyó y releyó la carta, que ya sabía casi de memoria; tan al alma le había llegado su contenido: erró durante dos horas por su estrecho alojamiento, escuchando, por decirlo así, el silencio de la calle, con un resto de esperanza de oír los pasos de la que había perdido y que volvía á él.

Nada turbó el reposo de la casa.

Con los ojos irritados, la mirada sombría, los dedos encogidos como si hubiese querido ahogar al desconocido enemigo se decía:

—¡Cómo me vengaré!

V

Juegos de la casualidad.

La joven que el señor Krug había llevado con él á la calle del Echaudé, era Teresa de Montarón.

Al día siguiente, á cosa de las tres, estaba instalada completamente en su cuarto, en una buhardilla de la casa Quillet, y allí se encontraba en posesión de un mobiliario completo, que el honrado suizo había ido á comprar con ella y que le costaba en total la módica suma de ochenta y seis francos cincuenta céntimos.

Comprendiendo, en este precio, la capa que debía protegerla contra el frío y el sombrero destinado á reemplazar al viejo que había traído de la Boca del Lobo.

Al decir un mobiliario completo, no exageramos nada.

La buhardilla que la digna señora Guignard había alquilado á la desgraciada joven en treinta francos por tres meses, pago adelantado, era bastante espaciosa.

Recibía la luz por una gran ventana y tenía un falso aspecto de estudio y un atractivo especial para un aficionado á la pintura.

Un almacenista de muebles, del barrio, había cambiado la cama y sus accesorios, las sillas, la mesa que servía de tocador y de escritorio, por un estudio del suizo, y el pintor no cobró á su protegida por todo más que sesenta francos.

Así poseía la joven una habitación, muebles y una independencia que debía durar tanto como el dinero que la había dado su gran amigo el cazador de topos.

¿Cómo se había verificado el conocimiento entre el protector Krug y la protegida, entre el maestro y su futura discípula?

Muy sencillamente.

En el momento en que el tren de Blois á París, iba á partir de Menars, el artista, con su caja de pinturas y un saquito de viaje en la mano, entró en el coche de tercera en que iba Teresa.

Al ruido que produjo su llegada, Teresa se había despertado de pronto.

En presencia de las facciones, tan graciosas, tan finas y tan artísticas de su compañera de viaje, el suizo se había enamorado de repente.

Pero no en el sentido en que al decir enamorado pudiera creerse.

El pintor, el dibujante, el escultor y el poeta, serán eternamente fanáticos de la forma.

Para un observador como Wilhem Krug, que poseía en el más alto grado el sentimiento del color y de la expresión, la desgarradora tristeza esparcida sobre el dulce rostro de aquella joven y la fatiga que la tenía como agobiada, hacían de él una encarnación del dolor y del desaliento.

Desde el primer momento se sintió el artista dominado por el deseo de conocer la historia de aquella desolación, de aquella falta de esperanza tan profunda que debía excitar la

curiosidad del ser más indiferente del mundo.

Aun no estaba el tren á un kilómetro de Menars, cuando el pintor sacó del saquito que llevaba un pan, una media botella de vino y un pedazo de empanada, que exhalaba un vivo perfume á ajo.

Se dirigió á su compañera de viaje, y mostrándola con la mano las provisiones la dijo con la mayor amabilidad:

—Hay para los dos. Si queréis acompañarme...

Teresa movió la cabeza y dijo:

—¡Gracias, caballero!

El pintor se sonrió con bondad.

—¿Es acaso por timidez por lo que rehusáis? ¡No andéis con cumplidos, acompañadme!

—Lo agradezco mucho; pero no tengo gana.

—¡Cuando se es joven siempre se tiene apetito! ¿Será tal vez por este picaro olor á ajos? ¡No!... No lo creáis así; no me he criado con mimos.

El primer paso es el que cuesta.

Algunos minutos después Teresa había medio vaciado la botella del pintor, que por cierto contenía un vinillo bastante agradable.

Pero Teresa tenía una sed devoradora, sólo comparable á la de un árabe en el desierto.

Su extremo cansancio la producía casi fiebre.

A partir de aquel momento empezaron las confidencias por una y otra parte, hasta que desembarcaron en la estación de París.

Cuando llegaron á Orleans, ya conocía la joven la historia de su compañero de viaje.

Wilhem Krug había nacido cerca de Lucer

na; sus padres tenían una posición regular y querían hacerle sacerdote.

Wilhem no tenía vocación para ello, dominándole una sola pasión: la afición á la pintura. Siendo muy pequeño se extasiaba ya ante los cuadros de mérito, que abundaban en las iglesias de Lucerna.

Dibujaba lo que veía: árboles, nubes, praderas, bosque animales y personas.

Era una vocación perfectamente determinada.

Suplicaba á sus padres que le dejaran seguir su inclinación y dar curso á sus ambiciones.

Ellos no comprendían así el porvenir de su hijo.

Hubieran vendido hasta el último puñado de grano para ayudar á Wilhem á que se ordenara; pero no hubieran dado un pelo de sus vacas para procurarle los medios de llegar á ser un Ticiano ó un Leonardo de Vinci.

Convencido él de esto, tomó su determinación y se fugó del colegio en que estaba, cuando ya tenía casi terminados los estudios, y marchó á través de Italia en compañía de un amigo que disfrutaba de una renta pequeña y tenía los mismos gustos que él.

Durante algunos años vivieron como hermanos, comiendo arroz y macarrones con más frecuencia que filetes ó estofado, y bebiendo más agua que vino de Calabria ó de Chianti.

Permanecían seis meses en una ciudad, otros seis en otra y así vivían, hasta que al poco tiempo de estar en Roma una enfermedad se llevó á su amigo, y ¡adiós la renta!

Entonces Krug se encontró solo y sin un céntimo.

A fuerza de influencias, entró como guardia suizo al servicio del Papa.

El trabajo era poco, alguna que otra guardia, y luego completa libertad.

Krug, después de haber dejado la alabarda, cogía los pinceles, la caja de pinturas y la paleta y se iba á copiar de las obras maestras, tratando de penetrar el secreto de los pintores célebres. Pero París era para él la grande, la suprema atracción.

Cuando creyó saber ya bastante, abandonó, aunque con gran sentimiento á Roma, con su Vaticano sus jardines y sus hermosos monumentos.

Al pasar por Suiza hizo allí un alto, durante el cual volvió á encontrar á una amiga de la infancia, que al crecer se había convertido en una hermosa joven.

No era más rica que él.

Unieron sus dos pobrezas, pero si el presente parecía ingrato á la esposa, el marido hizo reflejar á sus ojos magníficas esperanzas.

No se habían realizado.

Hacia de esto una docena de años y el pobre matrimonio vejetaba más penosamente que nunca.

Su mujer había concluido por odiar el arte, que no les producía nada.

No contaban con nada seguro más que con lo poco que la mujer ganaba en el Odeon, en donde estaba empleada, siendo su misión la de abrir los palcos.

Krug, sin embargo, no se desanimaba.
Tenía fe.

Esperaba estaba seguro de que llegarían mejores tiempos.

Y con ellos la gloria, ese espejismo de los artistas, y con la gloria la lluvia de oro que la sigue.

Cada uno tendría entonces su parte en esto. La gloria sería para él y el dinero para su mujer y su hija.

¿Qué le faltaba para conseguir esto?

Un estudio con luz, modelos y pinceles, esos útiles tan indispensables, que sin ellos nada puede hacer el artista por sublime que sea su genio.

Esto decía Krug á la joven viajera que le escuchaba conmovida.

Cuando el buen hombre hubo concluido dijo á su nueva amiga, con tono paternal:

—Ahora ya conocéis mi historia. ¿Y la vuestra?

Teresa sentía necesidad de desahogar su corazón.

El peso de sus penas y de sus temores por el porvenir la tenían ahogada.

Lo dijo todo con la misma sencillez que el suizo.

¿Por qué demostraba tanta confianza en aquel desconocido?

Era que ella le creía tan honrado como sincero, tan generoso como pobre, tan grande tal vez por el genio como pobre y agobiado por la mala suerte y abatido por los vientos contrarios.

Así era que la escuchaba con el mayor interés.

Y, en efecto, su desgarradora historia era para enternecer un corazón menos sensible que el del pintor.

El pobre hombre á quien tanto trabajo costaba ganarse la vida, comprendía mejor que nadie la imposibilidad que Teresa pudiese encontrar en que ocuparse para ganarse la suya.

La pobre joven contaba también con el arte; pero vagamente, sin atreverse á fundar esperanza alguna en un talento tan precario, el único que se conocía ella.

Enseñó sus dibujos al pintor, dibujos que llamaron la atención de éste.

Había, ciertamente, en ella una vocación y esta vocación estaba superiormente organizada.

Sólo que ¡cuántos años de estudio, qué decepciones antes de llegar á un resultado práctico!

¿Y cómo vivir entre tanto?

Aunque quisiera aceptar un empleo cualquiera, no le obtendría, al menos hasta después de haber dado á luz.

¿Pero para qué desanimarla? ¿Para qué quitarle una esperanza que debía sostenerla en las primeras pruebas de una vida, cuya inexperiencia no había previsto las dificultades?

—¿De modo que—dijo el pintor—habéis dejado vuestra casa, habéis abandonado á vuestra familia sin objeto determinado?

—¡Para evitar reprensiones, para ocultar mi vergüenza!

—¿No conocéis á nadie en París?

—A nadie, porque aunque hay algunas personas á quienes conozco, no quiero recurrir á ellas.

—¿Tenéis recursos?

—Pocos. Unos cuatrocientos francos. ¡Digo, eso tenía cuando salí de mi casa, pero de ellos he pagado los gastos de viaje!

El pintor quedó pensativo. Calculaba que con cuatrocientos francos escasos se había de ver mal hasta salir del trance porque tenía que pasar.

—¿Sois económica?—la preguntó sonriendo.

—¡Oh, sí!

—¿Animosa?

—Tal vez... No lo sé... ¡He tenido hasta ahora tan pocas ocasiones de saberlo!

—Pues bien—dijo el pintor,—con ánimo, economía y trabajo, todo podrá arreglarse.

El pintor pensaba que en su casa había una buhardilla desahuyada y que podría albergarse en ella la pobre joven.

La presentaría á su mujer y á su hija, que eran muy buenas, y la acogerían cariñosamente.

Y como Teresa rehusase diciendo:

—¡No, yo no puedo!... ¡Yo quiero vivir sola!... ¡Tendría que avergonzarme mucho!...

El insistió:

—Puesto que no haría nada malo, ¿quién había de quejarse de ella? Y así estaría más retirada, lo cual era mejor, á causa del célebre proceso de Blois, cuyo recuerdo no estaba completamente borrado.

Teresa se dejó convencer por el acento paternal del pintor.

En el fondo, esto era lo que ella deseaba.

Lo desconocido en que iba á perderse la aterraba.

Cuando llegaron á la estación de París, Krug y su pupila salieron juntos de ella y tomaron el tranvía que conduce al boulevard Saint German.

A las seis llegaban á la calle de Echaudé y el suizo presentaba á la portera á su compañera de viaje.

La señora Guignard la miró de arriba abajo y se declaró satisfecha del examen.

Llamó aparte á Krug y le dijo:

—¡Es una joven encantadora, y está tan triste!... ¿Qué es lo que tiene?

—¡Ella os lo contará!—contestó el pintor.

Ya sabemes el resto.

VI

Crímenes de ricos.

Ocho días después de la llegada de Teresa Montarón á París, la condesa de Corbière estaba sentada en su gabinete del primer piso de su hotel, situado en la calle de Santa Dominica, ante uno de esos muebles del siglo pasado que los artistas se contentan con copiar en nuestros días, porque no se atreven á intentar hacerlos tan buenos.

Volvemos á encontrar á la condesa de Corbière tal como la hemos visto en su castillo de la Ferté.

Tan seca, tan angulosa, tan dura de mirada y de aspecto, tan ascética y tan monacal en su traje, como en su dominio de Sologne.

Nos equivocamos.

Lo estaba más.

Los acontecimientos habían agriado más su carácter altivo, habían aminorado su generosidad, que no escuchaba más que los consejos de los dos vicios dominantes en ella, la avaricia y el orgullo.

Eran las cinco de la tarde.

Desde hacía algunos instantes había ido quedando el gabinete gradualmente en la oscuridad.

La condesa se complacía en estar sola, frente á frente de sus recuerdos.

Cerró un cajón de su escritorio y echando

la cabeza hacia atrás sobre el respaldo del sillón, dejó escapar estas dos palabras que demostraban su perplejidad.

—¿Y ahora?...

¿Y ahora?... ¡Es decir ahora que no tengo más que un hijo y una hija, todo lo que me pertenece, todo lo que amontoño, todo lo que deje al morir, será para ese hijo; ¡un egoísta que no quiere á nadie más que á sí mismo y para un yerno que suspirará, según el uso, porque llegue pronto la hora de mi muerte, para verse libre del único obstáculo que le separará de mi fortuna!

¡Si Rolando hubiese vivido!

¡Aquel la amaba: ella así lo creía al menos! ¡Era tan cariñoso para con ella, tan cuidadoso, tan lleno de atenciones!

¡Y le habían asesinado!

¡Miserables!

¡Y su víctima la recomendaba al morir el perdón y la generosidad!

Una vez muerto Rolando podía hacer lo que le pareciera.

Una sonrisa de desprecio crispó sus delgados labios.

¿Adoptar al hijo de una muchacha de aquella familia de asesinos?

¡Qué locura!

¿Dar una fortuna á una mujer tal? ¡Qué absurdo!

Se negaba á eso y su conciencia estaba perfectamente tranquila.

Ella así se lo decía, pero esto no era completamente cierto.

Una voz secreta, que se elevaba en ella durante las largas horas de la noche de invierno, murmuraba á su oído esta vergonzosa palabra: ¡Ladrona!

Un dedo misterioso la mostraba á la madre del hijo de su hijo (de aquel Rolando á quien no podía olvidar), errante y miserable, cuando á pesar de sus propios millones retenía ella la fortuna que el moribundo había legado á la pobre joven.

¡Pero no quería ni ver ni oír!

Permaneció un momento inmóvil con los ojos fijos en el fuego que ardía lentamente en la chimenea.

Sus recuerdos retrocedieron más y pensó en otra infamia.

En que su marido, el conde de Corbiere, en el último momento, cuando á consecuencia de sus excesos, atacado de una congestión en medio de una orgía, le habían llevado á casa moribundo, había tenido un minuto de expansión y de sinceridad, y la había confesado un secreto.

El tenía una hija, niña muy joven, incapaz de comprender aún nada de la vida.

Había perdido á su madre, y aquella madre no poseía nada más que su belleza.

La condesa encontraría á la niña en una casa de la aldea de Fontaine, cerca de su castillo, en Seine-et-Oise.

Nadie sabía que él pagaba la pensión de aquella criatura, pensión bien insignificante por cierto.

Solo una partera estaba en el secreto. Se llama

maba Aurelia Firmin, vivía calle de Riche-lieu.

La niña se llamaba Elena y la llamaban Elena Noël porque había nacido el día de Nochebuena.

Con la mayor frialdad, completamente tranquila, recordaba la condesa los menores detalles del fin de su marido.

—¡Me dió, se decía, todos estos detalles, de prisa entre dos ahogos, y expiró recomendándome el producto de el adulterio!

¡El pobre hombre se equivocaba! La llamada que hacía á mi generosidad, no tenía probabilidad alguna de ser atendida.

No he sido generosa: me he contentado con ser justa.

Por mediación de la misma persona de que él se valía, hice colocar á la niña en un colegio en donde recibió una educación conveniente.

Y por fin entró en el mundo con algunos billetes de mil francos y después no he vuelto á oír hablar de ella!

—¡De cuando en cuando, pensaba la condesa, sería agradable saber que es de ella!... ¡Si he de creer á las pocas noticias que me dieron en tiempos, será verdaderamente hermosa, cosa que de ordinario es la dote de las hijas del amor!

Una reflexión extraña hizo asomar á sus labios una sonrisa.

—Fernanda es hermosa también y no es sin embargo una hija del amor! ¿Quién se casará con ella? ¡La muerte del pobre Rolando ha hecho de ella una opulenta heredera! ¿El conde

de Sudaie ó el marqués de Sauves? Preferiría que se casara con de Sauves. Este ha sido siempre muy atento para conmigo. Sería un modelo de yernos... ¡En todo caso no carecerá de pretendientes!... ¡No hay prisa!...

Se había hecho completamente de noche.

La condesa llamó:

—Una doncella, bajita, de unos treinta años de edad, muy bien conservada, de talle delgado, tez blanca y ojos picarecos, entró en seguida.

—¿Desea la señora luz?—dijo.

Y sin esperar contestación, encendió una lámpara que había sobre un velador.

Después preguntó á su ama:

—¿Quiere algo más la señora?

—No... es decir, sí. Escuchad. ¿No está Fernanda en su cuarto?

—Creo que no, señora.

—Enteraos... ó más bien, no... Enviadme á Launay.

—Está bien, señora.

Al nombre de Launay, la doncella hizo una mueca significativa.

Felicia no podía ver á Launay, y esta antipatía se explicaba por una lucha de influencias en que Felicia no llevaba la mejor parte.

Launay tenía uno de esos caracteres antipáticos y de reptil que desagradan á todo el mundo.

Era una vieja vivaracha llevada de la casa Beauvillars al hotel de Corbiere.

De la misma edad que su ama, había emigrado á la calle de Santa Dominica, al mismo tiempo que la hija del banquero.

Launay desempeñaba en París el papel de Barasson en la Ferté-Montaron; gozaba de la confianza de su ama y conocía todos sus secretos, excepto dos.

Ignoraba el testamento redactado en su lecho de muerte por Rolando, y no conocía la historia de la hija natural del conde de Corbiere: Elena Noel.

Al menos, su ama, no le había confiado nada de esto.

Pero ella tenía sus dudas. Ciertos indicios la hacían sospecharlo.

Se repetía con frecuencia: Aquí hay algo.

Y este algo hubiera querido ella conocerlo.

Hasta entonces, sin embargo, á despecho de sus esfuerzos, no lo había conseguido.

Á excepción de estos dos detalles, digámoslo como merece que se diga, á excepción de estas dos infamias, Launay estaba al corriente de todos los asuntos de la señora de Corbiere.

La doncella salió del gabinete para ir en busca de Launay, y por la escalera iba diciendo:

—¿Qué tendrán que tratar estas dos brujas?

Y un temor se apoderaba de Felicia, cuya conciencia no estaba muy limpia.

—¡Con tal de que no sospeche nada!... Esa Launay tienen ojos hasta en las espaldas...

La doncella se tranquilizó cuando se encontró en presencia de Launay, que leía un periódico en el muy confortable gabinete que le servía de despacho.

—La señora os llama—dijo Felicia.

—¡Ah, bien, voy allá en seguida, hija mía!

—dijo Launay con voz melosa.

Sin precipitarse plegó el periódico y lo colocó sobre la mesa.

Launay no carecía de talento, pero no se puede tenerlo todo.

En cambio era horriblemente fea.

Las viruelas habían dejado en su cara una infinidad de hoyos; más que hoyos... *abismos...*

Uno de sus ojos era más pequeño que el otro.

La nariz concluía demasiado pronto, y la barba, muy puntiaguda, terminaba demasiado tarde.

¡El exterior era azúcar y miel!

¿Quiso Felicia lisongear á la astuta vieja, ó se propuso lanzar una piedra á su jardín?

En el momento en que Launay, al salir de su gabinete, iba á meter la llave en el bolsillo, la doncella le dijo:

—Yo no sé qué habéis hecho á la señora, que no puede pasarse sin vos.

Launay sonrió, y mirando de arriba á abajo á Felicia, contestó:

—¡Dios mío, querida! La señora condesa sabe, sin duda, lo decidida que soy por ella, y eso es todo.

Y con tono de compasión, añadió, á manera de consejo:

—Tened cuidado, hija mía. Os fatigáis demasiado. Creedme, no cometáis imprudencias! Velad menos... dormid más... desde hace muchos días os encuentro un poco pálida.

Y después de un simulacro de reverencia, bastante irónica, subió la escalera en dirección al gabinete de la condesa.

—¡Vieja culebra!—pensó la doncella.—¡Razón tenía yo en sospechar que sabía algo! ¡Lo sabe todo!

Launay no ignoraba, en efecto, que Felicia, sin escuchar los consejos de la razón, era muy bondadosa con el primer cochero de la condesa, un inglés de ciento diez kilogramos, que respondía al nombre de Tom Kipper.

La doncella quedó muy pensativa y Launay siguió su camino, pensando en cosas de más interés para ella.

Deseara retirarse, pero antes quería redondear su bolsillo, que tenía ya bastante amplitud.

Y el mejor medio, según ella, era poseer secretos que presentía y que valdrían siempre una buena suma.

Ahora bien; el aspecto sombrío que desde hacía algún tiempo había tomado el rostro de la condesa, debía provenir de complicaciones que tal vez pudieran proporcionarle la ocasión propicia.

Al entrar en la habitación de la condesa, sorprendió á ésta con la cabeza vuelta hacia la puerta, dando muestras de impaciencia.

—¿Me llamábais?—preguntó.

—¡En efecto! ¡Venid!

—¿Qué queréis?

—Saber adónde va mi hija desde hace unos días. Me parece que sale sola con mucha frecuencia.

—Es muy cierto, y yo me inquieto por esto. La señorita, á quien he hablado de ello, me ha dicho que va á casa de su hermano el conde

Gabriel, y muchas veces á casa de la duquesa de Reville.

—¡Ya sé!... La hija de la de Reville es su amiga; pero he sabido ayer que Fernanda ha ido á casa de la de Reville, y no ha estado allí más que un momento... y sin embargo, ha estado fuera de casa hasta la hora de comer.

—¿Qué suponéis, pues?

—Nada preciso; sólo que desde aquella desastrosa aventura de Sologne, me alarmo con facilidad.

—Tenéis razón; pero, evidentemente, la señorita Fernanda no corre ningún peligro... París no es un bosque.

—Sin duda!...

—Y además... en fin, ¿qué remedio?... No vais á impedir á la señorita que salga... Ha sido educada con una libertad inglesa, y es demasiado tarde para hacerla perder esas costumbres.

—Podrías acompañarla vos.

—La señorita es muy buena conmigo; pero...

—¿Queréis decir que no la gustaría? Pues entonces será preciso seguirla.

—Tiene buenos caballos! Además, lo notaría.

—¿Pues entonces?

—Me odiaría y ya no habría medio de obtener nada.

La condesa hizo un gesto de contrariedad.

—Estoy muy intranquila, Lannay—dijo—muy atormentada! ¡Desde aquella deplorable catástrofe no vivo!

La condesa exageraba.

Su sensibilidad no era tan viva.

Vivía, y vivía bien.

—¿Qué sabéis?—preguntó Lannay.

—He aquí lo que sé.

La condesa iba á dar principio á sus confidencias, cuando se abrió una puerta y entró Fernanda.

—¿Estoy demás?—preguntó haciendo un movimiento para retirarse.

—No, no—dijo vivamente la madre.—Al contrario, me alegro que oigas lo que voy á confiar á Lannay.

—Entonces me quedo.

—¿De dónde vienes?

—De casa de Gabriel.

—¿Está en su casa?

—No... Le he esperado leyendo los periódicos en su gabinete... No ha llegado... Ando en busca de él hace unos días, pero no le encuentro. Y heme aquí. ¿Tenéis algo que preguntarme?

—Sí.

Fernanda estaba encantadora con su traje de luto, que hacía resaltar más lo fino de sus facciones y el blanco mate de su cutis.

Acercó una butaca á la de su madre, se puso de codos sobre el velador que las separaba, y apoyando la barba sobre su mano de delgados dedos, dijo:

—Os escucho.

La condesa, fijando primero en su hija y luego en la doncella de confianza sus ojos grises, pequeños y malévolos, comenzó diciendo:

—Sé que los Montarón, dispuestos á todo

ya, se han hecho más temibles y que todas las precauciones que se tomen serán pocas para ponerse á cubierto de sus empresas...

Fernanda era toda oídos.

La condesa añadió:

Tanto más, cuanto que en estos momentos no se sabe qué es de ellos.

—Ah!—dijo la joven.—¿Han abandonado la granja?

—Decid la cueva—contestó severamente la condesa.—Sí, han abandonado su horrible casa. No quedan allí más que la madre y el hijo mayor, Pedro, que parece algo mejor que los otros, aunque vive, según dicen, con una mujer de mala reputación.

—Oh!

—Sé lo que digo! Sea de esto lo que quiera, desde hace unos ocho días ha abandonado la Boca del Lobo, para irse no se sabe dónde, la desgraciada que fué la principal causa del crimen en que no quiero pensar, y cuyas circunstancias no quiero conocer.

—¿Ha sido Barasson quien os ha dado esas noticias, madre?

—Sí. Parece que al principio creyeron que se habría suicidado; pero empezaron á hacer averiguaciones y parece ser que tienen seguridad de que vive. Se la ha visto en Cour-Cheverny, donde ha debido tomar el tren para Paris. Aquí es, pues, donde se habrá refugiado y yo me pregunto qué podrá hacer ella aquí... Su hermano Guillermo ha desaparecido también.

—¿Cómo?

—¿No se sabe!

—¿No lo sabe Barasson?

—No... Ese Guillermo había ido, según parece, á presenciarse el embarque de su hermano para Noumea, y después no le han vuelto á ver...

—¿Es singular!

—¿Por qué? No pudiendo vivir en un país en donde su reputación no está demasiado bien establecida, habrá tomado el partido de irse á otra parte á buscar fortuna. ¡No es el primero de su familia que hace eso! El más joven de los hermanos se expatrió hace años, y se ignora qué ha sido de él... Aquél se llamaba Marcelo, y no era un simple aldeano como los otros. Hizo algunos estudios en Tours con aprovechamiento, y demostró disposición para las artes, pero la música en particular. Con esto no se pueden adquirir millones; pero en fin, vale más que el resto de esa familia de réprobos...

Fernanda no tomaba ya parte en la conversación.

Se contentaba con escuchar con escrupulosa atención las explicaciones de su madre sin interrumpirla.

Al oír el nombre de Marcelo, un relámpago brilló en sus ojos sombríos, mientras que un pliegue malicioso levantaba sus labios; pero esto fué casi imperceptible.

—¿De modo que—dijo—esas pobres gentes están dispersas?

La madre la lanzó una mirada más severa que las otras.

—Tú eres muy indulgente para con ellos, y

hasta les has defendido—repuso, abandonando el tono ceremonioso que hasta entonces había guardado.

—No, madre mía—dijo Fernanda dulcemente; yo no los he defendido, pero no les he acusado. He imitado á mi pobre hermano, que murió sin pronunciar una sola palabra contra ellos.

Se interrumpió; cubrió con el pañuelo sus ojos, que estaban llenos de lágrimas, y su pecho se hinchó por un suspiro.

Launay se acercó á la joven.

—Querida mía, ¿por qué sois tan sensible?

Fernanda no contestó.

En sus oídos la voz de la mujer de confianza de su madre no tenía eco. Sus caricias la dejaban fría; no la rechazaba, pero no tenía confianza en ella.

Jamás la hubiera ocurrido la idea de revelar uno solo de sus secretos á aquella mujer.

La señora de Corbière continuó diciendo con irritación creciente:

—Esos Montarón son para nosotros enemigos seculares, irreconciliables... Demandándoles hubiera cumplido con mi deber.

Se acercó á Fernanda, y suavizando el tono de su voz

—Puesto que ves á tu hermano con frecuencia, dile lo que acabas de oír—la dijo.

Y añadió:

—¡Por mí, lo repito, hubiera cumplido con mi deber!

La sesión había terminado.

La condesa abandonó su butaca con el as-

pecto de una persona que tiene ocupaciones importantes y desea estar sola.

Su hija se dirigió hacia la puerta y salió sin volver la cabeza.

Launay iba á hacer lo mismo, pero en el momento en que iba á desaparecer, oyó que la condesa la llamaba.

—¡Launay!

Se detuvo.

La condesa, ágil como la mayor parte de las mujeres delgadas, estaba ya á su lado.

—No es eso todo—dijo—pero hay detalles que yo debía callar delante de Fernanda. Yo temo que esta criatura se deje arrastrar por tanta generosidad y por ideas novelescas. Sé que los Montarón están próximos á ser expulsados de su guarida...

—¡Ah!

—Están agobiados de deudas.

—Pues bien, vos compraréis esas tierras y estaréis libre de una odiosa vecindad.

—Odiosa, en efecto, Launay. Si, las compraré y haré arrasar esa casucha; dejaré las tierras incultas; pero no es eso lo que yo quería decir.

—¿Qué, pues?

—Arreglaos como podáis; pero cuando Fernanda salga, quiero saber á donde va. Tomad las medidas que queráis. Eso es cuenta vuestra.

Launay se inclinó y salió.

Cuando la condesa se quedó sola dejó escapar todo su odio en esta exclamación:

—¡Oh! ¡Esos monstruos si yo pudiera aniquilarlos con una palabra! ¡Hijo mío, Rolando, hijo mío!

En el Louvre.

Serían las diez de la mañana de un día nebuloso y triste, cuando Krug, con su caja de pinturas en la mano y seguido de su vecina de la calle de Echandé, hecha ya una completa parisiense, se dirigía por la calle de Bonaparte hacia el muelle.

Teresa Montarón había recibido lecciones de un *cicerone* que le era muy útil.

El señor Krug no había omitido nada para ponerla al corriente de lo que debía temer ó de lo que podía esperar.

Además se la había confiado unos días á su amigo Escoubere, y había sido para el pobre hombre, que trataba de ocultar á los indiferentes su desesperación, un entretenimiento al pasear por las calles de París á aquella joven; se sentían atraídos hacia ella todos los que la veían, adivinando que era más desgraciada que culpable.

Hasta la señora Guignard, la portera, la había tomado cariño desde el primer día.

El suizo había comenzado con su protegida las lecciones de dibujo y de pintura.

Los bocetos de la joven demostraban una seguridad de mano, una destreza natural y un talento de los cuales se podía esperar todo.

Desde el muelle Malaquais vieron, al otro lado del Sena, las largas galerías del Louvre.

Muy pronto llegaron el profesor y la discípula al patio del Carrousel.

—¡Abrid bien los ojos!—la dijo.

Entraron.

Las salas bajas, de bóvedas de medio punto, no la llamaron la atención más que por su inmensidad.

Pero al penetrar en el salón cuadrado Teresa se detuvo agobiada por la magnificencia de las obras maestras que la rodeaban.

Se sentía deslumbrada y confusa ante tantas riquezas.

¿Para qué tratar de delinear miserablemente ensayos inútiles en presencia de tales maravillas?

—Esto es hermoso, ¿no es verdad?—preguntó Krug.

Teresa murmuró agobiada.

—¡Sí, es hermoso; es demasiado hermoso!

—Venid—ordenó el pintor.

En el interior del museo se hubiera podido creer que el velo de niebla que envolvía á París, se había desgarrado de pronto.

Una luz dorada caía de las bóvedas sobre los lienzos milagrosos en que brilla la gloria de los grandes artistas del pasado.

Y delante de cada uno de ellos, Krug, en pocas palabras, claras y precisas, definía su carácter y su superioridad.

Y poco á poco, Teresa, vuelta de su primera sorpresa, se acostumbraba á la vista de aquel estudio establecido en un palacio.

Se paraba delante de los caballetes donde había copias comenzadas, y al cabo de un ins-

tante, después de haber examinado algunas en las que las nubes estaban aun informes, otras más avanzadas ó tocando á su fin, dijo á su maestro:

—Me parece que yo también podría...

—¡Sí, sí, lo intentaremos, pero todavía no! Es preciso trabajar primero... mucho tiempo— la contestó Krug.

Allí había mujeres cuya presencia admiraba á Teresa, tanto como lo que ellas hacían.

Algunas eran jóvenes, pero eran las menos. La mayor parte de ellas eran de edad madura, y dos ó tres bastante ancianas. Todas ellas vestían pobremente.

Casi todas copiaban cuadros religiosos. La Sagrada Familia, la Virgen, de Murillo, et.

—Es para las iglesias. Ganan lo justo para no morir de hambre—dijo Krug.

—¿Es, pues, muy difícil llegar á poder darse á conocer?—preguntó la joven con terror.

Krug se contentó con mirar con ojos consternados las esculturas de la bóveda.

En otro salón, muy grandioso, más moderno, el de los artistas muertos hace algunos años. Troyon, Rousseau, Corot, Courbet, Fromentin y otros, el espectáculo era menos desconsolador.

Algunas jóvenes de familias ricas, acompañadas por sus doncellas ó sus institutrices, se entretenían en copiar paisajes.

Y á estas artistas aficionadas daba gusto verlas.

Llevaban vestidos á propósito, delantal con peto de seda multicolor y guantes. Y, á la

simple vista, por la frescura de sus faldas y la limpieza de su calzado, se adivinaba que el coche las esperaba á la puerta, y que aquellas copias que bosquejaban indolentemente no eran para ellas más que un *sport* como la bicicleta ó el caballo.

Por fin, después de haber recorrido todas las salas, su *cicerone* la dijo:

—¡Ea, bastante tiempo hemos perdido ya... venid!

Y la condujo á la sala cuadrada.

Allí, delante del célebre cuadro del Georgiano, «El Concierto Campestre», había sobre un caballete una copia casi concluida.

La joven se detuvo extasiada.

—¿Y bien—la preguntó Krug gozándose en su sorpresa—que decís de esto?

Teresa permaneció muda.

Se hubiera podido cambiar el cuadro y la copia sin que el mismo encargado del Louvre hubiera notado el cambio.

¡Era una semejanza acabada!

¡La forma, la expresión, los menores detalles, la línea, el colorido, todo era admirable!

—¡Oh! ¡maestro!—exclamó Teresa.

Esto fué todo lo que pudo decir.

—¿Es pasadero?

—Es admirable!

—Pues bien, querida amiga—dijo Krug en un acceso de locura—¡á mi edad un trabajo tal es deshonroso! Me he resignado á él contra mi voluntad con el fin de ganar pan para mi familia. ¿Sabéis cuanto me pagarán por esta copia? ¡Algunos lises... y no me atrevo á deci-

ros cuantos porque me avergonzaria! Soy tan desconocido como si habitase una isla desierta; más pobre que la mayor parte de los desocupados que vienen á calentarse aquí faltos de asilo.

Lanzó un suspiro enorme y, abriendo su caja de pinturas, cogió la paleta, los pinceles, un trapo lleno de aceite y de manchas de todas clases y se colocó delante de su caballete.

Teresa se había sentado en uno de los divanes de terciopelo, destinados á los visitantes. No eran estos muy numerosos á aquella hora de la mañana.

Se oía poco ruido.

Se estaba muy á gusto en aquel medio confortable, en donde cien bocas de caloríferos sostenían una temperatura agradableísima.

Krug daba la última mano á su copia.

En realidad, como había dicho Teresa, era admirable.

De cuando en cuando se volvía hacia su discípula y la decía con cierto orgullo:

—De todos modos, reproducir así, es casi crear! ¡Y pensar que no tendré tal vez un pedazo de pan para mi vejez!

En la entrada del salón por la parte de la galería de Apolo, acababa de pararse un hombre, y con ojos muy abiertos, examinaba los cuatro ángulos del salón.

Era un burgués de unos cincuenta años, bien conservado, de facciones pronunciadas y muy colorado, de cabello espeso ya gris y con el bigote recortado. Era alto y presentaba todas las apariencias de una salud superior.

Al ver á la joven y al pintor, su cara expresó el contento de el hombre que se dice:

—¡Por fin! he aquí lo que buscaba.

Se dirigió hacia el artista, que al verle dijo con voz en que había cierta timidez:

—¡Ah! ¿sois vos, señor Quillet? ¿A qué debo el gusto de veros por aquí?

El antiguo comerciante soltó una carcajada, y sin disimulo alguno, dijo:

—Debo seros franco, señor Krug, no quiero ocultaros lo que pienso: no es la pintura lo que me atrae.

Krug se sonrió con amabilidad.

—¡Por fortuna, no piensa todo el mundo como vos, señor Quillet!—dijo.—¿De otro modo, qué sería de los artistas?

Quillet contestó:

—¡Harian otra cosa, no por eso marcharía peor el mundo!

—¿Le creéis así?

—Cierto, y la desgracia no sería tan grande ni aun para vos. ¿Qué os produce el echar á perder pedazos de buen lienzo, como lo hacéis? Si fuérais franco, confesaríais que eso no conduciría nada. Todo el mundo dice que tenéis talento—añadió viendo plegarse la frente del antiguo guardia del Papa, y que sus labios palidecían de despecho, porque la paciencia de un deudor tiene sus límites.

Y señalando con la contera del bastón las dos Florentinas del cuadro, añadió:

—Yo sé que sois un buen artista. Estas dos mujercitas están muy bien pintadas así, como todo el cuadro; ¿pero eso qué prueba? Que se

puede tener mérito y no ganar gran cosa.

Contento con haber aplicado esta cataplasma sobre el amor propio del suizo, el señor Quillet hizo una pausa, y durante ella examinó á hurtadillas á su nueva inquilina y la detalló como persona inteligente.

El ex comerciante tenía una debilidad.

Se había sentido siempre atraído como por un imán hacia el bello sexo.

Interiormente se decía:

—No es mala, no es mala! ¡Hermosa cabeza, bonitos ojos, boca pequeña, cabellos soberbios!

Y continuando su examen hacia abajo añadía:

—¡Solo que la pobre criatura ha tenido un desliz! ¡Qué desgracia! ¡Y se nos ensalza la inocencia de los campos! ¡Fíaos de ella!

—¿De modo —repuso, dirigiéndose al pintor, — que no adivináis el motivo de mi visita?

—Nó.

—Pues os lo diré. La portera me ha dicho que esta joven — y señaló con el dedo á Teresa — iba á ser vuestra discípula; que encontráis en ella disposiciones para la pintura, y que os proponéis cultivarlas. Ahora bien: yo no soy tan malo como pareceo, y vengo á deciros: «Vamos á ver, amigo mío, no hagáis eso, ó creeré que tenéis algo en...»

Se tocó la frente.

Había dicho esto de una manera tan lastimosa, con un tono tan compasivo, que un grupo de aficionados que pasaba, no pudo menos de sonreír.

El suizo se sintió herido por esto y se puso colorado.

—¿Y por qué no lo he de hacer, señor Quillet? —preguntó un tanto amostazado.

—¡Porque eso sería un crimen, una locura, una tontería!...

E indicando á la vieja que copiaba el cuadro de la Virgen de Murillo:

—¡Mirad —repuso— á lo que conduce la profesión que queréis darla!... ¡He ahí una desgraciada, desdentada, delgada como una estaca: un esqueleto ambulante que no tiene siquiera con qué cubrirse los hombros! ¡Debe tener un siglo esa mujer!... Y embadurna lienzo desde hace lo menos setenta años.

El suizo contestó:

—¿Y quién os dice que no encuentra ella un placer infinito en eso, y que no cambiaría su posición por la vuestra? Por mí sé deciros que si me propusierais cambiar mi caja de pinturas por vuestra casa de la calle del Echaude, os diría: «Gracias; no quiero.» El arte de que os reís tiene sus miserias; también tiene sus goces, y prefiero echar á perder buen lienzo, como decís, por nada, ó poco menos, á medirlo y venderlo con un beneficio que me permita comprar casas en París!... ¡Tal vez algún día pueda comprarlas con el fruto de estos trabajos!

El señor Quillet no se incomodó por la contestación del pintor.

—¡Como queráis! —dijo:— cada uno piensa como le parece... Esta joven tal vez se arrepienta de haberse dedicado á ese arte, cuando

á su costa haya adquirido un poco de experiencia. ¡Adiós, señor Krug!

Tocó con las puntas de los dedos la barba de Teresa, que continuaba sentada y muy pensativa.

—Y vos, hermosa—la dijo—¿estáis pensando en lo que he dicho? ¡Pues es la verdad, y si tenéis necesidad de un consejo amistoso, id á buscarne!

Miró su reloj.

—¡Diablo!—dijo—¡las once y media! ¡Mucho me he entretenido! Y el almuerzo y los compañeros me esperan... ¡Hasta la vista!

Se dirigió hacia la puerta, no sin volver la cabeza con frecuencia hacia la joven.

Cuando hubo desaparecido, el pintor desahogó su corazón diciendo:

—¡Qué bruto! ¡Insultar á las glorias más puras del arte! ¡Rafael, Corregio, Rubens, El Ticiano! ¡Rembrand! ¡Impio! ¡Más que impio, idiota!

Teresa no oía. Muy pensativa, no podía menos de hacerse estas preguntas:

—¡Dios mío! ¿á qué voy á dedicarme? ¿Qué va á ser de mí?

Y en la misma rudeza del antiguo comerciante encontraba una especie de bondad que la tranquilizaba para el porvenir.

¡Pero la tranquilizaba tan poco!

El señor Quillet bajaba la escalera que conduce á las galerías bajas, indiferente á las estatuas como lo había sido á los cuadros, y se decía:

—¡Encantadora, en verdad, pero muy mal

aconsejada por ese pintorcillo! No será él quien la proporcionará medios de salir de apuros, ¡oh! no...

Y volviendo á su primera idea, añadió:

—Una alhaja, en verdad, muy averiada por el momento; pero eso durará algún tiempo, y después, ¡oh! después...

Y se pasó la lengua por los labios como para saborear un manjar exquisito, un gusto superior.

Al llegar al restaurant en que tenía costumbre de almorzar con sus amigos, les dijo:

—Queridos, he encontrado una muchacha que os admirará, pero por el momento la manzana no está aún madura.

Y Roumille, un antiguo compañero del comerciante, dándole un golpecito en el vientre, exclamó:

—¡Este Quillet! ¡No hay nadie como él para encontrar esa clase de pájaros!

VIII

Cómo pensaba la señorita Fernanda

Era una cabecita muy bien organizada la de la señorita Fernanda de Corbiere.

La hija no se parecía á la madre, y esto era una suerte para la joven.

La señora de Corbiere era seca, angulosa, alta, larga como un día sin pan.

Fernanda era también bastante alta, única cosa en que se parecía á su madre.

Las facciones eran tan dulces y tan acariciadoras, como duras y rígidas eran las de la condesa.

Sus ojos eran aterciopelados y su sonrisa conquistaba los corazones.

El alma de aquellas dos mujeres, que tan de cerca se pertenecían, era tan diferente como el cuerpo.

Al día siguiente de la entrevista de que hemos dado cuenta entre la condesa, Fernanda y Launay, se levantó la joven un poco más tarde que de ordinario.

Había dormido mal. La mayor parte de la noche la había pasado atormentada por pasajerías pesadillas, en las cuales unas veces veía á su hermano Rolando expirando en su cuarto de la Ferté Montarón, negándose á acusar á sus asesinos; otras á Juan Montarón embarcado en un transporte del Estado que partía para Nueva Caledonia, mientras que desde el muelle

su hermano Guillermo cambiaba con él el adiós de despedida, en el cual había promesas de venganza y juramentos de odio.

Se había procurado que no supiera nada de los debates de Blois. La condesa evitaba hablar de esto delante de ella. Su duelo la imponía el silencio acerca de acontecimientos tan dolorosos para una madre y una hermana; pero casi todos los días Fernanda se escapaba del hotel de Corbiere para refugiarse algunos momentos en casa de su hermano ó en la de una amiga íntima, la duquesa de Reville, cuyo hotel está en lo alto del arrabal Saint Honoré, esquina de la calle Washington.

En casa de su hermano ó en la de la duquesa encontraba periódicos y podía leerlos á su gusto.

Siguió con pasión el proceso de Blois y este proceso la dejó la impresión de que en todo aquello existía un misterio.

A pesar del profundo cariño que había tenido siempre á su hermano Rolando y del dolor que le había causado lo trágico de su muerte, no encontraba pruebas suficientes contra los acusados. Su imaginación encontraba siempre una excusa, y la condena de Juan la parecía una injusticia suprema.

Aquella historia sangrienta, se confundía de tal modo en su imaginación con una historia de amores secretos, que á sus ojos la duda debía haber servido á los acusados para ser absueltos.

Y todos sufrían; los unos moralmente, y Juan Montarón una pena infamante.

¡Diez años de trabajos forzados!

¡Ahora el desgraciado estaba en camino para cumplir tan dura condena! ¡Teresa, la desgraciada criatura, había huido, sin sostén y sin recursos y quién podría decir á qué extremo se vería reducida!...

Quedaba aún otro; el recuerdo de este otro traía á los labios de Fernanda una sonrisa.

Era el más joven de los Montaron. «Marcelo el juicioso», como le llamaba el cura de La Ferté, un buen señor con quien Fernanda gustaba de hablar cuando iba á misa, por las mañanas, ó cuando él iba á comer al castillo, en donde tenía un cubierto puesto en cuanto se presentaba allí.

Evidentemente había entre los dos jóvenes alguna intriga cuyo recuerdo no era desagradable á Fernanda, porque mientras se ocupaba de su *toilette*, yendo y viniendo por su habitación se había animado, y en su fisonomía no quedaba huella alguna de los malos sueños de la noche.

¡Y cómo era posible tener malos sueños en un nido tan delicioso!

¿Qué artistas han entedido mejor la elegancia de las habitaciones que los obreros de genio que trabajaban para la Pompadour ó María Antonieta?

La habitación de Fernanda permanecía tal como había sido amueblada para los antiguos marqueses de la Ferté-Montaron, sus abuelos.

Y por todas partes un perfume delicioso, un perfume de juventud flotaba en el aire.

Fernanda llamó á su doncella, una parisien-

se ágil y viva, de facciones delicadas, boca picarresca, un poco marchita pero de fisonomía alegre y espiritual, y la dijo:

—Berta, mi sombrero, mis guantes y mi abrigo.

—¿Sale la señorita?

—Sí.

—¿Puedo preguntar á la señorita á donde va?

—A casa del notario.

—¿Tiene negocios la señorita?

—En efecto. ¿Os admira eso?

—Es que como es la señora condesa la que se ocupa aquí de todo. ¿Pido el coche?

—Es inútil. Tomaremos uno de alquiler.

Las dos mujeres hablaban con cierta familiaridad, que se explicaba por la circunstancia de estar Berta desde hacía diez años al servicio de los Corbiere.

Las diez daban en el reloj del gabinete, cuando la doncella, que había salido para arreglarse, volvía á su puesto.

Encontró á su señorita sentada ante un secreter de palo de rosa, leyendo unas cartas amarillentas por el tiempo.

—¿Está dispuesta la señorita?—preguntó.

—Aún no. Id á decir á Jerónimo que busque un coche y esperadme abajo.

—Está bien, señorita.

Jerónimo era el portero encargado de la puerta principal, que estaba en la calle de Santa Dominica.

Su estatura y su aspecto eran imponentes; su uniforme el de un suizo de una buena iglesia.

Pero era lorenés, y corro entre las gantes de aquel país un dicho desagradable, que le convenía mucho:

Lorenés villano.

Traidor á Dios y á su hermano!

Es verdad que siempre hay un proverbio dispuesto á contradecir á otro, y la Lorena tiene con qué responder á las bromas de mal género con «Juana la Doncella».

En todas partes hay gentes buenas. Sin embargo, Jerónimo justificaba los dos extremos arriba rimados.

En el momento en que Berta entraba en el cuarto del portero, salía de él Launay.

Durante este tiempo, Fernanda, encorvada sobre un pupitre, leía el paquete de cartas de papel amarillento.

La primera decía lo que sigue:

»A mi desconocida bienhechora.

»He recibido los dos mil francos con la cartita en que manifestais el interés que os inspira mi porvenir.

»Mi primera idea ha sido devolverlos.

»Pero he reflexionado.

»Me he dicho que esta limosna estaba hecha con tanta delicadeza, que no podía provenir más que de una secreta simpatía, que yo heriría negándome á aceptarla, y de un sentimiento de compasión por una familia tan desgraciada como la nuestra.

»Guardo pues esta cantidad á título de

préstamo hasta el día en que una de esas casualidades de la vida me permitan devolverosla.

»Espero que vos me facilitaréis los medios de poder hacerlo dándoos á conocer.

»Me deseais ánimo.

»¡Os doy las gracias, desde el fondo de mi corazón!

»Lo necesito, pero lo tendré por los míos á quienes quiero y que son dignos de ser queridos, á pesar de su pobreza.

»Parto.

»¿A dónde voy?

»En verdad, no podría decíroslo.

»No volveré sino feliz, ó vencido y renunciando á la lucha.

»Gracias, os repito, y creed en mi eterno reconocimiento, menos por el favor que me hacéis que por la prueba de amistad tan desinteresada.

»MARCELO MONTARÓN.

»P. D. — ¡Cómo tenéis derecho á saber que es de vuestro deudor, todos los años, por esta época, os enviaré al mismo sitio una carta en que os exponga mi situación, buena ó mala!»

»París 20 de agosto de 188.....»

El deudor en efecto, debía cumplir su palabra. Todos los años, con puntualidad, había escrito á su protectora.

Su primera carta estaba fechada en el Perú y decía:

»Adelanto poco.

»Lo que me ha decidido á venir aquí, ha sido el encuentro que he hecho en el barco de un negociante del país que me ha colocado en su casa.

»Es un comisionista que sostiene grandes relaciones con Europa.

»Tiene bareos en el Callao y hace grandes negocios.

»Pero yo presiento que el negocio no me conviene mucho, no me gusta el comercio y acepto la colocación con repugnancia.

»Las horas que tengo libres las paso en casa de un músico anciano, organista de la catedral de Lima, con el cual trabajo mucho y quien me enseña lo que puede. Me atrevo á decir que estoy casi tan adelantado como mi profesor, lo cual no es hacer un gran elogio de mi pobre saber.

»Ya sabreis que el Perú está en guerra con Chile y que aquel lleva la peor parte.

»Los negocios se han paralizado, yo me encontré entre los combatientes cuando el ataque á nuestra capital, y á los pocos momentos de entrar en fuego recibí un balazo en un costado. Dos días después habían tomado la ciudad. Mi jefe, muy patriota y muy contento por la ayuda que yo habia prestado á su país en la medida de mis fuerzas, hizo que me cuidaran lo mejor que pudo.

»La herida no fué grave: aproveché este descanso forzoso para volver á ocuparme de mi piano, hacia el cual he tenido siempre una gran afición. Puesto que os interesais en todo

lo que me concierne, no ignorais que en Tours me aconsejaban que me dedicase con preferencia á la música, para la cual me decían que tengo disposición, pero es un arte que exige largos estudios, y los míos han sido incompletos y desordenados. He trabajado, sin embargo, día y noche lo que he podido. Mi profesor ha caído enfermo y yo le reemplazo, pero esto será por poco tiempo.

»He aquí mi posición actual.

»Guerrero desgraciado, herido en convalecencia y organista interino de la catedral de Lima, sin sueldo.

»Cuando esta llegue á vuestro poder, habré abandonado el Perú para irme á los Estados Unidos, en donde el azar que nos lleva á su antojo, me ha procurado una colocación conforme con mis gustos.

»Un gran industrial que me oyó en la catedral de Lima, me ha hecho proposiciones y me coloca en su casa.

»Voy á dejar la América del Sur por la del Norte; pero ¿estaré mejor allí?

»Por el pronto estoy encantado, porque ya no soy un simple empleado del escritorio; soy un artista—dispensad la ambición de la palabra—encargado de hacer valer los instrumentos que mi nuevo patrón fabrica en grandes cantidades y que han hecho célebre su nombre en el mundo entero.

»Sigo, con gran desesperación mía, sin poder devolveros vuestro dinero; ni aun puedo enviar nada á mi pobre madre y hermanoa, cosa que me desconsuela.

»Tal vez en los Estados Unidos tenga más suerte y pueda ser útil á los que tanto quiero.
»Vuestro agradecido

»MARCELO MONTARÓN.»

Los años siguientes, sus cartas daban noticias más consoladoras.

Había tenido la suerte de recibir lecciones de un músico de grandísimo talento, interesado en los negocios de la casa.

Su empleo le agradaba. Como él había dicho, no se ocupaba simplemente del negocio, sino también del arte.

En aquella casa se fabricaban órganos, harmoniums y pianos, y él era el que probaba ante los parroquianos los instrumentos que compraban.

Le querían mucho. Trabajaba en sus estudios día y noche, y tenía mucho tiempo libre, pero en cambio le pagaban poco, y con el sueldo apenas tenía para vivir, porque todo estaba horriblemente caro.

—¡Pobre chico!—murmuró Fernanda.

Metió las cartas en un gran sobre gris que tenía la siguiente inscripción:

A LA SEÑORITA TRES ESTRELLAS

LISTA DE CORREOS

Calle de Juan Jacobo Rousseau.—París.

FRANCIA

Después puso el sobre en un cajoncito del escritorio, cerró éste y se echó la llave en el bolsillo.

Por fin se levantó y concluyó de arreglarse. En resumen, aquello era una pequeña aventura, en la que no intervenía el amor.

Además, había sobrevenido en la edad en que el corazón de las jóvenes apenas está despierto.

En aquella época, la condesa, viuda desde hacía muchos años, no se encontraba en ninguna parte tan bien como en el castillo de la Ferté-Montarón.

Aunque poseía en los alrededores de Rambouillet, un dominio que reunía todos los atractivos que los parisienses buscan, mucha caza, una extensión considerable, y todo el lujo de las casas modernas, prefería sus posesiones de Sologne.

Sus frecuentes estancias en la Ferté-Montarón debían dar un resultado que la condesa no había previsto.

Fernanda acompañaba á su madre durante las vacaciones que la concedían mientras estuvo en el Sagrado Corazón y cuando salió de este colegio, durante todo el verano.

La inteligencia de la joven estaba muy desarrollada y comprendía á media palabra.

No tardó en oír hablar de los Montarón, de quienes Barasón producía quejas con frecuencia por las incursiones de aquellos merodeadores en la posesión de la condesa, y algunas veces se les demandaba por el delito de caza y habían sufrido algunas condenas, siendo presos por algunos días en Romorantín.

Barassón era un ser soberanamente antipático para Fernanda, así como Launay.

Entre el numeroso personal del castillo no faltaban algunos criados ó guardas que criticaban á la sordina aquellos rigores excesivos con desgraciados que, no por ser pobres, dejaban de ser parientes de los castellanos de la Ferté.

Fernanda, aunque muy joven, prestaba oído atento á aquellas murmuraciones.

La llamaron la atención aquellas discusiones y los comentarios que las acompañaban.

Procuró informarse, y no tardó en conocer hasta en sus menores detalles una historia que nadie ignoraba en el país, y que para su joven cabeza presentaba todo el interés de una leyenda.

¿Cómo no había de tratar ella desde entonces de profundizar lo que aquella leyenda tenía de oscuro y misterioso, y cómo no hacer un estudio particular de ella?

El castillo, en sí mismo, se prestaba maravillosamente á este estudio.

Sus galerías, sus retratos, sus muebles, no hablaban más que del pasado esplendor de los de la Ferté-Montarón.

Los archivos de la familia no hablaban de otra cosa.

La biblioteca estaba llena de libros que en su mayor parte tenían las armas de aquella casa célebre.

Se comprende bien el trabajo que debió operarse en aquel cerebro de viva imaginación y en aquel corazón dotado de todas las delicadezas.

Pero este trabajo se operaba en silencio.

Es más propio decir en secreto.

Fernanda, educada con mucha libertad, montando á caballo como un jokey, marchaba al través de los bosques, sola ó acompañada por amigos, y casi siempre se dirigía en sus paseos hacia la parte del bosque inmediata al sitio odiado por su inflexible madre, hacia la Boca del Lobo.

¡Siempre el atractivo del fruto prohibido!

Vió aquellas casas arruinadas, aquellos aldeanos que conservaban aún en su actitud una especie de altivez feroz y como un recuerdo del rango de que habían decaído.

Y además, hay en las campiñas un sitio de reunión en donde se encuentran los habitantes de una misma parroquia.

Este es la iglesia.

La de la Ferté Montarón era bastante grande y bien arreglada. Había entonces en ella un órgano muy bueno y dos armonios, regalo todo del difunto conde de Corbiere.

Durante las vacaciones del más joven de los Montarón, entonces estudiante en un colegio de Tours, había música los días festivos en la iglesia, porque Marcelo tocaba el órgano y el armonio.

Cerca de la iglesia estaba la casa parroquial.

Fernanda, muy generosa y caritativa, iba á ella con frecuencia á llevar sus limosnas.

Varias veces había visto allí á un joven, vestido con sencillez y cuyo aspecto la llamó desde luego la atención.

Era un buen muchacho, de estatura regu-

lar, moreno, de ojos azules muy dulces, de cara triste, y cuyos ademanes indicaban la extrema timidez que la escasez imprime en el rostro de sus víctimas.

Fernanda se informó.

El cura la dijo:

—Es Marcelo Montarón, nuestro organista de temporada. ¡Al pobre muchacho le costará trabajo salir de apuros!

Entró en algunos detalles.

El joven había concluido brillantemente sus estudios en Tours, pero no sabía qué camino tomar. El quería ganar dinero para ayudar á su familia, que se había empeñado por él.

Pero en adelante no podía contar más que con él mismo.

Marcelo tenía veintim años y ya había cumplido su tiempo de voluntariado en el ejército, iba á procurar encontrar en qué ocuparse en París, pero no se forjaba ilusiones.

El comercio le repugnaba.

El cura concluyó diciendo:

—¡Mucho vá á sufrir el pobrecillo!

Fernanda escuchaba y hablaba poco.

Varias veces volvió á ver á Marcelo y siempre que la encontraba en la iglesia ó en otro sitio, el joven la saludaba con aquella timidez que sentaba tan bien á aquella rica naturaleza, como la modestia á una joven hermosa.

La última vez que la vió fué pocos días antes de su partida.

Tenía de la mano á una niña de la misma edad, poco más ó menos, de Fernanda, y esta les contempla, á él joven y fuerte, á ella una

niña de doce ó trece años, los dos pobremente vestidos, y sin embargo con cierta elegancia natural, guapos los dos y apoyándose el uno en el otro, con esa confianza y ese abandono que prueban la ternura sin límites del hermano hacia la hermana.

Fernanda se sentía conmovida y á punto de llorar al decirse que ella hubiese querido un hermano como Marcelo y un corazón para dar expansión á sus más secretos pensamientos.

Marcelo marchó á París.

Fernanda encontraba siempre medio de saber qué era de él y estar al corriente de su situación por algunas preguntas que hacía al cura, indiferente en apariencia.

La situación de Marcelo era mala.

Nada le salía bien.

Primero fué secretario de un personaje conocido por su desmesurada avaricia, luego fué empleado en una casa de Banca que quebró, después cajero de un hotel, y no permanecía en ninguna parte, no por culpa suya, sino por circunstancias desastrosas.

Entonces resolvió abandonar Francia.

El cura deploraba la mala suerte de su protegido.

—Es una alhaja, sin embargo, señorita Fernanda—decía—pero no tiene suerte! ¡Es un corazón de oro!

—¿Le queréis mucho?

—Con toda mi alma.

—¿Le escribís alguna que otra vez?

—Con frecuencia: hoy mismo.

El sacerdote mostró á Fernanda una carta

que iba á entregar al correo cuando pasara.

Por los ojos de la joven pasó un relámpago de malicia.

—¿Queréis que la una á las de mi casa?— preguntó.—Así no tendréis el trabajo de estar esperando en el camino.

¿Por qué rehusar?

Y he aquí cómo Fernanda había podido leer en el sobre de la carta que le fué confiada, sin manifestar la menor curiosidad indiscreta:

«Sr. D. Marcelo Montarón.

Calle del Monte-Thabor, 20.

PARÍS.»

Ella tenía su idea.

Quería ayudar á aquel pobre joven que iba á abandonar su país; pero una joven de trece á catorce años nunca es rica.

Reunió todas sus economías, y juntó con gran trabajo un billete de mil francos.

Por fortuna, sus dos hermanos estaban en Sologne.

Les habló aparte y se mostró con ellos tan mimosa, tan gentil, tan lisonjera, que sacó á cada uno de ellos un billete de quinientos francos, que ellos sacrificaron, pero no sin defenderse.

Pero lo dieron.

Esto era lo principal.

Les repitió con tanta insistencia: «¡Es para una buena obra!», que concluyeron por ceder.

Y dos días después, aprovechando la ida á Blois con la condesa y sus huéspedes, que eran siempre numerosos en el castillo, encontró medio de separarse un momento de ellos y entrar en el correo sin ser vista.

Allí entregó una carta para certificarla.

Esta carta contenía los dos mil francos y decía lo siguiente:

«Una antigua amiga, que quiere permanecer desconocida, os envía esta pequeña cantidad.

»No os neguéis á aceptarla: daríais un verdadero disgusto á vuestra amiga.

»Ella os desea mucha suerte en vuestras empresas.

¡Animo!

¿No tenéis en vuestro favor la energía, la salud, la juventud y el porvenir?

»Mis votos os acompañan.»

Y como ella había sorprendido un día una carta para Berta, su doncella, dirigida á la lista de Correos, añadió esta postdata:

«Si queréis demostrar un poco de agradecimiento por este tan insignificante servicio, escribidme dos líneas á la lista de correos, calle de Juan Jacobo Rousseau, diciéndome que lo habéis aceptado, como se os hace, de todo corazón.

»Dirigid la carta á la señorita Tres Estrellas.»

Ya sabemos lo que ocurrió.

Habían pasado cerca de cinco años.

Fernanda de Corbiere era ahora una señorita más formal, en edad de casarse, en el fondo muy reflexiva y á quien los acontecimientos que acababan de pasar habian dado una experiencia precoz.

El drama de la Boca del Lobo la habia conmovido violentamente.

Completamente vestida por fin, con su capota de crepé sobre sus magníficos cabellos encienetos, se decidió á salir, no sin dar antes una ojeada á su habitación y asegurarse de que no dejaba tras sí ningún indicio que revelase las buenas intenciones que ella ocultaba, como otras ocultan sus culpables intrigas.

El coche esperaba delante de la puerta del hotel; pero el cochero, en el momento en que la joven apareció, no parecía aburrirse.

El portero estaba hablando con él en tono muy amistoso.

—Bueno—dijo el cochero,—contad con ello! ¡Hasta la vista!

En el fondo el buen hombre no veía malicia en evacuar la comisión de que le encargaban.

El portero le habia dicho:

—¡Vais á llevar á dos señoritas, á las cuales es preciso vigilar. ¡Es bueno saber adónde van! Diez francos si me decís adónde las habéis conducido!

Esto era sencillo y nada deshonoroso.

Los diez francos no debían ser difíciles de ganar.

—Avenida de la Opera, 12—le dijo la doncella al montar en el coche.

Y cuando ya estuve dentro de él, preguntó á su ama:

—¿Es el notario quien vive allí?

—Sí—contestó Fernanda.

—Berta no insistió.

El coche no tardó en llegar á la Avenida de la Opera.

Fernanda se apeó y dijo á su doncella:

—Esperadme.

Berta quedó en el coche muy contrariada.

¡Era curiosa!

El cochero se inclinó y la preguntó:

—¿Estaromos aquí mucho tiempo?

—No lo sé.

—¿Vuestra señorita va á casa del notario?—dijo, mostrando el escudo que brillaba encima de la puerta.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¡Es una suposición!... ¡Si fuera eso, podría dar pienso á mi caballo! ¡En casa de los notarios se tiene siempre para rato!

—Dádselo,—contestó la doncella.

El cochero sonrió para sí. Sabía lo necesario.

Se bajó del pescante, quitó el freno al caballo, le puso el morral con el pienso y él comenzó á pasear por la acera.

Fernanda subió al despacho situado en el primer piso, en el fondo del patio.

En una sala grande, una docena de escribientes, sentados en sus escritorios, despachaban expedientes.

La llegada de una señorita elegante y her-

mosa, á donde hay muchachos jóvenes, excita siempre una curiosidad que hace levantar las cabezas y enciende las miradas.

La joven se acercó á uno de los escribientes y preguntó:

—¿El Sr. Dubrenil?

—Está en su despacho.

—¿Visible?

—Es probable.

Y bajando la voz preguntó:

—¿A quién debo anunciar?

—A la señorita de Corbière.

El escribiente hizo un pequeño movimiento de sorpresa, se inclinó y abandonó el asiento. Corbière era un nombre en olor de santidad en aquella casa.

—¡Si quisieráis seguirme!— dijo.

Se dirigió al despacho del notario, entró y volvió á salir en seguida, diciendo:

—Hacedme el favor de entrar, señorita.

El Sr. Dubrenil, tercero de su nombre, no era joven. Había pasado ya de los sesenta años.

Buen señor, bien conservado, grave, nada imponente y muy indulgente y excéptico, estaba dotado de una de esas miradas penetrantes que entran como una barrena en el fondo de las conciencias.

Al ver á la joven, se levantó y se dirigió hacia ella, diciendo:

—¿Vos aquí, querida niña?... ¿Qué os trae?

—Un favor que vengo á pedir.

—¿Dinero?

—No, un consejo.

—Decid.

—Quisiera...

Vaciló un segundo.

—¿Pero esto es completamente reservado, sabéis?

—No tomáis nada. Los notarios son como confesores.

—¡Yo no quisiera que mi madre supiera jamás!...

El señor Dubrenil se sonrió.

Los hermosos ojos de la joven eran tan limpidos, que no le hubiera ocurrido á nadie la idea de dudar de la inocencia de sus proyectos.

Fernanda repuso con viveza:

—Se trata de una buena obra.

—Estaba seguro de ello.

—Primero prometedme el secreto.

—Os lo prometó.

—¿De veras?

—¡A fé de notario!

—Pues bien. Quisiera conocer un agente dispuesto, inteligente, digno de confianza...

—¿Con qué fin?

—Con el de llevar á cabo ciertas pesquisas.

—¿Acerca de qué?

—Acerca del paradero de pobres gentes que han desaparecido...

—¡Eh! ¡eh! ¡Eso es oscuro!...

—¡No tanto!... Ya vereis, pero más adelante. Procuradme ese agente. Yo le daré datos, todos los que necesite... El me dirá cuanto debo darle, y si no es muy caro, le pagaré sus honorarios... En una palabra, yo me entenderé con él...

—¡Bueno!

—El notario reflexionó un instante.

—¿Es en el extranjero ó en Francia, donde es preciso buscar á esos protegidos?—preguntó.

—En el extranjero y en Francia.

—¿Son muchos?

—Tres. Yo quisiera saber cuando se encuentran necesitados, para hacer llegar algún dinero á su poder, sin que sepan de dónde les llega el socorro.

—Comprendo.

—Desde hace un año me dá mi madre una cierta cantidad para mis pobres y para mí...

—Doce mil francos, lo sé...

—Pues bien, quisiera poder ayudar á pobres gentes por quienes me intereso, con ese dinero que no necesito para mí...

—¿No queréis decirme su nombre?

—Prefiero callarlo... Sin embargo ya sabéis la confianza que tengo en vos...

—¡Con tal de que no sepa nada!—dijo el notario sonriendo.

Apoyó el dedo en un timbre.

Se abrió la puerta de un gabinete vecino y un hombre de unas treinta años de edad, bien vestido, de buen aspecto, de cara agradable e inteligente, apareció en seguida.

Era el primer escribiente.

Boissier—dijo el señor Dubrenil,—váis á escuchar á la señorita de Corbière, á tomar notas y á hacer lo que ella os ordene; pero sin hablarme á mí de ello. Yo quedo ajeno al secreto. Para los anticipos necesarios tomaréis

dinero en la caja y lo cargaréis en la cuenta de nuestro cliente... ¿Quedáis enterado?

El notario se levantó.

—¿Es eso lo que deseáis?—preguntó á Fernanda?

—Sí.

—¿Estáis satisfecha, no es eso?

La joven le dió las gracias con una mirada.

—¡Sois el mejor de los hombres!—dijo.—¡Ya lo sabía yo!

El anciano cogió á Fernanda una de las manos.

—Tengo confianza—la dijo,—porque hace mucho tiempo que sé que tenéis un excelente corazón y una razón superior á vuestra edad. Haced lo que queráis. Boissier es un hombre honrado y reservado. Os respondo de él como de mí mismo.

Fernanda entró en el gabinete del primer escribiente.

Un cuarto de hora después salió de él y sus ojos tenían cierta animación: se conocía que estaba contenta.

Montó en el coche.

A las doce en punto entraba en el hotel de Corbière, y el cochero decía al portero:

—Avenida de la Ópera, 12, en casa del notario.

IX

Celos.

Las promesas hechas á Escoubere no debían ser vanas.

Elena había huido de la casa en el momento en que el desahogo iba á entrar en ella bajo la forma de un billete de mil francos.

Este billete providencial lo poseía ya el barítono.

Jamás habían tomado mejor giro sus asuntos metálicos.

En realidad, le querían en el teatro, y su director le había propuesto una nueva contrata, y, como prima, había obtenido el pobre hombre el milagroso billete de mil francos.

Pero desde que lo poseía no sabía que hacer de él.

Una especie de fiebre moral se había apoderado de él y le quemaba á fuego lento.

Además, aunque hubiera podido olvidar su desgracia, los compañeros se hubieran encargado de recordársela.

Las malas noticias se propagan con una rapidez increíble.

En la Opera todo el mundo sabía la fuga de Elena.

¿Cómo se había propagado la noticia?

Nadie lo sabía, pero la noticia había estado llamado como una mina al pegarla fuego.

Ahora bien; el barítono no carecía de envi-

diosos. Aunque Elena, bastante altiva y desdenosa para la atmósfera en que su marido se veía obligado á vivir, no se presentaba con él más que raras veces, y no tomaba parte en las ruidosas reuniones que se verificaban á la salida de los ensayos ó de las funciones; todo el mundo la conocía, ó al menos todo el mundo sabía que era muy guapa y de una gran distinción, hasta el extremo de que un bromista la había apellidado *La Marquesa*, apodo que subsistía.

No se la nombraba de otro modo.

Así es que la noticia de su fuga produjo entre aquellas gentes un efecto extraordinario.

En cuanto el marido se presentaba, todos tomaban un aspecto de afectuosa compasión que le irritaba.

Los compañeros le estrechaban la mano, diciendo con voz algo temblorosa:

—¿Qué hay de nuevo?

—¡No sé qué es de ella!

—¡Pobre amigo mío!

Hasta la señora Guignard, quien sin malicia alguna, en cuanto el barítono ponía los piés en la casa, salía á su encuentro y le preguntaba:

—¿Qué hay? ¿No hay medio de saber de ella?

El apresuraba la marcha y no contestaba. En su casa, vacía y triste, le esperaba otro suplicio peor.

Todo le recordaba á la que no podía alejar de su memoria.

En la soledad de sus noches febriles evocaba sin cesar la imagen de Elena y se torturaba el corazón, preguntándose:

—¿Dónde estará? ¿Qué hará? ¿La encontraré?

¡Encontrarla!

¿Dónde?

En los primeros momentos de la fuga se había dicho que con valor, con actividad, á fuerza de investigaciones, y empleando sus momentos libres en esta pesquisa, llegaría al fin á descubrir el sitio en que se hubiese refugiado.

Pero cuando quiso dar principio á sus pesquisas, las dificultades de la empresa le parecieron tantas, que no tenían número.

El laberinto de avenidas, de calles y de boulevares le aterraba.

Aunque dedicara todos los momentos que le quedaban de vida á esta ocupación, no tendría tiempo bastante.

Habían pasado muy pocos días y ya se había apoderado de él un completo desaliento.

Su mujer se había perdido para siempre para él: así se lo decía; la lucha con el afortunado amante que se la había llevado era demasiado desigual; jamás podría darse la triste alegría de la venganza que él había soñado.

Entonces empezó á odiar la casa, en donde no podía vivir ya desde el día en que, la que era su encanto, dejó de estar en ella.

Una mañana, después de haber pasado una noche terrible, entró en casa de Krug en el momento en que el suizo con su caja de pinturas en la mano salía para el Louvre.

—Venid conmigo—le dijo,—tengo lo que deseaba para vos.

—¿Qué?

—Vais á ver.

Llevó al pintor al boulevard Montparnasse.

Allí, en un vasto patio rodeado de edificios enyesados, había algunos de esos talleres que reciben la luz de cierto modo y que gustan á los escultores y pintores.

En el último piso había escogido Escoubere un cuarto de tres habitaciones en que podía acomodarse una familia que no fuese numerosa.

En aquel taller la luz era de un efecto admirable.

Krug se quedó maravillado.

—¿Os conviene esto?—preguntó el gascón.

—¡Ya lo creo!

—Aquí haréis obras maestras.

—¡No os burléis de mí!

—¡Sí, sí, las haréis, no seáis tan modesto!

—Lo intentaré, pero...

—Falta el dinero, ¿eh?

—¡Ay!

—¡No os inquietéis por eso, cuesta el alquiler quinientos francos y ya he pagado un año!

—¡Yo no puedo aceptar!...—balbució el antiguo guardia del Papa.—¡No, decididamente no, es demasiado!

—¡Bah!—dijo el Gascón ya sabéis que es dinero bien ganado este.—Yo no sabía que hacer de él. Con cien francos al mes sería feliz como un rey, y tengo más. ¡Mi billete de mil francos me estorba!... Me deshago de él. Tanto mejor si eso os trae la suerte. ¡Cuando os hayais hecho celebre, me ofrecereis mi retrato!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Krug no sabía que hacer.

El taller le tentaba.

Aquella era para él tal vez la única ocasión de éxito.

El Gascón repuso con bondad.

—Es demasiado tarde para rehusar: está hecho el trato. Me lo devolveréis cuando podáis. No creais que he tocado al dinero del miserable que me ha robado. ¡Su dinero está aquí!

Y enseñó al pintor el sobre cerrado con la cre negro que contenía los diez mil francos del señor de Corbière.

Rechinó los dientes.

—¡Oh! yo encontraré á ese hombre—dijo—ó el diablo será quien lo impida.

—¿Por qué os atormentáis así?—le dijo el pintor.

Escoubere le miró con ojos extraviados.

—¿No habéis amado?—le preguntó.—¿Acaso tenéis un guijarro en el lugar del corazón?

—¿Cuándo el mal es irreparable para que obstinarse?

—¿Irreparable, quién sabe?—murmuró el Gascón fundándose en una vaga esperanza. Elena ha podido dejarse deslumbrar, arrastrar. Es tan tentador el lujo, la fortuna, el bienestar. Y es rico el hombre que arroja diez mil francos como cebo á un marido despojado, como se arroja un hueso á un perro para impedirle que muerda. ¡Si yo la viese la hablaría y entonces me decidiría! Pero es preciso que la vea y la verá.

Hablando así habian salido de la casa y llegado á la calle de Rennes.

Escoubere gesticulaba con ira y hablaba alto, sin preocuparse de la gente que pasaba y que se detenía para mirarle.

Un caballero de edad madura, que iba del brazo de otro, ambos personas serias y ambos condecorados, dijo á su compañero:

—¡Ese desgraciado está loco!

Escoubere le oyó, y volviéndose hacia él:

—¡Tan loco como tú, viejo estúpido!—le contestó.

El caballero no hizo caso de la interrupción y siguió diciendo:

—O se volverá si ya no lo está, os lo aseguro.

Aquel hombre era sin duda algun doctor especialista. Algun médico alienista, medio loco tambien, como lo están todos ellos ó llegan á estarlo.

Esta es la regla.

Se citan excepciones, pero son raras.

La fisonomía del anciano y la tranquilidad con que pronunció su horóscopo, llamaron la atención de Escoubere.

Iba á replicar de nuevo, pero no se atrevió.

Los dos caballeros continuaron su camino sin ocuparse de él.

Se cogió del brazo del suizo y dió algunos pasos en silencio.

Y al cabo de un rato, repuso:

—¡Tiene razón ese profeta de la desgracia! Si no encuentro á Elena, si, me volveré loco. Jamás hubiera yo creído que mi cariño hacia esa mujer pudiese ser tan violento... tan profundo...

El pintor le repetía en vano:

—¡Calmáos... calmáos!... Si... la encontrareis, ¡No hay tantas casas donde pueda vivir!... Es preciso una casualidad... se presentará... Ella no puede odiaros... ¡Erais tan bueno para ella!

Y como consuelo supremo añadió:

—¡En fin, hay otras que se considerarían felices de poder ocupar su puesto!... ¡Vos mereceis ser amado!...

Escoubère se rió como un insensato.

¡Otras!

El amigo Krug quería burlarse de él.

¿Dónde había visto alguna que pudiese compararse con aquella de que él hablaba?

Se calló.

De pronto cambió de pensamiento y preguntó á Krug:

—¿Y vuestra protegida?

Krug suspiró.

—Otra desgraciada que tendrá que sufrir mucho—dijo.—La pobre muchacha es, sin embargo, buena y cariñosa. ¡Da lástima ver una criatura tan joven y abandonada! Ya véis, no tiene más que diez y ocho años. ¡Tiene muchas miserias que pasar!

—Ha hecho una locura.

—Sin duda; pero la espía cruelmente.

—Ha sido una suerte para ella encontraros en su camino.

—¡Yo no puedo hacer nada por ella!

—¿Trabaja?

—¡Con pasión!

—¿Haréis de ella algo bueno?

—¡Eso quisiera! ¡Es muy lista! ¡La doy di-

bujos y los reproduce de una manera sorprendente! Hace todo lo que quiere. Maneja el pincel y el lápiz como si los hubiera inventado... ¡Pero, amigo mío, hace tantos años que trabajo yo! Y me atrevo á decir que yo tenía también disposición. ¡Pues bien; ya veis adónde he llegado! ¡Apenas tiene recursos!... Dentro de pocos días tendrá que...

—Entrar en el hospital...—concluyó brutalmente el corista. ¡Cuando se sale de allí, sirve uno para poco y nadie le quiere! ¡Es desconsolador!

Entraron en la calle del Echaudé.

Llegaron á la puerta de la casa en que habitaban. Allí se pararon, y Escoubère dijo al pintor:

—¿De modo que queda convenido lo del taller?

—Pero...

—Yo lo quiero... Si decis que no, no creeré más en vuestra amistad.

—¡Sea, pues!—murmuró Krug.—¡Pero sois demasiado bueno!

—Es posible—dijo el gascón.—¡Entremos!

La señora Guignard estaba en el portal.

—¿Qué es lo que os debo?—la preguntó el gascón.

Ella le miró sorprendida.

—Tres meses de alquiler á setenta francos por mes, doscientos diez francos—dijo.

—¿Y no hay nada que abonar al marcharse?

—Sin duda... Pero vos no pensaréis en abandonarnos, ¿eh?

—Sí.

—¡Oh, señor Escoubere!

—Y hasta perdono al señor Quillet el importe de los días que faltan para los tres meses.

—No es posible que os marchéis.

—¡Sí, sí! Si tengo alguna carta, recogedla; yo vendré por ella. Me voy á vivir con Brossois.

—¡Cuánto lo siento! ¡Os queremos tanto! No debierais marcharos.

—Sí; porque no puedo estar aquí.

—¿Por qué?

El corista bajó la voz.

—¿Por qué? ¡Os soy franco, señora Guignard; hay noches en que creo volverme loco! Con Brossois no estaré solo... El se burlará de mí, y eso me dará ánimos tal vez. ¿Comprendéis?

—Sí.

—Doscientos diez francos decimos, ¿no es eso?

—Justos.

El barítono contó los doscientos diez francos.

—Aquí los tenéis, señora Guignard—dijo,—y estos cinco francos para vos; esta será nuestra despedida—añadió procurando reír.

—Lo siento mucho, creedme. Erais la alegría de la casa. ¿Qué va á ser de mí sin vos? ¿Y qué va á ser del pobre suizo?

—¡Pobre hombre! ¡No nada en la abundancia, no!

Y tocándose la frente añadió:

—Y á propósito; olvidaba un encargo. ¿Qué es lo que él os debe?

—¿Os ha encargado de pagarlo?

—Precisamente. De eso hablábamos cuando nos habéis visto.

—¿Ha heredado?

—¡Casi casi!... ¡Ha vendido unos cuadros!... ¿Me decís su cuenta?

—Como vos, tres meses; doscientos diez francos.

—Tomadlos. Yo creo que va á abandonaros también.

—¿Adónde va á ir?

—Al boulevard Montparnasse. Ha encontrado allí un taller muy barato.

—¡El pícaro!... ¡Y no ha dicho nada!

—¡Buena; voy en busca de mi cama... lo demás lo venderé!

—Haréis bien; quitar recuerdos de en medio.

Escoubere subió la escalera de cuatro en cuatro peldaños para ocultar su emoción.

Desde la ventana llamó á un mozo de cordel que estaba en la esquina del boulevard.

En un momento enrolló los colchones, las mantas y las sábanas, las ató y se las echó á la espalda del auvernés.

Después metió en un saco algunos objetos de tocador.

Este era todo su equipaje.

Cuando salió, después de haberse despedido de los recuerdos de que huía con tanta precipitación, la puerta de Krug estaba abierta.

Entró, estrechó la mano de sus amigos, y la de la pobre Teresa, que esperaba á su profesor para salir con él.

—¡Animo!—la dijo al oído.—¡Es preciso tener mucho ánimo en esta vida!

Después dijo á Krug:

—¡Podéis marcharos cuando queráis! Ya no debéis nada aquí! ¡Todo está pagado!

¡Y sin esperar á que le dieran las gracias se marchó!

Cuando llegó á la calle Guénogaud, subió una ancha escalera de piedra, cuyos pedanos goteaban por la niebla y la lluvia que caía.

Cuando llegó á todo lo alto de la escalera, seguido por el mozo de cuerda, llamó á una puerta que daba á un corredor.

Una voz de bajo profundo contestó:

—¡Adelante!

Escuchébre abrió y entró.

Brossois no se sorprendió al ver á su compañero, que iba seguido del Auvernés, que llevaba su equipaje.

—Te esperaba—dijo,—y hasta pensaba que vendrías antes.

La instalación se hizo en pocos minutos.

Brossois disfrutaba, esta era su palabra, de una sala y de un gabinete.

La sala era grande y bastante alegre, y estaba alumbrada por una inmensa ventana.

El gabinete era pequeño, no entraba en él la luz más que por un ventanillo situado á ocho pies del suelo.

—Escoge—dijo Brossois.

El baritono, á pesar de la insistencia de su amigo porque se instalase en la sala, eligió el gabinete.

—Bueno, cuando te canses de estar ahí cambiaremos—dijo su amigo.

A partir de este momento no debían volver á separarse.

Tres días después, la casa de la calle del Echaudé perdió otro inquilino.

La familia Krug emigró con armas y bagajes al boulevard Montparnasse.

Y cuando llegó la noche, Teresa, encontrándose en su guardilla, lejos de los vecinos que la sostenían con sus consejos y su amistad, se echó en la cama, vestida, y lloró amargamente.

Por primera vez, después de su partida de la Boca del Lobo, se creía verdaderamente sola.

X

¡Emigrantes!

Cuando el barco que llevaba á su hermano á la Nueva Caledonia hubo desaparecido, Guillermo de Montarón permaneció puesto de codos en el parapeto del muelle, inmóvil y presa de una especie de letargo que le paralizaba.

Echaba de menos su pasado, nada halagüeño, sin embargo, poco envidiable, con sus malos días, sus vejaciones y sus apuros, pero también con sus alegrías, aquel lazo de familia estrechamente unido que acababa de romperse, y el suelo natal del cual no se había separado jamás largo tiempo; echaba de menos sobre todo á su compañero de juventud, á su hermano Juan, de quien no se había separado ni durante el servicio militar.

Habían entrado juntos en el ejército; habían servido en el mismo regimiento de coraceros y juntos habían vuelto á su casa para vivir pobres, pero libres.

Tenían un consuelo en medio de su pobreza, y era que estaban estrechamente unidos.

Su felicidad hubiera sido no separarse jamás.

Ahora el destino les dispersaba á los cuatro vientos.

Guillermo apenas se atrevía á pensar en aquella separación y en sus causas.

Su corazón latía con violencia en el pecho al ver tales desastres.

Juan iba á Nueva Caledonia.

Es decir, á un presidio.

Tenía para diez años. ¡Una eternidad! Una vez cumplida su condena, sería internado en aquella isla maldita para siempre, sin poder salir de ella.

A esta idea Guillermo sonreía de una manera extraña.

Se decía que la Australia no está tan lejos y que Juan soportaría difícilmente esta perpetua relegación.

Teresa había huído para ocultarse en París.

Marcelo luchaba, sin duda, en el extranjero con la fatalidad que le agobiaba. Esto era indudable, aunque él no se atrevía á decir nada á su familia, á fin de evitarla disgustos.

Pedro permanecía en su puesto en la casa vacilante, tratando de conservar este último asilo á la familia, que estaba arruinada.

¿Pero podría conseguirlo?

Era dudoso, á causa de las deudas, cuya carga se hacía cada vez más pesada.

Y él, Guillermo, apoyado en las piedras de un parapeto, en frente de la gran bahía de un río que jamás había visto, en una ciudad en donde no conocía á nadie, permanecía indeciso, reflexionando, sin saber lo que había de hacer.

No tenía en el bolsillo más que trescientos francos. Ni más equipaje que la ropa que tenía puesta y algunos pingos que se había dejado en una mala posada del arrabal, en la carretera de Niort, y esto era poco equipo para emprender un viaje largo.

Sin embargo era preciso decidirse.

¿A qué?

No sabía nada, ningún oficio: no sabía más que leer y contar: lo que se aprende en una escuela de aldea.

Pero era robusto, de una salud á toda prueba, valiente, buen jinete, gran andador, y las aventuras no le asustaban.

Si al menos hubiera tenido á su lado á su hermano Juan, su inseparable, hubiese tenido más ánimo, más resolución.

¿Pero Juan estaba perdido por siempre para él, á menos de un milagro!

El ancho pecho de Guillermo se henchía por la cólera.

¿Qué mal había hecho aquel estúpido de abogado al impedirles que declararan la verdad!

¿Qué jurado les hubiera condenado si hubiesen dicho que Juan había sorprendido á Rolando de Corbiere en su casa, en la cual se había introducido como un malhechor, de noche, y que en un acceso de indignación, Juan le había ahogado entre sus brazos, arrojándole por la ventana después?

Juan quiso decirse así á los jueces, y tenía razón.

Pero aquel La Gigonniere se había opuesto á ello.

No le había valido su astucia; había querido molestar al jurado, y el jurado se había resentido.

Guillermo Montarón se decía, con su fiera rudeza de aldeano, que él hubiera hecho lo que hizo el jurado.

Pero, en fin, el daño estaba hecho, y aquel pobre Juan pagaba por los demás.

Tal vez le pudieran sacar del presidio.

¿Cómo? ¿Con qué recursos?

Guillermo seguía pensativo, con la espalda vuelta hacia el muelle, los ojos fijos en el río, en donde todo había desaparecido, cuando le hizo medio volverse una mano que se posó sobre su hombro, y una voz que le dijo:

—¡Eh, amigo mío!

—¿Qué queréis?—preguntó á su interlocutor

Era éste un hombre alto, de unos treinta y cinco años escasos, de rostro tostado por el sol, de nariz recta, ojos vivos, labios cubiertos por un espeso bigote negro, á pesar de que en su cabeza se veían ya algunas hebras plateadas.

—¡No tenéis aspecto de divertiros!—le dijo.

El desconocido vestía como los ricachones de los pueblos, americana de terciopelo, pantalón de paño, polainas de cuero sobre gruesas botas y sombrero color café oscuro.

Guillermo le miró un instante con curiosidad, diciéndose para sí que él debía haber visto aquella cara en alguna parte, pero sin fijar su recaerdo, y le contestó bruscamente:

—¿Por qué os dirigís á mí? ¡No os conozco!

El otro no se incomodó.

—Me dirijo á vos—dijo,—porque me acuerdo de vuestro tipo. ¡Hace tres días que estáis en Rochefort!...

—Es exacto.

—Y todos los días os he visto andar por el muelle. ¿Teníais algún amigo en el barco de la Nueva Caledonia?

—¿Qué os importa?

—¿Si no lo hubiérais tenido, á qué perder el tiempo en dar vueltas alrededor de un barca, como una corneja alrededor de un campañario?

—¿Sois de la policía para espiarme?

—Francamente, no tengo aspecto de eso—dijo el desconocido sonriendo.—Yo seré más franco que vos. Soy el vizconde Felipe de Flense...

—¿De Cour-Cheverny? — exclamó Guillermo.

—Sí, de Cour-Cheverny.

—Vuestro apellido me es conocido.

—¡Ah!

—Hace muchos años que lo oí por primera vez.

—¿Puesto que conocéis mi apellido, conoceréis, tal vez, mi historia?

—Vagamente... Sé que érais gran cazador, muy campechano, y que os gustaban las bromas, las francachelas...

—Eso es poco más ó menos.

—Poseáis una bonita fortuna.

—Que ya no *poseo!*

—¡Bah!...

—¡Me la he comido y de la manera más estúpida del mundo!...

—¿Cómo?...

—Mis padres eran económicos, vivían en su casa á la antigua moda, recibían amigos, los obsequiaban y eran enemigos de la ciudad, prefiriendo vivir en el campo en donde el desahogo es más fácil. Los bosques, los jardines, la

pesca en nuestros estanques de Sologne, la caza en nuestras tierras, son placeres baratos y nuestras viñas daban vinillos que dispensaban el tener que comprar otros... Cuando fui dueño de mi fortuna, renuncié á sus costumbres y me lancé como un loco en la corriente de las ideas nuevas. Vendí buenas tierras para comprar malas acciones; llené mi cartera de valores—palabra demasiado embustera—que no enriquecen más que á los canallas que los venden y no representan al cabo de cierto tiempo más que el precio del papel que os dan en cambio de vuestro dinero. En resumen, aquella fortuna, que databa de siglos, se derritió entre mis manos como se derrite el hielo por el sol en el mes de abril. Pero soy testarudo. Espero rehacerme—esto se espera siempre—en un negocio al que los periódicos dan mucho bombo, pues todos los días traen reclamos de él. Hipotecué los bienes que me quedaban y me los embargaron, los compró un parisien, sin duda alguno de esos caballeros de industria que me han estafado y va á matar mis conejos y fusilar mis perdices, que no tengo más remedio que abandonarle. He aquí mi historia. No tiene nada de agradable, me he conducido como un tonto; pero mi historia se parece á otras muchas, y si esto fuera un consuelo, podría decirme que á otros muchos les ha ocurrido lo mismo.

El vizconde parecía tomar su ruina con paciencia y con bastante buen humor.

—En fin—concluyó diciendo,—por el momento heme aquí en Rochefort, tomando in-

formes, estudiando la brújula y el viento, como un marino dispuesto á embarcarse para cualquier país, á fin de buscar allí fortuna; tengo todavía cierto número de billetes de mil francos que la casualidad ha querido dejarme. Si me dirijo á vos, es porque me ha parecido que os encontraréis en el mismo caso que yo.

—Menos en lo de los billetes de mil!— replicó vivamente Guillermo.

—¿Pero tendréis algo, al menos?

—Unos trescientos francos de cuatrocientos que me prestó un amigo.

—Poco es; pero con energía...

De Fleuse se interrumpió.

—¿Para conocer mi nombre—dijo—debéis ser del país?

—Sí.

—Esperad... Me parece recordar que os he visto en otra parte; pero al diablo si recuerdo donde...

Miró á Guillermo de arriba á abajo con mucha atención:

—¡Oreo que sí recuerdo... hace poco tiempo, en la Audiencia de Blois... en donde estuve cuando el célebre proceso de la muerte del señor de Corbiere!... Tres días hace que me pregunto dónde os he visto... ¡Sois... sí... eso es... sois uno de los acusados... un Montarón!

—En efecto.

—Guillermo, ¿no es verdad?

—El mismo.

—¡Pues bien! Podéis decir que no tuvisteis suerte... ¡Y es que estuvisteis mal defendidos; ¡Una defensa soberbia!... ¡La absolución era se-

gural... ¡Todo el mundo está conforme en esto!... ¡Ese necio de La Gigonniere ha sido la causa de todo!... ¡Es como esos vendedores de papel para envolver, á diez céntimos el kilo!... ¡Pero no es malo en el fondo! El dice á voz en cuello que se condujo como el último de los imbéciles, que no está conforme con la sentencia y que trabajará hasta conseguir que indulten á su desgraciado cliente...

Y luego añadió:

—¡Ah! ¡Sois un Montarón! ¡Todo se explica! ¡Habéis venido á ver embarcar á vuestro pobre hermano... ¡Muy bien, eso es! ¡Un Montarón! ¡Tenía yo así como una especie de presentimiento de ello!... ¡No me separo de vos!... Vuestro asunto no me espanta, os lo aseguro, me parece que he comprendido bien lo ocurrido.

Tendió la mano á Guillermo que le presentó la suya con cordialidad.

Una brisa bastante desagradable soplabá del Norte.

—¡Brrr!— exclamó el vizconde, se hiela uno.—¡Entremos en cualquiera parte, si queréis, y hablaremos!

É indicándole una taberna situada al otro lado del muelle, á poca distancia del sitio donde estaban, añadió:

—Vámonos allí si os parece.

Guillermo lanzó una última mirada á la inmensidad del mar, en que su hermano se encontraba en camino para la Nueva Caledonia y siguió á su compañero.

Guillermo había oído hablar del vizconde hacia mucho tiempo.

En Sologne, ó más bien en los confines de la Turena, el apellido de Fleuse era muy conocido y estimado.

El vizconde abrió la puerta del café y dejó que su compañero pasara antes que él.

Marineros, gentes del puerto, obreros y soldados llenaban en local.

Felipe de Fleuse se apoderó de una mesa que estaba en un rincón, se sentó en frente de Guillermo y ordenó:

—Mozo, dos maderas!

—Está bien—contestó el mozo.

—Decíamos—dijo el vizconde, dirigiéndose á Guillermo—que parecía que estábais consultándoos lo que ibais á hacer.

—No lo decíamos, pero es exacto.

—¿Y no habéis decidido?

—¡No, á fe mía!

—¿Pero queréis abandonar el país?

—Sí puedo...

—¿Los lejos á buscar medios de existencia?

—Es preciso.

—La fortuna si quiere mezclarse en vuestros asuntos y ayudaros...

—No deseo otra cosa.

—Lo mismo me ocurre á mí. Yo no he venido á Rochefort con otro objeto. Comprenderéis que después de haber tenido una posición como la que he tenido, no puedo ponerme á vender tabaco y sellos en un estanco, sobre todo en un país en donde todo el mundo me conoce.

—Tenéis razón.

—Y aun para conseguir un estanco es pre-

ciso estar muy á bien con algún ministro ó con su querida.. Yo prefiero irme al diablo, con tal de salir de aquí... He pensado en el Tonkin... Esto es demasiado aventurado... Los amigos me lo han quitado de la cabeza. Allí no hay más que funcionarios que lo devoran todo. No hay en qué ocuparse. En la América del Sur se podría tal vez... pero la Nueva Caledonia me agradaría... Es un Eldorado á explotar, una mina que cabar.

—¿Creeis que?...

—No lo sé... pero así me lo han asegurado. Me han dicho que allí se pueden criar animales soberbios, cultivar café, tabaco... y qué sé yo cuantas cosas más.

Guillermo no tenía más que un pensamiento.

Si estuviese en la Nueva Caledonia, estaría cerca de Juan y tal vez pudiera ayudarle á evadirse... Entonces se irían juntos á cualquier parte, á Australia, por ejemplo, y sobre esto formaba todo un plan de campaña.

Con perseverancia y trabajo se arreglarían para vivir en cualquier rincón desierto, cazando ó cultivando terrenos.

Pedro y Teresa irían á unirse á ellos y crearían otra patria, puesto que los era imposible la vida en la suya.

Se lo dijo al vizconde, y éste aceptó la idea.

—¡Ya veréis!—decía Guillermo.—¡Juan será un excelente compañero!

—¡Vamos allá!—dijo Fleuse.

Y añadió con alegría, levantando el brazo:

—¡A vuestra salud y la de Juan!

No parecía preocuparse mucho por la pérdida de su fortuna y aceptaba con resignación su nueva y precaria situación.

—He cometido muchas tonterías—dijo,—y las pagaré... ¡Eso se paga siempre!

Como Guillermo Montarón, tenía en su favor todo lo que se necesita para convertirse en un perfecto aventurero: vigor, salud, resolución y facciones expresivas, acentuadas, bastante duras por naturaleza, pero que se hacían simpáticas y de una dulzura extrema cuando sonreía.

Se mostró encantado por el hallazgo que había hecho.

—Es una buena casualidad para mí el encontrar un compañero como vos—dijo.—Cuando se está lejos del país, piensa uno en él siempre. Por muy ingrato que nos sea, siempre se le recuerda con cariño. Hablaremos de él. Me agradais. Yo soy amigo de vuestro abogado. He oído hablar mucho de vos y de los vuestros. Puedo decirlo. Os conocía á fondo sin haberlos visto. Estoy seguro de que viviremos en buena inteligencia. ¿Queréis?

Guillermo hizo algunas observaciones.

Insistió en su escasez de recursos y en la desigualdad de sus situaciones. De Fleuse tenía aún bastante dinero para intentar cualquier empresa, él apenas tenía para pagar el pasaje en un barco de emigrantes.

—¡Bolsillo común!—dijo el vizconde.—Yo tengo unos cien mil francos. Conseguiremos nuestro propósito. Vos me ayudareis... ¡Que no os detengan esos escrúpulos! ¡Solo, se tiene por os ánimo; unidos seremos más fuertes!

Guillermo tenía otra razón para mostrarse indeciso. Un deseo secreto le empujaba hacia París; sabía que su hermana, la pobre Teresa, debía estar allí: le costaba mucho trabajo dejarla sola entregada á todos los peligros á que está expuesta unajoven sin sosten.

El cazador de topas le había tranquilizado algo al prometerle velar por ella; si sabía algo puesto que ella debía tenerle al corriente de lo que ocurriera.

Su nuevo amigo ahogó esos escrúpulos.

—Yo también—le dijo—he dejado tras de mí recuerdos que debieran retenerme; pero en París, ¿qué podemos hacer por los que nos quieren? ¿Qué conseguiríamos? un mal empleo que no nos daría ni aun para nosotros mismos. Vámonos á buscar fortuna, exploremos.

Si no encontramos nada, siempre será tiempo de volver á Francia, de ir á París, ese refugio de desesperados, avergonzados de su decadencia, y de hacernos cocheros ó mozos de cuerda. En cualquier sitio que nos encontremos hallaremos medios de tener noticias de los seres que nos son queridos y tal vez de poder ayudarles. ¡Marchemos!... ¿Está dicho?

—¡Está dicho!

Guillermo se sentía arrastrado por el calor con que hablaba su compañero.

Dos parroquianos que desde hacía una hora estaban sentados en la mesa inmediata á la en que estaban sentados Guillermo y el vizconde, se volvieron hacia ellos.

El vizconde hablaba bastante alto para ser oído.

Uno de aquellos parroquianos, marinero muy curioso, de cabeza enérgica, con el cuello de su traje azul con ribetes blancos, la gorra de ordenanza y la blusa con botones muy limpios, dijo al otro:

—Tiene mucha razón ese paisano. Dos de mis hermanas quisieron ver ese condenado París, en lugar de estarse en el país ganando quince francos mensuales honradamente. Unos parisienses que fueron á Fourac á pasar el verano, las llenaron la cabeza de aire, y se fueron. ¡Miseria! ¡Eran dos jóvenes hermosas! La más joven murió á los dos años, no se sabe de qué. ¡Está enterrada en Cayena!

—¿En Cayena?...—dijo el otro sorprendido.

—¿Pú te burlas de la gente!

—¡Nada de eso! Cayena es un mal campo, llamado así porque allí es donde entierran á los infelices que no tienen dinero para pagar la sepultura, ó en el Mont Parnasse; la otra agoniza en el hospital de San Antonio, é irá á parar adonde su hermana.

Golpeó con su vaso la mesa, murmurando entre sus dientes, amarillos á fuerza de masticar tabaco:

—¡Maldito París!

Y para desechar aquellas lúgubres ideas llamó con fuerte voz:

—Mozo, dos *bitters* primera calidad!

Al mismo tiempo dirigió á sus vecinos un saludo amistoso y dijo en voz alta:

—¡Truenos de Dios! ¡Estos señores tienen muchísima razón en marcharse! ¡Si yo pudiese hacerlo!... ¡La Nueva Caledonia es un paraíso!

Es decir, que cuando se la ha visto le dan á uno ganas de hacer motivos para que le sentencien y le envíen á ella.

—¿Habéis estado allí?

—Dos veces á bordo del transporte *Garonne*. ¡Un mal zueco!... Dos meses de travesía... ¡No hay necesidad de decir que es del gobierno!... Si marcháis, id á Marsella. Allí encontraréis barcos en donde iréis muy bien... ¡En las Mensajerías, por ejemplo!

—¡Gracias!

Volvió á encender su pipa, que se habia apagado, trincó con su compañero, diciendo:

—¡A tu salud, querido!

Y volviéndose de nuevo hacia el vizconde y Guillermo, repitió:

—¡Sí, un mal zueco, os lo aseguro!

XI

El remordimiento de un abogado.

El Sr. Letanneur de Gigonnière tenía un apellido ridículo; era muy fatuo, sacrificaba el interés de un cliente, cualquiera que fuera el peligro que este corriera, al placer de molestar á su adversario con algún rasgo de ingenio muy picante, sobre todo cuando notaba que había mujeres hermosas entre su auditorio.

Tenia otros defectos.

Le gustaba hacer la corte á las mujeres de los amigos; su maledicencia no perdonaba á nadie y sus notas de honorario se elevaban todo lo posible.

En resumen, este abogado tenía todos los defectos necesarios para hacer, desde cierto punto de vista, intolerable á un individuo.

Pero su conciencia no estaba tan blindada, que no tuviese algunos puntos sensibles y el vizconde de Fleuse no había exagerado nada al hablar á Guillermo de los remordimientos de su defensor.

Su espíritu, habituado á las severidades y á los errores de la justicia, se conformaba con las condenas ligeras que su defensa había valido más de una vez á sus clientes.

Pero no sucedía lo mismo con los diez años de trabajos forzados impuestos á Juan Montarón.

¡Esto era demasiado!

Y además se hablaba mucho en el departamento de la inesperada solución de aquel célebre proceso:

Las gentes de negocios no vacilaban en echar la culpa del fracaso sobre el defensor de Juan.

Alcanzar el indulto de su cliente era, pues, para el abogado un golpe maestro que le rehabilitaría ante la opinión pública. Su interés y su honor le obligaban á hacer todo lo posible para conseguirlo.

Así, pues, se había decidido á ponerse en campaña con este fin.

¿Pero por dónde comenzar?

Hacia fines de febrero, una mañana, acababa de tener la condesa en su casa, en calidad de presidenta, una de esas reuniones de caridad de que las señoras se ocupan: unas porque hablen de ellas; otras por la necesidad del movimiento que las impulsa á mezclarse en todo, agitándose en el vacío; otras, por último, y queremos creer que es el mayor número, por un sincero sentimiento de caridad.

La condesa había quedado ya sola, y estaba muellamente sentada en una butaca delante de la chimenea, cuando la doncella entró diciendo:

— Ahí está un caballero de provincias que desea hablar á la señora.

— ¿Quién es?

La doncella puso en una bandeja de plata sobredorada una tarjeta que llevaba en la mano y se la presentó á su señora.

La condesa fijó los ojos en la tarjeta y murmuró:

—El señor Letanneur de la Gigonniere?... ¡Ah! sí... el abogado de Blois... ¿Espera?

—Sí, señora.

—Que suba.

La doncella salió; la condesa dió la vuelta por el salón en que se encontraba, cerró las puertas, se aseguró de que no había por allí nadie que pudiese escuchar, y volvió á sentarse.

Pronto oyó pasos que se acercaban.

La doncella dijo:

—Tenga la bondad de pasar el señor.

Y el defensor de Juan y de Guillermo Montarón, hizo su entrada con la desenvolura de un perfecto hombre de mundo.

La condesa medio se levantó, mostró con un amable gesto una butaca á su visitante y se colocó en su puesto, afectando la aptitud de una persona que se prepara á recibir con comodidad una comunicación un poco larga.

Y como el abogado guardase silencio, buscando evidentemente el medio de comenzar su exordio, ella fué quien le facilitó el medio de hacerlo, diciéndole:

—¿Venís de Blois, caballero?

—Sí, señora.

—¿Venís amenudo á París?

—Con mucha frecuencia.

—Por distracción... ¿Teneis aquí relaciones? —Algumas, señora, y vengo, en efecto, por gusto, pero también á evacuar ciertos asuntos. Hoy los asuntos son los que me traen aquí.

—¡Ah!—dijo la señora de Corbière, con tono que significaba: «Llegamos al objeto».

Y preguntó sonriendo:

—¿Estaré yo interesada en esos asuntos?

—Precisamente.. Se trata de ese triste proceso de Blois.

—¿Qué proceso?—dijo la condesa poniéndose grave.

El abogado repuso:

—Os ruego que me dispenseis si recuerdo un suceso enojoso para vos, pero el deber me obliga á ello.

Bajando la voz añadió:

—Deseo hablaros del asunto Montarón.

—Yo lo creía terminado.

—¡Sin duda, sin duda, en un cierto sentido!

—En el sentido definitivo de la condena de uno de vuestros clientes y la absolución del otro.

—Teneis razón.

—¿No es exacto?

—Perfectamente exacto, pero...

—Esa condena, como esa absolución, son irrevocables, ¿lo que creo!

—Desgraciadamente.

—¿Desgraciadamente?—preguntó la condesa, muy contrariada, pero pareciendo tranquila. Permitid que os diga que no os comprendo.

Parecia tratar de aturdir al abogado, pero si lo consiguió no fué más que por un momento.

—Precisamente porque la situación tiene algo de oscura y de extraña, es por lo que ven-

go á hablaros de ese asunto, y os ruego me concedais un momento de atención.

—Os escucho.

—¿Qué pensais, me atrevo á preguntaros, de la sentencia que condenó á Juan Montarón, ó mejor dicho, á Juan *de* Montarón, á diez años de trabajos forzados?

—Pero...

—Sed bastante buena para responderme francamente.

—Yo no tengo que juzgarla.

—Sin embargo, si estuviérais segura de que esa sentencia no es más que el resultado de un error, conozco bastante vuestros sentimientos de honor y de justicia para estimar que os apresurariais á reparar ese error, con tal de que la reparación no dependiese más que de vos.

—Esa suposición es inverosímil—contestó la señora de Corbiere.

—No tanto como parece. Lo que debo establecer primero, aunque estéis más convencida de ello que yo mismo, es que, en efecto, esa condena es injusta. El jurado condenó á Juan de Montarón, mi cliente, no porque fuese culpable, sino porque yo le defendí mal.

—¿Vos?

—¡Yo!

—¿Lo decís por modestia!

—Hay casos, señora, en que la modestia es una virtud, pero en este caso no hay tal modestia; es que reconozco mi torpeza y me acuso de ella. Yo creí estúpidamente que la falta de pruebas contendría al jurado en la pendiente

de la severidad, y guardé silencio acerca de eso que nosotros los abogados llamamos los hechos de la causa, cuando me bastaba simplemente declarar la verdad para conseguir la absolución que se imponía...

—¡Ah!

—Sin ninguna duda—declaró el señor Letanneur.—Todo el mundo sabe que el jurado se inclina siempre á la indulgencia en las causas pasionales, y ésta lo era en grado sumo.

—¿Creéis eso?

—¿Que si lo creo?—exclamó el abogado.—Tanto lo creo que me pregunto avergonzado cómo pasé sin verla al lado de la tesis extraordinariamente conmovedora que tenía que sostener, y que era, sin el menor género de duda, el punto brillante del asunto. Hubo allí por mi parte una inconcebible aberración de espíritu.

La condesa no era fácil de convencer.

—¿Tal vez—insinuó—caéis hoy en una ilusión de otro género!

—No, señora—repuso,—y cuando os haya expuesto los hechos tal como me han sido muy sinceramente confiados por los clientes á quienes tan mal defendí, convendréis en que mi gran error estuvo en imaginarme que con mi silencio salvaría el honor de una joven, dejando ignorar al público una intriga en que un apellido respetado, el vuestro, debía estar igualmente comprometido.

—Eso es toda una novela, caballero.

—No, señora, es una verdadera historia. El señor de Corbiere no fué atraído á la Boca del

Lobo por enemigos... Fué allí por su propia voluntad, no sólo el día del drama, sino muchas veces antes. No fueron los Montarón quienes le tendieron un lazo; fué él quien penetró en su pobre casa para llevar á ella la deshonra, y si hubo asesinato, ese asesinato no fué debido más que al azar y á una provocación en la que cualesquiera otros que mis clientes hubieran perdido su sangre fría.

La condesa frunció las cejas, sus labios se incrustaron, por decirlo así, el uno en el otro en un acceso de despecho, y mirando con malos ojos al abogado, interrumpió secamente:

—Os escucho, preguntándome adónde queréis ir á parar y por qué os complacéis en reavivar dolores cuya violencia debéis comprender. ¿Cuál es vuestro objeto?

—Ya lo conocéis. Se ha cometido una injusticia por culpa mía, y trato de remediar, en la medida de mis fuerzas, el mal causado... Solo, pudiera conseguirlo...

—¿Cómo?

—Obteniendo el indulto del condenado. ¿Con vuestra ayuda, señora, el resultado no sería dudoso!

—¿Y habéis contado conmigo para lanzaros á esa empresa?

—Con vos cuento, en efecto.

—Pues hacéis mal, muy mal, en contar conmigo!

—¿Os negáis?

—No tomé parte en la causa, no tomaré parte en cambiar su resultado.

—Sin embargo...

—Es inútil insistir en ello, caballero; mi resolución está tomada.

—Eso es imposible...

—Irrevocablemente tomada—declaró la condesa con tono seco.

Al mismo tiempo, y como para dar á entender que la audiencia había terminado, hizo un movimiento para levantarse.

Pero el abogado no se dejó intimidar por los grandes tonos de la condesa.

—No, señora—exclamó con vivacidad;—me oiréis antes de tomar una determinación definitiva, y me atrevo á decirlo, en vuestro propio interés. Yo no sé si conocéis bien los hechos. Al oírlos creo que no, y voy á referiroslos. Son los siguientes: El señor de Corbiere, vuestro hijo, durante su estancia en Sologne, se había fijado en una joven perfectamente honrada hasta entonces...

—¡OH!

—Esta es la opinión pública, y la opinión se equivoca raras veces. Además, Teresa de Montarón era muy joven para sucumbir antes de la llegada del señor de Corbiere y su altivez natural la hubiese impedido sucumbir á las tentaciones de que pudiera haber sido obsesionada hasta entonces. Las inmediaciones de la Boca del Lobo no están habitadas más que por pobres gentes incapaces de llamar la atención de una joven como ella, dotada de gustos artísticos y que había estado en un colegio en donde su educación debió ser excelente...

—¡Suposiciones!

—No; certezas, señora.

—Continuad.

—La llegada de vuestro hijo debía cambiar la faz de las cosas. Elegante, rico, ostentando un título, espiritual, acostumbrado á vencer, el capitán no tardó en fijarse en aquella joven tan diferente de las aldeanas que encontraba en sus continuos paseos. Las distracciones le faltaban sin duda. Se impuso la fácil tarea para un hombre como él, de turbar aquella joven imaginación: se empeñó en penetrar en aquel corazón inocente, y no le costó trabajo apoderarse de él. En resumen, Teresa de Montarón llegó á ser la querida de vuestro hijo, seducida tanto por las promesas como por las cualidades del brillante oficial y por los juramentos que tanto prodigan los enamorados. Sea de esto lo que quiera, en el momento del proceso de sus dos hermanos, la desgraciada era doblemente digna de lástima.

—¿Doblemente?

—Había perdido un amante...

—¡Oh!

—Señora, ¿por qué no llamar las cosas por su nombre?... Además se veía obligada á alejarse de su madre para ocultarle su deshonra.

—¿Quereis hacernos comprender que esa desgraciada está sin recursos y que necesita un socorro?

Esto fué dicho con desdeñosa lentitud, cuya dura crueldad no notó el señor de Le-tanneur.

—No, señora—dijo el abogado,—no estoy encargado de los intereses de esa joven, y me contento con compadecerla. Ni siquiera se

dónde está. Vuelvo al drama de la Boca del Lobo. Una noche, sorprendido por dos de los hermanos Montarón, en el momento en que estaba en el cuarto de su querida, Rolando de Corbiere fué invitado á reparar el ultraje inferido. Supondreis cual debió ser su respuesta en presencia de una petición que parecía una orden. La joven era tan ajena al complot tramado por sus dos hermanos, que cuando estos se presentaron de repente en la habitación, la joven se arrojó entre ellos y su amante, cuyo desprecio hacia ella resaltaba en las contestaciones que se veía obligado á dar para que no pareciera que cedía á sus amenazas. Uno de los hermanos, Guillermo, tuvo que llevarse de allí á la desgraciada niña para que no presenciara el drama que comenzaba entonces, y cuyo fin no vió. El capitán de Corbiere ofreció la única reparación que quiso dar, un combate. Estaban solos él y Juan. Los adversarios no estaban conformes en la elección de armas; el señor de Corbiere era un oficial y un hombre de mundo; mi cliente, Juan Montarón un simple aldeano. Insultó á vuestro hijo para obligarle á batirse. El oficial levantó el látigo; el aldeano contestó medio ahogando entre sus brazos á su adversario y lanzándolo por la ventana. ¡Hé aquí toda la verdad, señora!

La condesa, á pesar de su indomable orgullo, temblaba al oír estas revelaciones.

—¿Ignorabais estos detalles?—preguntó el abogado.

—¡Los ignoraba en verdad...!

—Ya veis pues que no hubo lazo ni emboscada, sino un encuentro inesperado y el arrancar de cólera que fatalmente había de resultar de él. Si el capitán de Corbière hubiera sobrevivido á sus heridas, no hubiera acusado á sus adversarios y la mejor prueba es que murió sin denunciarlos.

—¿La conclusión, caballero?—preguntó la condesa recobrando su sangre fría.

—Es que un acceso de indignación no merece diez años de trabajos forzados, que un hermano que venga el honor de su hermana seducida y abandonada, es excusable y que ningún juez hubiera pronunciado una condena, si estos hechos hubiesen sido conocidos. A vos misma me remitó:

—¿Qué decidan otros!

—¡Yo esperaba conmoveros!... ¡Vuestra influencia sería considerable, decisiva!...

La condesa permaneció impassible.

El abogado añadió:

—El jefe del Estado, que es el único que puede indultar, no hubiese resistido á la intervención generosa de la madre de la víctima. Esta generosidad hubiera producido el mejor efecto.

—¿En quién?

—En la opinión pública desde luego... No ignoráis que ésta se ocupó aun de ese asunto, sobre todo en nuestro país, que fué el teatro de ese desgraciado drama.

—Eso pasará!

—Y sobre todo en una familia, hoy dispersa, á la cual no dejaría de conmover prueba tal

de moderación y de equidad. Los Montaron están irritados... Conduciéndoos como yo os suplico que lo hagáis, volveríais á merecer su aprecio, ó al menos haríais que permanecieran inofensivos.

—No tengo interés en eso!—contestó la condesa con indiferencia.

Al Sr. Letanneur le iba faltando la paciencia.

Se levantó.

—¿Habéis reflexionado bien?—preguntó.

—Tanto al menos como creo deber hacerlo.

—¿Vuestra decisión es definitiva?

—Absolutamente, definitiva.

—¡Bueno! ¡No me resta más que despedirme de vos!

La condesa se había levantado también. Se encontraron frente á frente.

—¡Dios quiera, señora—dijo el abogado—que no tengáis que arrepentiros de vuestra dureza! Por atención á vos, hay cosas que he hecho mal en callar; pero aquí para entre nosotros puedo expresarme con franqueza. Vuestro odio os ha llevado demasiado lejos; os ha hecho salir de los límites de la justicia. El capitán Corbière, antes de morir, ha debido decirlo todo... Con una palabra hubiéseis podido impedir la condena del desgraciado Juan Montaron.

—¡Decid del criminal!

—¡Del desgraciado!—repitió el abogado con energía.—No es eso todo. A la hora presente, una joven, casi una niña, lucha con la más penosa de las situaciones que pueden agobiar á

una mujer aislada y sin recursos. ¡Quién sabe á qué extremo se verá reducida! Dentro de algunas semanas, dentro de algunas horas tal vez, será madre, y su hijo será el vuestro, puesto que es el de vuestro hijo... ¡Y vos le abandonáis!...

—¡Caballero!

—¡Eso es un crimen!

—¡Me insultáis!

—¡Tanto peor si la verdad os ofende! ¡Tened cuidado! ¡El presidio es una mala escuela! ¡Un hombre enérgico sale de él fácilmente! ¡El odio cuya explosión habéis visto, puede crecer y producir nuevas desgracias! ¡Habéis sembrado viento y recogeréis tempestades! ¡La opinión pública, que desdenáis, no estará de vuestra parte!...

—¿Amenazas?

—No, señora; son reflexiones que os hago. Vos haréis lo que queráis.

El señor Letanneur se inclinó moderadamente.

Aquella vieja tan rígida y tan inflexible le irritaba.

Al fin concluyó diciendo:

—Esa salvación que no queréis emprender conmigo, la obtendré yo solo. Mis probabilidades han disminuido mucho; pero habré cumplido al menos con mi deber. Tengo el honor de saludaros.

La señora de Corbiere no pestañeó.

Sin pronunciar una palabra, acompañó al abogado hasta la escalera, se inclinó y se volvió á su gabinete.

Y allí, con las facciones contraídas, los labios pálidos y la frente hendida por una profunda arruga vertical que la dividía en dos, se dijo:

—¡Tiene razón! ¡Es infame lo que hago!... ¡Y si él supiese!... ¡Pero nadie lo sabrá... no... jamás!...

XII

La novela de un joven pobre.

América es un país extraordinario, empezando por su extensión, que es inmensa.

Se necesitan ocho días de *express* para ir de Nueva York á San Francisco.

Los llanos no tienen fin, las montañas son colosales, los ríos parecen brazos de mar, y los lagos oceános.

El americano construye casas de doce pisos, sus fábricas son ciudades, y si funda un establecimiento cualquiera, una salchichería, por ejemplo, es para reducir á salchichas millares de cerdos, por el procedimiento más expedito y en el más breve plazo posible.

En la casa Barker, de New-York, se fabrican por cientos los harmoniums, los pianos y los órganos de todas clases y al alcance de todas las fortunas.

En ninguna parte del mundo está tan desarrollada la afición al piano como en los Estados Unidos.

No hay casa que se respete que no posea un harmonium.

La casa Barker ha sabido dar á sus harmoniums una sonoridad particular, que recuerda los órganos de las iglesias.

El mismo día de la entrevista del señor Letanneur con la condesa de Corbière, un hombre joven, muy correctamente vestido, co-

mo conviene á un empleado de un establecimiento industrial de primer orden, estaba sentado delante de un piano de cola, en un gabinete cuyas puertas daban á suntuosos salones en que había expuestos infinidad de pianos y de órganos, y tocaba con una rapidez asombrosa una de esas composiciones de Sebastián Bach, cuya ejecución es difícilísima, hasta para los verdaderos artistas.

Aquel joven tenía una hermosa cabeza, pero su belleza era de las que no á todas las mujeres llaman la atención.

La cara del músico estaba completamente afeitada; su ancha frente, coronada por espesos cabellos castaños, cortados al rape; sus negros ojos; sus facciones en general, su nariz recta, sus labios gruesos y su barba cuadrada, ofrecían una expresión de energía extraordinaria.

Cuando hubo terminado el ejercicio, se paró y enjugó el sudor que bañaba su frente.

Una voz cascada, voz de viejo, salió de un rincón del gabinete, de detrás de un inmenso escritorio que ocultaba completamente al propietario de aquella voz.

—¡Muy bien, Marcelo! ¡Muy bien, hijo mío! Vuestros progresos, desde hace un año sobre todo, son sorprendentes, en verdad, completamente sorprendentes...

La fisonomía del joven se iluminó.

—¿Es para animarme, maestro, para lo que me decís eso?

—No, palabra de honor. Ya sabéis que yo no soy adulator... Cuando os digo que me admirais, es que me admirais; positivamente sois un

buen muchacho. Solo que trabajáis demasiado, os cansareis. Diez y ocho horas diarias... eso es un exceso.

El joven se levantó y se acercó al sitio de donde salía la voz.

—No tengais cuidado, querido señor Mertens—dijo—tengo una salud á toda prueba y energía también. Procuro ganar el tiempo perdido. No me asusta pasar algunas noches trabajando. Y, además, soy tan feliz en tener un maestro como vos, que me apresuro á aprovechar sus lecciones.

—¡No hay prisa! Yo no me he muerto y tenemos tiempo ante nosotros. ¡No vais abandonarnos, que diablo!

—¡Quien sabe!

—Aquí se os quiere, Marcelo, puedo asegurároslo. Como yo, aquí hareis vuestra suerte. Los Barker saben agradecer los buenos servicios. ¿Cuánto ganais ahora?

—Cuatrocientos dollars...

—¡Eh! eso ya es algo. Y nada que hacer más que dos ó tres horas al día para probar los pianos y los organos ante las señoras.

—No me quejo...

—Yo sé que os aumentarán el sueldo y no tardando... Están contentos de vos... muy contentos...

El joven se puso de codos sobre el escritorio.

—Lo que desco sobre todo es vuestra apreciación, querido maestro—dijo.

—Pues bien, la teneis. Algunos esfuerzos más y no tendreis nada que aprender. ¿Y la composición?

—He hecho lo que me mandásteis.

—¡Ya!

—Esta noche.

—Veámoslo.

—¡Temo que sea muy malo!...

—¡Fuera modestia!... ¡Venga!

El joven se colocó delante de un órgano y se dispuso á obedecer.

Sacó del bolsillo de su americana un papel lleno de notas y principió la ejecución de su obra.

Era un andante religioso lleno de armonía.

Del escritorio, que lo constituía una especie de muralla, fué saliendo poco á poco una cabeza de piel apergaminada, en la que brillaban dos grandes ojos de color gris.

Alrededor de esta cabeza, largos cabellos blancos pendían hasta el cuello de una ancha levita.

Aquella cabeza dominaba un cuerpo largo, cuya armazón era de indudable solidez, porque había resistido á los asaltos de una cantidad de inviernos que era difícil precisar.

La edad del buen hombre fluctuaba entre los setenta y cinco y ochenta años, con seguridad.

Pero estaba fuerte aun y sus ojos chispeaban de inteligencia y de vivacidad.

—¡Muy bien, hijo mio, muy bien—murmuraba dirigiendo de lejos al artista como un maestro dirige su orquesta. ¡Ah! ¡el final deja un poco que desear! ¡Os ha faltado el tiempo, Marcelo, más que la inspiración!

Salió del escritorio y avanzó con rapidez

hacia el órgano, desalojó de él á su discípulo dándole golpecitos en la espalda, y se sentó á su vez delante del instrumento.

Entonces las teclas del órgano sonaron bajo sus dedos esparciendo acentos lastimosos para concluir por una especie de himno triunfal.

El joven le escuchaba con admiración.

Y, en realidad, aquello era muy hermoso.

Los dedos del anciano no habían perdido su poder y en su espíritu conservaba una claridad prodigiosa.

Cuando hubo acabado su improvisación, se volvió hacia su discípulo y preguntó con un cierto orgullo:

—¿Qué os ha parecido?

—¡Seguís lleno de inspiración, maestro, siempre fogoso, siempre joven!

—Esto no es nada—replicó el viejo animándose.—¡Si me hubieses oído hace cuarenta años, en Fribourg... entonces, entonces! Tenía yo el gran órgano, un instrumento soberbio, y todos los días daba un concierto en la iglesia al anochecer. Yo no ganaba mucho dinero; pero cuando la ola de mis armonías me rodeaba, por decirlo así; cuando me embriagaba yo mismo por aquel ruido que producía y que hacía unas veces dulce como una plegaria y otras tumultuoso como un huracán, no hubiera cambiado mi humilde plaza de músico á sueldo, por la de un banquero millonario, ó uno de esos seres atacados por el *spleen* que venían á pasear por nuestras montañas su incurable ahurrimiento. Allí fué donde un Barker, el padre de los dueños actuales, fué á buscarme. ¿Cómo

había llegado hasta él mi reputación? Me tentó con promesas que ha cumplido lealmente. Soy viejo y rico; ¡pero cuánto más feliz era entonces!... Me acuerdo siempre de los tiempos en que daba en la iglesia á aquellos conciertos de los que era yo autor, de aquella fiesta de armonía, en la que no había más que un actor y éste invisible. Aquellos fueron mis mejores días, y los hecho de menos, como hecho de menos mis queridas montañas de Suiza, ahora que he llegado á ser un opulento ciudadano de este país, en donde se tiene todo y no se sabe gozar de nada.

Se levantó, se separó del órgano y fué á sentarse de nuevo á su escritorio.

De pronto exclamó con voz conmovida:

—¡Una noticia, una noticia de mi país! ¡Acercaos, Marcelo!

El joven se puso otra vez de codos en el escritorio del anciano, que le dijo:

—Escuchad, está fechada en Lucerna.

Y desplegando un periódico, leyó:

«Acabamos de saber que el distinguido compositor Franz Schenk, organista de Saint-Leger, cuyos órganos rivalizan con los de Fribourg, ha sido atacado por un principio de parálisis. ¡Su pérdida será un duelo para el arte! Se espera que se reponga y pueda conservar su puesto, que la parroquia de Lucerna no adjudicará á ningún otro, mientras conserve la menor esperanza de que se pueda salvar.»

Dobló el periódico diciendo:

—Quiero á este pedazo de papel que me trae todos los días un eco de aquella querida

patria, que hice mal en abandonar! Si no fuera tan viejo, iría á disputar esa plaza á los demás, y acabaría mis días tranquilamente á la sombra de nuestros pinos, sobre la tierra en que descansan mis padres.

Hizo un gesto de resignación.

—¡Demasiado tarde!— dijo.—¡Es preciso que la cabra pazea donde está atada! Yo quise fortuna, y la tengo. ¿Para qué me sirve? Ya no tengo ni parientes, ni amigos, ni nadie! Moriría abandonado como un perro!

—No, mientras yo esté á vuestro lado, querido maestro— exclamó el joven.

—Sí, lo sé— dijo el anciano emocionado.—Tú me quieres, y haces bien... Yo también te quiero. ¿Pero quién puede prever donde estaremos mañana?

Y cambiando de pronto de asunto, dijo:

—Me parece que los clientes se han declarado en huelga esta mañana. Voy á ver...

Abrió una puertecita situada detrás de su butaca, y entró en los inmensos salones en donde algunos (muy pocos) compradores vagaban guiados por los empleados de la casa.

Marcelo iba á ponerse á estudiar, cuando de pronto se abrió una de las puertas del gabinete, y una voz muy conocida de él le llamó:

Se levantó de un salto, y volviéndose hacia la puerta, exclamó:

—¿Tú?

El amigo que entraba abrió los brazos, el pianista se arrojó en ellos, y se dieron un abrazo de antiguos compañeros que se encuentran después de largo tiempo de separación.

Y después hizo Marcelo infinidad de preguntas al recién llegado.

—¿De dónde vienes?

—De Francia.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace dos días; pero no he podido venir á verte antes, porque he tenido mil cosas urgentes que hacer. Caballos que embarcar, disposiciones que tomar para el viaje, porque voy á marchar con mis socios para el rancho, y es una travesía casi tan molesta como la de Europa. ¡Novecientos kilómetros! ¡Y no nos podemos quejar del todo, porque tenemos las dos terceras partes de ferrocarril!

—¿Y qué tal?... ¿Sigues prosperando?— preguntó Marcelo.

—¡Sí! ¡Pero chico, qué trabajo cuesta!

Pablo Deroche era un joven de la misma edad que Marcelo, educado también en el colegio de Tours, rubio, con largos bigotes, ojos azules, buena musculatura y aspecto decidido, y que por una de esas locuras de la juventud se había apoderado de él deseo de correr mundo.

Dueño de unos sesenta mil francos, se había asociado á compañeros tan aventureros como él y tenían cierto deshago, habían comprado algunos, y arrendado muchos terrenos para dedicarse á la cría de caballos y de bueyes.

En América esto se llama un rancho.

Los que lo habitan con el fin expresado, se llaman rancharos.

Pablo Deroche llegaba de Francia con un convoy de caballos percherones muy estimados por los americanos.

—¡Pero que vida tan salvaje la que tiene uno que hacer, amigo mío!—dijo.

Y mirando á Marcelo—preguntó.

—¿Y tú?

Pablo Deroche miraba á su amigo con ansiedad del hombre que tiene que dar una mala noticia.

—¿Lo sabrá?—se preguntaba.

Evidentemente la fisonomía de Marcelo manifestaba, no alegría, sino una tranquilidad resignada que excluía la idea de una pena punzante causada por una catástrofe reciente.

—No sospecha nada—pensó Pablo.

—Yo contesté Marcelo,—no estoy descontento.—La suerte me ha ayudado por fin. Entré aquí como sabes hace tres años. Me ocupé de la música. Trabajo mucho y hago progresos. Además he encontrado aquí, un verdadero genio, un hombre organizado como Beethoven, Weber y Mozart... Se toma un trabajo infinito para hacer algo de mí... El señor Buret se admiraría si me oyese ahora.

El señor Buret era un viejo profesor de música, no sin talento, que había dado las primeras lecciones de órgano á Marcelo, en el colegio de Tours, en donde se había educado el joven Montarón.

—¿De modo que estás contento?—preguntó Deroche.—Marcelo movió la cabeza.

—No—dijo.—Ya comprenderás que no es posible estarlo, cuando se está separado por miles de leguas de aquellos á quienes se quiere. Si no fuera por el estudio, al que me entrego con calor, hay momentos en que me iría

al puerto para tomar el primer vapor que quisiese llevarme al Havre, aunque fuese en la bodega. ¡Cada vez que me acuerdo de mi pobre Boeca del Lobo!

Se emocionó.

—Allí—dijo—tengo á mi madre á la cual no me he atrevido á escribir estos últimos años... ¡Era demasiado desgraciado! ¡Siempre sin dinero, sin tener casi conque vivir, buscando el camino sin encontrarlo! ¡Allí están mis hermanos Pedro, Guillermo y Juan... mi hermana Teresa... y los amigos! Felizmente todos los viajes les dices tú como estoy y por tí se de ellos! Sin tí yo no hubiera podido resistir!... ¡Hace mucho tiempo que hubiera renunciado á comer el amargo pan del destierro!... ¡Ahora marcha esto mejor!... ¡Tengo esperanzas! ¡Dentro de poco tiempo creo que podré ayudar á los míos y enviarles el primer dinero que haya ahorrado! ¡Me han hablado de aumentarme el sueldo!... ¡Y además la ocupación que aquí tengo me gusta! ¡Es del arte!

Se sonrió con modestia.

—¡Estoy casi orgulloso de mis progresos, pero no economizo nada!... ¡Lo que he trabajado!

El amigo sacó el reloj.

Eran las once.

—¿Puedes venir á almorzar conmigo?—preguntó.

—Con permiso, sí.

—¿De quién?

—Del mejor de los hombres, de mi jefe y profesor...

—¿Se llama?...

—Es un suizo. Ya sabes que la América ha reclutado sus habitantes un poco en todas partes. Es Jacobo Mertens, el antiguo organista de Frisbourg, una celebridad, uno de los interesados en la casa! ¡Aquí está!

En efecto el anciano entraba.

Marcelo le presentó á su amigo, un rancho que venía de Francia.

El excelente hombre felicitó calurosamente al viajero por haber respirado el aire de la patria, concedió todos los permisos posibles, y los dos compañeros entraban un momento después en un modesto restaurant, servido á la francesa, cuyos precios módicos contrastaban notablemente con los de los grandes hoteles de New-York.

El viajero parecía preocupado y no hacía más que mirar con disimulo y como con sentimiento á su compañero.

Por fin su preocupación se hizo tan visible, que apenas se habían sentado en el restaurant, cuando Marcelo le preguntó:

—¿Qué tienes?

El otro contestó suspirando.

—Mi pobre Marcelo, tengo malas noticias que darte.

—¿A mí?

Pablo Deroche guardó silencio.

El mozo preguntó qué deseaban.

—¿Quién de mi familia ha muerto?— preguntó Marcelo cuando el mozo hubo desaparecido en busca de lo que habían pedido.

—Nadie.

—Pues entonces, ¿qué ocurre? ¡Ah! ya comprendo. ¿Estarán arruinados, los habrán echado de su pobre casa?

—No.

—¿No me hagas sufrir!

—En pocas palabras, en la Boca del Lobo no hay nadie más que tu madre y tu hermano Pedro.

—¿Los otros?

—Han abandonado el país.

—¿Teresa?

—Fue la primera que marchó.

—¿Para dónde?

—No se sabe... Para París, á lo que parece.

—¿Y Guillermo?

—Guillermo debe buscar medios de existencia en alguna parte... en el extranjero tal vez...

—¿No se ha separado de Juan... Es imposible... No podrian vivir el uno sin el otro!... ¡Se adoran... Se han jurado morir juntos!... ¡Yo los he oído decir esto cien veces!...

—Sin embargo, se han separado.

—¿Te digo que eso es imposible!

—Era preciso.

—¿Por qué?

—Escucha, ten valor y no creas que el mal es irreparable.

—Habla—dijo Marcelo—estoy dispuesto á oírlo todo... ¿Qué mayor desgracia puede haber sobrevenido que la de estar tan separados y llevar una vida tan llena de miserias? ¡Habla, habla!

Pablo Deroche dijo:

—Guillermo se ha separado de su hermano, porque Juan ha sido condenado.

—¿El?

—Por un crimen que no ha cometido sin duda.

—¿Condenado!

• —A diez años de trabajos forzados.

Marcelo se levantó sobresaltado.

El otro le cogió una mano y le obligó á volver á sentarse.

—¡Calma—le dijo—nos observan!

En efecto algunos de los parroquianos que allí había miraban con curiosidad á aquellos dos compañeros que parecían confiarse detalles conmovedores.

—¡Un Montarón en presidio!—murmuró Marcelo al volver á sentarse.—¿Y por qué?

Pablo Deroche dijo con lentitud:

—Por haber matado al capitán Rolando de Cobiere.

Marcelo no hizo un movimiento. Parecía haberse convertido en una estatua de piedra.

Tenía la cara lívida y las facciones descompuestas.

Aquella condena era el fin de su raza, la deshonra después de la ruina, el aplastamiento final, sin posibilidad de volver á levantarse.

Los Montarón estaban malditos.

El desgraciado miraba lleno de terror á su antiguo compañero de colegio, su mejor amigo, porque después de su salida del colegio les había unido siempre á ambos una verdadera amistad.

Con aquella mirada parecía pedirle la expli-

cación de un hecho que le costaba trabajo comprender: la muerte de un Corbiere por un Montarón.

¡Es verdad que se odiaban!

Existía entre ellos una antigua aversión que debía estallar un día ú otro, pero esta explosión necesitaba una causa.

Juan era bueno y pacífico, como todos los fuertes.

¡Habría habido una cuestión, provocación!...

De pronto, con voz ahogada, preguntó á Pablo:

—¿Por qué ha sido? ¿Qué causa ha habido para que Juan haya matado á ese Rolando?

Deroche no se atrevió á responder; le presentó un periódico, indicándole con el dedo las líneas siguientes:

«Es cierto que el capitán Rolando de Corbiere era el amante de la hermana de los acusados, joven de diecisiete años, de notable belleza, Teresa Montarón.»

Marcelo inclinó la cabeza sobre el pecho.

Este era el último golpe.

Devolvió el periódico á su amigo sin decir una palabra.

Ni una lágrima asomó á sus ojos.

Hizo un esfuerzo terrible sobre sí mismo y dijo sencillamente:

—¡Almoreemos!

Esos dolores silenciosos, sin quejidos y sin lágrimas, son muchas veces los más punzantes y los más terribles.

Pablo Deroche, muy conmovido, trató de animar á su amigo.

Le habló de un error del jurado, de la opinión pública, que estaba en favor del condenado de un drama misterioso que más adelante se aclararía.

Marcelo, por toda contestación, le cogió la mano, se la estrechó y dijo:

—Está bien; tal vez tengas razón.

En el fondo era fácil comprender que á sus ojos no tenía remedio el mal.

Pareció recobrar poco á poco su libertad de espíritu.

Dirigió á su amigo preguntas acerca de sus negocios, y se informó del número de animales que criaba en su rancho.

—Tres mil—dijo su amigo.

—¿Cuánto tiempo necesitarás para hacer una fortuna y volverte á Francia?

—Si no nos ocurre alguna desgracia, una docena de años, tal vez menos...

A las tres se separaron.

Pablo Deroche tenía que embarcar sus caballos para el paseo de novecientos kilómetros al través de los llanos del Ohio y del Illinois, y Marcelo se volvió al almacén de pianos.

Apenas se habia sentado en el gabinete en que de ordinario trabajaba solo, cuando un empleado fué á decirle que el señor Silas Barker le rogaba que pasase á su gabinete.

Marcelo se sobrecogió.

Creía que los jefes de la casa conocerían la noticia que su amigo le habia dado y que iban á despedirle.

¡El hermano de un presidiario!...

Pero en cuanto entró en el lujoso salón que

servía de escritorio al más activo de los dueños de la casa Barker, se tranquilizó completamente.

El Sr. Silas Barker le recibió con cara risueña y abordó en seguida el asunto para que le llamaba.

—Voy á dedicaros dos minutos—le dijo.—Ya es hora de que determinemos vuestra situación en la casa.

Marcelo se inclinó.

—¿Os encontráis bien en nuestra casa?

—Sí, señor.

—Sin embargo, el sueldo que os damos es modesto.

—Me conformo con él.

—Debíamos habérselo aumentado ya. Tenéis talento y nos honráis.

Marcelo se inclinó de nuevo.

—Además—continuó Silas Barker—hacéis el trabajo de tres hombre, lo sé. El señor Mertens está contento de vos y afirma que no tenéis ya nada que aprender. ¡Ah, tenéis en él un gran amigo y podéis vanagloriaros de haber hecho su conquista, cosa no tan fácil.

—El señor Mertens es muy bueno y yo le debo en gran parte mis progresos. Lo estoy muy agradecido.

—¿Vamos á ver, no pensábais en pedir más sueldo?

—¿No señor.

—Sois un hombre precioso. Pues bien, ya puedo decíroslo. Nosotros queríamos saber, mis hermanos y yo, hasta donde llegaría vuestra

paciencia y vuestra modestia. Desde hoy tenéis doble sueldo.

Las fuertes mandíbulas del señor Silas Barker sonrieron amablemente.

Y no os inquietéis por vuestro porvenir —añadió.— No hemos dicho nuestra última palabra. No me déis gracias, es inútil.

El tiempo es oro.

El señor Silas Barker volvió á ocuparse de otros asuntos, dando por terminada la entrevista, y el artista se disponía á salir, cuando el patrón le dijo:

—Dentro de quince días doy una fiesta. He aquí una invitación para vos. Espero que aceptaréis... ¿Sí?... Bien.

Entregó al afortunado empleado un cuadradito de cartulina y le dirigió un amistoso saludo de despedida.

Marcelo se retiró á su escritorio, y por suerte ó por desgracia estuvo toda la tarde ocupado por una multitud de compradores que reclamaba sus servicios.

Por la noche anduvo errante por las calles de Yew-York, indiferente á cuanto pasaba á su lado, sin fijarse en los coches que pasaban, en los almacenes que encontraba, ni aun en los parroquianos que al verle le saludaban.

Cuando á las diez entró en su cuarto, incapaz de trabajar, con la cabeza pesada, el corazón oprimido por una de esas desesperaciones que un hombre enérgico guarda para sí, ocultándola á los indiferentes, hubiera querido tener un confidente, un amigo del alma con

quien poder desahogar su corazón, martirizado por la pena que le ahogaba.

Pero se encontraba solo, en aquella baratinada de extranjeros ocupados en los negocios, presurosos por enriquecerse, sin pensar más que en el dinero, y tan agitados, que pudiera creerse que para ellos nada marcha suficientemente de prisa y que temen llegar demasiado tarde al último minuto de su vida.

De pronto pensó en su desconocida protectora.

Se aproximaba la época de enviarla la carta con la explicación de lo ocurrido durante el año que habia pasado.

Se sentó ante una mesá y se puso á escribir, feliz por haber encontrado medio de confiar sus penas á alguien, aunque después tuviese que romper aquel papel.

Y con la cabeza apoyada en la mano izquierda se preguntaba:

—¿Quién será?... ¿Cómo se llamará?... ¿Por qué se interesa por mí?... ¿Con qué objeto?... ¿Será joven ó vieja?

Otras tantas preguntas que no tenían contestación.

La idea de Fernanda de Corbiere no le hubiera ocurrido jamás.

Hubiera pensado en todas las mujeres de Francia antes que pensar en aquella niña, que sin embargo no le era desconocida.

Más de una vez la habia visto en la iglesia de la Forté, en el banco del castillo ó en sus paseos por el bosque, hacia la Boca del Lobo.

Pero en sus recuerdos se le aparecía como

era en realidad, cuatro años antes, cuando él había abandonado el país.

Una niña de doce años á trece, de aspecto serio, algo triste, de dulce carácter, sin duda, pero indiferente y ligeramente altiva.

Para Marcelo la idea de Fernanda de Corbière era inseparable de la de la condesa, y por una creencia fácil de comprender para él, que las había conocido tan poco y no las había visto más que de lejos, los defectos de la madre debían ser los de la hija.

Suponia que su incógnita protectora debía ser alguna señora bien acomodada que conocía la historia de su familia y se interesaba por su porvenir, protegiéndole como lo hacía.

Pero vieja ó joven, poderosa ó no, ¿no era el único ser á quien podía dirigirse?

Escribió, pues, lo que sigue:

«8 de marzo.

«El cuarto año de mi destierro, que durará sin duda tanto como mi vida, ha cumplido hace mucho tiempo, y el cielo comenzaba á aclararse para mí.

«Como ya os he dicho estos últimos años, había tenido por fin la suerte de encontrar un empleo conforme con mis gustos, y que si bien me daba poco dinero, me permitía al menos seguir mis estudios y vivir tranquilo.

«La casa en que estoy es un verdadero mundo y los negocios en ella son colosales.

«Esto se explica fácilmente teniendo en cuenta que su fabricación es de primer orden

y que en los Estados Unidos no existe casa de propietario ó de granjero, que no tenga un piano ó un harmonium y algunos—esto es muy frecuente—los dos instrumentos.

«En esta casa, como ya os he dicho, encontré un profesor dotado de verdadero genio y de una bondad para conmigo, que no se ha desmentido jamás.

«Ganaba poco, pero me hubiera contentado con menos todavía, por gozar de las ventajas que encuentro en esta casa, en donde me tratan con toda clase de consideraciones.

«Mi única pena era no poder devolveros el dinero que tan generosamente me habeis prestado y no poder ayudar á los míos.

«¡Iba al fin á tener esta doble satisfacción, y no podeis figuraros cuanta era mi alegría!

«Sin haber solicitado nada, porque yo no me hubiese atrevido á reclamar aumento de sueldo, uno de los jefes de la casa me ha llamado hoy mismo para decirme que en lo sucesivo tendré doble sueldo.

«Ya tenía lo necesario para vivir, porque mis necesidades son pocas.

«Hubiera podido disponer de lo superfluo.

«¡Ay de mí! una terrible noticia debía formar horrible contraste con el favor que me concedian.

«Casi en el mismo momento, poco antes, un amigo que llegaba de Francia vino á verme.

«¿Para qué deciros lo que este amigo me contó? Lo habréis adivinado ya.

«Nadie lo ignora en nuestro país.

«El escándalo ha sido grande.

»Juzgad el efecto que habrá producido en mi alma.

»Quisiera poder retirarme del mundo, encontrar un asilo donde oscurecerme, donde vivir ignorado y donde nadie sospechara ni mi apellido ni el oprobio de que está cubierto para siempre.

»Esta misma casa en que tan bien me encuentro, en que me sentía envuelto por una gran benevolencia, no me ofrece ya seguridad.

»Que la casualidad revele á mis jefes la deshonra que sobre nosotros ha caído, y se privarán de mí.

»¡En otros términos: me despedirán, no pudiendo conservar á su lado al hermano de un presidiario!

»Sin embargo, mi corazón me dice que Juan no ha merecido la condena que le han impuesto.

»¡Pero id á defenderle y á convencer á los indiferentes, y más siendo extranjeros, de uno de esos errores de la justicia!

»¿Qué les importa á ellos todo eso!

»¿Qué hacer y de quién aconsejarme?

»¡Si estuvieseis cerca de mí!

»¡Pero estoy solo, sin sostén, sin amigos y sin guía!

»¡No tengo ni razón, ni sentimiento!

»¡Estoy aniquilado!

»¡Haciendo grandes esfuerzos, sigo ocupándome del cumplimiento de mi deber y procuró ocultar mi terror y mi abatimiento, pero me falta el corazón y me siento sin energías ni esperanzas!

»Olvidaba deciros que estoy invitado á una fiesta que dará el mayor de los hermanos Barker, dueños de esta casa, y que esa invitación es un favor que yo no me hubiera atrevido á pretender.

»Esa fiesta se verificará dentro de pocos días.

»¡Y decir que no puedo encontrar pretexto para declinar este favor!»

«19 de marzo.»

»¡Es preciso que os haga una confianza extraña!

»¡Esta mañana he recibido una visita que me ha sorprendido!

»Una joven encantadora, rubia, esbelta y admirable, como lo son las americanas cuando se proponen ser amables, entró en mi despacho de pronto.

»Esta joven no me era desconocida.

»La había visto ya varias veces en el almacén, pero jamás me había dirigido la palabra.

»Era la señorita Minnie Barker, la hija del señor Silas Barker.

»Me llevaba un papel de música que una de sus amigas acababa de enviarme de París.

»—Sr. Marcelo— me dijo con mucha gracia, —he tratado de descifrar este vals. Es un poco difícil para mí. ¿Me haríais el favor de tocarlo?

»—Es que los vales no son mi fuerte, miss Barker— la contesté.—¡Y temo no ser más afortunado que vos!

»—¡Oh!—dijo—os bromeáis. El Sr. Mertens me ha dicho que vos no conocéis dificultades.

»—Ensayaré si queréis.

Era uno de esos trozos complicados en que los artistas parecen poner empeño en desafiar al buen sentido y que erizan de notas sin fin.

»No obstante lo toqué la primera vez regularmente, y muy bien, me atrevo á decirlo, la segunda.

»Miss Minnie se dignó demostrarme su satisfacción, recogió su cuaderno, y, haciéndome una reverencia amistosa, se fué sonriendo.

»Un momento después, la vi en animada conversación con el señor Mertens.

»Hacia muchos gestos y parecía defender calurosamente alguna cosa.

»En suma, es muy hermosa, muy franca y de una viveza encantadora.

»Pero no creo que pueda ejecutar tan pronto su absurdo vals, á pesar de la ligera audición que de él la he dado.»

«20 de marzo, doce de la noche.»

»El señor Silas Barker ha dado su fiesta.

»He asistido á ella, como era mi deber; pero sin gusto y con un secreto presentimiento del golpe que iba á recibir.

»Mis presentimientos no me engañaban.

»A cosa de las dos de la mañana un rayo ha caído sobre mi cabeza.

»He aquí cómo:

»La orquesta había concluido de tocar un vals, bastante más agradable al oído que el de

que os he hablado, y yo lo había bailado con miss Minnie Barker, que estaba más encantadora que nunca, cuando el señor Silas Barker, su padre, me llamó y me condujo á una estufa maravillosa, llena de luz, de plantas tropicales y de perfumes verdaderamente embriagadores.

»Allí, bajo un grupo de palmeras y de otras plantas americanas, me hizo sentar y me dijo sin rodeos:

»—¡Habeis debido comprender que tengo cierto interés por vos!... ¡Es porque lo merecéis!... ¡Estoy seguro de ello!... ¡Creo haberos juzgado bien! Hace cerca de dos años que me ocupo de vos. He tomado algunos informes... Sé que pertenecéis á una distinguida familia... que se ha arruinado.

»—Sí, señor.

»—Pero honrada é ilustre.

»—Conocida al menos, caballero.

»—¡Lo sé! ¡Sois un joven honrado y laborioso! ¡Teneis talento... inteligencial!...

»—¡Oh!

»—Sí, mucha. Mertens es buen juez... Acabais de bailar con Minnie... ¿La conocéis?

»Me estremeí. El señor Silas debió tomar el temblor que me agitaba por el de una emoción, que le hizo sonreír.

»Debí atribuirlo á la alegría y al amor, lo que era sencillamente un temblor de miedo.

»Yo me sentía perdido.

»El repuso:

»—¿Para qué andar con rodeos? Soy muy positivo, ya os lo he dicho, y mi determina-

ción está tomada. Yo creo que tomaréis con facilidad la vuestra. ¿Queréis casaros con mi hija?

»Las lágrimas asomaron á mis ojos.

»¡Ea! dijo, todo va bien! Voy á anunciar á Minnie la feliz noticia, y después á todos mis amigos. Les había reunido con ese objeto.

»Yo no amo á esa joven; jamás había pensado ni en la eventualidad de tal proposición, ni de tal fortuna, pero estaba profundamente emocionado por aquella oferta tan sencilla, tan generosamente hecha.

»Me costaba trabajo desengañar á aquel hombre honrado que se mostraba tan bueno para conmigo.

»El estaba muy alegre.

»Minnie es hija única, es rica y hermosa. ¿Cómo suponer una negativa?

»El honor me obligaba á ello, sin embargo.

»Como se levantaba diciéndome: «Venid, yo la llamaré»:

»Caballero — le dije con voz alterada — estoy conmovido hasta el fondo del corazón, pero escuchadme...

»— ¡Es perfectamente inútil! ¡Todo está convenido! ¡Venid!

»Continuaba su camino, según decía esto.

»— Caballero — repuse levantando más la voz — con el corazón destrozado os lo digo, ese matrimonio es imposible.

»El señor Silas se detuvo.

»— ¿Imposible? — preguntó fijando en mí sus grandes ojos azules; — ¿por qué es imposible?

»— A causa de un suceso que vos ignoráis y que yo mismo ignoraba hasta hace pocos días.

»— ¿Qué suceso?

»— En esa familia de que hablabáis hace un momento, ha ocurrido una desgracia.

»— ¿En la vuestra?

»— Sí.

»— ¿Qué desgracia?

»Me costaba mucho la confesión de lo ocurrido y las fuerzas me faltaban.

»Con voz apenas inteligible añadió:

»— Yo creo á mis hermanos dignos siempre de aprecio y todo me dice que han sido injustamente castigados, pero no por eso deja de existir la condena.

»Se acercó á mí hasta el punto de tocarme, dispuesto á sostenerme, porque debió parecerle que iba á caer desfallecido.

»— Dos de mis hermanos han cometido una muerte, han matado á un pariente, al capitán Rolando de Corbière... Uno de ellos ha sido absuelto... el otro, Juan, ha sido condenado...

»— ¿A qué? — añadió casi tan ansioso como yo.

»— A una pena infamante, á diez años de trabajos forzados.

»— ¡Desgraciado!

»La confesión estaba hecha.

»Yo continué con voz más serena.

»— Ya véis, caballero, que no puedo casarme con vuestra hija!

»Se quedó por un momento como herido por un rayo.

»Su rostro estaba casi tan descompuesto como el mío.

»—Tenéis razón—dijo al cabo de un momento de silencio,—podéis retiraros á vuestra habitación!... ¡Mañana os ocupareis como de ordinario de vuestro trabajo! ¡Yo no sé lo que ocurrirá después! ¡Reflexionaré!... ¡Veré!... ¡Que ese secreto quede entre nosotros!... ¿Me lo prometéis?

»—¡Os lo juro!

»Se alejó.

»Parecía tan trastornado y tan desgraciado como yo!

»Quedé un instante en la estufa con la cabeza mal, el corazón oprimido, insensible á lo que pasaba á mi alrededor y comprendiendo solo que la posición modesta en que fundaba la esperanza de un porvenir tranquilo, acababa de derrumbarse.

»Haciendo un esfuerzo, gané una puerta oculta y, sin atravesar por entre la multitud que se apiñaba en los salones del hotel, entré en mi habitación.»

«27 de marzo.

»Durante algunos días he podido creer que la tempestad había pasado!

»La casa había vuelto á tomar su aspecto acostumbrado; nadie me hablaba más que para las necesidades del servicio, y una ó dos veces que encontré al señor Silas Barker, no demostró tener contra mí motivo alguno de descontento.

»Se contentó con dirigirme su saludo ordinario, muy afectuoso.

»Sólo creí notar en su enérgico rostro huellas de tristeza.

»Supe también por algunas palabras del señor Mertens, que me demostraba la amistad de siempre, y tal vez un interés más vivo; que la señorita Minnie Barker había marchado á París con su madre, y mi excelente profesor, sin aludir en nada á lo que había pasado, me repitió varias veces el consejo que tantas veces me había dado cuando me quejaba de dificultades que no conseguía vencer:

»—Trabajad.

»Traté de seguir su consejo, pero me faltaba la energía.

»A pesar de toda la benevolencia del señor Barker, yo comprendía que le sería imposible tenerme en su casa después de lo ocurrido.

»Mis temores no eran vanos.

»Ayer, en el momento en que iba á entrar en mi habitación, un empleado me entregó una carta de él, que uno á ésta, la última que recibiréis mía, porque después de este golpe mortal, me declaro vencido, y siento que no podré hacer frente á la mala suerte, encarnada en un desgraciado como yo.

»Mañana abandono á New-York.

»¿Adónde iré?

»No lo sé.

»Tengo doscientos dollars en el bolsillo, que es lo que me debían por mis pagas.

»Esto es todo lo que he querido aceptar al marchar. No he hecho uso de la oferta del se-

ñor Barker, que ponía su caja á mi disposición.

»Soy casi feliz al abandonar esta casa, que me fué, sin embargo, tan querida, pero en la cual se conoce mi odioso secreto.

»No amo á miss Minnie Barker.

»Ni siquiera me he atrevido jamás á mirarla de frente.

»Miss Barker se consolará fácilmente de tan ligera decepción y no tendrá más que elegir entre los pretendientes que se disputarán á la heredera de tantos millones!

»¡No es ella lo que yo siento; es la pena que causo, bien involuntariamente, á un hombre que se ha mostrado tan bueno y tan generoso conmigo!

»El señor Mertens me ha dado muchas cartas de recomendación. Este excelente anciano es uno de los mejores seres que he conocido.

»No podría deciros en qué términos tan dehcados ha tratado de animarme y de consolarme de tantas adversidades.

— Sois un artista, me ha dicho abrazándome, y estoy orgulloso de haberos tenido por discípulo. Trabajad. El arte no os hará traición. Es el amigo más seguro. Caminad sin debilidades. ¡Me escribiréis! Mi amistad os seguirá á todas partes!

»Llevo conmigo sus cartas.

»¿Pero de qué me servirán?

»Estoy decidido á meterme en un rincón cualquiera en donde pueda asegurar simplemente la vida material; pero podré encontrar siquiera eso poco que busco?

»Todo ha concluido para mí, puesto que todo ha concluido para los míos y que á nuestro apellido no le queda más que desaparecer!

»¡Adiós y bendita seais por lo que habéis hecho por mí, es decir por nosotros!

»¡Si yo aspiraba llegar á tener una fortuna, era por aquellos á quienes quiero, por mi desgraciada hermana á quien tanto deseo ver, por mi madre y por mis hermanos, á quienes quería y quiero todavía con toda mi alma!

»¡Quemad estas inútiles cartas y sobre todo la que va unida á esta, para probaros que el golpe que ha recibido es de esos de que no puede uno levantarse nunca!

»El secreto que esa carta contiene, no es mío solo, pero no es una traición el confiarlo á un alma tan generosa como la vuestra!

»Adiós para siempre!

»MARCELO MONTARÓN.»

P. D.— Si los azares del porvenir me permiten tener la suerte de desquitarme con vos, todos los años, en la misma época os enviaré, al sitio á que os escribo ahora, la cantidad que haya podido ahorrar.

La carta del señor Silas Barker á que el joven aludía, decía así:

«Amigo mío,

«Teniais razón.

«Un matrimonio entre mi hija y vos es imposible.

»La desgracia que me habéis revelado es demasiado cierta.

»¡La ruina de vuestra familia no importaría! ¡el desastre que la ha sobrevenido no tiene remedio!

»Os estimo mucho y os profeso una amistad sincera! ¡Os deseo el éxito de que sois digno!

»Quisiera conservaros en mi casa, pero hasta su satisfacción me está prohibida, y no debo ocultaros la razón de ello.

»Mi hija os ama!

»¡Confesároslo es daros la mayor prueba de mi confianza en vuestro honor!

»¡Lejos de vos, os olvidará!

»Mi caja está á vuestra disposición.

»El cajero tiene instrucciones.

»Tomad la suma que creáis necesitar para asegurar vuestro porvenir, y, sobre todo, no lo rehuséis.

»Me daríais un gran disgusto.

»Vuestro, siempre amigo.

»SILAS BARKER.»

Marcelo colocó las dos cartas bajo un mismo sobre, lo selló con lacre negro y puso la dirección:

SEÑORITA TRES ESTRELLAS

LISTA DE CORREOS

Calle de Juan Jacobo Rousseau.

(France.)

PARÍS.

XIII

Misericordias de una abandonada.

La joven que vive confortablemente atrincherada en invierno, en una casa situada en un boulevard ó en una de esas calles anchas en las cuales circula libremente el aire y la luz lo invade todo; que además de eso borda, dibuja ó toca el piano en una sala bien amueblada, en cuyas paredes se ven colgados cuadros de buenos artistas; que duerme de noche en una habitación de alegres colgaduras, y que está mimada por sus padres; las favorecidas, cuya vida no es más que una serie de encantos, de festines, de paseos, de lisonjas, de bailes y de fiestas, ¿han pensado alguna vez, aunque no haya sido más que un instante, en las inquietudes, en los terrores y en el aburrimiento mortal que agobian á una joven de diez y ocho años, que se encuentra sola en París, sin recursos, próxima á ser madre de una criatura que no tendrá más que este abandono, esta debilidad y este aislamiento por sostén?

¿No, no es verdad?

Y después de todo, dirán ellas encogiéndose de hombros: «¿Por qué sucumbió?» ¡Encantadoras personas! ¡Virtuosas señoritas! ¡Infalibles herederas! ¡Deliciosas criaturas!

¿Por qué dejarse deslumbrar?

Sobre todo, ¿por qué creer que el amor, del

»La desgracia que me habéis revelado es demasiado cierta.

»¡La ruina de vuestra familia no importaría! ¡el desastre que la ha sobrevenido no tiene remedio!

»Os estimo mucho y os profeso una amistad sincera! ¡Os deseo el éxito de que sois digno!

»Quisiera conservaros en mi casa, pero hasta su satisfacción me está prohibida, y no debo ocultaros la razón de ello.

»Mi hija os ama!

»¡Confesároslo es daros la mayor prueba de mi confianza en vuestro honor!

»¡Lejos de vos, os olvidará!

»Mi caja está á vuestra disposición.

»El cajero tiene instrucciones.

»Tomad la suma que creáis necesitar para asegurar vuestro porvenir, y, sobre todo, no lo rehuséis.

»Me daréis un gran disgusto.

»Vuestro, siempre amigo.

»SILAS BARKER.»

Marcelo colocó las dos cartas bajo un mismo sobre, lo selló con lacre negro y puso la dirección:

SEÑORITA TRES ESTRELLAS

LISTA DE CORREOS

Calle de Juan Jacobo Rousseau.

(France.)

PARÍS.

XIII

Misericordias de una abandonada.

La joven que vive confortablemente atrincherada en invierno, en una casa situada en un boulevard ó en una de esas calles anchas en las cuales circula libremente el aire y la luz lo invade todo; que además de eso borda, dibuja ó toca el piano en una sala bien amueblada, en cuyas paredes se ven colgados cuadros de buenos artistas; que duerme de noche en una habitación de alegres colgaduras, y que está mimada por sus padres; las favorecidas, cuya vida no es más que una serie de encantos, de festines, de paseos, de lisonjas, de bailes y de fiestas, ¿han pensado alguna vez, aunque no haya sido más que un instante, en las inquietudes, en los terrores y en el aburrimiento mortal que agobian á una joven de diez y ocho años, que se encuentra sola en París, sin recursos, próxima á ser madre de una criatura que no tendrá más que este abandono, esta debilidad y este aislamiento por sostén?

¿No, no es verdad?

Y después de todo, dirán ellas encogiéndose de hombros: «¿Por qué sucumbió?» ¡Encantadoras personas! ¡Virtuosas señoritas! ¡Infalibles herederas! ¡Deliciosas criaturas!

¿Por qué dejarse deslumbrar?

Sobre todo, ¿por qué creer que el amor, del

cual se deja uno prender tan fácilmente, nos ha de traer felicidades sin cuento, cuando no debe ser para vosotras más que un manantial de miserias, de vergüenzas y de lágrimas?

Es verdad que esos jueces femeninos, tan severos bajo la tutela de las madres ó de las tías, dedicadas á la custodia de su virtud, en cuanto puedan deshacerse de la vigilancia que las preserva de las caídas y de las debilidades, lanzadas á través del mundo, sin otro guardián que el marido, responsable de sus actos, escucharán ardientes declaraciones bajo el abanico y correrán á las citas adúlteras con el ánimo que un bombero acude á un fuego.

¡La falta de la una no excusa la de las otras! Teresa había sucumbido.

Se había abandonado al encanto del amor que había suspirado ante el triste pabellón de la Boca del Lobo, en el cual se entregaba ella á sus meditaciones.

Pero había muchas excusas para su caída.

El capitán Rolando de Corbiere era uno de esos hombres á los cuales no es posible resistir mucho: tenía en su favor el talento, la elegancia, el prestigio del nombre y la fortuna.

Ella era una pobre niña sin experiencia, y debía sucumbir fatalmente ante aquel atrevido tentador, contra el cual estaba tan poco defendida, que se le aparecía como un ser superior y revelador de un mundo desconocido.

No la defendemos.

Afirmamos solamente que si había pecado, la expiación era superior á la falta.

Cuando estaba sostenida por la presencia de

amigos que no eran mucho más felices que ella, aunque violentándose, se mostraba alegre; pero en cuanto se encontraba sola, en su cuarto, no tenía fuerzas ni para dedicarse á estudios cuya inutilidad comprendía.

Pensaba en la Boca del Lobo, en su país, en su madre, en sus hermanos, en Magdalena y en el cazador de topes.

Pensaba también en su amante y en el trágico fin que éste había tenido.

Su pobre corazón se llenaba de pena, y lloraba.

Sus lágrimas caían sobre el papel cubierto de ensayos que no concluía.

Por otra parte, sus recursos, tan cuidadosamente economizados, se agotaban, y veía con terror llegar el momento en que su bolsillo estaría completamente vacío.

¡Sólo Dios sabe, sin embargo, con qué economía vivía y cuántas privaciones se imponía!

Pero una joven robusta, criada al aire libre de los campos, tiene tales recursos, que su salud se alteraba apenas.

París no había tenido tiempo todavía de ejercer sobre ella su detestable influencia.

Sus hermosos ojos conservaban aún su brillo, brillo que las lágrimas no habían podido apagar; su rostro, pálido, conservaba un poco de su frescura, á despecho del embarazo, que tocaba á su término.

No pedía ni empleo ni trabajo—porque ¿qué hubiera podido hacer?—Pasaba casi todo su tiempo en el estudio de su amigo Krug.

Allí se sentía rodeada de afecto y consolada.

Los Krug se encontraban en uno de esos periodos que los jugadores llaman de vena.

Un drama en verso de Coppée, *Secero Torelli*, atraía á la multitud al O león, y la señora Krug llevaba, todas las noches, algún dinero á su casa.

El pintor había tenido la suerte de que le hicieran un encargo.

El antiguo guardia del Vaticano había podido dar á su estudio un aspecto bastante agradable, aunque con pocos gastos.

Una estufa de la forma más sencilla, de campana, ardía en un rincón y esparcía un calor suficiente para hacer agradable la estancia en el estudio.

Las sillas más presentables del mobiliario de los Krug esperaban á los aficionados; había un escabel para los modelos, abandonado allí por un artista que había desertado del local; de las paredes colgaban pinturas al óleo de un color indeciso y llenas de polvo, croquis, bocetos, algunas copias que Krug no había podido vender, estaban colocadas acá y allá.

Estatuas antiguas, descomchadas, cabezas de Diosas ó de Césares, se mostraban en los rincones, sobre tablas que el suizo había hecho zócalos y pedestales.

Un prendero hubiera dado quinientos francos por todo, incluso la estufa; el efecto estaba producido sin embargo.

Allí se sentía uno en casa de un hombre de carácter, consagrado al culto del gran arte.

Entre todos aquellos objetos, expuestos á la

vista de los visitantes de aquel estudio desconocido, no los había de tal naturaleza que pudieran seducir á un aficionado moderno, al menos no los hubo hasta fin de marzo ó los primeros días de abril.

En esta época había uno, y de los más notables.

Era el delicioso retrato de una joven sencillamente vestida de negro y ocupada en dibujar un paisaje fantástico en una simple tabla blanca.

¡Nada más sencillo que los accesorios de aquel cuadro, de medianas dimensiones!

La escena pasaba en el famoso taller, cuyas colgaduras no podían entusiasmar á un colorista.

Pero toda la atención se concentraba en la cabeza de la joven.

¡Estaba reproducida con un relieve y un poder extraordinarios!

¡Vivía!

Todo desaparecía alrededor de aquella cabeza, que era una obra maestra.

Krug la había cogido y la había transportado viva sobre la tela.

Los ojos negros, encantadores de aquel blanco rostro, miraban con una firmeza singular.

Todo aquel rostro encantador ofrecía una expresión de tristeza y de fatiga indecibles.

Una mañana dió Krug la última mano á aquel retrato, y dirigiéndose á Teresa, ocupada en dibujar, á pocos pasos de él, la dijo:

—¡Ea, esto está concluido! ¡Venid á ver que os parece!

El modelo se quedó mudo de admiración, pero de admiración sincera, ante su propia imagen.

Era su retrato y le parecía hermoso como los cuadros del Louvre, cuyo esplendor tanto la admiraba.

— ¡Y, veis la fatalidad! — repuso el pintor, — ¡es demasiado tarde para la Exposición!

— ¡Qué triunfo habiéráis obtenido! — murmuró la joven.

— ¿Quién sabe? Tal vez me hubiera llevado chico; ¡acaso no lo hubieran admitido!

— ¿Por qué?

— Porque hay tantos que intrigan, que solicitan, moviendo todo lo que se puede mover!

La señora Krug entró con una cesta al brazo: llevaba algunas provisiones para el almuerzo.

Krug la llamó con un gesto y la mostró el cuadro.

— Si, no está del todo mal — dijo ella con indiferencia.

No dijo más.

Pero se comprendía que hubiera querido añadir:

— ¿Qué adelantamos con eso?

Su aversión á la pintura se traducía raras veces por palabras; era representada por gestos, encogimiento de hombros, contracción de los labios y alguna evasiva cuando su marido la decía:

— ¡Mira!

— ¡Está bien! ¡Déjamel... ¡Tengo otras cosas que hacer! — contestaba,

Esta vez, sin embargo, estaba él tan satisfecho, que insistió tímidamente:

— ¡Míralo!

— ¿Qué quieres que mire? ¡Es un retrato como otro cualquiera!

— Está bien, ¿eh?

— ¡Si, muy bien!... ¡Supongo que no querrás decirme que no se ha visto nunca cosa semejante!

— No pretendo eso, pero...

La señora Krug se volvió hacia Teresa:

— Ella si que es admirable. ¡Has tenido suerte en tener una cabeza como esa de modelo!

Krug lanzó á su discípula una mirada desgarradora, la mirada del génio desconocido.

Aquella mirada la decía:

— ¡Veis! Ni aun la aprobación de mi mujer. Y queréis la de los demás?

Dejó la paleta y los pinceles al pie del caballete, se echó hacia atrás su gorro griego y se sentó ante el retrato de la joven, con la cabeza entre las manos.

La señora Krug fué al lado de Teresa, y cambiando de tono la preguntó con cariño:

— Y vos, ¿cómo estais?

La joven movió la cabeza.

No muy bien, ¿verdad? — repuso la suiza.

— ¡Oh! no.

— ¿Cuándo llegará eso?

— No sé... ¡Muy pronto!

— Será preciso ver... que os informeis...

— Sin duda, ¿pero cómo?

— ¿No conocéis á nadie?

— ¡A nadie!

— Lo mejor será ir al hospital.

La suiza había pronunciado esta palabra con mucha vacilación.

La joven se puso pálida como la cera.

La señora Krug se asustó, y cogiéndola las manos la dijo:

— ¡No os vayáis á poner mala por eso!... Yo bien sé que la idea de verse en el hospital impone siempre, pero allí no se está mal, y en París no se puede hacer otra cosa. ¡Está todo tan caro!... Sería preciso pagar á una partora, tener persona que os cuidara, y aun así no estaríais bien cuidada... Y después tendréis que ocuparos de la criatura. ¿Qué vais á hacer de ella?

— ¡No lo sé; pero no pienso más que en ella! — murmuró Teresa.

— Nosotros os tendríamos aquí con mucho gusto, pobre amiga mía; pero nadie podría cuidaros más que yo... Los hombres no entienden de eso, y yo tengo que ocuparme de mi hija que está enferma y me tiene muy intranquila... Hoy no tiene ni aun fuerzas para levantarse. En el hospital estaréis bien cuidada, nada os faltará... ¡En la Maternidad ó en la Clínica, no sé en cuál de los dos! Es preciso que os informeis de las condiciones... Yo iré á veros. Allí no estaréis abandonada... Os queremos bien, ya lo sabéis... ¡Si fuéramos ricos!...

La mujer del pintor se expresaba con gran viveza.

Teresa comprendía en el fondo que aquella mujer tenía razón; pero una repugnancia in-

vencible, un disgusto insuperable se apoderaban de ella al pensar en el hospital.

Era preciso, no obstante, vencer aquella aversión, desechar aquel disgusto.

— Está bien — murmuró Teresa — me informaré, veré.

— No está lejos de vuestra casa... Es cerca del boulevard San-Germán y de la Escuela de Medicina.

Krug, que las había estado escuchando, se levantó y dió algunos pasos por el estudio. Después se colocó delante de su cuadro con los brazos cruzados sobre el pecho, murmurando con cierta pesadumbre.

— ¡Una joven tan buena como ella en el hospital! ¿Es posible? ¡Qué lástima!

Y volviendo del retrato al modelo:

— Mi mujer tiene razón — dijo — allí estaréis mejor.

Y repitió como su mujer:

— ¡Ah! ¡Si fuéramos ricos!

Pero no lo eran.

Teresa se marchó á las doce, en el momento en que la familia Krug se disponía á almorzar á pesar de los esfuerzos que hicieron para retenerla.

En el camino las palabras hospital, Clínica, Maternidad, que no comprendía más que vagamente, zumbaban en sus oídos como un eco fúnebre. Esta era á su parecer la etapa más lamentable del camino doloroso en que destroza la sus pies.

Pero ya no tenía un minuto que perder.

¡Había caído en él ella, la hija de los Monta-

rón, cuyas posesiones en otro tiempo no tenían límites, ella cuyo amante se llamaba Rolando de Corbiere!

Su hijo sería el hijo del capitán, sin embargo; ella no había amado jamás á nadie, más que á él; se había entregado en un momento de locura, sin reflexión, sin cálculo, y los dos habían pagado su falta: él con la vida, ella con la miseria y el abandono.

Tuvo una idea en el camino: quiso ver la casa de su amante.

Estaba cerca de la calle de Santa Dominica entró en ella, y pronto se encontró delante de un magnífico portal, encima de cuya entrada se veían las armas de los Corbiere y sobre ellas una corona.

A derecha é izquierda se veían algunos edificios dependientes de la casa. La puerta estaba abierta y permitía ver en el fondo del patio principal la imponente fachada que parecía insultar con su opulencia á su miseria.

En el momento en que parada en la acera, enfrente del portal, examinaba todo aquello con tristeza, un cupé que llegaba al trote largo, acertó la marcha cerca de ella y giró para entrar en el patio.

En el cupé vió distintamente dos mujeres y reconoció la cara altiva y dura de la condesa, y al lado de ésta las facciones encantadoras y dulces de Fernanda.

Esto fué en el espacio de un segundo.

El cupé atravesó el portal al trote de los caballos, que piafaban, y á lo lejos, abajo, al pie de la escalera alfombrada, vió á las dos muje-

res apearse del coche, en tanto que un lacayo tenía respetuosamente abierta la portezuela del coche.

El corazón de la pobre joven se oprimió.

Aquella mujer, que la hubiera aplastado sin piedad, era, sin embargo, la abuela de su hijo, y si se hubiera decidido á pedirle socorro, hubiera hecho que la echara de allí, como si fuera una mendiga, aquel lacayo.

La otra era la hermana de su amante, la señorita Fernanda de Corbiere: ésta tal vez la hubiera escuchado, pero jamás pensó en recurrir á ella.

Hubiera preferido echarse al agua.

Sin embargo, su bolsillo estaba tan ligero, que vacilaba en sacar dinero para comprar pan. Llevó la mano al pecho; sentía desfallecimiento; la dolía el estómago.

¡Tenía hambre!

Desde hacía algunos días economizaba hasta lo necesario.

No tenía en su casa ni fuego ni provisiones de ninguna especie.

Lanzó una última mirada á la opulenta estancia, cuya vista reavivaba sus dolores, y se dirigió con paso incierto y vacilante hacia su casa.

Cerca de la plaza de Saint-Germain-des-Prés entró en una panadería y vió con sorpresa y hasta con terror que no la quedaban más que unos veinte francos de los cuatrocientos que tenía al salir de la Boca del Lobo.

Cuando entró en su casa, pasó por delante de la portería.

La portera la vió.

—¡Qué pálida estáis hoy!—la dijo.—No os encontráis bien, ¿eh?

—No muy bien!

—¡Os estennais trabajando en vuestros dibujos! ¡Os pasáis horas enteras inclinada sobre una mesa!... ¡Eso no es bueno para una mujer en vuestro estado, sobre todo ahora!... Es preciso moveros, pasear, y sobre todo comer... ¡Estoy segura de que no habéis pensado siquiera en eso!... ¿Qué traéis ahí?

—Pan.

—¿Y qué más?

—¿Qué más?—dijo Teresa poniéndose colorada.—¡Nada más!

—¿Hace muchos días que hacéis eso?

—Sólo esta mañana, que he olvidado comprar otra cosa... Los Krug querían que me quedara á almorzar con ellos, y temí molestarles... Y después no me he acordado... Voy á comprar algo...

—¡No os molestéis!—dijo la portera.—¡No seáis orgullosa, ea! ¡Almórzad conmigo! ¡Voy á contaros muchas cosas!...

—¡Pero!...

—No andéis con escrúpulos de monja!... ¡Ya sabéis que se os dice de corazón!...

—Sí, sí...

—¡A menos que no querráis aceptar un modesto guisado en casa de vuestra portera!...

—¡Oh! ¡Señora Guignard!...

—¡Pues bien, quedaos!

Teresa cedió.

Se sentía mortificada por el hambre: el ham-

bre es una tortura á la cual no resisten ni las naturalezas más fuertes, y además la portera decía las cosas tan de corazón que no se atrevió á negarse.

—¡Sea—dijo.—puesto que así lo queréis!

—¡Enhorabuena!

La portera puso en una mesita una servilleta á guisa de mantel, dos platos y dos cubiertos.

Trajo también una botella de vino diciendo:

—¡Es bueno; es un regalo del señor Quillet, que no es mal hombre; lejos de eso! Su antecesor me daba cuatrocientos francos al año, y él me aumentó en seguida hasta seiscientos, y de cuando en cuando me da un billete de cincuenta francos. ¡Dice que es para que hierva el puchero!

Cuando estaban almorzando las dos tranquilamente, la portera reanudó la conversación diciendo:

—El señor Quillet no está contento de los Krug.

—¿Por qué?

—Por causa vuestra. Dice que el pintor os dá malos consejos; que para ganar algo con ese oficio, necesitareis años de estudio, y que aun así os costaría trabajo ganar para vivir, si no os morís antes de necesidad.

La portera echó vino en el vaso de su convidada.

Esta la escuchaba atentamente y no estaba lejos de creer que el señor Quillet tenía razón.

—En fin—dijo Teresa,—¿qué es lo que el

señor Quillet cree que yo podría hacer, señora Guignard?

— ¡Oh! por ahora nada.

— ¿Pero después?

La portera cerró los labios y movió la cabeza.

— ¡Tampoco lo sé, porque como no conocéis ningún oficio! ¡Pero ya se verá!

Se interrumpió diciendo:

— ¡Ah! he tenido una visita esta mañana. Adivinad de quien.

— ¿Del señor Escoubore?

— Justamente. Llegó á eso de las nueve. Venía á ver si había alguna carta para él. ¡Qué cambiado está! ¡No es ni su sombral! ¡Y todavía quería hacerme creer que toma las cosas con calma, pero yo le dije: «¡Ya sabéis que yo no creo eso; he visto demasiado en este mundo! ¡El pobre está desfigurado, tiene los ojos hundidos como si hiciera ocho noches que no duermes!»

Teresa preguntó:

— ¿Y tiene alguna noticia?

— ¿De su mujer?

— Sí.

— Ninguna, á lo que creo. Sin embargo, él se las promete muy felices, y dice que está sobre la pista... ¿Pero de qué puede servirle eso? El no tiene un céntimo, y si el otro es rico, figuraos lo que sucederá. Además, ella no le quería, y aquí para entrar nosotros no congeniaban.

— ¡Pobre hombre!

— ¡Os quiere mucho; hubiera querido veros

lo sintió mucho cuando le dije que habíais salido! ¿Tomáis café?

Como queráis.

— Está hecho, y eso sostiene. ¡Vos tenéis verdadera necesidad de esto!

Sirvió el café y siguió charlando.

— ¡Querida mía—dijo con interés.—yo no sé qué hacéis á las gentes, que en cuanto os ven se interesan por vos! A mí me pasa lo que á todos los demás. El momento se acerca; ¿qué vais á hacer?

— No lo sé; estoy perpleja.

— Para una mujer sola, lo mejor es ir al hospital.

Teresa lanzó un prolongado suspiro.

— ¡Es verdad, es preciso!... ¡Los Krug han hablado ya de eso!... ¡No hay otro remedio!

— ¡Tenéis una suerte!... ¡Es cerca de aquí!

— ¿Estáis segura de ello?

— A dos pasos.

— ¿A quién debo dirigirme?

— Al médico... Primero debéis ir á la visita por la mañana, creo que es de nueve á once.... Nos informaremos... La Clínica todo el mundo os dirá dónde está... Allí os dirán lo que tenéis que hacer y cuándo debéis volver. Eso es sencillo. Solo que es preciso no tener miedo. Estad tranquila... Hay otras muchas, no estaréis sola...

Las dos mujeres hablaron largo rato.

La portera trató de animar á su pobre inquilina, que parecía agobiada.

Lo consiguó sin duda, porque cuando Teresa salió de la portería estrechó la mano de la

buena mujer con efusión de agradecimiento y subió la escalera con paso ligero como si se sintiera aliviada de un gran peso.

Cuando entró en su cuarto, examinó con un ligero movimiento de orgullo sus bocetos y se dijo:

— ¡El señor Quillet tiene razón! ¿Para qué intentar inútiles esfuerzos cuando los verdaderos talentos no llegan á ganar para vivir.

Y su espíritu se fijaba sobre esta palabra con una extraña persistencia como en una alucinación.

— ¡Vivir!

A esto la era preciso tender únicamente. ¿Tenía derecho á abrigar otras ambiciones lejanas, ahora que iba á tener la carga del ser que reclamaba su protección y cuando no podía contar ella con ninguna?

Hizo sus cálculos con minuciosidad.

Contó los días que necesitaría para reponerse, para encontrar una colocación modesta por modesta que fuese y comprendió que tenía que recurrir á alguien, porque con veinte francos que la quedaban no podía tener para mucho.

En seguida pensó en su buen amigo de Sologne.

Sólo á él podía decirselo todo.

Y se puso á escribir lo que sigue.

«Mi buen amigo:

»No os he dado noticias mías desde que sali del país.

»Esperaba á poder dáros las buenas; pero veo que es preciso renunciar á eso por mucho tiempo, desgraciadamente!

»En primer lugar, en mi estado, no he podido ir á ofrecer mis servicios á las casas en donde hubiera tenido alguna probabilidad de encontrar colocación, de no estar como estoy.

»Comprenderéis bien esta razón.

»Debía, pues, esperar á dar á luz.

»El día se acerca.

»Dentro de pocos días, de pocas horas, tal vez, tendré un hijo y seré sola para sostenerle, para educarle.

»Desde mi llegada á París he trabajado mucho y no he ganado nada, porque me he dedicado á estudios que tendrían que durar mucho tiempo aún y que yo no puedo continuar.

»Me veo obligada á renunciar á ello.

»Hubiera sido feliz sin embargo, en llegar á ser lo que llaman un artista.

»Tal vez hubiera podido llegar á serlo.

»El profesor que he encontrado aquí, que es un gran pintor, dice que tengo lo que se llama vocación.

»Pero sería una quimera concebir por ese lado la menor esperanza.

»En París hay una multitud de artistas de los cuales la mayor parte saben todo lo que se puede aprender y sin embargo, solo algunos, muy pocos, llegan á la celebridad y á la fortuna.

»De modo que sería una locura luchar.

»Debería buscar por otro lado medios de subsistencia.

»¿Dónde? ¿En los almacenes y talleres de costura, por ejemplo?

»No conozco á nadie en París, y, sola, y en mi estado, me hubiera sido muy difícil encontrar donde me admitieran.

»Una vez que haya dado á luz, tendré necesariamente que ocuparme de algo en que honradamente pueda ganar con que vivir y pagar á la nodriza.

»Ya me conocéis no me arredrará el trabajo.

»¡Muchas lágrimas me habrá costado esa criatura, y muchas penas, de las cuales la principal fué la de abandonar á todos los que quiero y nuestra pobre y querida, Boca del Lobo, en donde era tan feliz entre todos!

»¡Cuando se vive sola, en una guardilla como la mía, es cuando más se siente la necesidad del afecto que nos falta.

»No lo digais, amigo mio, pero lloro sin cesar al pensar en mi buena madre, en mis hermanos y en vos.

»Sobre todo os suplico que no digais esto á nadie!

»Dejo por unos días la casa en que vivo. comprenderéis el motivo de esta ausencia. ¡No puedo franquear sola el triste paso que tengo ante mí!»

Se detuvo.

—¡Si le dijese que voy á entrar en el hospital — pensó — vendría á París y me llevaría á la fuerza á casa de mi madre! ¡Pobres gentes! ¡Estoy segura de que me perdonarían! ¿Pero cuándo volveré á verles? ¡Jamás acaso!

Continuó su carta suspirando.

«Después no sé á donde iré.

»Llego á la súplica que tengo que haceros.

»Vais á decir, mi pobre amigo, que mi carta no tiene otro objeto y que os escribo por interés!

»¡No lo creais! ¡Todos los días pienso en vos y en mi familia, y más de una vez desde por la mañana hasta la noche!

»¿A quién he de querer, sino á todos aquellos que tan buenos han sido para conmigo?

»Quisiera volver á veros, pero más adelante, cuando el tiempo haya borrado los recuerdos, demasiado recientes aun.

»Espero que llegue un día en que tengamos esa dicha y olvidemos los desastres que sobre nosotros han caído.

»Yo haré todo lo que pueda por separarlos, y si no lo consigo, tal vez alguno de nosotros, Marcelo ó Guillermo, tengan más suerte.

»Entretanto, es preciso vivir, y París es unantro que todo lo traga.

»No me quedan más que veinte francos de la cantidad que sacrificastéis por mí.

»He pensado que con cien francos podré esperar la vuelta de mis fuerzas, y probablemente entonces encontraré con facilidad una colocación, aunque sea modesta.

»Si podéis dárme los, me haréis un gran favor.

»A otro cualquiera no se los pediría, aunque me muriera de hambre. A vos me dirijo con confianza.

»Escribidme á la lista del Correo central y dadme noticias de casa.

»¿Qué es de mi madre? ¿Tiene mucha pena?
¿Y Pedro? ¿Y Magdalena?

»Se sabe algo de Guillermo y de Juan?

»¿Ha escrito Marcelo?

»Sobre todo, no digáis nada de mí, sino que trabajo con ardor, que espero salir de apuros, y que mi salud no es mala.

»Adiós, mi bueno y querido amigo! ¿Qué día tan feliz será el en que entremos todos en la casa, llevando cada uno nuestra parte para levantarla de sus ruinas!

»¿Pero llegará ese día?

»Os envió muchos abrazos para todos!

»TERESA.»

Puso el sobre: *Al Cazador de Topos, en Saint-Maximin, distrito de Romorantin (Loire-et-Cher)*, y á eso de las cinco salió y fué á poner la carta en el correo.

A la vuelta se sintió tan cansada, con las piernas tan doloridas y la cabeza tan pesada, que pensando en los consejos de la señora Krug y de la portera se dijo:

—¡Tienen razón! ¡Ya no tengo un momento que perder! Iré mañana.

XIV

La pista de Escoubere.

La señora Gnignard no había contado á su invitada nada que no fuese verdad.

El horizonte empezaba á aclararse para el eorista.

La casualidad le había proporcionado al fin el indicio, el hilo de Ariadna que buscaba en vano desde la fuga de su mujer.

Siguiendo los consejos de su amigo Brossois, que le veía con pena desmejorarse y sumérgirse cada vez más en sus penas, se había decidido á adoptar una táctica más á propósito que la que él seguía hasta entonces, corriendo locamente y sin método de un extremo al otro de París.

Convencido de que sería en vano tratar de curar á su amigo de una pasión que estaba, por decirlo así, en la masa de su sangre. Brossois le habló así:

—¿Quieres encontrar á tu Elena?

—Sí.

—¿Tú supones que su amante es rico?

—Lo es.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente.

—¿Luego él ha debido dar todo lo que un hombre rico ofrece de ordinario á su querida?

—Cierto.

—¿Un hotel?

—Tal vez.

»¿Qué es de mi madre? ¿Tiene mucha pena?
¿Y Pedro? ¿Y Magdalena?

»Se sabe algo de Guillermo y de Juan?

»¿Ha escrito Marcelo?

»Sobre todo, no digáis nada de mí, sino que trabajo con ardor, que espero salir de apuros, y que mi salud no es mala.

»Adiós, mi bueno y querido amigo! ¿Qué día tan feliz será el en que entremos todos en la casa, llevando cada uno nuestra parte para levantarla de sus ruinas!

»¿Pero llegará ese día?

»Os envió muchos abrazos para todos!

»TERESA.»

Puso el sobre: *Al Cazador de Topos, en Saint-Maximin, distrito de Romorantin (Loire-et-Cher)*, y á eso de las cinco salió y fué á poner la carta en el correo.

A la vuelta se sintió tan cansada, con las piernas tan doloridas y la cabeza tan pesada, que pensando en los consejos de la señora Krug y de la portera se dijo:

—¡Tienen razón! ¡Ya no tengo un momento que perder! Iré mañana.

XIV

La pista de Escoubere.

La señora Gnignard no había contado á su invitada nada que no fuese verdad.

El horizonte empezaba á aclararse para el eorista.

La casualidad le había proporcionado al fin el indicio, el hilo de Ariadna que buscaba en vano desde la fuga de su mujer.

Siguiendo los consejos de su amigo Brossois, que le veía con pena desmejorarse y sumérgirse cada vez más en sus penas, se había decidido á adoptar una táctica más á propósito que la que él seguía hasta entonces, corriendo locamente y sin método de un extremo al otro de París.

Convencido de que sería en vano tratar de curar á su amigo de una pasión que estaba, por decirlo así, en la masa de su sangre. Brossois le habló así:

—¿Quieres encontrar á tu Elena?

—Sí.

—¿Tú supones que su amante es rico?

—Lo es.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente.

—¿Luego él ha debido dar todo lo que un hombre rico ofrece de ordinario á su querida?

—Cierto.

—¿Un hotel?

—Tal vez.

—¿Y coche... además de otras muchas cosas?

—Es probable.

—Cuando se tiene coche, ¿qué hace uno?

—Servirse de él.

—Naturalmente: para pasearse por los sitios más frecuentados, entre la *high-life*, el todo París mundano; es decir, por los Campos Elíseos ó por el Bosque. Luego es en el Bosque en donde debes apostarte, tranquilamente, sin cansarte, sentado en una silla, como un buen paseante... Si lo que tú supones es cierto, si no es un día será otro el en que tu bella pasará por allí y entonces valiéndote de las piernas...

—¡Comprendido!...

Brossois tenía razón, y su consejo era fácil de seguirse, sobre todo en primavera.

La primavera es la mejor de las estaciones en París.

Escoubere tenía libre casi todas las mañanas.

Desde el día siguiente al en que su amigo le había dado ese consejo, se levantaba temprano, abandonaba su oscuro gabinete, en donde yacía su colchón, atravesaba andando de puntillas la habitación de su compañero, que de ordinario roncaba á más y mejor, salía á la calle, llegaba al muelle y de allí á los Campos Elíseos, en ejecución de su plan.

Entonces, un agente que se hubiera dedicado á seguirle los pasos, le hubiera visto colocarse en acecho, unas veces en la encrucijada de las Cascadas, otras en los paseos solitarios que convergen hacia la avenida de Saint-Cloud, vigilando, inspeccionando con una ojea-

da el personal de los carruajes que pasaban, los jinetes que cruzaban y hasta los ciclistas, cuyo furor comenzaba entonces.

Después de un mes de paciencia, Escoubere conocía á fondo las costumbres de aquellos paseos matutinos, que tienen tanto encanto para los ociosos y que comienzan á las nueve y concluyen á la primera campanada de las doce.

Durante el mes que había trascurrido sin que Escoubere faltara un día de aquellos sitios, no había distinguido nunca un velo, un ombreiro, un vestido ó un rostro que tuviese el don de hacer latir su corazón con más celeridad.

Principiaba, pues, á desesperar, y no encontraba el sistema de su amigo Brossois mejor que el suyo, cuando un día del mes de abril, á cosa de las once y media, en el momento en que, con la cabeza baja y muy sombrío, en uno de esos accesos que se apoderaban de él, entraba en París por la puerta Dauphine, se paró de pronto y quedó fijo sobre la arena del paseo por una fuerza superior.

En un cupé, cuya caja era de color marrón oscuro y cuyas ruedas del mismo color tenían un filete encarnado, acababa de ver á Elena.

¡Era efectivamente ella!

¡No podía equivocarse!

Su corazón había saltado en su pecho.

El cupé pasó al trote largo de un admirable alazán, cuyo pelo relucía como seda con reflejos de oro.

Pensar en alcanzarla hubiera sido insensato.

El caballo marchaba á un paso de todos los demonios.

La visión duró lo que un relámpago.

El coche se dirigió hacia los lagos, y no tardó en desaparecer en la vuelta de un paseo. Escoubère siguió mirando hasta que lo perdió de vista.

Continuó allí clavado como un jalón, atontado, con la boca abierta, sin pensar en nada, más que en que Elena estaba cien veces más hermosa que en la calle del Echaudé, porque en efecto resplandecía, como un cuadro en su marco, rodeada de todo el lujo para que había nacido.

Ella no le había visto.

Cuando se decidió á marcharse de allí, una especie de niebla oscurecía su vista y su espíritu.

Caminaba como un autómeta.

No tenía más que una idea:

—¡Por fin, la he vuelto á ver!

Repuesto de su primera sorpresa, atravesó los Campos Eliseos á paso de carga y á las doce y media llegaba á su casa.

Brossois estaba á la puerta y al verle llegar, tomando la aptitud de un hombre ofendido, sacó una enorme palata de níquel del bolsillo del chaleco y dijo:

—Oye, amigo, media hora de retraso, has perdido el café. ¡Vamos á almorzar... Tengo un hambre de lobo!

La fisonomía de Escoubère estaba muy animada.

Brossois se inclinó hacia su compañero y,

envolviéndole en una mirada inquisitorial, repuso:

—¡Eh! buen amigo, ¿hay algo de nuevo?

—¡Ya lo creo!

—¡Eso se adivina! ¿Tendrás alguna vez el talento de disimular tus pensamientos secretos?

Sin consideración hacia su compañero, añadió con un gesto muy dramático, tocando la cabeza del baritono:

—Yo leo en esta bola como en un libro abierto.

Entraron en una cantina del muelle Malaquais.

Para los parroquianos de la casa, Brossois y su compañero tenían el prestigio de la celebridad.

Los primeros tenores ó los baritonos ilustres no son mejor acogidos en casa de Durand y Voisin que Brossois y Escoubère en aquella cantina del muelle Malaquais.

Para la clientela eran artistas.

En un momento limpió un mozo una mesa que acababan de dejar libre dos cocheros, pasó la esponja por el mármol, puso los cubiertos y los dos amigos se sentaron á poco ante un guisado de cordero, que Brossois declaró admirable.

Y entonces:

—Vamos—dijo,—cuéntame lo que ocurre.

—¡La he visto!...

—¿Estás seguro?

—Como te veo á tí.

—¿Dónde?

—Llegaba al Bosque.
 —Bien te decía yo. ¿Por dónde?
 —Por la puerta Dauphine.
 —¿En coche?
 —En un hermoso cupé tirado por un caballo, amigo mío!
 —¿Bueno?
 —Admirable!
 —¿La seguiste?
 —Serías tu capaz de seguir con tus piernas á un expreso?
 —Si era preciso!...
 —¿Te chauceas! El caballo iba muy de prisa.
 —¿Hacia dónde?
 —Hacia el lago.
 —¿A qué hora?
 —A las once y cuarenta. No he tenido tiempo más que para venir á escape.
 El tenedor de Brossois quedó suspendido en el espacio.
 El bajo reflexionaba.
 —¿Eres un tonto!— concluyó diciendo.
 —¿Por qué?
 —Yo, antes de dejarlo marchar, hubiera alborotado y gritado á las gentes: ¡Detenedla... cagedla! Hubiera echado á correr en su persecución; hubiera tomado un coche y reventado al caballo y al cochero... hubiera cogido la ocasión por los cabellos, en un palabra. Y esa ocasión la has desperdiciado. ¡Quién sabe si volverás á encontrarla! ¡Sin embargo!...
 —¿Qué?— preguntó Escoubere muy atento.
 —De las circunstancias del encuentro resultan algunos indicios ciertos...

—¿Cuáles?
 —Primero, que á las once y cuarenta de la mañana, Elena no salía para pasearse...
 —¿Es probable!
 —Volvió... Luego debe vivir en los alrededores del Bosque, hacia Bolonia ó Saint-Cloud.
 —¿Es posible!
 —Consecuencia: he ahí el círculo de tus excursiones reducido á dos localidades...
 —¿Razonas como el mismísimo prefecto de policía!
 —¡Mejor! ¡Si estuviera en su puesto sería más pillo que lo es él!
 —¿Crees tú que?...
 —Seguramente. He notado una cosa...
 —¿Cuál?
 —Que esos valientes se meten con la gente pacífica, pero... ¿les ves detener á los ladrones ó á los rateros? Eso es muy raro.
 —¡Tú divagas!... Volvamos á nuestro cuento.
 Brossois continuó:
 —No tienes más que continuar tus paseos matutinos y el primer día que la encuentres echarla mano, y entonces verás una mujer en rudo trance.
 Brossois no se reía de ordinario más que para su interior.
 A su cara, accidentada como los Pirineos, asomaba pocas veces la alegría de sus reflexiones.
 —A menos que tú te encuentres más sobrecogido que ella— añadió.— Porque en fin, supongamos que ya la tienes delante de tí como

un juez de instrucción. ¿qué la dirías? ¿Qué exiges, que deje su coche para ir á pie á tu lado, su hotel para trasladarse á tu oscuro gabinete, su abundante y confortable cocina y sus lacayos de librea, para gozar con nosotros de las delicias de este tabernáculo lleno de humo é infestado de vapores que la asfixiarían incontinenti? ¡Su elección no es dudosa! Te enviaría á paseo y si insistías llamaría á sus gentes y haría que te echaran de allí... ¿Qué habrías adelantado?

—Brossois, me aburres—dijo Escoubère.

—¡Bien lo sé! ¡La voz de la razón aburre siempre á los infortunados á quienes ciega la pasión, pero digo la verdad; ¿te atreverás á negarlo?

—¡Déjame en paz!

—¿Qué más quieres que tomemos?

—Nada.

—¿No quieres *gruyere*?

—No.

—¿*Roquefort*?

—Tampoco.

—¿Te quita el apetito el amor?

—No es el amor el que me lo quita, son tus tontas reflexiones.

—¡Oh! tontas... ¡Habrase visto!... Otro día hablaremos de eso... ¿Tomamos café?

—Como quieras.

Los dos amigos guardaron silencio.

Escoubère se daba perfectamente cuenta de su situación.

¡Era atroz!

¿Qué diría á aquella mujer que voluntaria-

mente le había abandonado, cuando se encontrara frente á ella?

¿Que contestarla cuando se negara á seguirle, cuando le dijera que no quería volver á aquella vida de privaciones de que había querido escapar á todo trance?

Y sin embargo, desde que la había visto, se sentía devorado por un deseo más violento todavía de volver á verla, de hablarla...

Aquella visión, tan pronto desaparecida, redoblabá su fiebre, exasperaba sus celos.

¡Estaba hermosa, con una hermosura abrasadora, capaz de hacer hervir la sangre de un enamorado!

¡Y aquella mujer tan hermosa era la suya!

Nada podía arrancarle de esta idea.

A veces recordaba las frases proféticas del caballero de la calle de Rennes.

—¡Ese hombre está loco ó se volverá!

Y se veía obligado á confesarse que, como Brossois, aquel caballero tenía razón.

Y se sentía inclinado sobre la resbaladiza pendiente que conduce á la demencia á aquellos cuyo cerebro está fijo siempre en una idea y no hacía nada por librarse de caer en el abismo.

Al contrario.

Se complacía en reavivar la llaga que tenía en el alma.

Al salir de almorzar hubiera querido correr al bosque de Bolonia y ocultarse allí en cualquier paseo y espiar la vuelta de aquel cupé color marrón que estaba decidido á detener, ya fuera dando un horrible escándalo, ya arro-

jándose bajo las ruedas para impedirle el paso.

Pero tenían ensayo en la Ópera Cómica.

No se podía faltar.

Felizmente, Brossois estaba allí para mantener á su amigo en el cumplimiento de su deber.

Le llevó á la fuerza á la plaza de Favart y le vigiló con severidad para no permitirle una fuga contraria á sus intereses.

Escoubere hubiera querido dejar el teatro, vivir solo, huir de toda aquella gente, que le irritaba; pero esto era imposible.

Una noche una soprano le dijo:

—¿Qué sucederá el día en que la bella Elena venga á instalarse en un palco con su amante?... ¡Y eso llegará, no lo dudéis!

Una visión de venganza, atroz y pública, pasó por delante de sus ojos, y á partir de aquel momento se armó de paciencia y no faltó ni una sola vez de su puesto.

Además Brossois, que adivinaba sus intenciones, le decía con razón:

—Imbécil, si dejas esta colocación que es la que te dará el dinero para seguir tus pesquisas, ¿dónde encontrarás un trabajo que te deje libres las mañanas?

Conservó, pues, su empleo.

Pero desde el día siguiente al de su encuentro en la puerta Dauphine, emprendió sus excursiones por el bosque y se puso al acecho, como un cazador furtivo, unas veces en un sitio y otras en otro.

Durante quince días tuvo que retirarse cabizbajo; pero un miércoles, á eso de las diez de

la mañana, percibió por fin el cupé color marrón, que se dirigía al paso hacia el prado Catalan.

Con el corazón oprimido por la emoción, la siguió deslizándose por entre el arbolado como un cervatillo que se oculta.

No se atrevió á mostrarse, por temor á asustar á la que buscaba con tanta fiebre y que se había prometido detener en cuanto la encontrara.

La había distinguido muy bien á su paso; iba sola y estaba muy pensativa, tal como la había entrevisto en la puerta de Dauphine.

Pero un presentimiento le advertía que iba al encuentro de su amante, y que con un poco de astucia lo sabría todo de una vez.

¿Pero cómo arreglarse?

Felizmente acertó á pasar un coche vacío.

Escoubere le llamó con un signo, y mostrando al cochero el cupé que se alejaba al paso:

—Por horas—le dijo—y diez francos de propina si seguís á ese cupé hasta la puerta de la casa á que vaya.

El cochero examinó con desconfianza á aquel tipo mal vestido que ofrecía diez francos de propina, como si hubiese tenido el Pacto en el bolsillo.

Escoubere trató de decidirle añadiendo:

—¡La que va en él es mi mujer!

Al mismo tiempo mostró al automedonte su cartera llena de billetes de mil francos.

El cochero quedó admirado un momento, y luego dijo:

—¡Está bien! ¡No la perderé de vista! ¡Estad tranquilo! ¡Montad!

El desgraciado entró en el coche, que era bastante bueno, y el carruaje siguió á lo lejos el cupé, arreglando su paso al del caballo de éste.

Había una gran afluencia de paseantes.

Era, pues, fácil disimular aquella persecución.

Todo fué bien en los primeros momentos; pero al llegar á la carretera de Suresnes, al extremo del gran lago, un hombre, joven aun, de suprema elegancia, que se paseaba con el bastón en la mano y una rosa en el pecho, montó en el cupé y el caballo partió al galope en dirección del Arco de Triunfo.

Aquella partida fué tan repentina, que el fiacre, sorprendido, perdió tiempo antes que el caballo emprendiese la marcha á todo escape.

Durante algún tiempo, distinguió el cochero á lo lejos de la avenida del Bosque de Bolonia, el cupé color marrón, que aumentaba sin cesar su avance; pero cogido entre una porción de coches, perdió cinco minutos y cuando llegó al Arco de la Estrella, por más que examinó los Campos Eliseos y miró por todas partes no percibió nada.

¡El cupé color marrón había desaparecido!

Peró pocos momentos después, cuando el gascón bajaba por los Campos Eliseos al pesadete del jamego del fiacre, se abrió la puerta de un hotel de la avenida, y el cupé color marrón salió de él para ganar la plaza de la Concordia y la calle de Rívoli á un paso

que el cochero del gascón no trató de seguir.

El cupé iba vacío.

Escoubere se apeó y quedó un momento como clavado en la acera delante de aquella casa sólida como un baluarte y que desafiaba un asalto.

Ya no tenía que dudar.

Su mujer estaba allí.

¿Vivía allí?

No podía saberlo; pero con toda seguridad había entrado en aquel hotel con su amante.

El pobre hombre se roía los dedos de impotencia.

El cochero le sacó de sus reflexiones diciendo:

—¿Qué hacemos?

—¿Qué es lo que os debo?—preguntó el barítono.

—El precio convenido; pero si os parece mucho, porque el tiempo ha sido poco, dadme lo que queráis.

Escoubere pagó lealmente la hora y los diez francos de propina.

El otro le dió las gracias burlándose.

—Escuchad, burgués—le dijo indicando con el látigo la gran puerta;—no os aconsejo que atacéis esas tablas con vuestro bastón. ¡Son de primera solidez! Ya lo decía yo al ver el tren; «El individuo debe tener dinero.» No me engañaba. ¡Debe haber buenos papeles ahí dentro! ¡Buena suerte!

Volvió bridas y se marchó muy despacio hacia la plaza de la Concordia.

Escoubere estaba aplanado, avergonzado.

Aquella casa tan fuerte, tan magnífica, protegía á su feliz rival contra él.

Un guardia que paseaba por allí con la mayor indiferencia, pasó á su lado.

— Hermoso hotel — dijo Escoubere. — ¿No es el de la duquesa?

Y nombró á una gran señora, de quien la prensa y el público se ocupaba en aquella época.

— No — dijo el agente.

— ¿De quién es, pues?

— ¿Os interesa saberlo?

— No, á fe mía.

— Es del Conde Gabriel de Corbiere; es el antiguo hotel Beauvillars.

— Gracias.

XV

Un rincón del infierno.

Eran las diez de la mañana.

La respetable portera de la casa que el señor Quillet tenía en la calle del Echaudé, con una escoba en la mano, respiraba en la entrada del portal un poco de buen aire que la primavera, en aras de una brisa complaciente, llevaba hasta aquel estrecho, húmedo y tenebroso pasillo.

Teresa, pálida, mal envuelta en su vestido usado, con una toquilla que la cubría la cabeza y el cuello, salió con paso indeciso, casi vacilante.

— ¿Vais allá la preguntó la portera.

— Sí.

— ¿Estais decidida?

— No hay más remedio.

— ¿Sufris?

— Un poco.

— ¡Animo!

La joven lanzó un suspiro.

— Si supiéseis qué miedo tengo! — dijo.

— ¿A qué?

— A todas esas gentes que no conozco.

— Es preciso no ser tan tímida.

— ¿Si no me recibirán?

— ¡Tendría que ver! ¡A una joven como vos!

Teresa sonrió tristemente y continuó su camino hacia el boulevard San German.

Aquella casa tan fuerte, tan magnífica, protegía á su feliz rival contra él.

Un guardia que paseaba por allí con la mayor indiferencia, pasó á su lado.

— Hermoso hotel — dijo Escoubere. — ¿No es el de la duquesa?

Y nombró á una gran señora, de quien la prensa y el público se ocupaba en aquella época.

— No — dijo el agente.

— ¿De quién es, pues?

— ¿Os interesa saberlo?

— No, á fe mía.

— Es del Conde Gabriel de Corbiere; es el antiguo hotel Beauvillars.

— Gracias.

XV

Un rincón del infierno.

Eran las diez de la mañana.

La respetable portera de la casa que el señor Quillet tenía en la calle del Echaudé, con una escoba en la mano, respiraba en la entrada del portal un poco de buen aire que la primavera, en aras de una brisa complaciente, llevaba hasta aquel estrecho, húmedo y tenebroso pasillo.

Teresa, pálida, mal envuelta en su vestido usado, con una toquilla que la cubría la cabeza y el cuello, salió con paso indeciso, casi vacilante.

— ¿Vais allá la preguntó la portera.

— Sí.

— ¿Estais decidida?

— No hay más remedio.

— ¿Sufris?

— Un poco.

— ¡Animo!

La joven lanzó un suspiro.

— Si supiéseis qué miedo tengo! — dijo.

— ¿A qué?

— A todas esas gentes que no conozco.

— Es preciso no ser tan tímida.

— ¿Si no me recibirán?

— ¡Tendría que ver! ¡A una joven como vos!

Teresa sonrió tristemente y continuó su camino hacia el boulevard San German.

¡Todo en ella demostraba su estado, su cara fatigada, su andar, su pesadez!

Cuando llegó frente á la clinica, entró lo más de prisa que pudo en el portal del viejo edificio.

Allí, en una especie de antesala ó de patio cerrado por cristales, una multitud de mujeres, jóvenes la mayor parte, iban y venían, las unas próximas á dar á luz, las otras habiendo salido ya de tan doloroso trance.

La mayor parte no eran guapas, todas enfermizas, con la fatiga y el disgusto de la vida impresos en la cara.

Teresa notó que delante de una de las puertas que daban á aquella habitación había más movimiento que delante de las otras.

Se puso en fila y entró.

Se encontró en la oficina.

Detrás de una especie de mostrador había sentados dos viejos, que cubrían sus pelados cráneos con gorros griegos.

El más joven era el encargado de llevar la nota de las entradas y salidas.

Tomaba las notas en un registro grandísimo, con lomo de cobre, y con esa lentitud universal de los empleados oficiales.

El otro preguntaba.

La joven se sentó en un banco, esperando á que la tocase el turno.

Llegó por fin el momento de acercarse.

—¿Cómo os llamáis?— la preguntó el jefe.

—Teresa.

—¿Y qué más?

—Montarón.

Hablaba tan bajo, que el escribiente preguntó

—¿Cómo decís?

—Teresa Montarón.

—Mon-ta-rón.

—¿En qué os ocupáis?

Y como Teresa dudase:

—Vuestra profesión, vuestro oficio... No os turbéis... Aquí no os vamos á comer.

—No tengo profesión.

—Sin embargo, ¿no tendréis rentas?

—Estudio la pintura.

—Mal oficio! ¡En fin, eso no es cosa nuestra!

¿Vivís?

—Calle del Echaudé.

—¡Muy comodo! ¡Estáis á dos pasos de aquí!

¿Qué es lo que queréis?... ¿Dar á luz?

Teresa inclinó la cabeza.

—¿Sois casada?

—No.

—Comprendido. Escribid, Laduret.

—Ya está.

Teresa tenía los ojos llenos de lágrimas.

El empleado que la preguntaba, estaba tan acostumbrado á aquellas escenas, que no le impresionaban de ordinario.

Pero á la vista de aquella dulce cara y al sonido de aquella dolorosa voz, no pudo menos de conmoverse.

—¡Vamos— la dijo— no os asustéis de lo que os espera! ¡No tengáis cuidado, aquí hay buenos médicos y además la cosa es sencilla! Ahora ir á la consulta. Es allí, la dijo, entregándole una tarjeta é indicándole una escalera en el fondo del patio.

Teresa salió y subió la escalera que la había indicado.

Cerca de una sala grande, encalada y cuyo interior se veía desde la puerta, que estaba abierta, había sentadas una porción de mujeres con su tarjeta en la mano, en bancos situados en una especie de recibimiento en lo alto de la escalera.

Unos cuantos jóvenes con mandiles sobre la americana, fumaban en la sala y hablaban entre ellos, ocupándose de todo menos de las desgraciadas que esperaban su sentencia.

—¿Habéis visto *Dora Lambillot*?—preguntó un joven alto rubio, de ojos hundidos y nariz afilada.

El otro contestó.

—Sí, amigo Pitet. ¡Me he aburrido de lo lindo! ¡Esa Sarah me desesperó!

—¡La mejor artista de los tiempos modernos!

—¡Oh!

—¡No tenéis sentido dramático, querido!

Todos los estudiantes allí presentes tomaron parte en la discusión, excepto uno.

Aquel hombre alto, de cabellos rubios, cutis blanco lleno de pecas, y de aspecto brusco, recibía á las mujeres, las examinaba y las decía lo que tenían que hacer.

—¡Por ahora no! ¡Volved otro día!...

—Pero señor...

—Dejaos de peros. Os faltan aún algunos días.

Cuando tocó el turno á Teresa, se acercó ésta, más muerta que viva; la miró, lanzándo-

la en pleno rostro una bocanada de humo, y la dijo:

—¿Creeis que tan pronto?... ¡No!... ¡Id con Dios! ¡Cuando os empiecen los dolores, venid! No vamos á admitiros seis meses antes, ¿eh? ¿Dónde vivís?

—Calle del Echaudé.

—Mucho mejor. Estais cerca. No vengáis hasta el momento.

—Pero...

Teresa parecía retorcerse ya por la impresión de un sufrimiento muy vivo.

El la dijo con tono brusco:

—¡Dengües!... ¡Marchaos!... ¡Os digo que todavía no es tiempo, y sé lo que digo!

La fué preciso retirarse, medio artastrándose.

Empleó un cuarto de hora en llegar á la calle del Echaudé, en donde encontró á la portera.

—¿Qué hay?—le preguntó la buena mujer.

—¿No han querido recibiros?

—¡Me han dicho que vuelva!... ¡Y sin embargo!...

—¿Sufrís?

—¡Mucho!

En efecto, la pobre muchacha estaba verde. El sudor le caía á gotas por las sienes y respiraba con dificultad.

La portera la cogió la mano y la observó un momento.

—¡Ah, Dios mío!... ¡Imbéciles—exclamó,—si va á ser en seguida!...

Pasaba por allí un coche vacío.

Hizo seña al cochero para que se acercara.

—¡Vamos, hija mía, un esfuerzo!... ¡Venid conmigo! ¡Voy á llevaros yo y veremos qué dicen esos monstruos!

Llevó á Teresa hasta la calle, la ayudó á subir al coche, y encargando á un mozo de cuerda que conocía que cuidara de la porteria, dijo al cochero:

—Calle de la Escuela de Medicina, el edificio de enfrente, la Clínica y con cuidado, ¿eh?

Pocos minutos después la respetable señora Guignard amotinaba literalmente á la multitud en el patio de la clínica y daba gritos desahorados, mostrando su inquietud.

—¿No es una vergüenza desatender á las gentes de esta manera? —decía— ¿Para qué sirven esos holgazanes de médicos y para qué se les paga?

Las ventanas estaban abiertas, por ellas asomaban cabezas informándose del motivo de aquel escándalo.

Los dos oficinistas estaban también asomados, el más viejo dijo al compañero:

—Lo ves, ¡otro lío por causa de esos estúpidos! ¡Y éste va á hacer ruido!

Los empleados, los que pasaban por la calle, las mujeres que iban á la consulta, las que se marchaban ya con el alta y las nodrizas con sus bebés en los brazos, se apiñaban alrededor del coche que la portera había hecho entrar en el patio por fuerza, y el público, al ver aquella joven lívida, loca de dolores, que ahogaba sus quejas mordiendo un pañuelo, se ponía de parte de la enferma.

Cien voces repetían:

—¡Esto es una vergüenza, una infamia! Y los mismos internos, olvidando á *Dora* y el teatro, decían á su compañero el rubio:

—¡Buen jaleo se ha armado por culpa vuestra! No pensais más que en fumar. ¡Pues no van á hablar poco los periódicos!

Entretanto llevaban á la desgraciada Teresa á una sala, cuyo olor á fenol se hacía insoportable, y la depositaban en uno de los blancos lechos que en la sala había.

El médico, que iba de cama en cama haciendo su visita, seguido de los estudiantes y alumnas que estudiaban para comadrones, se dirigió á la cama de Teresa, pero antes de que él llegara ya estaba la cama rodeada por alumnos de ambos sexos.

El primero que se acercó dijo en seguida:

—¡Esto ya está!

Efectivamente, Teresa había dado á luz.

—¡Un niño! —dijo una alumna, joven, de unos veinte años de edad, de cara fina, que con el niño en los brazos se inclinaba hacia la enferma y, fijándose en su hermosura, sentía desde luego por ella una verdadera simpatía.

Y acercándose al oído de Teresa la dijo:

—¡No tengáis cuidado!... ¡Yo me ocuparé de vos!... ¡Conozco esto!... ¡Mi madre es comadrona; vivimos en la calle de Richelieu, y yo vengo aquí todos los días!... ¡Cuando acabemos la lección, os hablaré!

Las facciones de la enferma perdieron su rigidez.

Un bienestar desconocido había sucedido á su horrible tortura.

La señora Guignard aprovechando el barullo que había producido el haber despedido á una enferma que había dado á luz cinco minutos después en la puerta, por decirlo así, había entrado en la sala y estuvo ayudando á las mujeres que desnudaban á Teresa.

La pobre joven, libre de sus ropas, blancas como la nieve, con su niño empañado á su lado, pudo descansar al fin con los ojos medio cerrados.

La portera se acercó á ella y la dijo:

—¡Me marchol... ¡Estad tranquila!... ¡Volveré!

Una de las vigilantes, de mayor categoría sin duda que las otras, áspera y antipática, se apercibió de pronto de su presencia, que no había notado, y bruscamente la preguntó:

—Y vos, ¿qué hacéis aquí?

—¡Yo he sido quien os ha traído á esta pobre muchacha, que no habían querido recibir. ¡Esto es abominable! ¿Para quién, pues, se han hecho los hospitales más que para los enfermos?

—No habléis tan alto ó hago que os expulsen.

La señora Guignard había tenido en su juventud un carácter bastante fuerte.

Conservaba aun algo de él. Sus ojos no habían perdido su fuego, ni la lengua su soltura. Se puso en jarras y contestó:

—¡Estaría de ver eso, vieja estúpida!

Teresa oyó esto sin duda, porque abrió

los ojos y con una mirada suplicante, calmó á la respetable portera, que contestó:

—¡Bueno, bueno, dejémonos de cuestiones! ¡Cuidadme bien á esa pobre madre, que bien lo merece! ¡Adiós, pronto volveré!

Y se dirigió hacia la puerta, pero con calma, dignamente, como quien se va por su voluntad, no echado.

Teresa quedó sola, porque estar sola es encontrarse frente á frente con sus recuerdos, aun estando en medio de una multitud.

Sus pensamientos eran menos sombríos que los días anteriores.

Sin fuerzas para moverse, pero sin sufrir, libre ya de las angustias que la asaltaban antes, experimentaba un amargo goce al sentir á su lado al hijo sin padre, del cual debía ser el único sosten.

Le oprimía contra su pecho con infinita dulzura, diciéndole como si la hubiese podido entender.

—¡No temas nada; estamos solos en el mundo, pero yo velaré por tí; te defenderé! ¡Nada me arredrará cuando se trate de mi hijo!

A eso de las cinco, el encargado del registro de entradas, se presentó en la sala con un libro debajo del brazo, y pasando de un lecho al otro de las enfermas acompañado de la vigilante de servicio, llegó á la cama de Teresa.

—¿Sois vos la que ha venido esta mañana?

—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Es un niño el que tenéis?

La vigilante contestó:

—¡Ahí está!

El empleado repuso:

—¿No tiene padre?

—¡Imbécil!—refunfuñó una joven que ocupaba el lecho de al lado.—¡Todas las criaturas tienen un padre!

—Quiero decir que el padre no quiere darse á conocer—contestó el empleado.

—Ha muerto.

—¡Ah!

—Hace seis meses.

—¿Reconoció al niño?

—No.

Entonces no tenéis derecho á darle su apellido. El niño es sólo vuestro. ¿Cómo le llamaréis?

—Rolando.

—Bueno—dijo el empleado.—Decimos, pues, que se llamará Rolando Montarón, hijo de Teresa Montarón, hijo natural, bien entendido.

—¡Idiota!—repuso la vecina.—¿No son naturales todos los hijos?

—¡Silencio!—ordenó severamente la vigilante.

—Firmad—dijo el empleado, presentando una pluma á Teresa.—¿Criaréis á vuestro hijo?

—Yo quisiera, pero trabajando es difícil.

—Entonces se le pondrá en nodriza. ¿Podréis pagarla?

—Creo que sí.

—¡Bueno! ¡Mañana se verá!

El empleado se separó de la cama de Teresa, y seguido de la vigilante recorrió otras camas, tomando otras tantas notas.

Teresa quedó sola de nuevo con sus reflexiones.

Vivía como en un sueño.

Pensaba en aquel grande y soberbio castillo de la Ferté Montarón, del cual, si hubiera justicia en el mundo, la criaturita que allí al lado del corazón tenía con ella, hubiera poseído al menos un ala con una pequeña parte de las tierras del dominio, mientras que ahora estaba sin recursos, no teniendo por apoyo más que á su madre, abandonada por sus parientes, sin padre, desconocida por la condesa, aquella mujer orgullosa, ante la cual no se hubiera atrevido ni aun á presentarse.

Y le repetía con cariño:

—¡No temas nada!... ¡Aquí estoy yo... ¡Te quiero!...

Llegó la noche. A Teresa esta primera noche la pareció larga.

¡Estaba destrozada y sin fuerzas!

La parecía que no podría salir nunca de la postración en que se encontraba.

De cuando en cuando se oían quejidos de mujer ó lloros de niños que se mezclaban á las quejas de las madres.

Teresa no se atrevía á cerrar los ojos, de miedo á ahogar á la criaturita, que á cada instante aproximaba á su seno, y de la que forzosamente había de separarse al día siguiente por la mañana.

¿A dónde la llevarían?

Esta era su mayor preocupación.

Hubiera querido tenerla á su lado. ¿Pero cómo arreglarse?

Estaba tentada de cogerla, irse con ella á Sologne, como pudiera, y arrojarse á los pies de su madre! Pero la idea de su deshonra y de las desgracias de que era ella causa, la detenían.

¡No, decididamente no tenía valor para hacerlo!

En París al menos no la conocían.

Cuando llegó el día, los pensamientos de la joven madre eran menos sombríos.

Perdieron en tristeza á medida que la luz se hizo más clara.

La noche engendra los fantasmas: la aurora los disipa.

Teresa pensó en que iba á volver á ver á la joven que con tanto cariño la había hablado cuando había entrado en la clínica.

Después de la lección, había vuelto, como la había prometido, para decirle:

—¡No decidáis nada respecto á vuestro hijo! ¡Yo me ocuparé de eso esta noche!

Y con una sonrisa afectuosa, había añadido:

—¡Hasta mañana!

Principiaron á entrar en la sala las enfermeras, los mozos encargados de la limpieza empezaron á abrir las ventanas para purificar la atmósfera fumigando con fenol, limpiando el polvo y prestando á las enfermas los primeros cuidados del día.

Después entraron los internos con sus trajes de trabajo y sus mandiles y por fin llegó el médico seguido de su procesión de estudiantes y de aprendices de comadrones.

Entonces Teresa volvió á ver á la joven del día anterior, la cual, acercándose á la cama, la dijo:

—¡Mi madre se ha ocupado de vos; ya ha encontrado una buena mujer que se encargará de vuestro hijo. No es de lejos de aquí, de Seine-et-Oise, cerca de Rambouillet. Podrís ir á verla. Cuida á las criaturas muy bien... Pero es algo cara... treinta y cinco francos mensuales por todo. ¿Podrís pagarlos?

—Sí... ahora no tengo casi dinero, pero en cuanto esté bien, iré al correo y cobraré una cantidad. ¡Con eso pagaré á la nodriza!

Teresa pensaba en los cien francos que había pedido al cazador de topos y no dudaba que se los enviaría.

Así podría pagar los primeros meses y después esperaba que Dios no la abandonaría.

—Decid que ya tenéis quien se encargue de vuestro hijo—repuso la joven—y no cedáis á las instancias de nadie... ¡Si supiéseis!...

Quiso decirle:

—¡Si supiéseis qué desgraciadas son las criaturas que se entregan á mujeres á quienes no se conoce!

Y añadió:

—La nodriza vendrá mañana.

Al día siguiente era jueves.

Los jueves y los domingos pueden visitar á los enfermos sus parientes y amigos.

A mediodía principió el desfile.

Hubo una concurrencia grande de toda clase de gentes, pero sobre todo de gentes pobres, que iban por las salas en busca de un número.

A la puerta de los hospitales se abdica de su personalidad.

Se convierte uno en una simple cifra, en un número, como en las prisiones.

Teresa se había hecho en pocas horas indiferente á las humillaciones, á los rozamientos y á los ultrajes al pudor á que están expuestas las pobres jóvenes que, como ella, reciben asilo y cuidado á condición de servir para los experimentos y estudios científicos de los profesores y de sus discípulos.

Teresa no pensaba en nada más que en su hijo y en el porvenir.

A las dos llegó la señora Guignard, como había prometido, y se instaló á la cabecera de la cama de su inquilina.

—No hubiera faltado por un imperio—dijo.

—Para que no viniera hubiera sido preciso que me hubiera roto las piernas. ¿Vamos mejor?

—¡Oh! Sí.

—¿Veis?... ¡Con ánimo se hace uno á todo! Adivinad quien ha quedado al cuidado de la portería, porque, como sabéis, no se puede dejar la casa sola. ¡Hay tantos bribones en París.

—¿El señor Quillet?

—¡Justamente! ¡El señor Quillet en persona! Llegó muy asustado. Os quiere, estoy segura de ello. Y me dijo: «Señora Guignard, id á ver á esa pobre joven y traedme noticias de de ella».

—¡Rogadle que me busque una colocación!

—¡No desea otra cosa! ¡Tratará de hacérselo, sobre todo, si se la pedís vos misma!... ¡Pero la pintural...

Teresa miró á su hijo.

—No tengo tiempo de estudiar ni de esperar.

—¿Por el pequeño?

—¡Sí, por el pequeño!

—Será preciso no estar aquí mucho tiempo, querida—dijo la portera.—Se está mejor en la calle del Echaudé.

Miró al niño, que dormía.

—¡Es robusto!—dijo.—¿Pero qué va á ser de él? Necesita nodriza.

Justamente en aquel momento se presentó la joven que se había encargado de esto, acompañada de una aldeana de unos cincuenta años de edad, muy fresca, muy limpia y de cara agradable.

—Esta es la persona de que os he hablado—dijo á Teresa.—El ajuste está hecho. Es una buena mujer. Mi madre la conoce desde hace años. Cuando ya estéis bien la pagaréis el primer mes.

La aldeana la dió algunos detalles de su persona.

Era viuda; tenía su casita, unas tierrecitas y un huertecito, y vivía con su hija cerca de la aldea de Fontaine, próxima á Rambouillet.

Tenía seis niños en su casa y los criaba con biberón, con leche de sus vacas.

Dos días antes había ido á ver á la señora Firmin, comadrona que vivía en la calle de Richelieu, y á quien conocía desde hacía muchos años, para pedirle un niño.

La gustaba tener completo el número.

La señora Firmin la había hablado de la

joven y de su hijo, por quienes se interesaba su hija.

Y ella se encargaba del pequeño.

—¡Tal vez su nacimiento no sea muy católico— dijo riendo, —pero es preciso criarlos, y éstos son muchas veces á los que más se quiere!

Dió sus señas á Teresa, que la dió en cambio las suyas y cogió el niño.

—¡Hermosa criatura— dijo, —pero también tiene una madre hermosa!

La separación costó lágrimas:

Teresa besó con una especie de furor á aquel Rolando, cuyo nombre la recordaba al amante á quien veía siempre sonriéndola, hablándola con ternura, alegremente, con su ligereza indiferente de joven rico, para el cual la vida no tiene más que placeres.

¿Qué pensaría él desde el fondo de la tumba en que yacía, si nuestras almas se ciernen en el aire y ven lo que nos sobrevive, al ver á aquella á quien amaba, en un lecho de un hospital, y al hijo de su amor entregado á una aldeana desconocida, porque la madre se veía obligada á ganarse el pan y la necesidad la quitaba hasta el derecho de dar su leche á su hijo?

Ocultó la cabeza entre las manos y empezó á llorar.

—Vamos— la dijo la aldeana con cariño, —no lloreis. Ya ireis á verle cuando esteis bien. Os recibiremos como amigos. Os lo cuidaremos mucho. ¡Animo, que todo irá bien, ya vereis!

La aldeana se marchó llevándose al niño.

que se llevaba consigo parte del corazón de su madre, y esta la envió un beso.

Poco después llegó la mujer del pintor con su hija, y allí, en ausencia del marido, la señora Krug desahogó su corazón.

Los negocios iban de mal en peor.

Casi la pesaba haber abandonado la casa de la calle de Echaudé; pero Krug se obstinaba más que nunca en su pintura, que no le producía nada.

En los primeros días habían tenido algunas ilusiones, y después, como siempre, nada había ido en su auxilio.

Hubiera hecho mejor en dedicarse á mozo de cuerda.

Todo era preferible á abrigar esperanzas que resultaban siempre fallidas.

—¡Yo no digo nada delante de él— concluyó diciendo la pobre mujer, porque temo disgustarle; pero él vé bien que yo no estoy contenta!

—¡Pobre hombre, y es un talento!— pensó Teresa.

¿Comprendió la señora Krug lo que pensaba Teresa?

Tal vez, porque replicó:

—¡Sí, el talento es bueno, pero es triste morir de hambre!

La suiza se expresaba con dulzura.

Quería á su marido, no cabía duda; pero al ver que su hija carecía de todo lo que necesitaba para restablecerse, se irritaba contra un arte, que puede dar la gloria y la fortuna, pero que hasta entonces no les había causado

más que decepciones haciéndoles vivir en una estrechez vecina de la miseria.

Cuando Teresa se encontró sola, privada de su hijo, pero feliz al saber que estaba bien colocado, la fatiga triunfó de sus preocupaciones y de sus inquietudes por el porvenir.

A pesar de los gritos desgarradores que se oían de cuando en cuando y del ruido que hacían alrededor de ella, un sueño de plomo cerró los ojos; echó la cabeza sobre la almohada dura como una piedra, y se durmió hasta el día siguiente.

XVI

Un ricón del paraíso.

En otros tiempos producía un terrible espanto esta palabra; el presidio. Evocaba en seguida la idea de un recinto cercado por murallas que no se podían franquear y en cuyo dintel se dejaba la esperanza.

Capataces terribles, que tenían derecho de vida ó muerte sobre los penados que vigilaban; hombres separados del mundo, vestidos con la librea del erímen, atados por parejas trabajaban bajo el látigo del amo, como el buey de labor trabaja bajo el aguijón del mozo de labranza, he aquí lo que se veía allí.

Sin contar con la marca indeleble que hacia del penado un ser aparte sobre quien se grababa su infamia con hierro candente.

En este fin de siglo estamos por las dulzuras y hemos cambiado todas esas cosas.

Con raras excepciones, el valiente que asestina á un transeúnte en los boulevares exteriores, pasadas las diez la noche, para despojarle de un reloj de níquel ó de una moneda de cinco francos que lleva en el bolsillo, paga con hacer un viaje de recreo en un barco del gobierno y vivir después en una isla en donde á menos de recomendación especial, el gobernador le recibe como á un amigo y se esfuerza por procurarle un buen rancho y algunas distracciones para dulcificar los aburrimientos del destierro.

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO DE VEGAS"
Año 1923

más que decepciones haciéndoles vivir en una estrechez vecina de la miseria.

Cuando Teresa se encontró sola, privada de su hijo, pero feliz al saber que estaba bien colocado, la fatiga triunfó de sus preocupaciones y de sus inquietudes por el porvenir.

A pesar de los gritos desgarradores que se oían de cuando en cuando y del ruido que hacían alrededor de ella, un sueño de plomo cerró los ojos; echó la cabeza sobre la almohada dura como una piedra, y se durmió hasta el día siguiente.

XVI

Un ricón del paraíso.

En otros tiempos producía un terrible espanto esta palabra; el presidio. Evocaba en seguida la idea de un recinto cercado por murallas que no se podían franquear y en cuyo dintel se dejaba la esperanza.

Capataces terribles, que tenían derecho de vida ó muerte sobre los penados que vigilaban; hombres separados del mundo, vestidos con la librea del erímen, atados por parejas trabajaban bajo el látigo del amo, como el buey de labor trabaja bajo el aguijón del mozo de labranza, he aquí lo que se veía allí.

Sin contar con la marca indeleble que hacia del penado un ser aparte sobre quien se grababa su infamia con hierro candente.

En este fin de siglo estamos por las dulzuras y hemos cambiado todas esas cosas.

Con raras excepciones, el valiente que asestina á un transeúnte en los boulevares exteriores, pasadas las diez la noche, para despojarle de un reloj de níquel ó de una moneda de cinco francos que lleva en el bolsillo, paga con hacer un viaje de recreo en un barco del gobierno y vivir después en una isla en donde á menos de recomendación especial, el gobernador le recibe como á un amigo y se esfuerza por procurarle un buen rancho y algunas distracciones para dulcificar los aburrimientos del destierro.

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO DE VEGAS"
Año 1923

Los asesinos están bien allí.

Y hasta podemos decir que están muy bien.

La mitad de los obreros del Sena se considerarían felices al ser trasportados á aquellas latitudes, con el apoyo del gobierno.

El mismo día en que Teresa de Montarón se separaba de su hijo, á eso de las cinco de la tarde, dos hombres se paseaban por el puerto de Noumea.

Eran el vizconde Felipe de Fleuse y Guillermo de Montarón; pero el hermano de Juan de Montarón, de acuerdo con su compañero de viaje, había juzgado oportuno cambiar de apellido, para no dar la voz de alerta á las autoridades respecto á sus proyectos.

El vizconde Felipe de Fleuse, capitalista en busca de alguna operación que intentar, personaje considerable por los cien mil francos de que era portador, hacía pasar á Guillermo por uno de sus parientes, aventurero como él y de su mismo apellido.

Aquel día los dos compañeros estaban preocupados.

Habían seguido el consejo del marinero de la cantina de Rochefort.

Después de la salida del transporte del Estado el *Garonna* habían tomado el camino de Marsella, llegando allí en el momento preciso en que el vapor de las Mensajerías que hacía el servicio de Nueva Caledonia iba á partir.

Habían tomado pasaje en él, y después de una travesía feliz de treinta y cinco días habían desembarcado en Noumea.

El vizconde de Fleuse y su pariente, perfec-

tamente vestidos, alojados en el círculo, porque hay un círculo en Noumea que tiene hotel, habían sabido conquistarse en pocos días, con sus buenos modales, las simpatías de la mayor parte de los funcionarios y de los colonos.

Guillermo Montarón hablaba poco; pero el vizconde, espiritual, instruido, hablador como la mayor parte de los cazadores—ya sabemos que había sido toda su vida un ferviente discípulo de San Huberto,—sabía chascarrillos y anécdotas para hacer pasar agradablemente el rato muchas noches.

Hacia tres semanas que había desembarcado en Noumea y ya había encontrado medio de ponerse al corriente de lo que pasaba en la colonia, de sus recursos y de su porvenir.

Conocía sus costas, el interior, á los habitantes, á los presidiarios notables, á los industriales, á la guarnición y sobre todo á las autoridades civiles y militares.

De Fleuse tenía la Caledonia al dedillo. La había visitado á caballo, en barco, á pie y hasta en coche, allí donde había carreteras.

Había ido á Bourail, á Gamez, á Mandu, por todas partes en donde había un establecimiento.

Un patrón de una barea se había arreglado con él y había puesto la «embarcación» á sus órdenes, por la módica suma de veinticinco francos diarios.

Era una embarcación ligera, con la que se podía ir á la Australia y desembarcar en Sydney ó en Brisbane.

La tripulación se componía del patrón y de cinco marineros.

Bajo el pretexto de buscar terrenos que adquirir y visitar las costas de la isla, sus ensenadas, sus pastos y sus bosques, el vizconde y su compañero se habían hecho unos verdaderos navegantes.

Era indudablemente el mejor medio de conocer la Caledonia.

Pero ya su decisión estaba tomada.

Sus esperanzas de establecimiento se habían desvanecido.

Las exploraciones á que se habían entregado, con el interés de aventureros que corren tras la fortuna, habían tenido una conclusión desanimadísima.

Allí no había nada que hacer.

¡Nada!

Podía uno fijar su residencia en la isla y vivir bien en ella, pero no podía enriquecerse.

Si se trataba de minas, estaban concedidas á capitalistas de París.

Las mejores tierras estaban dadas ó vendidas «por nada» á privilegiados de la misma índole que se reservaban venderlas ó explotárselas á su elección.

Dos poderosas Sociedades habían acaparado un territorio enorme y se veían apuradas para salir adelante.

Los dos recién llegados estaban, pues, decididos á abandonar al gobernador, á sus comensales del círculo y á los amables oficiales de infantería de marina, que les habían hecho una cordial acogida; pero no decían nada, y parecían que seguían buscando el medio de crearse una posición.

Los dos se entendían admirablemente.

Durante la larga travesía se habían unido de tal modo aquellos dos hombres, tan diferentes, sin embargo, en educación, que habían aprendido á conocerse el uno al otro.

El común destierro á que se condenaban voluntariamente, formaba entre ellos un lazo sólido que cada día se apretaba más.

Sabían apreciar mutuamente su fuerza de resistencia, su valor y el fondo de honradez que caracterizaba á los dos.

Aquel día sus reflexiones eran tristes.

En realidad lo que veían á su alrededor al pasearse por aquella capital de la deportación, no era para animar.

Noumea es ciertamente el sitio más estéril y peor de la Caledonia. Sólo su rada es soberbia.

En el mar, allá en lontananza, una especie de cinturón de rocas se eleva por encima de las aguas.

Estas rocas son de coral y constituyen la mejor defensa de aquella isla singular, en la que no es posible entrar más que por ciertos pasos muy conocidos por los pilotos.

La barca imprudente que navegara al azar, se destrozaría como un cristal contra aquella muralla natural, ó se iría á pique desfondándose al chocar con las puntas que surgen de todas partes.

El aspecto de la ciudad es poco agradable.

Una multitud de casas de madera formando calles tiradas á cordel; tejados de zinc, barracas, tiendas portátiles, alguno que otro jardín plantado de adelfas, y dominando todo esto el

palacio del gobierno, una barraca algo más grande que las otras, la casa del obispo y el hotel del comandante militar.

Todo alrededor pantanos, y el llano arenoso y húgubre.

En las calles, funcionarios, pequeños comerciantes, casi todos penados cumplidos ó indultados; militares y canaques, hombres y mujeres, transformados en criados.

Y entremezclados hombres con blusa y pantalón de tela gris; sombrero de paja ó de junco, acompañando niños, con su cesta al brazo en busca de provisiones, ó con el zacho del jardinero al hombro.

Estos son penados transformados en lavanderos, en nodrizas, en cocineros ó en jardineros.

Nadie los desprecia por crímenes que la expiación borra y de los que, al cabo de algunas semanas, apenas se acuerda nadie.

Se les vé pescando con caña ó paseando tranquilamente con las manos en los bolsillos.

Y en el mercado una afluencia considerable de langostas, de pescados variados, de tortugas enormes, de frutas y de legumbres, entre las que dominan los ananás, que allí se crían silvestres como la hierba en los prados de Normandía.

Aquel día, la afluencia de ciudadanos en el puerto era más considerable que de ordinario.

La llegada de un paquebot que viene de la madre patria, es siempre un acontecimiento importante para una colonia.

El *Garona* debía haber llegado hacía dos ó tres días.

Se había retrasado.

El zueco, como le había calificado el individuo de la cantina de Rochefort, no desmentía su enojosa reputación.

Pero todo tiene su fin.

A cosa de las tres, un pescador que había entrado por los pasos de San Vicente, afirmaba haber distinguido en el horizonte un barco que, á juzgar por sus dimensiones, no podía ser otro que el *Garona*.

La noticia, que se esparció en seguida, vació las casas de la ciudad.

La primera persona de alguna importancia que se unió al vizconde de Fleuse y á Guillermo en el puerto, fué un hombrecillo de unos cincuenta años, de aspecto jovial, bien puesto, con traje de verano, un terno de rayadillo, sombrero de paja y bastón.

Examinó un momento los barcos de pesca que estaban anclados, un aviso del Estado que iba y venía por la rada, y después se acercó á los dos amigos, á quienes saludó con mucha cortesía y preguntó:

—¿Son ustedes los señores que han llegado de Francia hace unos días?

En efecto, caballero—contestó el vizconde—y vos?

—Yo también he venido de allí; pero hace mucho tiempo...

Dijo su nombre.

Los dos compañeros se estremecieron ligeramente.

Su nombre era el de un célebre envenenador.

—Soy farmacéutico en la ciudad—añadió.
—Tal vez hayáis visto mi laboratorio y mi almacén en la calle de Solferino.

—En efecto. ¿Y lo pasáis bien en Noumea?

—Soy uno de sus primeros colonos y no lo paso mal; de todos modos, tendría que conformarme, porque no tengo más remedio que estar aquí.

—¡Ah!

—Sí, fui condenado a quince años de trabajos forzados y me indultaron al cabo de los diez meses. Necesitaban de mis servicios... Antes de mi accidente era farmacéutico en París. Tal vez hayáis oído hablar de mi asunto. Tuvo una cierta resonancia.

—Puede ser... ¿Qué fue lo que hicisteis?

—¡Oh! nada de extraordinario... Mi mujer tenía un amante... Ese amante era uno de mis amigos... Como sabéis, siempre suceden así esas cosas. Un día les serví en el desayuno, en una taza de excelente moka, unos polvos compuestos por mí. Yo contaba con que no se descubrirían las huellas... Me equivoqué... Todo el mundo se equivoca... Murieron. Empezaron las persecuciones, la detención, el informe de los peritos, la condena y el transporte á la Nueva Caledonia... Al cabo de seis meses estaba ya establecido en la mejor calle y tenía la clientela de toda la buena sociedad, incluso el gobernador. Como os he dicho, me indultaron. Ejercí mi profesión tranquilamente. En estos momentos no hay enfermos... El clima es muy sano...

—¿No deseáis volver á Francia?

El farmacéutico movió la cabeza.

—Ya me he habituado á esto. Además, cuando es uno indultado ó ha concluído el tiempo de condena, todo lo que gana es la libertad... No puede abandonar la isla... Es preciso quedarse aquí... No se está del todo mal en ella.

Guillermo Montarón pensaba en su hermano.

Cumplidos los diez años porque había sido condenado, debería pasar el resto de su vida lejos de los suyos.

Dirigió una mirada de inteligencia á su compañero.

El vizconde sonrió.

Su plan estaba ya trazado.

El farmacéutico continuó:

—Si uno quiere escaparse, no es tan difícil. Con un poco de astucia se consigue. La costa de Australia no está lejos. Lo importante es tener un poco de metal en el bolsillo.

Extendió la mano hacia las barracas del puerto.

—Para escapar, basta entenderse con el patrón de uno de esos barcos. Franqueados los estrechos en una pequeña embarcación, en una simple cáscara de nuez, un pescador con un pedazo de lona y algunas provisiones, os conduce adonde queráis en pocos días. Sería raro que os dieran alcance. Lo penoso es salir de los arrecifes de coral de que la isla está rodeada. Yo, si hubiera querido, hace tiempo que hubiera tomado el portante, pero no quiero; me encuentro bien aquí.

Se interrumpió:

—Me han dicho que sois capitalista y que venis para estableceros en el país. No es eso lo que aquí os trae supongo yo, ¿eh?

—Sí.

—¿Queréis ganar mucho dinero?

—Por todos los medios posibles, decorosos, se entiende.

El farmacéutico movió la cabeza.

—No lo hay, —dijo.

—Bah!

—Como os lo digo.

—La isla es fértil, sin embargo.

—Sin duda alguna. La ciudad es la sola excepción de la regla.

Mostró con el dedo ensayos de jardines, embriones de plantaciones de arbustos, de cocoteros, y repuso:

—Ya veis lo que aquí puede hacerse; pero á una cierta distancia encontraréis una vegetación soberbia, predios interminables, bosques frondosos. También hay minas de cobre, de níquel, y ¿quién sabe? tal vez haya de oro. Con un poco de industria, puede bastarse por sí sola para mantener á sus habitantes. En ciertos sitios los cafetales prosperan y el tabaco es excelente.

Luego puede hacerse algo—objetó de Fleuse.

El farmacéutico tuvo una sonrisa equívoca.

—Algo, si—dijo,—pero no fortuna. Todos los que lo han intentado han tenido que recoger velas...

—¿Por qué?

—Por mil razones difíciles de explicar. Los

unos por falta de dinero, los otros por falta de valor, todos por falta de paciencia. Se necesitan años de perseverancia, y en nuestros días queremos enriquecernos en pocos meses. Si no se tratase más que de vivir, es otra cosa. Miradme á mí: yo vivo de mi profesión, de mis clientes, vivo bien y vivo con poco. No se puede ser exigente en un país nuevo como este. Un chalet de montañés, una habitación para dormir, un mosquitero para evitar las picaduras de una infinidad de animalitos, algunos sneldos para ir á la compra, y está uno corriente. El mejor oficio es el de prestamista. ¿Queréis dedicaros á él?

—No.

—Pues bien, para los otros hay las dificultades que os he dicho. Faltan brazos. ¿Queréis la prueba? Mirad.

Desde hacía algunos instantes, habia en el puerto un gran movimiento.

La llegada del *Garona* no era ya solamente una esperanza, una probabilidad. Era una certeza.

Del otro lado del estrecho de Dumbea se veía distintamente un largo rastro de humo negro.

Una procesión de autoridades se acercaba y algunos colonos bien vestidos, ingenieros ó grandes propietarios, rodeaban á un personaje evidentemente más importante que los otros.

—El gobernador—dijo el antiguo forzado—designando á un caballero joven, muy vivo, que iba al lado de aquel jefe y hablaba con animación.

Y añadió:

—Ese es el director de Mandu, un antiguo oficial, buen muchacho, muy inteligente y espiritual. Viene á hacer su elección en el convoy del *Garona*. Le dan hombres para sus ingenios y sus fábricas. También se los dan á Gomen y á los demás industriales.

Les explicó que Mandu era el establecimiento más importante de la isla; que se criaban allí una cantidad enorme de reses; que además la sociedad compraba otras en la colonia y fabricaba conservas para el Estado; que á pesar de todo, sus negocios no marchaban muy bien; que los condenados que tenían la suerte de ir á Mandu eran mejor tratados que los otros; que estaban bajo la custodia de un solo vigilante y que tenían todas las facilidades imaginables para evadirse.

En aquel momento hubo un pequeño alboroto entre la abigarrada multitud que cubría el paseo del puerto.

Los penados, vestidos de tela gris, los chiquillos que hacían estanques ó construían reductos en la arena, los tenderos, los periodistas—porque en Noumea se publican dos periódicos, *La Caledonia* y *La Francia Austral*—y los mismos funcionarios lanzaron un grito:

—¡Ahí está!

Era el *Garona*, en efecto.

Había franqueado el estrecho bajo la dirección de un piloto y avanzaba con una majestuosa lentitud por la rada hacia el puerto, donde no entró hasta la puesta del sol.

En el momento del desembarque hubo cierto desorden.

Unos cien forzados, pálidos, estenuados, de cara brutal, innobles la mayor parte, desfilaron por delante del gobernador y los oficiales superiores encargados del mando de la colonia.

El director de Mandu presenciaba el desfile y designaba los condenados que le convenían.

El vizconde y Guillermo se habían aproximado tanto como se lo había permitido la apiñada multitud.

Juan Montarón apareció uno de los últimos.

Estaba delgado, feroz, sombrío.

Aquella travesía de dos meses entre compañeros que le horrorizaban, bajo la disciplina de á bordo y el látigo por decirlo así, de los vigilantes, había agriado profundamente su carácter altivo é indómito.

Cuando vió á su hermano, cuya mirada le ordenaba el secreto, su rostro varonil se trasfiguró.

Una sonrisa asomó á sus labios y su paso se hizo más seguro y más franco.

—¡Buen mozo!—dijo el director de Mandu—y que me conviene. ¿Me quedo con él, señor gobernador?

—Como queráis.

—Convenido.

Se dirigió al condenado.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó.

Juan, antes de contestar, se volvió hacia su hermano.

Guillermo le aconsejó con una guiñada que contestara.

Esta seña fué imperceptible.

—Juan Montarón—contestó el penado.

—¿Qué habéis hecho?

El gobernador contestó por él:

—Se trata de un crimen pasional, un asesinato... asunto oscuro... Es un condenado interesante.

—Me quedo con vos. No seréis desgraciado con nosotros. Iréis á Mandu dentro de dos días... el tiempo necesario para llenar las formalidades.

Juan Montarón no contestó.

Se inclinó.

El vizconde y Guillermo habían recogido con desdén aquellas palabras.

El vizconde se acercó al director de Mandu, á quien había conocido en el círculo.

—Hacéis una buena adquisición—le dijo.

—¡Ya lo creo!

Terminada la presentación, la columna de condenados dió media vuelta.

Peró en el momento en que atravesaba por entre la multitud, en la oscuridad que iba espesándose, Juan se sintió cogido por un brazo y una voz le dijo con rapidez al oído estas palabras:

—Vete á Mandu... Allí, observa todo. Estamos aquí por tí... Te sacaremos... Estáte alerta día y noche.

Al mismo tiempo una mano buscaba la suya y la estrechaba enérgicamente.

Era la de su hermano.

XVII

Encuentro.

El cinco de mayo, á cosa de las ocho y media de la mañana, una joven muy aseada, se presentó en la administración de correos de la calle de Juan Jacobo Rousseau y preguntó con timidez á un empleado que pasaba:

—La lista de correos, ¿me hacéis el favor, caballero?

—Allá, al rincón... ¿veis?

La voz de la joven estaba ligeramente conmovida.

Era que se encontraba en un estado de ansiedad horrible.

Era Teresa Montarón, pero Teresa muy pálida todavía, como una convaleciente que acaba de salir de una larga enfermedad.

Sus recursos estaban agotados y la carta que iba á buscar era su salvación, por decirlo así, y la del pequeño Rolando á quien tanto quería.

En el momento en que entró en la sala que le había indicado el empleado, un cierto número de personas hacían cola en las taquillas hablando con los empleados.

Sobre uno de los ventanillos leyó un rótulo que decía:

VALORES

Allí no esperaba nadie.

Esta seña fué imperceptible.

—Juan Montarón—contestó el penado.

—¿Qué habéis hecho?

El gobernador contestó por él:

—Se trata de un crimen pasional, un asesinato... asunto oscuro... Es un condenado interesante.

—Me quedo con vos. No seréis desgraciado con nosotros. Iréis á Mandu dentro de dos días... el tiempo necesario para llenar las formalidades.

Juan Montarón no contestó.

Se inclinó.

El vizconde y Guillermo habían recogido con desdén aquellas palabras.

El vizconde se acercó al director de Mandu, á quien había conocido en el círculo.

—Hacéis una buena adquisición—le dijo.

—¡Ya lo creo!

Terminada la presentación, la columna de condenados dió media vuelta.

Peró en el momento en que atravesaba por entre la multitud, en la oscuridad que iba espesándose, Juan se sintió cogido por un brazo y una voz le dijo con rapidez al oído estas palabras:

—Vete á Mandu... Allí, observa todo. Estamos aquí por tí... Te sacaremos... Estáte alerta día y noche.

Al mismo tiempo una mano buscaba la suya y la estrechaba enérgicamente.

Era la de su hermano.

XVII

Encuentro.

El cinco de mayo, á cosa de las ocho y media de la mañana, una joven muy aseada, se presentó en la administración de correos de la calle de Juan Jacobo Rousseau y preguntó con timidez á un empleado que pasaba:

—La lista de correos, ¿me hacéis el favor, caballero?

—Allá, al rincón... ¿veis?

La voz de la joven estaba ligeramente conmovida.

Era que se encontraba en un estado de ansiedad horrible.

Era Teresa Montarón, pero Teresa muy pálida todavía, como una convaleciente que acaba de salir de una larga enfermedad.

Sus recursos estaban agotados y la carta que iba á buscar era su salvación, por decirlo así, y la del pequeño Rolando á quien tanto quería.

En el momento en que entró en la sala que le había indicado el empleado, un cierto número de personas hacían cola en las taquillas hablando con los empleados.

Sobre uno de los ventanillos leyó un rótulo que decía:

VALORES

Allí no esperaba nadie.

Se acercó.

El empleado, que estaba leyendo un periódico tranquilamente, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué queréis?

—Una carta.

—¿A nombre de quién?

—De Teresa Montarón.

—¿Cómo decís: Montperon... Montbaron?

—Teresa Montarón.

—Habláis tan bajo... Ya he entendido. ¿Sois

Teresa Montarón?

—Sí, señor.

—¿Quién me lo prueba?

—Os lo juro.

—Palabras. ¿Tenéis cartas?

—No, señor.

—¿Un talón de contribución?... ¿Un recibo del casero?

—Pero...

—No hay pero... ¿Lo tenéis?... ¿O dos personas que atestigüen que sois quien decís?

Teresa balbuceó:

—Las tendría...

—Pero exige tiempo, y eso es lo que os contraría, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿No tenéis medio de poder esperar?

—¿Decís?

—Vaya, no andemos con rodeos... ¿Es que os hace mucha falta?

—No soy rica, en efecto.

—¿Y tenéis necesidad absoluta de vuestra correspondencia y de lo que contiene?

—Es verdad.

Sin dejar de hablar, el empleado, que no tendría más de treinta años, miraba en un montón de cartas si había alguna para la persona indicada.

La fisonomía del empleado era tan brusea como su voz; pero los bruscos tienen á veces buenos sentimientos.

Sin duda encontró lo que buscaba, porque se detuvo de pronto, repitiendo: «Teresa Montarón».

Y observó:

—Está malísimamente escrito. No es con ningún pendolista con quien tenéis asuntos. ¿Qué es lo que hace ese buen hombre?

—Es cazador de topos—contestó Teresa.

El empleado se echó á reír.

—¡Eh! ¡eh!—dijo.—He ahí un oficio que no puede tenerlo todo el que quiere. ¿Luego hay topos en vuestro país?

—¡Ya lo creo!

—¿Es vuestro padre tal vez ese hombre?

—No, señor; es un amigo.

—¿Dónde reside?

—En San Maximino, en Sologne.

—No conozco esa capital. ¿Hacia dónde es?

—Hacia Romorantin.

—Bueno.

La carta llevaba, en efecto, el sello de Romorantin.

—¿De modo—repuso—que no tenéis ninguna de esas cosas que os he pedido? ¿Ni talón, ni recibo, ni testigos?

—Yo no sabía...

—Es preciso saber... ¿Y necesitáis el dinero?

—¡Oh! sí,

—Tenéis la suerte de que no hay ahí nadie y que yo estoy solo en la oficina. Debía no entregárosla, pero voy á comprometerme por vos... Tomadla...

La entregó la carta, y presentándola un libro, la dijo, indicando con el dedo un cajetín:

—Firmad aquí y marcháos... Veo que sois sincera... De no ser así, no me hubiérais dicho que vuestro amigo es un cazador de topes.

Se hechó á reír de nuevo.

—¡Oh! señor, sois muy bueno, y os doy las gracias—dijo Teresa.

Cogió la carta y se fué.

El empleado quedó diciendo para sí:

—¡Qué mujercita tan encantadora! No he tenido corazón para negarme á darla la carta.

Teresa había dado algunos pasos y se había parado cerca de otra taquilla donde había mucha gente.

Había roto el sobre de la carta para asegurarse de lo que contenía, cuando de pronto bajó á toda prisa el velo del sombrero.

Una joven vestida de negro, pero de una suprema elegancia en su traje de luto, acababa de ponerse de codos en la tabla del ventanillo, y preguntaba:

—¿Hay alguna carta para...?

—¿Para quién?

—Para la señorita Tres Estrellas.

—¿De dónde la esperáis?

—De América.

—Sí, aquí está.

El empleado entregó á la joven un enorme sobre, diciendo:

—Pero esto no es una carta, es un volumen.

Y exclamó:

—¡Otro!

Teresa seguía sorprendida.

La enlutada era Fernanda de Corbiere.

¿Qué intriga podía tener ella, que iba también á buscar su correspondencia á la lista de Correos?

¿Por qué se ocultaba?

Su fisonomía era tan casta, sus ojos tan limpidos, que ni por un momento la ocurrió á Teresa la idea de una falta; por el contrario, se dijo:

—¡Alguna buena obra, sin duda!

Cuando salió de la sala, vió á la señorita de Corbiere que montaba en un coche de punto, sola, y se alejaba de prisa hacia la calle de San Honorato.

Teresa se paró en la entrada del Correo y concluyó de romper el sobre.

Había pedido cien francos á su amigo y éste le enviaba doble, con una carta en la que la decía:

«Mi pobre Teresa:

«Veo que no eres feliz y que nada te ha salido bien hasta ahora.

«Eso no es extraño.

«No podía ser de otro modo.

»Es preciso esperar que las cosas cambien para ti.

»Haz todos los esfuerzos que puedas, porque yo no podría ya enviarte gran cosa.

»Los doscientos francos que te envío son todo lo que me quedaba.

»A tu hermano Guillermo le di también algo cuando marchó, y uno de estos días pasados entregué quinientos francos á un acreedor impaciente y malo que no quiere seguir prestándolos.

»Yo no sé lo que va á suceder aquí.

»Por mí no me queda absolutamente nada, pero no me apuro.

»Por quienes temo es por tu madre y tu hermano Pedro.

»Se necesitarían más de quince mil francos para pagar todas las deudas, y nadie quiere darlos, aunque las garantías sean buenas, porque la Boca del Lobo vale el doble y más, aunque no sean una gran cosa las tierras.

»Así nos encontramos.

»Te digo las cosas como son, sencillamente.

»Yo hubiera ido á buscar un amanuense, al maestro de escuela, por ejemplo; pero prefiero que nadie sepa nuestros asuntos.

»No hay noticias de tus hermanos, y como comprenderás en tu casa están muy tristes.

»Me he encontrado el otro día con el bribón de Barassón, que me ha dado algunas noticias.

»Parece que se trata de casar á la señorita de Corbière con uno de sus vecinos de París, muy rico y algo pariente suyo.

»Esperan á que concluya el lato de las seño-

ras del castillo para la boda, y aun puede ser que sea antes.

»Dime si las cosas han pasado bien.

»Me alegraría saberlo.

»Puedes confiarme tus secretos; ya sabes que yo no digo nada á nadie.

»Es una gran desgracia que Rolando de Corbière haya muerto.

»Nadie me quitará de la cabeza que era un buen corazón, y me pregunto cómo la condesa ha podido tener unos hijos que se le parezcan tan poco.

»Lo mismo sucede con la señorita Fernanda.

»Yo la conozco poco, pero me figuro que es buena y que no será ella quien os desee mal alguno.

»Solo que es demasiado joven para obrar con arreglo á sus sentimientos.

»Si viviese el capitán, ¿hubiera tenido corazón para abandonarte así como á su hijo?

»Pero son cosas de las que no debemos ocuparnos más.

»He empleado un día entero en escribirte esta carta. Me figuro que te costará á ti más trabajo leerla que me ha costado á mí escribirla. Pero la entenderás.

»Lo importante es que sepas que aquí te quiere todo el mundo y yo en particular.

»Te abrazo y me parece verte sonreír dándome las gracias.

»Vá! Eso no vale la pena. Tengo más satisfacción en enviarte ese dinero que tú tendrás en recibirlo.

»Por desgracia mi bolsillo está ya vacío y se necesitará un milagro para llenarlo.

»Animo, pobre hija mía. Dios es justo y os ayudará á todos.

»Tu buen amigo,

»EL CAZADOR DE TOPOS.»

»Adivina donde te escribo esta extensa carta.

»En tu habitación, á la que vengo algunas veces para ver si por casualidad has vuelto.

»¿Volverás á ella algún día?

»Sí, Dios lo querrá.

Cuando Teresa hubo concluido de leer la carta, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Las enjugó y se preguntó qué iba á hacer.

Se consideraba rica.

Doscientos francos, esto era mucho más que lo que ella esperaba.

No hacía más que cuatro días que había salido de la clínica.

Su restablecimiento había sido bastante lento, pero ya estaba bien.

Se sentía casi fuerte.

En aquellos pocos días había arreglado sus pequeños asuntos, pensando en el porvenir.

Primero había ido á ver á los Krug, cuya situación no mejoraba...

Más bien empeoraba.

El taller estaba desierto; ya no había modelos, porque faltaba dinero para pagarlos.

No había nada que pintar, ningún encargo, ni aun copias que hacer.

El suizo comenzaba á desesperarse por primera vez en su vida.

Por otra parte el verano es mala estación para los teatros, y la señora Krug no ganaba nada apenas.

Peró el pobre hombre había tenido fuerza para disimular sus angustias ante su discípula.

La perla de aquel taller casi vacío era la cabeza de Teresa, admirable de color y de vida, una verdadera obra maestra; pero ¿qué importaba esto?

Hubiera podido venderla, pero el pobre hombre no se atrevía por delicadeza.

El pobre pintor luchaba con una miseria tanto más sensible cuanto que su hija estaba cada día más enferma.

Peró Teresa no sospechaba estas ansiedades; y cómo hubiera podido remediarlas, ella que se veía obligada á recurrir á otros para sus necesidades?

Además una sola idea la absorbía.

¡Su hijo!

Sentía un irresistible deseo de verle y de besarle.

Este deseo tomó en ella enormes proporciones, aquel hermoso día de primavera.

La parecía que por débil que estuviese, tendría valor para ir á pie, antes que renunciar á aquella satisfacción.

¿Peró no tenía el tren?

Sería un día perdido y una pequeña suma gastada, pero se desquitaría en seguida.

Pondría tal actividad en buscar una colo-

cación, en ver á todos los que podían ayudarla, al Sr. Quillet, por ejemplo, ó á aquel viajero tan amable que habia encontrado en Cour-Chverney y cuya tarjeta conservaba, que concluiría por encontrarla.

Solo que se avergonzaba de verse tan mal vestida.

Necesitaba comprar alguna ropa para poder presentarse.

Había bajado maquinalmente por la calle del Bouloi y se encontraba cerca del Louvre.

Entró.

—¿Qué queréis?—la preguntó un dependiente.

Teresa contestó con timidez.

—Un vestido, un traje completo, pero barato.

—Por aquí, seguid la galería.

Llegó á un departamento donde se encontró en medio de una infinidad de faldas de todas clases, de lana, de algodón, de seda, y dirigiéndose á un empleado, joven, listo, de cara complaciente, le dijo vacilando.

—Yo quisiera lo necesario para poder presentarme á pretender una colocación que necesito.

El empleado la miró de arriba á abajo, hizo un gesto como el del conocedor que encuentra un objeto á su gusto y dijo:

—Comprendido, ¿Cuánto podéis gastar?

—Lo menos posible.

—Bueno; ¿pero cuánto? No temais nada, habladme como á un amigo.

—De sesenta á ochenta francos.

—Bueno, ¿Queréis un vestido?

—Sí, un sombrero... zapatos... medias... ropa blanca...

—Podéis tener todo.

Con mucha amabilidad la dió todos los informes que creyó útiles.

Y como Teresa le diera las gracias

—No las merece—contestó él;—con una joven tan bonita como vos todo el mundo es complaciente.

La presentó en seguida una faldita negra, que la sentaba admirablemente.

—Quince, noventa—dijo—esto es de balde. El sombrero en la mercería. Venid, es al lado.

La olió uno muy elegante.

—Nueve setenta y cinco. Es regalado, en otra parte os costaría triple.

La fué acompañando de un departamento á otro hasta que completó lo que deseaba.

Tres cuartos de hora después, gracias al empleado, salía Teresa del Louvre llevando de todo; dos faldas, una de ellas bajera, un cuerpo de vestido, un sombrero, camisas y hasta zapatos y una sombrilla.

Todo, es claro muy barato, su bolsillo no habia disminuido más que en cuatro luises, ochenta francos.

Lo que no impidió que á eso de las once, cuando la portera la vió bajar exclamara:

—¡Oh! ¡oh! ¿vamos de conquista?

Teresa movió la cabeza.

—¿O es que habéis heredado?

No, sino que habia recibido una pequeña cantidad y se habia vestido.

Estaba decidida á trabajar para ganar dinero.

Vería al señor Quillet y le suplicaría que se ocupara de ella.

¡Era necesario ganar algo, porque ya no era sola!

Iba á principiar por ir á casa de la nodriza y pagarla dos meses adelantados.

Necesitaba también besar á su hijo para animarse.

Antes de quince días, estaría colocada y esto sería una gran suerte porque ya no tenía nada que esperar de nadie.

Su anciano amigo acababa de enviarle su último dinero.

—De modo que váis á tomar el tren.

—Sí.

—¿Para Rambouillet?

—Justamente.

—¿Y almorzar?

No había pensado en eso, pero encontraría una panadería al ir á la estación y esto la bastaría hasta la vuelta.

Volvería aquella noche.

Ya no podía entretenerse más.

El tren salía á las once treinta.

Sonrió á la portera y salió ligera como un pájaro.

La señora Guignard se quedó mirándola desde la puerta cómo marchaba por la acera. ¿Era posible que con un pedazo de tela se transformara tan completamente una joven?

No valía nada lo que llevaba, y estaba desconocida.

Hasta la sombrilla, de hilo ó de algodón, que había abierto en la calle, era encantadora con su rayado escocés.

La señora Guignard no cesaba de admirarse.

Y además aquella Teresa era tan sincera, tan llena de gracia...

La había dicho tan risueña:

—¿Veís? Soy toda nueva, de los pies á la cabeza, por dentro y por fuera. ¡Es una locura lo que he hecho! Tal vez no pueda volver á hacerlo jamás.

¡Qué agradable era!

¿Por qué gustaba tanto á todo el mundo?

Entre tanto, Teresa marchaba muy de prisa por la calle de Rennes, con un miedo horrible de perder el tren.

Cuando llegó á la estación, vió con terror que el reloj de la fachada marcaba la hora de la salida del tren.

Se lanzó á la escalera y llegó á la taquilla en el momento en que el encargado del despacho de billetes iba á cerrarla.

—Una tercera para Rambouillet, ida y vuelta—dijo.

—Tomad. Pasad pronto.

Corrió al tren.

En un coche salón vió muy distintamente á dos señoras y un caballero joven.

Las dos señoras eran la condesa de Corbiere y su hija.

Teresa no conocía al caballero.

Podía tener unos treinta años; era rubio y tenía toda la barba, muy cuidada.

Era el marqués Huberto de Sauves, un pariente lejano de los Corbiere.

Teresa, recordando lo que el cazador de topos la decía en su carta, pensó:

¡El futuro, sin duda, de Fernanda!

Se había metido en el primer coche de tercera que había encontrado.

El tren partió en seguida que ella se sentó.

Ciertamente que lo que su amigo de Sologne la había escrito no era para dar ideas alegres.

La Boca del Lobo debía estar triste como una tumba.

Y sin embargo, en aquel momento veía ella todo de color de rosa.

Escasa de dinero, temía menos el porvenir que desde hacía largo tiempo tanto la asustaba.

Recordaba, mirando las hermosas villas, los jardines floridos, las lilas y la verdura de los árboles y de las praderas acariciadas por los rayos del sol, las palabras del viajero de Cour-Cheverny á Blois: «Luce para todo el mundo.»

La esperanza de los días felices que el cazador de topos la hacía entrever al final de su triste carta la parecía una certeza.

¿Cómo llegaría esta dicha?

Ella no lo sabía, pero estaba en uno de esos momentos en que no se duda de nada.

La razón de su alegría era que iba á ver á su hijo, á su Rolando, á la criatura á quien quería mucho más por las penas que la había causado.

¡Iba á besarle!

Y después, ¿por qué no confesar esta inocente debilidad?

Tenía un traje nuevo; estaba, en fin, por la primera vez de su vida vestida á lo parisiense. Estaba hermosa.

Las miradas de los hombres se lo decían bastante.

No había habido uno que no se hubiese vuelto á su paso; hasta el caballero que estaba con las señoras de Corbiere, cuya mirada se había inflamado ligeramente cuando había pasado delante de él corriendo.

Había sido como un reiámpago, nada un estremecimiento casi imperceptible de los párpados; ¿pero dónde está la mujer tan inocente que se engañe respecto á los sentimientos que inspira aun á los desconocidos que pasan á su lado y á quienes tal vez no vuelva á ver jamás?

Las de Corbiere no la habían visto; estaba segura de esto, porque cuando ella había pasado al lado del coche donde estaban la madre y la hija con aquel caballero, las señoras miraban hacia otro lado.

¿Adónde irían?

Teresa recordaba vagamente haber oído hablar de un castillo que aquellas señoras tenían en los alrededores de París.

¿Si sería del lado de Rambouillet?

¿Si iría á encontrarse con ellas en el camino?

Una sonrisa pícarosa, y en el fondo llena de pesadumbre y de tristeza, crispó sus labios.

Se dijo:

— ¡Mis nobles primos... mi cuñada y mi suegra!

¡Pero qué diferencia entre la pobre que viajaba en tercera, con el bolsillo casi vacío, llevando sobre ella casi todo lo que poseía, y la condesa de Corbiere y su hija, que podían tirar el dinero sin que careciesen de nada!

Teresa no se engañaba.

El tren se paró después de haber atravesado casi sin detenerse aquella primera etapa de su camino hacia la Bretaña.

Los empleados gritaron:

—¡Rambouillet!

Teresa, en el momento de bajarse del tren, se volvió de manera que no la pudiera ver la cara el compañero de las señoras de Corbiere.

Este se había inclinado hacia la condesa y le indicaba á Teresa con el dedo.

Salió precipitadamente de la estación y en la puerta vió un carruaje de una suprema elegancia tirado por dos caballos que pafaban de impaciencia.

Teresa no tuvo un minuto de vacilación.

Había reconocido la librea de los Corbiere, color marrón con botones dorados y cuello de terciopelo más oscuro.

Se deslizó por una callejuela para no ser vista, y esperó á que el coche hubiera desaparecido para ponerse ella en camino.

Su espera no fué larga.

El caballero y las dos señoras salieron casi en seguida de la estación, montaron en el coche y los caballos salieron al trote largo.

Entonces Teresa se acercó á un factor y preguntó.

—¿El camino para Fontaine, me haceis el favor?

El factor la indicó el camino que había tomado el coche minutos antes y la dijo:

—Por ahí derecho, el primer campanario del otro lado del bosque.

—¿Es lejos?

—Tres cuartos de legua largos, uná legua mas bien...

—Gracias.

El factor añadió riendo:

—Hubiérais pedido un asiento á la condesa. Va allí.

Teresa se estremeció.

¡Su Rolando estaba, pues, cerca del castillo de su abuela!

¡Qué capricho de la suerte!

Abrió la sombrilla y se puso en marcha.

Era poco más de medio día y su viaje duraría hasta la noche.

El día estaba hermoso. El camino era tan bueno como un paseo del parque, á uno y otro lado, se veían campos de alfalfa, de avena ó de trigo. De trecho en trecho, se veía alguna que otro casa de campo.

Después se inclinaba el camino y bajaba hasta la orilla de un vasto estanque situado en la entrada de un bosque cuyo fin no se veía.

Allí se encontraba en pleno bosque y en una soledad absoluta.

Teresa seguía su camino y dos ó tres veces había distinguido delante de ella el coche de los Corbiere, pero muy lejos, en la cima de algunas cuestecillas, cuando en la vuelta de un

sendero estrecho se encontró frente á frente con un guarda que salía de él con la escopeta al hombro.

Teresa se detuvo.

—¿La aldea de Fontaine?—preguntó.

—Todo seguido.

—¿Está lejos?

—Una media legua. ¿Vais allá?

—Sí.

—¿Conocéis á alguien allí?

—A una buena mujer... que cria niños.

—¿A la viuda Lapierre?

—Precisamente.

—¿Tenéis allí algun bebé, tal vez?

Teresa se puso colorada como la púrpura y no contestó.

El guarda la examinaba á hurtadillas.

—No seríais la primera. He visto más de una joven hermosa como vos que ha ido á esa casa.

Teresa apresuraba el paso.

Hubiera querido estar ya en Fontaine para verse libre de aquel compañero que la parecía demasiado atrevido.

Sin embargo, ya principiaba á acostumbrarse á la audacia de los hombres.

A penas escuchaba las cosas más ó menos ligeras que la decían, como á todas las mujeres solas, desprovistas de apoyo y de defensa.

El guarda marchaba á su lado.

Era un buen mozo, de unos cuarenta años, nervudo, de tostado rostro, con ese no sé qué insolente de los criados de casa grande.

—¿Guardáis estos bosques?—le preguntó Teresa, por decir algo.

—Sí.

—¿De quién son?

—Dependen del castillo de Fontaine, que vais á encontrar pronto.

—¿Y el castillo?

—Es de la condesa de Corbiere. Lo heredó de su padre, el señor Beauvillars, un individuo que tenía más dinero que vos y que yo.

Teresa suspiró.

—Es probable—dijo—pero no todo el mundo puede ser rico. ¿Es grande esta propiedad?

—Bastante. Si se la diera la vuelta en un día se dormiría bien aquella noche.

—¿Y la viuda Lapierre, dónde vive?

—En el pueblo, á dos pasos de la iglesia; pero la iglesia no tiene cura... La parroquia es la Celle. ¿Vais á estar mucho tiempo en Fontaine?

—No. Hasta la noche.

—¿Venís de París?

—Sí.

—¿Y os volvéis esta noche.

—Ciertamente.

—Entonces tomaréis el tren de las ocho y diez...

—Tal vez...

Los ojos del guarda estaban muy encendidos.

—Bueno, hermosa, os dejo... Voy á dar una vuelta... Hasta la vista... Tal vez volvamos á encontrarnos... Ya sabéis, todo derecho...

Teresa se tranquilizó.

Aquel hombre la causaba una impresión desagradable.

Le temía. La miraba con una brutalidad insolente; su voz era sarcástica.

Teresa veía una especie de amenaza en el tono con que había dicho:

—Tal vez volvamos á encontrarnos.

Peró no tardó en tranquilizarse.

Ya veía á lo lejos el puntiagudo campanario de Fontaine.

Después fué el castillo entero lo que vió, situado encima de un valle en cuyo fondo resplandecían como un espejo las aguas de un estanque.

Era una construcción de estilo Luis XIV, majestuosa y situada admirablemente.

Pronto llegó á la verja, que estaba abierta.

La huella de las ruedas del coche de la condesa estaba recién impresa en la arena.

Peró no era allí adonde iba Teresa.

Volvió á la derecha y se dirigió hacia la aldea.

Una de las primeras personas que encontró fué á la nodriza que había visto en la clínica. Se conocieron en seguida.

—¿Y mi hijo?—preguntó Teresa muy conmovida.

La buena mujer la tranquilizó con una mirada.

—Venid á verle—la dijo.—Está hermosísimo.

La casa de la aldeana se componía solo de planta baja y de un granero.

Se entraba desde luego en la cocina y de esta se salía á una huertecita con manzanos.

La huerta estaba en frente, del otro lado de

una pradera y de un pantano, alimentado por un arroyuelo ancho como la mano.

Cerca de la cocina estaba el dormitorio, en el que había unas cuantas camas de madera, casi en bruto, pero sumamente limpias, y las ropas blancas como la nieve, los rostros respiraban salud, el aire constantemente renovado era ese aire puro de los campos, más vivificador aún por la proximidad del bosque que Teresa acababa de atravesar.

Al entrar en la casa de la nodriza, el corazón de Teresa latía con violencia.

Iba á ver al pequeño ser que trastornaba su vida.

Sin él, estaría aun en su pobre habitación de la Boca del Lobo, pero indiferente y tranquila.

—¿Dónde está?—preguntó.

No esperó la respuesta.

Se precipitó hacia una de las camas, diciendo:

—¿Está aquí, no es verdad?

La buena mujer se sonrió.

Teresa se había apoderado ya de su hijo y le estrechaba con frensí.

—Se cría bien—dijo la viuda;—no da un ruido. No chista jamás: es que no sufre.

La criaturita habría los ojos, ya menos vagos, y que debían comenzar á ver.

Teresa le llevó hacia la ventana que daba á la huerta. Allí tres vacas bretonas, blancas y negras, gordas como las borricas que trasportan la leche á París, pastaban glotonamente la espesa yerba verde oscuro, salpicada de flo-

derribar árboles en el bosque de Rambouillet. Estaba reputado por su habilidad para esto y ganaba mucho. Yo tenía algunos bienes, aunque pocos, cuando me casé con él, la casa que veis y algunas tierras cerca de aquí. Teníamos bastante para vivir con cierto desahogo. Éramos felices y no teníamos nada que envidiar á nadie. Nuestra dicha duró cuatro años, y puedo decirlos que no tuvimos ni un disgusto. Al cuarto año, acababa yo de tener á mi hija, que es tan fuerte y tan buena como su padre, cuando nos ocurrió un horrible accidente. Un día, estando mi pobre marido derribando encinas en el bosque de Breville, del otro lado de Rosay, tomó mal sus medidas, cayó sobre él uno de los árboles, le rompió las dos piernas y le aplastó el pecho. Cuando me lo trajeron á casa, á la una de la mañana, estaba muerto.

Se detuvo y suspiró.

—Pronto hace veinticinco años de esto—repuso,—y pienso en ello siempre. Me parece que fué ayer. ¿Qué queréis? El mal estaba hecho. Mi pobre Lapierre es uno de los últimos que están enterrados en el pequeño cementerio cerca de la iglesia. Esta fué cerrada poco tiempo después por falta de cura... Quedé sola con mi hija que sólo tenía algunos meses. Yo estaba muy triste y sin saber cómo arreglarme. Mis bienes valían poco; pero, sin embargo, no me atreví á abandonarlos para ponerme á servir. Por otra parte, me había jurado no volver á casarme. ¿Dónde hubiera yo encontrado un marido como el que había perdido? Una mañana ví entrar en mi casa una señora.

Venía de París. Me dijo que la habían hablado de nosotros muy bien—os cuento las cosas como sucedieron,—y que si yo quería, ella me encontraría una ocupación que me sería productiva. Que puesto que yo tenía una criatura, no me costaría mucho cuidar de una ó dos más, y que para comenzar, tenía una que proponerme, por la que me darían lo que yo quisiera, cuarenta francos al mes, por ejemplo, lo que era pagar bien. Aquella señora, ya de edad, era la comadrona que precedió á la señora Firmin en la calle de Richelieu...

—¡Ah!—dijo Teresa,—la que...

—La que me habló de vuestro hijo. La madre de la alumna que se interesó por vos en el hospital. Como supondréis, acepté. Quise saber el nombre de la persona que la había hablado de mí, pero no hubo medio de hacerla decirlo. Decía que su profesión la obligaba á ser discreta, y que aunque ella quisiera hablar, no podría.

Evidentemente la viuda tenía una idea que la inquietaba, porque añadió:

—Yo he pensado siempre, que la criatura era de alguno del castillo. En aquellos tiempos estaba más habitado que está hoy. Cuando vivía el conde de Corbière, había banquetes á cada instante. Tenían mucho boato. El conde gastaba más luises que monedas de cinco céntimos gasta su mujer. Tenía la mano rota. Aquí, entre nosotras, no se parece á él su mujer, no. Pero ella hace lo que la parece, ¿no es verdad? Esas son cosas que á nosotros no nos importan. Para abreviar: al día siguiente llegó

de París una criada con una niña que no tenía tres días. Pues bien, la niña estuvo aquí tres años. Ella fué la que comenzó la casa. Desde entonces, la señora Firmin se interesa por mí y me envía niños á cada instante, de tal modo, que siempre he tenido cinco ó seis y he hecho mis ahorros. Pero he trabajado mucho. Al principio, apenas dormía; pero á medida que Luisa ha crecido, se ha dedicado á cuidar los niños con tantas afición, que la gusta más cuidar los ajenos que tenerlos ella. Sin embargo, podía haberse casado bien y la han pretendido más de veinte; pero no piensa en eso, se niega...

— Esa primera niña que criastéis ¿qué ha sido de ella?

La buena mujer dijo con amargura:

— No me habléis de ella. Es una ingrata. La miré como si hubiera sido hija mía y la quise casi tanto como á Luisa. Era de un carácter triste... Hablaba poco. La estoy viendo pasearse sola y estar sentada horas enteras aquí mismo, en este banco en que estamos nosotras mirando al agua de la laguna sin moverse.

— ¿Era guapa?

— ¡Muy guapa, muy fina, una verdadera alhaja... Y siendo muy pequeña, tenía con frecuencia ocurrencias que me hacían llorar. Yo me llamo Catalina y ella me decía, tirándome de la falda: «¿Dime, Cate, por qué no tengo yo una mamaita que venga á verme como á las demas?»

Y como yo la contestaba que su madre había muerto, esto era todo lo que yo sabía de

lo que la concernía, preguntaba: «¿Y mi padre, ha muerto también?» Yo no sabía que contestarla. A pesar de su juventud, ella veía bien que no se la decía toda la verdad, y que se la debía ocultar muchas cosas. Pero no se incomodaba. Se marchaba á pasear por el campo sola, sin hablar á nadie...

— ¿No habéis sabido nunca nada que os pudiera hacer sospechar algo de quién fueran sus padres?

— Nunca.

— ¿No tenéis ningún indicio?

— Ninguno.

La aldeana se quedó pensativa y añadió:

— Tal vez me equivoque, pero me fijé en que desde que la niña llegó á esta casa, venía á visitarnos con mucha frecuencia una persona que nunca había entrado en ella.

— ¿Y era?

— El conde de Corbière... Entraba en mi casa, examinaba las camas de los niños, se informaba de mis asuntos, me preguntaba como estaban los pequeños y siempre era á Elena á quien más miraba.

— ¿Se llamaba Elena?

— ¿Lo he dicho?

— Ahora mismo.

— Después de todo ¿por qué ocultároslo? Hace muchos años de esto. El conde ha muerto... La niña tendría unos tres años cuando murió el conde... Pocas semanas después, la comadrona, — la señora Firmin, la otra había muerto, — vino á buscarme y se llevó la niña, diciéndome que querían ponerla en un colegio,

pero que había ocurrido una gran desgracia y que no tenía nadie que la protegiera. Y se la llevó...

Y volviendo á la pregunta de su cliente:

—Si—dijo—se llamaba Elena, Elena Noël...

—¿No la habéis vuelto á ver?

—Nunca. Ni aun he oído hablar de ella...

Hubiera querido saber que ha sido de ella. ¿Se donde están todos los demás que he criado!

La conversación fué interrumpida.

La hija de la nodriza, apareció en la puerta de la casa y las llamó con una seña.

Cuando la viuda y Teresa estuvieron cerca de ella las dijo en voz baja:

—Venid, los pequeños ya han tomado su ración, duermen; estaremos tranquilas.

Rolando, el hijo del capitán de Corbière, también dormía.

La nodriza llevó el niño á su camita, á pesar de las insistencias de Teresa á quien decía:

—No, no, estamos mejor y él también. Tiempo tenéis de verle después.

El día pasó como un sueño.

Después del almuerzo la viuda y Teresa se fueron á ver el castillo desde fuera de la verja, porque la condesa era poco hospitalaria y no la gustaban las invasiones.

Desde allí pudo admirar Teresa el lujo de aquella casa, menos grandiosa que la Ferté-Montarón, pero más alegre, con sus jardines floridos y su parque admirablemente trazado y cuidado.

De pronto se volvió hacia la nodriza y la dijo vivamente:

—¡Vámonos!

—¿Por qué?

Teresa indicó con el dedo una joven que salía del palacio y, se dirigía hacia la verja.

—Vámonos—repitió—no quiero que me vean aquí.

Y añadió con voz temblorosa:

—¡Es preciso que esa joven no sepa mi nombre, ni que ese niño es hijo mío!

La casa de la viuda no estaba lejos.

Las dos mujeres entraron en ella, casi en seguida.

La nodriza no comprendía la causa de aquella turbación de su cliente.

Fernanda de Corbière se dirigía hacia la casa de la nodriza.

—Viene á vernos á menudo—dijo Luisa;—es lo único bueno que hay en el castillo.

Fernanda llegaba ya á la casa.

Teresa se metió en un gabinete oscuro, al lado del dormitorio de los niños, recomendando á las dos mujeres:

—¡Silencio, y sobre todo no pronuncieis mi nombre.

Se arrepentía de no haber seguido el consejo de Krug y no haberse hecho llamar simplemente Teresa.

Pero para entrar en la clínica le había sido preciso decir su nombre y apellido.

Desde su escondite pudo oír sin ser vista la conversación de la joven y las dos aldeanas.

La señorita de Corbière hablaba con ellas como con dos amigas.

No había querido ir á Fontaine, aunque no

era más que por uno ó dos días, sin hacerlas una visita.

Se expresaba con la gracia familiar que usaba para todo el mundo.

—Y vuestros niños?— preguntó.

—Queréis verlos?

—No deseo otra cosa.

La aldeana y su hija entraron con ella en el dormitorio de los niños.

Recorrió todas las camitas y se paró al lado de la del recién llegado.

—No hace mucho tiempo que le tenéis— dijo; es muy pequeño.

—No hace quince días.

—¿Cómo se llama?

—Rolando.

—¡Ah!

Fernanda pronunció esta exclamación como un grito de sorpresa.

—¿Rolando de qué?— dijo.

—No lo sé— dijo la aldeana sin ruborizarse.

Si se permitía esta mentira, era un poco también por deber profesional.

No se ruboriza uno cuando cumple con su deber.

—¿Sus padres?— repuso Fernanda.

—No los conocemos— dijo Luisa con viveza, fiel á la consigna.

La joven reflexionó un instante, pero no preguntó más por no ser indiscreta.

—Es muy hermoso— dijo, —y duerme bien, como un ángel de Dios que es. Volveré á verle.

Salieron del dormitorio, y al despedirse de la nodriza, le dijo:

—Ya lo sabéis, si necesitáis algo, dirigíos á mí. Os lo agradeceré.

Se dirigió hacia el palacio, y cuando Fernanda hubo desaparecido, salió Teresa de su escondite.

—¿La conocéis?— preguntó Luisa á Teresa.

—Sí. La condesa tiene un castillo en Sologne, y yo soy de aquel país... Puede haberme encontrado y conocerme... No quiero que sepa...

Repitió con energía.

—¡No lo quiero!... ¡Me incomodaría mucho!...

—Es una buena señorita— dijo Luisa, —que merece ser feliz. Tiene un pretendiente.

—¿Quién es?

—El marqués de Sauves, según se dice.

—¿Y qué tal es?

—No hablan mal de él; pero podría parecerse á los demás, y esto sería una lástima. Ella es una joven de primera.

Es decir: «de primera calidad».

Luisa no era charlatana, ni tenía mala lengua.

Se calló.

El día tocaba á su fin.

Teresa arregló sus cuentas con la nodriza, le pagó dos meses, setenta francos, más seis por el viaje, y se dispuso á marchar.

Tenia una hora de camino hasta Rambouillet.

—Podéis encontraros con algún mal intencionado en el camino— dijo Luisa, cuyos ojos brillaron y cuyos dedos se crisparon.

Había debido correr algún peligro que no

olvidaba; pero ella tenía alma para defenderse.

Y añadió:

—Lo mejor es no retrasarse.

—¡Bah!—dijo la madre.—Hay guardas por todas partes...

Luisa frunció sus espesas cejas castañas.

—Los guardas no son mejor que los otros—dijo.

—¿Los del castillo?

—Los del castillo lo mismo.

—¡Oh!—dijo la buena mujer escandalizada.

En el tono de la joven había evidentemente algo de rencor.

Teresa besó á su hijo con pasión y á las dos mujeres con cordial amistad.

Y, muy triste, se puso en camino para Rambouillet.

Luisa se empeñó en acompañarla, al menos un buen trozo de camino.

Cuando se separaron estaban, poco más ó menos, á la mitad de la distancia entre el castillo y Rambouillet.

—Me vuelvo—dijo la aldeana;—creo que ahora ya podéis estar bien tranquila.

—Y vos, ¿no tenéis miedo?—preguntó Teresa.

—¡Oh! ¡Yol!...—dijo Luisa apretando los puños.

No dijo más; pero un momento después, volvió Teresa la cabeza y la vió coger una gruesa piedra del camino y alejarse, llevándola en la mano, por un sendero extraviado.

Teresa apresuró su marcha, pero tranquila. Pensaba en el azar que la había llevado co-

mo por la mano á dos pasos del castillo de los Corbiere y colocado al nieta cerca de su abuela.

Se acordaba también de la singular historia de aquella Elena Noel, la primera criatura de quien se había encargado la nodriza.

Y se acordaba vagamente de haber oído ya ese nombre.

De pronto se dijo:

—Es la señora Escoubere.

Pero en el momento en que trataba de aclarar esta idea en su imaginación, un hombre alto y grueso salió de un sendero que cortaba el camino y, al encontrarse delante de ella se paró diciendo:

—¡Toma! ¡Mi compañerita de esta mañana! Era el guarda que había encontrado al ir á Fontaine.

—Entonces—añadió—iremos un rato juntos. Con gesto desenvuelto se retorció el bigote, y dirigiendo sus ávidos ojos á Teresa, la preguntó:

—¿Vendrá usted á menudo á estos sitios?

Teresa contestó con voz apenas inteligible.

—No lo sé... tal vez.

Tenia miedo.

El guarda prosiguió:

—¿Tenéis un bebé en nodriza, en casa de la viuda Lapierre?

Teresa preguntó maquinalmente:

—¿Quién os lo ha dicho?

—Después de almorzar he dado una vuelta por el pueblo... Os vi en casa de la viuda...

—¡Ah!

—Teniais al pequeño sobre vuestras rodi-

llas... Era un cuadro interesante... Una hermosa madrecita... ¿Sin embargo, vos no sois casada?

Teresa se puso colorada de ira.

—¿Qué os importan mis asuntos—le dijo.

—Pero...

—Dejadme continuar mi camino en paz, os lo ruego.

El guarda, en lugar de separarse, se acercó más á Teresa.

—Yo creía—la dijo—que las mujercitas como vos eran más complacientes...

Ella no contestó.

Desaparecía el día.

El camino por entre los grandes bosques estaba cubierto de sombra.

La joven tenía el corazón muy oprimido.

Evidentemente aquel guarda, con su lenguaje meloso é irónico á la vez y sus aires de conquistador, tenía propósitos que ella comprendía demasiado bien.

Ya había notado una ó dos veces que había dispuesto el brazo como para rodearla el talle, y con un movimiento instintivo había ella evitado que lo consiguiera.

Poco á poco sus proposiciones se hicieron más atrevidas.

Teresa no le escuchaba ya.

Dirigía el oído hacia otro lado, sin dejar de vigilarle.

En lontananza, hacia el castillo de Fontaine, distinguía muy bien el ruido de un coche que se aproximaba.

Sin duda el guarda lo oyó también, porque quiso concluir bruscamente.

Teresa, para escapar á las galanterías del guarda, había abandonado el centro del camino y estaba á la orilla de éste; en aquel sitio el terreno se elevaba en talud.

De pronto el guarda la cogió por una mano y quiso atraerla hacia él.

Teresa lanzó un grito estridente.

El entonces, furioso, la cogió entre sus brazos, tratando de meterla en la frondosidad del bosque.

Pero Teresa, á pesar de su debilidad, se defendió con tanta energía, que lucharon un momento.

El coche, que venía muy de prisa, apareció en una revuelta del camino, á unos cien metros de donde ellos estaban.

—¡Golpe errado!—dijo el guarda con rabia. ¡Otra vez será!

La tiró brutalmente al suelo y desapareció al través del bosque, diciendo:

—¡Hasta la vista!

El coche llegó en aquel momento.

Era una victoria en la que no iba más que un joven recostado sobre los almohadones.

El cochero, al ver á aquella joven, despavorida, de pie á la orilla del camino, que tendía las manos hacia él, acertó el paso del caballo.

—¿Qué hay?—preguntó el amo.

—Caballero—suplicó Teresa—dejadme montar en vuestro carruaje, os lo ruego.

—¿Vais á Rambouillet?

—Sí, y tengo miedo.

—¿Miedo de qué, hija mia?

—De un hombre que me ha seguido y me ha amenazado.

—No me engaño—pensó el marqués de Sauvès—es la hermosa joven que salió de París esta mañana.

Y dirigiéndose á Teresa la dijo con amabilidad:

—Montad, sí, montad, os llevaré, y con mucho gusto...

A una seña del marqués el caballo se puso en marcha, después de haber montado en el coche Teresa.

—¡Cómo temblais!—dijo el joven, mirando á su compañera de viaje.

En efecto, Teresa estaba lívida.

Sus dientes chocaban; sus manos se agitaban en un temblor convulsivo.

—¿Qué es lo que os ha ocurrido?—la preguntó el marqués con tono cariñoso y acercándose más á ella.

Teresa le explicó la aventura en pocas palabras: un hombre la había seguido por la mañana cuando iba á Fontaine á pie y la esperó por la tarde en el bosque, pero al oír el ruido del coche había huido.

El marqués la hizo una porción de preguntas:

—¿Qué clase de hombre era? ¿Un leñador?

—No.

—¿Un vagabundo?

—No.

—¿Un guarda?... Esos mocitos son muy capaces de eso.

—No lo sé... Tal vez.

—¿Habéis venido pocas veces por aquí?

—Esta es la primera.

Teresa contestaba con voz alterada, dominada aún por la emoción que acababa de experimentar.

Había tenido valor un momento, pero se operaba la reacción. Estaba á punto de desfallecer.

—Vamos, ánimo—dijo el marqués.—No os vayais á poner mala, ahora que el peligro ha pasado... Estais segura bajo mi custodia. No temais nada, no.

No pudo menos de echarse á reír.

Era la primera vez que se erigía en defensor de la virtud de las mujeres.

Hasta entonces había pensado más bien en atacarle, sin violencia sin embargo.

Se gloriaba de ser un seductor de primer orden y, no tenía, en general, preciso es decirlo, dificultad alguna en triunfar.

En primer lugar tenía una fortuna considerable, un poco mermada por prodigalidades, un poco hipotecada, con algunas brechas, pero reparables y que le permitían todavía moverse con desahogo.

En segundo lugar tenía un apellido ilustre, un título que tenía un verdadero valor y además era espiritual, elegante y buen mozo.

Cómo no conseguir su propósito el día que pensara en casarse y estaba decidido á hacerlo.

Era preciso concluir aquella vida.

Ya era hora de pensar en serio el asunto. Además, había encontrado un partido, y qué partido.

¡Soberbio!

¡La señorita Fernanda de Corbière!

La madre le había demostrado siempre una gran indulgencia.

La orgullosa y rígida condesa disculpaba al marqués de Sauves todas sus ligerezas.

Era tan amable con las jóvenes, tan solícito, tan cumplido con las viejas, que todas estaban de su parte.

En aquellos momentos estaba loco de contento por haber vuelto á encontrar á la hermosa joven que había llamado su atención aquella mañana en la estación de Montparnasse, y encantado de que el azar le hubiera convertido en su salvador. Esto le daba derecho á una especie de agradecimiento.

Y cuanto más la miraba en la semioscuridad que reinaba, más se prendaba de la pureza de su perfil, de la delicadeza de sus facciones y de la increíble finura de su cara, de una distinción completamente parisien.

No se cansaba de este exámen que hacía que Teresa se ruborizara.

El marqués hubiera querido que el camino en lugar de algunos minutos, hubiese durado horas.

En el momento en que la victoria salió del bosque para entrar en el llano que conducía á Rambouillet, miró su reloj.

—Al paso — dijo al cochero. — Tenemos tiempo.

Y dirigiéndose á Teresa en voz muy baja:

—No podeis figuraros lo feliz que soy en

haberlos podido ser útil en ese accidente... ¿Ya no teneis miedo?

—No.

—¿Volveis á París?

—Sí, señor.

—¿Vivís allí?

—Desde hace poco tiempo.

—¿Y antes?

—Vivía en provincias.

—Hubiera jurado que erais parisiense.

—Os hubierais engañado.

—Con ese aire tan distinguido...

—¡Oh! — dijo Teresa — es una distinción que me ha costado cien francos esta mañana en el Louvre.

—¡Bah!

—Os digo la verdad... Además, yo no hubiera podido gastar más.

—¿No sois rica?

—¡Ni mucho menos!

—La toilette no es nada, la manera de llevarla es el todo.

Se acercó más á su compañera de viaje, y mirando muy de cerca el dulce rostro de Teresa:

—Un poco de confianza — la dijo. — Yo no abusaré de ella. ¿Qué habeis ido á hacer á Fontaine?

—Pero...

—¿Conoceis á alguien allí?

—Hace pocos días no conocía á nadie...

—¿Y ahora?

—Conozco á una buena mujer que se ocupa en criar niños...

—¿La viuda Lapiere?

—Precisamente.

—Fernanda me ha hablado mucho de ella. La señorita de Corbiere quiero decir. ¿No la conocéis?

Teresa contestó evasivamente:

—¿Es una señorita del castillo?

—En efecto... Uno de sus placeres es ir á visitar á esa pobre mujer... Parece ser que esa buena nodriza ha criado á una infinidad de chiquillos... ¿Entonces tenéis un niño en su casa... ó un hermanito tal vez, porque sois muy joven!...

No—dijo Teresa con franqueza.—¡un hijo!

Después de todo, ¿para qué ocultarle la verdad, puesto que estaba decidida á no revelarles su nombre?

Y sabe Dios cuándo volverían á encontrarse.

El marqués vaciló un segundo, y con voz muy insinuante dijo:

—¿Sois casada?

Esta vez su mirada hizo que Teresa se pusiera muy colorada.

—No... no...—murmuró la joven.

Hubo un silencio.

Allá á lo lejos, del lado de Maintenon, se oía el rodar de un tren que llegaba á toda velocidad.

El cochero se inclinó hacia el marqués.

—De prisa—ordenó el joven.

Pronto franquearon el espacio que les separaba de la estación, pero no tan pronto que llegaran antes que el tren.

El marqués levantó, por decirlo así, á fuer-

za de puños á su compañera de viaje, la llevó por la mano al través de las salas, y cuando estuvieron en el andén, sin darle tiempo para reflexionar, la hizo entrar, á pesar de sus protestas, en un coche de primera y se colocó á su lado.

Un empleado cerró con viveza la portezuela; silbó la máquina, y el tren se puso en marcha.

El marqués estaba radiante.

En el coche no había más que una anciana que debía venir de los confines de la Mayenne ó de la Bretaña, á juzgar por la manera de vestir.

—Caballero—murmuró Teresa,—me hacéis cometer una falta... Yo no tengo billete más que de tercera.

—De ida y vuelta, lo sé... No os ocupéis de eso... Yo me encargo de todo... Además, eso no es más que un pecado venial, y nosotros somos de esos á quienes no se les piden los papeles. Ya veréis.

Y empezó á preguntarla de nuevo.

—¿Qué hacía? ¿Buscaba una colocación? ¿En qué? Sería difícil... No había una, todas estaban ocupadas, sin excepción.

Después la hizo los mismos razonamientos que la había hecho el capitán de Corbiere en la habitación de la Boca del Lobo.

Teresa objetó:

—¿Con buena voluntad y ánimo ya encontraré!

¡Oh, él conocía bien Paris y tenía dudas; más que dudas, certeza!

No se encontraba en qué ganar una peseta.

Lo había oído decir muchas veces, porque por él, á Dios gracias, no había tenido que ocuparse de colocaciones, ni de empleos, ni de ganar dinero. El no sabía más que una cosa: gastarlo. Y con mucha delicadeza, con voz acariciadora, la preguntó:

—Vamos, sed franca: ¿no dejaréis de tener algún amigo?

—Sí, lo tengo.

—¿No tenéis recursos?

—Casi.

—Pero podéis esperar un poco esa colocación... ese empleo que vais á buscar?

Teresa pensó en su bolsillo, que estaba casi vacío, y contestó:

—Algún tiempo... sí.

El marqués insistió con mucha delicadeza:

—Las circunstancias en que os he encontrado, la vecindad del castillo de Fontaine, adonde volveréis cuando queráis ver á vuestro hijo, forman entre nosotros un pequeño lazo de amistad; al menos así lo espero. Tengo un vivo interés por vos... Yo no sé por qué; pero estas cosas son naturales... Prometedme que si alguna vez necesitáis de alguien, de algún apoyo, os dirigiréis á mí...

Teresa sonrió como ella sabía sonreír, y dijo meneando la cabeza:

—No hace más que un momento que me conocéis.

—¿Y eso qué importa?

—Y en cuanto nos separemos me olvidaréis.

—Jamás...

—Mañana mismo, si os encontrase en la calle, por casualidad, ya no me conoceríais...

—¡Oh! sí.

—Lo dudo.

—En resumen, ¿á qué os compromete hacerme esa promesa?

—A nada.

—Por mí, os juro por mi honor que seré feliz en poder servirlos.

—Os lo agradezco mucho.

—Entonces está prometido.

—¡Si queréis!...

Teresa hizo un pequeño movimiento de hombros que significaba:

—En efecto, una palabra no nos compromete ni al uno ni al otro. ¡No nos volveremos á ver!

Sin embargo, Teresa estaba conmovida por la generosidad de su compañero de viaje, conmovida también por el dulce sonido de su voz, por la dulzura de su mirada, de un no se qué de atrayente que había en su aire, en sus facciones, en toda su persona.

El tren marchaba á toda velocidad hacia París.

La joven experimentaba también un cierto bienestar al lado de aquel hombre que la hablaba con tanta bondad.

El tren pasó las fortificaciones y pronto acortó su marcha y se paró.

El marqués ayudó á Teresa á bajarse del tren, y la hizo que marchara delante de él, diciéndola:

—No temáis nada... Dad el billete con decisión.

La siguió.

Cuando salieron de la estación se unió á ella y la cogió de la mano.

Su cupé le esperaba.

Teresa, empujada por Sauve, se encontró de pronto sentada en los almohadones del coche.

—¿Adónde vais?— la preguntó el marqués.

—Pero no quiero.

—Os conduzco. Este será sin duda el último servicio que os prestaré, porque sois difícil de persuadir, rebelde á la amistad.

—Pues bien... Plaza de Saint-Germain-des-Prés.

—¿No viviréis en la iglesia?

No—dijo Teresa;—pero no quiero deciros más.

—Bueno.

El marqués dió órdenes al cochero, se colocó al lado de ella, y mientras que el cupé seguía por la calle de Rennes, la dijo:

—Tomad mi tarjeta... No estáis obligada á confiarne vuestros secretos... Si me necesitáis para algo, escribidme. No seriais la primera á quien sirvo; pero os juro que jamás he tenido tanto placer en ello como tendria en servirlos á vos.

No dijo más.

Teresa cogió la tarjeta y se la metió en el seno sin mirarla.

Estaba emocionada.

¡El joven la hablaba con tanto cariño!

Cuando el coche se paró delante de la iglesia, el marqués cogió la mano de Teresa y la besó con una especie de pasión mezclada de res-

peto, como lo hubiese hecho con la de una gran señora.

—Adios—dijo Teresa.

—¡Hasta la vista!

Se separaron.

El cupé marchó hacia el muelle; Teresa entró en su casa.

Una gran tristeza se había apoderado de ella de pronto.

Al desnudarse para meterse en la cama sin comer, porque no tenía ni apetito ni provisiones, dejó caer al suelo la tarjeta de su nuevo amigo.

La cogió con interés y leyó:

EL MARQUÉS HUBERTO DE SAUVES

Calle de Anjou, 22.

Era el pretendiente de Fernanda de Corbiere.

XVIII

Frente a frente.

Paulino Escoubere, desde su descubrimiento de los Campos Eliseos, había ido todos los días á errar por los alrededores del hotel Gabriel.

Durante cuatro cinco horas, todas las mañanas, los agentes de servicio de la puerta del Bosque á la plaza de la Concordia podían verle errar como un alma en pena por su demarcación.

Más de una vez se había parado delante de la maciza puerta del antiguo hotel Beauvillars y su mano se había aproximado al timbre.

Quería entrar y retrocedía ante el temor de dar la voz de alarma al amante de su mujer y de perder la última esperanza de encontrarla, obligando al conde á redoblar las precauciones para sustraerla á sus pesquisas.

La cólera debía, sin embargo, superar á la prudencia que Brossois le aconsejaba en vano.

Las burlas de sus compañeros, las mil puyas con que las mujeres, sobre todo, con su refinada malicia, hostigaban sin cesar á aquella alma enferma, habían concluido por envenenar su herida y hacerla incurable.

Si el desgraciado hubiese sabido lo que pasaba en la villa de la avenida de los Príncipes, si hubiese visto la intimidad creciente del conde y de su querida, su cólera se hubiera convertido en rabia.

Elena se había transformado en pocas semanas.

Su nueva vida la había metamorfoseado.

Su aire triste y tímido había desaparecido por completo.

Ahora era alegre y decidida.

En medio del bienestar para que ella se sentía nacida, su imaginación se despertaba, se animaba, se destacaba.

Mostraba una verbosidad, una voluntad que su marido, el desgraciado abandonado, no la había conocido nunca.

En pocas semanas de unión, el amante y la querida habían reconocido que estaban hechos el uno para el otro.

La intimidad más perfecta se había establecido entre ellos.

Sus gustos estaban de tal modo de acuerdo, que á los quince días no podían pasarse el uno sin el otro.

La villa de la avenida de los Príncipes y el hotel de los Campos Eliseos habían llegado á serles comunes.

Amigo del decoro, el conde Gabriel había hecho abrir un paso, en una casa de su propiedad que estaba unida al jardín del hotel, que le permitiese ir á este sin ser visto á cualquier hora del día.

A esta circunstancia debía el marido el no haber visto á Elena ni una sola vez, durante sus interminables estancias delante del hotel del conde.

Con frecuencia se quedaba, después del teatro, en casa de su amante.

En resumen, llevaba su vida de millonaria con la desenvoltura de una mujer que nunca ha hecho otra.

Al día siguiente de la visita de Teresa á su hijo, á cosa de las diez de la mañana, el conde Gabriel estaba en su gabinete leyendo los periódicos, cuando sonaron dos golpecitos en una puerta situada entre dos armarios de la biblioteca. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta y apareció en ella una mujer envuelta en un peinador de lana de la Auvernia y preguntó:

—¿Se puede entrar?

—¡Adelante!

—¿Estás solo?

—¡Como ves!

La propietaria de aquel peinador auvernés entró y cerró la puerta detrás de sí.

Aquella mujer era Elena Noël, madama Escombere, la profesora de piano sin discípulas de la calle de Echaudé, la antigua pensionista sin padres del colegio Julien.

—¡Qué luz!—dijo.—¡Es adorable esta situación!

Atravesó el gabinete y se aproximó á la ventana.

La mañana estaba magnífica.

Algunos jinetes pasaban por la avenida, amazonas, ciclistas, paseantes de toda clase.

Se quedó un momento absorta, contemplando aquel cuadro y luego volviendo á donde estaba el conde le dijo:

—Es aburrido no poder pasearnos juntos como todo el mundo.

—Quién sabe, tal vez podamos más tarde. Ahora tenemos una compensación.

—¿Cuál?

—El encanto del misterio.

—¡Oh!

—¿No es nada eso?

Y como Elena estaba en pie, cerca de él, fresca como una rosa, perfumada, medio sonriente, se inclinó hacia ella y la dió un beso en los cabellos.

Estos oían bien; un perfume ligero, excitante, se desprendía de ellos.

Elena pagó aquella caricia con una sonrisa, pero su cara tomó de pronto un aspecto de tristeza.

El conde la miró con atención, y tocándola la frente con el dedo:

—¿Qué tienes?—la dijo.

—No lo sé...

—Te veo preocupada, y no comprendo la causa; pero lo cierto es que lo estás. ¿no es así?

—Sí.

—¿Y por qué no me dices la causa?

—Porque sería larga la explicación.

—A nuestra disposición tenemos el tiempo—dijo el conde.

Y cogiéndola por una mano, la condujo á un diván donde Elena se sentó. El se colocó á su lado.

—Veamos.

Elena oprimió los labios, buscó palabras y comenzó:

—Yo quisiera saber qué es lo que soy.

El conde sonrió, é inclinándose al oído de Elena, le dijo:

—Eres mi amiga... mi querida... mi adorada para toda mi vida...

—Sí, eso es muy bueno, ¿pero es seguro?

—Te lo juro!

—¿Te chanceas?

—Jamás he hablado con más seriedad!

—De modo que te agrado?

—Hasta el punto de que todas las demás mujeres no existen para mí.

Gabriel jugaba con la mano de Elena, que conservaba entre las suyas.

—Sí—repuso Elena—es muy satisfactorio lo que me dices; pero no es de eso de lo que se trata.

—Explicáte, pues.

—Voy á hacerlo.

Tomó aire grave y comenzó diciendo:

—Hay una cosa que me ha preocupado siempre... Antes no la daba importancia, porque no tenía afecto á nada.

—Hasta el extremo de querer poner fin á una existencia que era tan fácil embellecer.

—¡Sí, hasta el punto de querer matarme!

—¿Qué lastima!

—¡Oh! ¿Quién sabe? Todo depende del porvenir.

—No pensemos más que en el presente... ¿No es hermoso?

—Sí, y cuando pienso en él me asusto. ¡Tomo que se hunda, tan inverosímil me parece! Pero es del pasado de lo que yo quiero hablarte en este momento.

El conde hizo un gesto de aburrimiento.

—¿Vas á decirme que tienes remordimientos?

Elena dijo que nó con la cabeza.

—¿Me váis á hablar de tu marido?

—¡Pobre hombre!—dijo Elena.—Pues bien, te equivocas. No es tampoco eso lo que me atormenta.

—¿Qué, pues?

Elena dijo con lentitud:

—Quisiera saber mi origen.

—¡Graciosa idea!

—Es decir, quisiera saber quiénes fueron mis padres.

—¿Para qué?

—Es desesperante no tener el menor indicio de ellos.

El conde se hechó á reir.

—A fé mia que yo no lo creo así. A menos que se tenga una herencia que recoger, yo no veo para qué puede servir eso. Y herencias tú no las necesitas. Me gusta el dinero, ciertamente, pero soy bastante rico... Ahora bien, puesto que yo soy rico, tú lo eres...

Elena le dió las gracias con una mirada tierna.

—Eso es, no te creo; eres muy engañador...

—¿Cómo?

—Figurate que cuando te ví por primera vez en la calle ó en el Bon Marché, ¿te acerdas? me dabas miedo con tus aires desdenosos. ¡No hubiera pensado jamás encontrarte tan bueno en el fondo y tan amable!

—¡Es que tú me has convertido!

—Pues bien, ayúdame á aclarar lo que quiero saber...

—¿Tanto interés tienes?

—Mucho.

—Bueno, os obedeceré, señora, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejarás que dé yo solo todos los pasos necesarios para conseguirlo.

—Como quieras.

—Será cuestión de mucho tiempo.

—¿Qué importa con tal que logremos nuestro propósito?

—¿Y después?

—Después qué?

—Supongamos que descubro esos padres que te han abandonado miserablemente... ¿Qué sucederá?

—Ya veremos.

—Una de estas dos cosas... Escucha bien... Esto se llama un dilema. O el padre y la madre en cuestión viven ó han muerto... ¿Muertos no nos ocuparemos más de ellos?

—Desde luego.

—Si viven, es necesario distinguir... O son ricos ó son pobres...

—¿Es eso otro dilema?

—Sí... Si son ricos, no merecen más que el mayor desprecio...

—Es verdad.

—Entonces nos contentaremos con desdeñarles.

—Tal vez...

—Si son pobres...

—Podremos ayudarles...

—No vayamos tan de prisa. Pueden ser pobres y absolutamente imposibles, execrables. En este caso no veo qué ganaremos con conocerlos.

—De todos modos, quiero saberlo — dijo Elena.

El conde se encogió de hombros.

—Bueno; buscaremos — dijo — No sé negarte nada.

—¿Cuándo comenzarás?

—¡Oh! pero déjame tiempo... No hay prisa.

—Sí.

El conde se acarició las patillas é hizo un gesto de aquiescencia suspirando, como el hombre que se encarga de una tarea contra su voluntad.

—Necesitamos un punto de partida — observó.

Elena replicó con viveza:

—Lo tengo.

—Veámoslo.

—Primero me pusieron en casa de una nodriza, en una aldea de las inmediaciones de París.

—Eso es muy vago. ¿De qué lado?

—Me parece que fué del lado de la estación Montparnasse, del otro lado de Versailles.

—¿Pero no estás segura?

—No mucho.

—Continúa.

—Estuve allí unos tres años. Era muy pequeña cuando me sacaron de allí para llevarme á otra parte.

—¿A dónde?

—De esto me acuerdo bien... Era en Sologne, en las inmediaciones de la Motte-Zeuviron. Estuve en una pequeña granja muy alegre. Debía tener seis años cuando salí de allí para entrar en el colegio Julien, entre Autemil y Passy.

—¿El nombre de esa granja?

—No lo recuerdo.

—Hemos adelantado poco.

—Existe el acta de nacimiento. Es posible que en ella haya algo que nos indique...

—¿Dónde está?

—Eso lo sé. En la alcaldía del octavo distrito. Al salir del colegio hubo una escena... Yo estaba muy irritada porque no querían decirme nada, y entonces la directora, señora Julien, me dijo: «Id á la alcaldía del octavo distrito y veréis que no tenéis nada que reclamar á nadie.» Fui y leí: «De padres desconocidos.» También hay una persona á quien se la puede hacer que hable.

—¿Qué persona es esa?

—La que hizo la declaración. ¿No es verdad? Yo no la he visto... No me he atrevido... Un hombre tiene más autoridad... La puede obligar...

—¡Oh!

—O darle algún dinero para obtener informes...

—Eso sería más práctico...; pero es posible que haya muerto.

—¿Por qué?

—Por el tiempo trascurrido.

—Puedes ver, de todos modos.

—Sin duda... Lo mejor sería no ocuparse de eso.

—Tengo gran interés en ello.

—¡Oh! ¡Eso es diferente! ¡Deseo de mujer!

—Pero te hago una concesión... No te meto prisa.

—En hora buena.

—¡Me alegraría tanto!

—Eso depende del resultado.

—En fin, ¿está prometido?

—¿Puedo negarte nada?

Elena le dió las gracias con un beso.

—Voy á arreglarme para el almuerzo.—dijo.—Y después me llevarás al Bosque de Bolognia.

—¡Si quieres!...

Elena se levantó y se dispuso á salir.

Un criado llamó á la puerta, entró y dijo:

—¿Quiere recibir el señor conde?

—¿A quién?

—A un hombre que se ha presentado ya ayer, cuando el señor conde no estaba en casa.

—¿Se llama?

—Escúbrele.

Elena se estremeció; pero se contuvo en seguida.

Se inclinó sobre el hombro de su amante y vivamente le dijo, en voz baja:

—No le recibas.

El contestó en el mismo tono, con la flemma inglesa que era natural en él:

—Al contrario. Es preciso saber qué quiere.

Al mismo tiempo estrechó la mano de su querida, y mostrándola la puerta por donde había entrado, añadió:

— ¡Vete!... ¡Desaparece!

— ¡Pero si te amenaza!

— ¡Marcha!... ¡No temas nada!

Elena obedeció.

El ayuda de cámara seguía impassible.

— ¿Cómo es ese hombre?—le preguntó el conde.

— Ordinario.

— ¿Agitado?

— No, muy tranquilo, al menos en apariencia.

— Hazle entrar.

El conde se sentó delante de su escritorio, apoyó la barba sobre la mano izquierda y esperó.

El corista fué introducido en seguida.

Vestía el mismo terno que cuando vivía con él Elena, solo que mucho más deteriorado.

Al entrar en el suntuoso gabinete del conde, comprendió mejor que nunca lo que le había dicho, con cierta ironía, su amigo Brossois.

— El día que te encuentres frente á frente con tu rival, tal vez estés más sobrecogido que él.

En efecto, su demacrado rostro, expresaba un embarazo que él no conseguía dominar.

Las palabras no llegaban á sus labios; la cólera, que no podía aplacar durante sus paseos á la sola idea del conde de Corbière, había desaparecido en cuanto había atravesado el dintel de la imponente morada.

Se puede asegurar que casi le pesaba haber entrado allí en un momento de locura.

Felizmente, al pasar la mano por la americana y oprimirse el pecho, como para arrojar de él el sentimiento de encogimiento que le ahogaba, tocó la vieja cartera en que guardaba el sobre gris con los diez mil francos.

Y cuando el conde, después de haberle mirado con atención y casi con curiosidad, le preguntó para romper el silencio:

— ¿Podéis decirme lo que os trae?

El desgraciado se sonrió y contestó:

— ¿Decís?

El conde dijo con perfecta cortesía.

— Os pregunto que á que debo el honor de vuestra visita.

El baritono se inclinó y dijo con cierta firmeza en la voz.

— Si, sí, vais á saberlo.

El conde, indicándole una silla, le dijo:

— Hacedme el favor de sentaros.

El corista no se lo hizo repetir.

Colocó su sombrero sobre la alfombra y acercándose al escritorio, dijo con decisión:

— Vengo á hablaros de asuntos.

— ¿De asuntos?... —repitió el conde sorprendido. — No creía tenerlos con vos.

— ¡Oh! sí.

— Veamos, pero me parece que en esto debe haber un error.

— No.

— ¿Os llamáis Escoubère?

— Perfectamente... Paulino Escoubère, cantante en la Opera Cómica.

Gabriel de Corbière hizo un gesto de ignorancia.

—Lo siento—dijo—pero en verdad no tengo el gusto de conoceros.

—¿No habéis oído nunca hablar de mí, ni aun pronunciar mi nombre?

—No recuerdo.

El rostro de Escoubère tomó aspecto jovial.

—Vamos—dijo—esto es gracioso; pero no debe llevarse hasta ese extremo la broma.

—¿Qué broma?

—La de mi incognito y vuestra ignorancia. Cuando se roba una mujer siempre se sabe quien es su marido.

—Entonces yo os habré robado la vuestra...

—¡Ya lo creo!

—¿Estáis seguro de ello?

—Como de que existo.

—¡Ah!

Después de esta exclamación hecha con una serenidad imperturbable, el conde se sonrió. Pero en su sonrisa había un poco de piedad.

Escoubère fué picado en lo vivo y perdió su sangre fría.

Esto es siempre una desventaja en un duelo, cualquiera que sea el arma con que se verifique.

—Caballero—dijo—basta de fingimientos. Yo vengo á deciros lo siguiente: «Vos me habéis robado mi mujer, Elena Noël, y habéis hecho de ella vuestra querida...»

—¿Creeis eso?

—Lo he visto.

—¡Ilusión sin duda alguna!

—Yo no me equívoco. Vos habéis hecho lo que digo... Eso os era fácil... Teniais medio de corromper á una pobre mujer, puesto que sois rico... Ella os escuchó... Esa es cuestión suya. Lo que yo no comprendo es me hayáis creído bastante vil y bastante despreciable para aceptar vuestro dinero... Os traigo ese dinero.

Sacó la cartera y de ella el sobre gris, ajado y lacrado, y lo puso sobre el escritorio del conde.

—¿Ahí dentro hay?...—preguntó con frialdad el señor de Corbière.

—Las diez mil francos que tuvisteis el descaro de enviarme.

—¡Bonita suma! ¿Y pretendéis regalármela?

—Son vuestros.

—Os aseguro que no.

—Y yo sostengo lo contrario.

El conde hizo un pequeño movimiento de irritación.

—¡Pero tan ligero!

—Soy la paciencia misma, mi querido señor, pero comprendereis que esta discusión no puede eternizarse... Yo no veo más que un medio de terminarla. ¿Estáis bien decidido á no coger este dinero?

—Sí, señor.

El conde llamó.

Entró un criado.

—Dubois—le dijo el conde metiendo el sobre en uno más grande, en el que puso Escoubère, corista de la Opera cómica,—llevad este paquete á la oficina de policía de objetos hallados.

Dentro de un año y un día, el señor irá á reclamarlo si quiere. Id.

Volvieron á quedarse solos frente á frente, los dos hombres.

El corista temblaba de cólera, pero trataba de contenerse.

—Caballero—le dijo el conde Gabriel con calma inalterable,—no perderé el tiempo en persuadiros de que seguís una ruta falsa. Solo que como venís á buscarme me permitiré daros un consejo. Si yo tuviese la desgracia de estar casado con una mujer que, por cualquier razón, me hubiese abandonado, no me molestaría en perseguirla y quitársela á la fuerza al hombre que ella hubiera preferido á mí... Tenemos el divorcio... Reclamaría sus beneficios y usaría de mi libertad á mi gusto... He aquí todo lo que puedo deciros.

No se levantó.

Esperaba.

Pero evidentemente esto era una despedida.

Escoubere se puso lívido de ira.

¡Qué escena!

Aquel hombre se había burlado de él como de un chiquillo, sin abandonar un momento su flema.

Ni aun le había hecho el honor de sulfurarse, tan indigno adversario de él le juzgaba.

La rabia del gascón estalló.

Saltó de su asiento y con las dos manos crispadas sobre el escritorio:

—Señor de Corbiere—dijo,—yo estoy seguro de lo que digo. ¡Ese dinero provenía de vos! ¡Vos sois quien me ha robado una mujer

que yo he salvado de la muerte y que quiero más que á mi vida! ¡Ella está aquí, tal vez! ¡Tal vez nos oiga y aplauda haber preferido el gentil millonario al pobre diablo que la dió de comer cuando se moría de hambre! ¡Yo la encontraré y sabré lo que piensa! En cuanto á vos, que la habéis corrompido con vuestro oro, con vuestras riquezas, tened cuidado! ¡Tal vez tengáis razón! Tengo todavía una duda y eso es lo que os salva. El día en que esa duda desaparezca, y ese día llegará, os mataré como á un perro, aunque sea en medio de la calle y cuanto más gente haya para verlo, mas me alegraré. Hasta la vista señor de Corbiere. Sois muy fuerte y me habéis dado una lección hace un instante! ¡Me acordaré de ellal... ¡Hasta la vista!

El conde la habia escuchado sin hacer un gesto, sin moverse, sin perder su indolente postura.

Apoyó su mano en un timbre.

Se abrió la puerta.

—Dabois—ordenó,—acompañad á este caballero, y si vuelve, no le recibáis. Tengo temores respecto á su razón.

Los ojos de Escoubere se inflamaron.

Esta era la suprema injuria.

Los del conde permanecieron serenos.

Los dos hombres cambiaron una mirada muy diferente.

La del conde acariciadora, por decirlo así. La del corista hubiera matado, si hubiese tenido la potencia del rayo.

Escoubere salió.

Quando el conde se quedó solo, hizo justicia á su adversario.

—Ha tenido un momento soberbio—pensó.

La puerta secreta se abrió de nuevo.

Elena entró en el gabinete.

—¿Y bien?...—preguntó temblorosa.

—Se concluyó. ¿No has oído nada?

—Nada. Puesto que ha venido, es que sabe...

—No; solo que tiene dudas... Yo he procurado engañarle... Será preciso que estés con cuidado, que redoblemos las precauciones...

—¿Te ha amenazado?

—No; pero busca... trata de encontrarte.

—¿De modo que todo ha pasado bien?

—Todo.

—¿Es muy desgraciado?

—No tanto como eso... Me ha hablado de sus éxitos. Nada en la abundancia... Ha ascendido... Su sueldo ha aumentado y sus cargas han disminuido... Y necesita tan poco dinero, que ha querido devolverme el que le dejaste al marcharte.

—¡Ah!

—Hubo un momento en que creí que me lo tiraba á la cabeza.

—¿Y?...

—Y se contentó, felizmente, con dejarlo sobre el escritorio.

—¿Entonces, sabe que provenía de ti?

—Yo he negado, naturalmente; y delante de él he dado la orden de llevar el paquete á la oficina de objetos hallados. El lo reclamará si quiere. Su nombre está en el sobre.

El conde se levantó de pronto.

—No hablemos más de eso—dijo.

Y mirando á su querida con fijeza, añadió:

—A menos que...

Elena movió tristemente la cabeza.

—No, amigo mío—dijo con acento de una extrema ternura,—le compadezco; pero te amo!

Y le echó los brazos alrededor del cuello.

El conde la enlazó el talle, la levantó del suelo y sus labios se tocaron.

Era la primera vez que Elena confesaba francamente su amor.

En lo sucesivo era suya; estaba definitivamente conquistada.

En el país.

Habían trascurrido algunos días desde aquel en que Teresa había ido á Fontaine á ver á su hijo.

La primavera estaba en todo su esplendor.

Los habitantes de la Boca del Lobo estaban reunidos en la cocina cierta noche.

La pobre granja no había tenido nunca aspecto alegre.

El estado de ruina en que se encontraba no era el más á propósito para inspirar ideas halagüeñas; pero después de la partida de los dos hermanos, Guillermo y Juan, y la huida de Teresa, es inútil decir que estaba sumergida en la más desoladora tristeza.

Juan estaba en presidio. Guillermo y Marcelo del otro lado de los mares, en países desconocidos; Teresa, en París, sin duda, desgraciada y abandonada de todos, muerta tal vez de desesperación.

Ni la vergüenza del presidio, ni el alejamiento de sus hermanos eran para él mayor de los Montarón un dolor comparable con el que le causaba la idea de Teresa, entregada al azar que tenía que afrontar.

No era esto todo.

La ruina definitiva, sin remedio, se unía á las otras fatalidades que les agobiaban.

Lo que aquel odioso Barassón había escrito

algunas semanas antes á la condesa de Corbiere, estaba á punto de realizarse.

Carteles que anunciaban la venta de la finca, cubrían las paredes de la casa.

Alguaciles habían ido varias veces á la Boca del Lobo para entregar allí ciertos papeles timbrados muy amenazadores.

La deuda de quince mil francos, contraída poco á poco para los gastos de la educación de Marcelo en Tours y de Teresa en Gien, había cumplido hacía años, pero los acreedores no habían exigido su reembolso hasta entonces.

Cobraban los intereses con bastante regularidad, pero ahora se habían coaligado, se negaban á esperar.

La hipoteca era, sin embargo, buena, porque las ciento cincuenta hectáreas de la Boca del Lobo, por malas que fuesen, valían siempre treinta mil francos.

Pero una sorda enemistad debía obrar en la sombra y perjudicar á los Montarón para echarlos del país.

Magdalena y Pedro tenían un nombre en los labios: Barassón.

No se engañaban.

Barassón era el que no perdonaba medio para arrojarlos de allí.

Barassón no salía de los estudios de los abogados y de las notarias.

Desacreditaba á sus pobres vecinos.

Decía que la finca no valía el dinero del préstamo, y que él no daría un sueldo más por ella, pagándola mucho.

¿Y qué hacer?

En vano había solicitado Pedro un plazo.

Se lo habían negado sin compasión.

La situación era, pues, desesperada, y una verdadera consternación reinaba en la granja.

En la cocina, alumbrada por una lámpara de petróleo que pendía del techo, estaba la pobre madre sentada cerca del hogar, medio ciega y sin moverse.

Ocupada en su eterna tarea, hacía media en silencio.

El perro estaba á su lado, acostado sobre sus patas delanteras.

Pedro estaba en la mesa arreglando unas cuentas, y Magdalena, sentada enfrente de él, le contemplaba con cariño.

Evidentemente aquellas dos criaturas, leales, honradas y buenas, no tenían más que una sola alma.

El reloj dió las nueve.

La noche estaba hermosa, las hojas de los olmos y de los álamos permanecían inmóviles.

El llano dormía bajo un cielo profundo, en el que flotaban algunas nubes inciertas del camino que debían tomar, sin un soplo de viento para dirigir las.

El perro volvió la cabeza hacia la puerta; pero no ladró.

—Es el cazador de topos—dijo Pedro á Magdalena.—El pobre viejo se molesta mucho por nosotros.

Se encogió de hombros y dió un suspiro.

—Todo lo que se haga y nada, es la misma cosa. Estamos condenados—dijo.

Se oyeron pasos en el patio, y se abrió la puerta.

El perro se había levantado; pero fué para recibir bien al visitante, y su cola se agitaba en señal de alegría.

El que llegaba era un amigo.

Pedro Montarón no se había equivocado.

El cazador de topos apareció en el umbral con un largo palo en la mano.

—Buenas noches—dijo el viejo.

Magdalena, que también se había levantado, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Oh!—dijo.—¡Qué alegre parecéis!

El buen hombre contestó:

—Es que lo estoy.

—¿Y por qué?

—Traigo noticias que os van á sorprender. Hubiera querido llegar antes; pero de Romorantin aquí hay muchos pasos que dar, y mis pobres piernas no pueden ya menearse con la ligereza que yo desearía.

Magdalena cogió al anciano la anguarina y el palo y le acercó una silla á la de Pedro.

El anciano se dejó caer en ella diciendo:

—¡Uf! Es bueno poder respirar un momento.

Y, volviéndose hacia Pedro, añadió:

—Lo que tengo que deciros es que podéis dormir tranquilos esta noche.

—¿Cómo?

—Y mañana arrancar los anuncios del pórtico.

—¿Qué decís?

—Que ese infame Barasson no estará contento.

—¿Por qué?

—El creía poder quedarse con la Boca del Lobo, para la bruja de su ama, por un pedazo de pan.

—Y la tendrá—dijo Pedro con resignación.

—No—afirmó el cazador de topos.

—¿Quién podrá impedirlo?

—No seré yo, con seguridad, porque no me quedan cinco francos; pero la venta no se realizará.

La anciana, aunque sorda, había cogido algunas palabras de la conversación de los dos hombres.

La voz del cazador de topos sonaba en su oído como una trompeta, y su alegría era tan visible, que hubiera bastado para llamar la atención de la buena mujer.

—¿Decís?—preguntó aproximándose.

—Digo que han pasado cosas inexplicables. Yo había ido á Romorantin para hacer la última gestión acerca del alguacil, que no sería peor que otro si ese infernal Barasson no le acosara. Y al hablarle del asunto, me dijo: «¿Pero no sabéis nada?—¿De qué?—le pregunté.—Todo ha concluido—me contestó.—Ya no hay más apremios ni más nada. Todo el mundo ha recibido su dinero.»

—¿Han pagado los quince mil francos?—preguntó Pedro.

—Con los intereses y gastos, hasta el último céntimo.

—¿Quién?

—¡Ah! á eso no puedo contestar. Nadie lo sabe. Un desconocido, un parisién. No está sol-

ventada la deuda por vuestra parte, pero tenéis otro acreedor que tendrá más paciencia que los primeros... Esto es todo.

—¿Es posible?

—He ido á casa del notario, quien me ha dado informes. Me ha dicho con mucha complacencia que un señor de París ha venido á traer fondos diciendo que él se hacía cargo del crédito... que no os molestaría... que más tarde, si no podíais pagarle, compraría la finca... que le conviene. No es un regalo lo que os hace, pero os da tiempo para arreglar el asunto en las mejores condiciones posibles. El notario me ha afirmado que le pareció un buen señor, alegre, de buen humor. Es joven. Por lo demás, nadie le conoce. Estuvo poco tiempo en Romorantin. Arregló el asunto en pocas horas y se volvió á París.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo... Boisselet... Boissard... Boisset ó Boissier... En fin, eso es lo de menos. Llámese como quiera, ¿qué importa? Lo importante es que podéis estar tranquilos por algún tiempo.

El viejo se frotó las manos diciendo:

—¿Cómo va á rabiarse Barasson! Tenía trazado su plan... Iba á arrasar la casa y no dejar más que un rincón de ella para alojar un guarda. La tierra permanecería ineulta con sus escasos bosquecillos. No se oculta de decirlo á voz en grito. Iba por fin á verse desembarazado de los Montarón. ¿Qué le importaba pagar la granja y no sacar partido alguno de ella? ¡La condesa es rica!... Pero esto no está tan

cercano ya, ni es tan fácil como él creía.

El pobre anciano estaba loco de contento.

La criada estaba más alegre que él.

Se acercó á su amo y le dijo al oído.

—Cuando os digo que es preciso no desconfiar y que esto se arreglará... ¡Ya lo veis! El resto se arreglará lo mismo.

—¡Dios lo quiera!

—Trabajaremos con decisión, el año se presentá bien!

Y volviéndose al cazador de topos:

—En verdad—le dijo—que sois un buen hombre y un buen amigo; pero ¿es seguro lo que decís?

—Tan seguro como que en este momento estamos aquí los cuatro! El notario, un anciano muy serio, no está muy contento. Tiene la clientela del castillo, que es buena, y se pasaban pocos días sin que Barasson fuese á hacerle una visita, no para haceros ningun favor, es probable. El alguacil me lo ha afirmado también y no ignora las ideas de ese bribón. Cazán juntos con frecuencia cuando no están los amos... Pero todo está arreglado.

—¡Un milagro!—dijo sonriendo tristemente Pedro.—En fin, es una suerte—añadió más bajo, mirando á su madre.—La pobre mujer podrá morir en paz en su casa. Cada día está más decaída.

—La pena de sus hijos, y sobre todo de su hija—murmuró Magdalena.—¿No tenéis noticias?—preguntó al anciano.

Las tenía, pero no eran nada buenas y por eso contestó:

—No, ya llegarán.

—¡Y yo que me olvidaba de vos! — exclamó la sirvienta.— Debéis tener hambre. Perdonadme, la alegría me ha hecho olvidarme de todo.

Fué á la alacena y trajo pan y manteca que puso sobre la mesa.

Encendió el fuego, echó en él unas ramas de pino, y en un momento hizo una tortilla.

Después fué á la bodega y trajo una botella de vino.

—Ya no queda casi—dijo;—pero hoy es necesario celebrar la buena noticia. Vamos, reconfortaos, mi brayo huésped. Después de un paseo semejante debéis tener necesidad.

—No mucha, no mucha.

Con la complacencia de las gentes del campo, cuya vida está formada de accidentes sin importancia, explicó que habia encontrado dos ó tres carros de amigos que le habian ofrecido asiento.

Aun quedan buenas almas en el mundo, más que se piensa.

La conversación decayó.

Pedro, Magdalena y la anciana, eran poco habladores, como casi todos los aldeanos.

El cazador de topos comía su tortilla con lentitud y gravedad, á la manera de los ruminantes.

Pedro habia vuelto maquinalmente á ocuparse de sus cuentas; la anciana hacía media; la criada se ocupaba de que no le faltara nada al cazador, y el perro se habia instalado de nuevo en su puesto predilecto, delante del hogar, con la nariz entre la ceniza.

De pronto se irguió, hizo oír un gruñido sordo, y levantándose, se fué á la puerta y comenzó á arañarla.

Pasos más ligeros que los del cazador de topes se sentían en el patio.

En seguida llamaron á la puerta.

Magdalena corrió hacia ella.

Un hombre de mediana estatura, bien vestido, con un abrigo al brazo, entró.

Todos los ojos se volvieron hacia el recién llegado.

El perro vaciló un momento, pero en seguida empezó á hacer manifestaciones de cariño.

Magdalena exclamó con los brazos tendidos hacia la anciana.

— ¡Señora, es vuestro hijo!

— ¡Mi hijo!

— ¡El Sr. Marcelo!

El era en efecto.

La madre estuvo á punto de desmayarse de alegría.

El viajero se lanzó hacia ella y la sostuvo.

— ¿Tú? — murmuró la anciana, que no creía á sus ojos.

No cesaba de mirarle. Trataba de adivinar por su cara, por su expresión, si volvía feliz ó desgraciado.

Marcelo se parecía á sus hermanos, ó al menos había entre ellos un aire de familia.

Tenia la misma estatura que ellos, la misma fuerza, casi las mismas facciones, pero eran infinitamente más finas, de más distinción, de mayor gracia en la forma.

Marcelo era el verdadero hidalgo de la familia.

Sus dos hermanos, Juan y Guillermo, tenían el pelo rubio y el rostro tostado por la vida que hacían al aire libre todo el año.

Marcelo tenía el pelo castaño oscuro; era casi moreno, como su hermano Juan.

La madre le abrazó largo rato, y cuando por fin se separó de él, poniéndole las manos sobre los hombros para examinarle mejor, le dijo:

— Estabas triste cuando marchaste, y vuelves lo mismo.

No se engañaba.

En aquella cara había huellas que era imposible no ver.

— ¿De dónde vienes? — le preguntó.

— De París.

— ¿Y antes?

— De América.

— ¿Te has detenido mucho tiempo en París?

— Unos días, pocos.

— ¿Por qué no viniste en seguida?

— Un amigo, que encontré por casualidad, me dió noticias... No eran buenas. Teresa...

Vaciló un instante.

Su voz se había alterado al pronunciar este nombre.

— Si, Teresa nos abandonó — dijo la madre. — Después de lo ocurrido, no quiso quedarse en el país...

— ¿E ignoráis qué es de ella?

— ¡Ay de mí!

— Yo he tratado de averiguarlo.

—¿Y has conseguido algo?— preguntó la anciana fijando en él sus ojos inquietos.

—No he podido; imposible encontrarla.

El cazador de topos no pudo disimular un movimiento que atrajo la atención de Marcelo.

—¿Tú sabes algo?— dijo el joven.—Ella te quería... Te habrá escrito tal vez.

—Sí.

—¿Qué te decía?

—Poca cosa... que trataba de buscar una colocación... que esperaba conseguirla... me pedía noticias...

—¿La has contestado?

—Sí.

—¿Luego tú sabes dónde está?

—No. No me lo decía. He dirigido la carta á la lista de correos.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos diez días.

—Entonces es demasiado tarde.

—¿Qué hubieras hecho?

—Aunque hubiera tenido que pasarme días enteros á la puerta del correo, hubiera esperado á que llegara.

—¿Y después?

—La hubiera llevado conmigo.

—¿A dónde?

—A donde voy.

—¿Al extranjero?

—Sí. Pensar que se encuentra sola, obligada á servir á los demás, es una idea que no puedo soportar.

—¡Ella lo ha querido!— dijo la madre.—¡Dios velará por ella! Tal vez un día volvamos á

verla en esta pobre casa, como á tí... Esa esperanza abrigo.

Marcelo se volvió hacia su hermano.

—¿Qué papeles son esos que he visto en las paredes del pórtico?— le preguntó.

—Una prueba de nuestra miseria. Carteles que anuncian la venta de nuestra finca. ¡Nada nos sale bien, mi pobre Marcelo!

El cazador de topos contó lo que aquel mismo día había sabido respecto del asunto.

Habló de la intervención de un desconocido, de la suspensión de procedimientos, etc.

El joven le escuchaba en silencio, y reflexionaba.

El no podía engañarse.

Este pago imprevisto tenía una causa que él comprendía.

Con su viva inteligencia adivinaba una protección misteriosa extendida sobre ellos, una mano amiga que quería permanecer oculta, y en su imaginación encontraba cierta relación entre la carta que recibió en el momento de su partida para América y la salvación que les llegaba en el momento en que iban á zozobrar en la ruina.

¿Pero de dónde venía esta protección? ¿Cómo se llamaba el hada bienhechora que velaba por ellos y obraba en el momento preciso en que el peligro era inminente?

Nunca había podido penetrar este misterio, por más que había pensado en él.

No podía sospechar ni remotamente quién pudiera ser la persona que con tanto interés se cuidaba de él.

Entre sus amigos, y éstos eran numerosos, no encontraba uno que pudiera disponer de un billete de mil francos, ni aunque fuera en favor del ser más querido.

En la ignorancia del origen de aquellas generosidades extrañas, sentía un cariño infinito por aquella incógnita, y en sueños se la figuraba adornada de todas las gracias y de todos los encantos.

Sabía que era una mujer, porque este detalle se lo había revelado ella misma.

Suponía que aquella protección oculta se extendía á Teresa, como á los demás, por que, ¿por qué no la había de proteger también á ella, cuando la protección alcanzaba á sus hermanos?

Su rostro se animó de pronto.

Contó su vuelta de Nueva York á Francia, la travesía con sus incidentes, sus excursiones por París en busca de Teresa, y lo inútil de sus pesquisas.

En vano había ido á ver á todas las personas á quienes ella hubiera podido dirigirse.

No la habían visto en ninguna parte.

—¿Por qué abandonastes América?—le preguntó su hermano.

El elndió la contestación.

No dijo más que, se había apoderado de él un gran aburrimiento; que ganaba poco y no había podido ahorrar más que, escasamente para pagar el pasaje de vuelta y unos cuantos cientos de francos para instalarse.

—¿Y ahora?

Marcelo hizo un gesto de incertidumbre.

No sabía. Tenía una carta de recomendación con la que esperaba ser bien acogido y obtener una colocación.

A fuerza de trabajo se había hecho un verdadero artista; trataba de utilizar los conocimientos que tenía de la música y dar lecciones.

No dijo más.

—¿Y Guillermo?—preguntó.

—Marchó también cuando Juan... Aun no hemos recibido carta de él.

—¿Y Juan?—preguntó en voz baja como si hubiese tenido miedo de pronunciar su nombre.

—Ya sabes—dijo la madre.—El pobrecillo...

No concluyó. Su voz se ahogó y su cabeza se inclinó sobre el pecho.

Pedro dijo con sentimiento:

—Sufrirá mucho porque hechará de menos el país y la libertad con que vivía.

No hicieron alusión alguna á lo que había pasado.

—Le conozco—dijo simplemente Marcelo.

No estará quince días en el presidio. Se fugará.

—¡Dios lo quiera!—suspiró la madre.

—O se hará matar.

—Hablemos de tí—dijo la madre.—¿Vas á abandonarnos de nuevo?

—Es preciso.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Tan pronto! No tendrás valor para eso.

—Me iré temprano. Si me deseuído, la plaza

que espero obtener estará dada. Y entonces, ¿qué hacer? Y tengo una súplica que haceros.

—¿Cuál?

—He venido á pie de Cour-Cheverny porque deseo que nadie sepa que he estado en el país.

—¿Qué te importa que lo sepan?

—Es una idea!... Hubiera querido ver al cura, y renunció á ello. Es una privación que me impongo. ¡Ha sido bueno para mí! Mañana me pondré en camino antes del amanecer y tomaré el tren... Ya os he abrazado, que era todo lo que deseaba.

—¿Nos escribirás al menos?

—Sí, con una condición, que no se lo direis á nadie. Quiero desaparecer, vivir ignorado, desconocido. Si puedo volveré á sorprenderos, á veros; pero no existire más que para vosotros... ¿Queda convenido?

—Si tú lo exiges...

—Está en el interés de todos nosotros... Para mí necesito poco. Si consigo esa colocación, aunque no sea muy lucrativa, os ayudaré y será mi dicha. Quiero á Juan como le queremos todos, y sé que ha sido condenado injustamente ó que es disculpable lo que hizo; pero si yo llevo su apellido, el apellido de un prisionero deportado, ¿querrán admitirme en alguna parte y podré ganarme la vida?

Pronunció estas palabras con voz alterada y baja.

—Ya veis—añadió—que es preciso desaparecer y callar. Tal vez llegue un día, la hora de la reparación para nosotros.

La conversación se prolongó hasta muy tarde.

Hablaron de todo lo que les interesaba.

Marcelo contó su vida errante, su estancia en Lima, la herida que recibió por ir al fuego por pasatiempo, por hacer lo que hacían los demás; la suerte que había tenido en encontrar en las casas donde había estado empleado en el Perú y en los Estados Unidos profesores de gran talento; el ahinco con que se había dedicado al estudio, con el deseo de llegar á ser un verdadero artista; y las noches que había pasado en vela dedicado al estudio.

Por fin, y teniendo que madrugar para despedir á Marcelo, se acostaron.

Al día siguiente, á las cuatro de la mañana, estaba dispuesto á partir, y toda la casa estaba en movimiento.

Abrazó á su madre, á su hermano, á la pobre Magdalena, á quien conocía desde que era una niña y á quien quería como á una hermana; abrazó también al cazador de topos, que formaba parte de la familia, y se marchó acompañado de Pedro hasta los bosques de la Ferté Montarón.

Al separarse de su hermano le abrazó con cariño y le dijo:

—¡Tengamos esperanza! Los tiempos mejorarán para nosotros. Cuando tengas noticias de los otros, díles que pienso en ellos, que los quiero...

Y se alejó á paso largo.

Al poco rato se paró y miró á su hermano, que se volvía pensativo, encorvado bajo el pe-

so de sus preocupaciones y de sus penas, más favorecido, sin embargo, que los otros, puesto que podía respirar todavía el aire del país y guarecerse en las ruinas de la casa paterna.

Y bruscamente continuó su marcha hacia lo desconocido que iba á afrontar.

En el bolsillo no llevaba más que unos cientos de francos y una carta de recomendación del señor Santiago Mertens, su profesor de la casa Barker, para el cura de Lucerna, su amigo.

En aquella carta, el señor Mertens, que conocía la historia del desgraciado joven, ensalzaba su mérito al cura, uno de sus antiguos compañeros, y concluía diciéndole:

»No encontrarás jamás un artista tan notable, ni un corazón tan recto y tan leal.

»Ha rehusado millones y la dicha que se le ofrecía por un sentimiento de honor por lo que no sabría yo felicitarle nunca lo que se merece.

»Haz por él lo que pudieras hacer por mí.
»Tu siempre amigo.

»MERTENS.»

La carta contenía también estas líneas:

«He hecho fortuna aquí! Pero cuanto siento la ambición que me alejó de nuestras montañas y de nuestros amigos.

»No tengo más que un deseo, ir á pasar una temporada á vuestro lado. Pienso realizarlo pronto. Sería para mí una gran satisfacción

encontrar á tu lado á ese pobre Marcellus, mi discípulo y amigo.

»M...»

De modo que se llamaría Marcellus.

Era su profesor quien por la intimidad que les unía le había bautizado así.

Marcellus simplemente.

¡Qué importaba, puesto que quería vivir desconocido de todos, como los frailes sepultados en la oscuridad de su claustro!

Así reflexionando, marchaba rápidamente á través de los bosques, cuyos numerosos senderos conocía por haberlos recorrido tantas veces cuando niño.

A las cinco llegó á la plazoletita que había delante de la iglesia de la Porté-Montarón, entre el presbiterio, las pocas casas de la aldea y la avenida secular que conducía á la verja monumental del castillo.

En aquel momento aparecía el sol por encima de los árboles del parque y ya se manifestaba un cierto movimiento en los alrededores del castillo y de la iglesia.

El sacristán salía de su casa y se dirigía á la iglesia para tocar el ángelus.

El cura abría la ventana y se inclinaba hacia el exterior, como para respirar el aire de la mañana.

En las dependencias del castillo más cercanas á la plaza que al mismo castillo, que se elevaban al otro lado de la vasta pradera, algunos criados iban y venían con el tranquilo

paso de las gentes á quienes nada corre prisa.

Oculto por el tronco de un olmo secular, Marcelo examinó un instante este espectáculo, que le recordaba su juventud, y cuando el cura se retiró, el sacristán hubo entrado en la iglesia y los criados del castillo en las cuadras, se apresuró á continuar su camino.

Poco después se paró de nuevo. Ante él, por un claro que había en medio de los bosquecillos del parque aparecía de lleno la fachada del castillo á unos cien metros, imponente y soberbia, mientras que el ángelus sonaba enviando á lo lejos las argentinas notas de aquella campana cuyo sonido tanto conocía él.

Un guarda con su escopeta al hombro y la pipa en la boca se dirigía hacia donde él estaba. Marcelo alargó el paso y se internó por un sendero que conducía por un atajo á Saint-Hubert y de allí á la carretera de Blois.

A las nueve estaba en la estación de Cour-Cheverny, donde tomó un billete de tercera para Paris.

Durante cinco horas anduvo errante por ese Paris tan difícil de conocer, y cuyos misterios permanecen casi siempre impenetrables.

Hizo nuevos esfuerzos para encontrar á Teresa, á quien se hubiera llevado con él si sus pesquisas hubieran dado un resultado favorable.

Todo fué inútil.

Con el corazón herido y sin esperanza alguna, se fué á la estación de Lyon y tomó un billete para Suiza.

Allí en medio de las montañas era donde iba

á buscar la calma y el silencio que necesitaba.

¿Los encontraría?

Tenia algunas probabilidades.

Contaba con la calurosa recomendación de su profesor y amigo el señor Mertens, al venerable cura de Lucerna, muy artista también.

Sabía que además de la carta de que él era portador, el excelente hombre había escrito otras á su antiguo compañero.

El señor Mertens le había dejado entender que su amigo no podía negarle nada.

Pero otras influencias podían contrabalancear aquella, por potente que fuese.

Así es que iba lleno de ansiedad.

A pesar de las instancias del señor Barker, no había aceptado más que lo que le debían de su sueldo y sus recursos eran muy escasos.

Salió de Paris por la noche.

Al amanecer del día siguiente estaba á la vista de esos sitios tan queridos por los turistas del mundo entero, montañas azules, picos cubiertos de nieve, lagos sin fin, negros bosques de pinos colgados de los costados de los abismos, verdes pastos en medio de los que andan errantes rebaños con sonoras campanillas.

A las tres de la tarde percibió en el horizonte los campanarios de Lucerna, destacándose sobre uno de los paisajes más espléndidos del universo y las murallas de esa ciudad pacífica, recostada con indolencia á las orillas de un verdadero mar.

Dos horas después llamaban á la puerta de

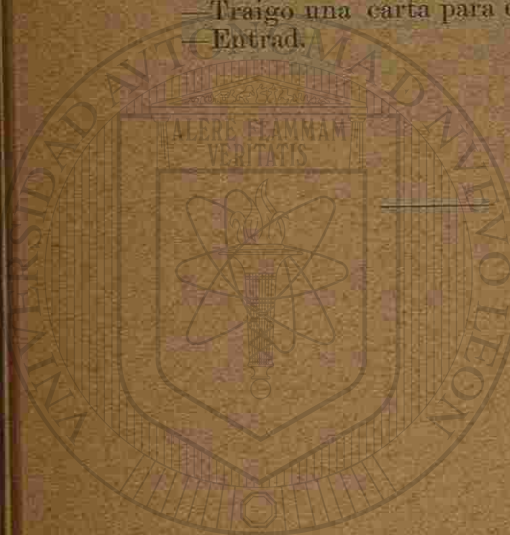
una casa de aspecto severo y preguntaba á la respetable matrona que salió á abrir:

— ¿El señor Muller?

— Sí, señor.

— Traigo una carta para él.

— Entrad.



XX

Muerto y vivo.

Juan Montarón había comprendido, aunque dicho al paso y en medias palabras, el aviso que su hermano le había dado en el puerto de Nouméa.

Era preciso estar preparado para todo.

Lo estaba.

La casualidad y las costumbres de la colonia debían favorecer singularmente la tarea emprendida por el vizconde de Fleuse y su compañero.

En ninguna parte era tan fácil la evasión como en Numea.

Como había dicho el farmacéutico envenenador, para conseguirlo bastaba poseer el nervio de la guerra, dinero y un amigo en libertad que consintiese en ayudarle.

El héroe del drama de la Boca del Lobo tenía las dos cosas.

Además, desde el día de su desembarco, estaba en una situación escepcional. Se lo había llevado el director de Mandu.

Al cabo de quince días, Juan, cuya conducta era excelente, estaba mirado como uno de los mejores obreros de aquella fábrica extraordinaria en la que se reducen á conservas para el ejército innumerables reses vacunas.

Por su docilidad, su disposición y su disciplina había conquistado Juan, desde las prime-

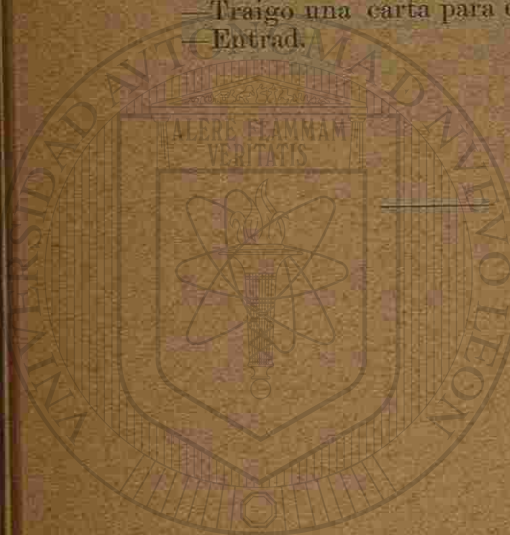
una casa de aspecto severo y preguntaba á la respetable matrona que salió á abrir:

— ¿El señor Muller?

— Sí, señor.

— Traigo una carta para él.

— Entrad.



XX

Muerto y vivo.

Juan Montarón había comprendido, aunque dicho al paso y en medias palabras, el aviso que su hermano le había dado en el puerto de Nouméa.

Era preciso estar preparado para todo.

Lo estaba.

La casualidad y las costumbres de la colonia debían favorecer singularmente la tarea emprendida por el vizconde de Fleuse y su compañero.

En ninguna parte era tan fácil la evasión como en Numea.

Como había dicho el farmacéutico envenenador, para conseguirlo bastaba poseer el nervio de la guerra, dinero y un amigo en libertad que consintiese en ayudarle.

El héroe del drama de la Boca del Lobo tenía las dos cosas.

Además, desde el día de su desembarco, estaba en una situación escepcional. Se lo había llevado el director de Mandu.

Al cabo de quince días, Juan, cuya conducta era excelente, estaba mirado como uno de los mejores obreros de aquella fábrica extraordinaria en la que se reducen á conservas para el ejército innumerables reses vacunas.

Por su docilidad, su disposición y su disciplina había conquistado Juan, desde las prime-

ras horas, las simpatías de sus jefes y aun la de su vigilante, un corso llamado Tomásí.

Este corso, muy severo para con los otros presos, se mostraba de una complacencia extrema para con Juan Montarón.

El establecimiento de Mandu está situado á unas doce leguas de Noumea, en una pendiente suave á media ladera en una admirable situación, en medio de un bosque poblado de pájaros multicolores.

Acá y allá, entre la verdura, como en un parque soberbio se elevan las casas del director y de los almacenes y chozas dispersas á corta distancia unas de otras, formando una aldea inmensa sin campanario.

Delante del establecimiento, á cosa de un kilómetro de distancia, aparece el mar, de un azul intenso que produce un contraste encaudador con las playas rojas que lo rodean.

Más allá, los bancos de coral suben hasta flor de agua, salpicando aquel azul de manchas grises, mientras que allá, á tres millas de la orilla, otras rocas más considerables se elevan como una muralla para preservar la isla de las invasiones de los corsarios.

A algunas ensenadas perfectamente abrigadas sirven de pascó á los habitantes de Mandu, pero es preciso no pensar en bañarse en aquellas aguas pérfidas, donde los tiburones reinan como soberanos.

El vigilante encargado de los condenados alquilados por la administración al establecimiento de Mandu, sabe que no tiene auxiliares más seguros que esos animales glotonés de

que el mar está infestado, y su vigilancia disminuye con la idea de aquel ejército formidable de guardianes incorruptibles, con los que puede contar.

Felizmente Juan Montarón tenía también sus cómplices, y éstos trabajaban con una actividad de la que no podía dudar.

Así era que esperaba tranquilo el momento.

Estaba siempre alerta, pero seguro de que su hermano no se descuidaría.

Vestido como sus compañeros, con la blusa gris de reglamento y el sombrero de paja, se mostraba el más complaciente de los servidores y el más sumiso de los prisioneros.

Una mañana, á cosa de las diez, al ir á llevar unos bueyes al matadero, pasó al lado de dos caballeros que venían de almorzar de casa del director de Mandu.

Su cara no expresó sorpresa alguna; sin embargo, un estremecimiento repentino le había agitado de los pies á la cabeza.

Uno de aquellos dos *gentleman* le dijo en voz baja al pasar á su lado:

—Esta noche, de ocho á diez, allí.

Y con un gesto imperceptible le indicó una pequeña ensenada que se distinguía desde aquel sitio.

Juan, con una guiñada, hizo comprender al *gentleman* que quedaba enterado.

Aquel *gentleman* era su hermano; el otro era el vizconde de Fleuse.

Una balandra de elegante forma, á propósito para la carrera, se balanceaba en alta mar entre el cinturón de las murallas

de coral y las arenas de la playa de Mandu.

Aquella balandra, montada por cinco hombres de tripulación, era del vizconde de Fleuse.

Todo el mundo lo sabía.

Ahora bien; ¿quién hubiera podido desconfiar en la colonia del vizconde y su compañero?

Distinguido, de una franqueza extrema, siempre de buen humor, aquel aventurero cuya cartera estaba repleta de valores y que buscaba instalarse allí donde hubiera probabilidades de hacer negocio, era admirablemente acogido por todo el mundo.

Funcionarios, oficiales, fondistas, abastecedores, todos le estimaban.

Ni aun su barco hacía sospechar nada.

Constituía para él el mejor y casi el solo medio de transporte alrededor de la isla, en un viaje de necesaria exploración.

Su compañero no desempeñaba á su lado más que un papel secundario, y nadie se ocupaba de él.

No veían en él más que un pariente pobre, acompañando á un pariente rico y sirviéndole de *factotum*.

El vizconde había hablado ya de su marcha próxima á los amigos, que se había hecho en Numea con la facilidad que un hombre sencillo é inteligente, al llegar á su país, encuentra casi siempre para sus compatriotas en una colonia nueva y lejana donde están en pequeño número, deseosos de oír hablar de la madre patria.

Sus explicaciones habían sido sencillas,

Con sentimiento se decidía á abandonar la Nueva Caledonia, pero no encontraba él allí los elementos con que había creído poder contar para establecerse en ella.

Ya había hecho sus visitas de despedida.

La víspera había ofrecido una comida á todos los amigos que tenía en Numea.

En vano habían éstos tratado de retenerle.

El director de Mandu había hecho más esfuerzos que los otros.

A decir verdad, la compañía, tan magníficamente constituida, carecía de capitales.

Su caja se parecía al tonel de Danaides.

Nada podía llenarla.

Los cien mil francos del vizconde hubieran producido, al menos por algunas semanas, un excelente efecto en aquel antro.

En esto estaba el secreto de las atenciones sin cuento que habían tenido para con él, y por las que no se había dejado engañar.

Su experiencia, tan caramente pagada, le había hecho muy prudente.

Quería á su dinero, último resto de su cuantiosa fortuna, como á las niñas de sus ojos.

A eso de las cinco de la tarde, vió Juan por última vez á su hermano Guillermo, que se alejaba con el vizconde de Fleuse y el jefe de la casa, y bajaba hacia la pequeña ensenada que antes le había indicado, donde les esperaba una lancha para conducirles á la balandra, cuya vela mayor estaba ya extendida por la brisa que refrescaba.

Los dos hermanos cambiaron una mirada.

Y el confinado vió desde lejos á los dos

hombres llegar á la playa, montar en la lancha y alejarse á fuerza de remo hacia la balandra.

La lancha se acercó á la pequeña embarcación, los dos hombres saltaron á esta y enseñada se dirigió hacia alta mar.

El prisionero, con el corazón oprimido, se abismó en la contemplación de aquel mar reberverante, sobre el que el barco no dejaba ya estela, cuando de pronto sintió una mano que le tocaba en el hombro.

Era la del vigilante.

—¿He? —dijo— ¡se envidia la suerte de esas buenas gentes! ¡Le gustaría á uno largarse como ellos!

Juan le miró con fijeza.

—Es verdad —dijo— pero yo me pregunto como podría arreglarme para eso.

—¡No es fácil, no, por Santa María!

—¡No es fácil, en efecto, y es lastima!

—Teniendo, dinero, se podría intentar la aventura, pero no somos millonarios, ¿no es verdad?

—Ni mucho menos.

—En ese caso, amigo mío, hacéis mal en apuraros como veo; no seréis desgraciado con nosotros...

—¿Creéis vos?

—Sois un buen chico, un trabajador modelo... Dentro de poco tiempo os indultarán y obtendréis una buena concesión del lado del Bourai, buen terreno, sangre de Cristo, para estableceros allí y pasar el resto de vuestros días... Y después os casarán. Entre las conde-

nadas encontraréis una mujer bonita y haréis un buen matrimonio.

—Es una idea. No pensaba yo en eso.

—Pues si queréis que os diga la verdad, no os creo más desgraciado que yo. ¿No estoy condenado como vos? ¿No tengo que estar en esta maldita Caledonia? ¿Soy mejor tratado que vosotros?

—Vos podéis marcharos...

—¿Para qué? ¿A dónde iría yo? ¿Tengo rentas? ¿Qué nos dá el Estado? una miseria... Al gobernador, en horabuena, ¡Le pagan miles y miles! ¡Y á todos esos cagatintas que no hacen más que beber desde la mañana hasta la noche, jugar al bézigue, andar de taberna en taberna ó fumar buenos habanos en el puerto! ¡Habladme de esos! ¡Pero nosotros, si hay perros cuya condición es mejor que la nuestra, ¡Así es que no creáis que yo me molestaria!

Podéis largaros cuando os plazca... ganar un día los bosques del lado de Kopetu, ó atravesar el mar... No seré yo quien os moleste... Sólo que tengo que advertiros que no lo conseguiréis... En el primer caso, los buenos canaques se encargarán de asaros tal vez. Aún hay algunos antropófagos en la montaña; si no al cabo de algunos días volveréis espontáneamente al redil... En el segundo caso, los tiburones os limpiarán el armazón en un abrir y cerrar de ojos. Lo mejor es resignarse. Os doy un consejo como amigo... Por mi parte no tenéis nada que temer. Si os escapáis, tiraré uno ó dos tiros, pero al aire, para salvar la responsabilidad, por cumplir con mi deber, porque

no quisiera perjudicar á un buen muchacho como vos.

Juan Montarón no pudo menos de sonreír; pero no contestó.

¿Era sincero el corso, ó trataba de conocer sus intenciones?

Ambas hipótesis eran admisibles.

Tomasi continuó:

—Os digo esto, porque sois un buen chico y yo no encuentro vuestro caso punible. Con un jurado corso hubierais sido indultado. No se hubiera escrito un pliego. He estudiado vuestro asunto. Me gusta conocer la historia de los pensionistas que nos llegan. La vuestra es interesante... ¿Era guapa la hermanita?

—No me habléis de eso—replicó Juan con viveza:—me daréis ideas que no tengo.

—¿La de escaparos?

—Sin duda...

—Eso es bueno en vuestra Sologne... Aquí hay demasiada agua y no se puede pasar á pie enjuto como los bosques ó las tierras de allí... ¿Para qué pensar en lo imposible!

—Tenéis razón—dijo el condenado con aire sombrío.

Una campana sonó á alguna distancia.

—¡La hora del rancho!—dijo el corso.

Juan Montarón se dirigió lentamente hacia el cobertizo donde estaba puesta la mesa.

El cubierto no era lujoso: una olla de hoja de lata, cerca de la que estaba un penado, que llenaba las marmitas de sus compañeros.

El vigilante siguió con la vista á Juan, y dijo para sí:

—El pobre diablo no desea más que escaparse. No seré yo quien le detenga; pero no hay cuidado, no lo conseguirá. Es tan imposible como coger la luna con los dientes.

Se encogió de hombros.

—De todos modos, es gracioso lo que se ve. ¡Yo hubiera hecho lo mismo! Creo que lizo bien... ¡Idiotas, haberle mandado á California! ¡Brutos burgueses!... ¡Bah!...—dijo.

Se dirigió hacia el cobertizo donde se distribuía el rancho. El suyo no era mejor que el de los penados.

—¡Número veintiseis!—llamó el que hacía la distribución.

Juan Montarón avanzó y recibió su pitanza.

Su marmita estaba llena de un caldo ligero, en el que se encontraban algunos despojos de carne.

Había allí, en el cobertizo, unos treinta penados con blusa gris, sentados en bancos, con la escudilla entre las piernas, devorando con avidez aquella bazofia.

El vigilante estaba cerca de ellos.

Era imposible dar un paso sin que él lo viera.

A las ocho y media cerró el corso el barracón de madera donde sus prisioneros pasaban la noche sobre jergones de feno alineados como las camas de un cuartel.

Y metiendo la llave en el bolsillo, se marchó á respirar el aire puro de la noche, pero sin separarse mucho de la barraca.

El jergón de Juan era el más próximo á la puerta.

Sobre su cabeza había una ventana cerrada por la parte de fuera, y apenas bastante ancha para dejar paso á un hombre.

Era la única salida posible.

El desgraciado comenzaba á desesperar.

Los azares de la noche le servían mal.

Las palabras de su hermano zumbaban incessantemente en sus oídos.

—Esta noche, á las diez, allí.

Sus dos cómplices debían estar en el lugar de la cita.

¿Cómo unirse á ellos?

En aquel momento supremo Juan estaba decidido á todo.

Hubiera preferido recibir diez balazos á seguir siendo esclavo vendido á un amo para el que trabaja bajo el látigo del capataz.

En la Nueva Caledonia, el látigo se transforma en una carabina corta que el vigilante lleva al hombro, y un revólver de grueso calibre que lleva á la cintura.

De estos objetos no se separaba el corso ni de noche ni de día, y eran parte integrante de su uniforme, como sus zapatos, sus polainas y su camisa.

Juan temblaba de impaciencia.

Era preciso salir sin que se apercibieran sus compañeros, de los que estaba seguro que no hubieran dejado de hacerle traición.

No había otra salida más que la ventana.

La pálida luz de una lámpara de petróleo alumbraba mal aquel largo establo de bestias humanas, sobre cuyo suelo estaban tendidos los condenados.

Juan Montarón se volvió hacia la ventana en que fundaba su última esperanza de salvación.

Podía llegar á ella, endir los barrotes de un puñetazo y saltar afuera. En seguida, aunque fuese que sufrir la descarga de la carabina del corso y los disparos de su revólver, ganaría en una carrera furiosa el punto de la playa que su hermano le había designado.

Ya se disponía á izarse hasta la ventana, cuando se sintieron pasos hacia la puerta y se oyó entrar la llave en la maciza cerradura.

Era Tomásí, que venia á instalarse en su puesto, una especie de garita situada en uno de los lados de la puerta.

El amor de la libertad es uno de los sentimientos más poderosos que inspiran resoluciones á los hombres.

En este instante decisivo el condenado se replegó sobre sí mismo.

Una instintiva ferocidad hizo rechinar sus dientes y se dispuso á lanzarse sobre el vigilante.

Se había acostado completamente vestido.

El vigilante entreatrió la puerta.

Si hubiera dado un paso más estaba perdido.

De un sólo golpe le hubiera aplastado Juan.

Pero una voz llamó desde el exterior:

—¡Tomásí!

Era la de uno de los guardas de Mandu.

Independientemente del vigilante delegado por la autoridad cerca de los condenados, la Sociedad concesionaria está obligada á darles ayudantes suficientes para asegurar el orden y

la paz entre los penados á imposibilitar su evasión.

Juan reconoció aquella voz con estupefacción, como en otros tiempos reconocía la de Barasson en la Ferté.

Era la voz de un tal Schmidt, que se decía alsaciano y que todo el mundo sospechaba, con razón, que era un alemán del otro lado del Rin.

Este Schmidt, muy ordenancista, era justamente temido por los penados.

Los puños de Juan se apretaron convulsivamente.

Eran dos enemigos en lugar de uno.

La dificultad iba aumentando y los minutos huían con una rapidez vertiginosa, según á él le parecía.

Felizmente las voces se alejaron.

Tomasi y Schmidt se pusieron á pasear.

De pronto un rayo blanco filtró por el intervalo casi imperceptible de la puerta que estaba entreabierta.

La luna acababa de aparecer por encima de los bosquecillos de la costa.

Era una suerte inesperada.

El momento era propicio.

Juan se deslizó hasta aquel intervalo arrastrándose como el tigre de la India que va á sorprender su presa.

Felizmente necesitaba poco hueco.

Se encontró fuera.

Pero no estaba aun en salvo.

Schmidt y el corso, á unos cincuenta pasos de distancia, le volvían la espalda, y la cabeza

del uno tocaba con la del otro, encendían sus pipas prestándose fuego.

El suelo, alrededor de la barraca de los forzados, estaba tapizado de hierba corta. Nada podía ocultar al fugitivo á la vista de los dos hombres si se volvían hacia él.

Continuó arrastrándose y llegó hasta uno de los lados donde no podían verle.

Lo más difícil estaba hecho.

En el interior del edificio no se movía nada.

Al resplandor de la luna distinguía Juan Montarón un horizonte considerable.

Delante de él desaparecía el mar.

De Mandu se baja al mar por una pendiente rápida sobre un suelo accidentado cubierto, á medida que uno se aproxima á la playa, por arbustos que el sol quema y que el rocío de la mañana y de la noche refresca.

Juan Montarón iba á lanzarse á todo escape por esta pendiente.

De pronto oyó en las tinieblas el ladrido de un perro.

¿Era que el animal le aventaba?

Tuvo miedo, pero al mismo tiempo se apoderó de él la cólera: un ardor de lucha por la libertad.

Aquel dogo estaba, como los vigilantes, destinado á la custodia de los penados.

Se llamaba César.

El fugitivo no tenía armas.

Se apoderó de la primera que encontró á mano.

Era un pedazo de la reja de un arado.

Después se decidió y echó á correr por la pendiente que tenía ante él.

Tomasi y el Aleman seguían hablando sin sospechar nada.

No sucedía lo mismo al perro.

El era el que debía advertir á los guardianes.

Redobló los ladridos, pero no se movió del sitio donde estaba.

Estaba atado.

Juan ganaba mucho terreno.

—¿Qué tendrá César?—preguntó Schmidt á su compañero.

—¡Bah!—dijo el corso con indiferencia, nada sin duda.—Le pasa lo que á nosotros, se aburre.

—¿Se habrá escapado alguno de los penados?

—Es imposible.

Schmidt, sin embargo, se aproximó al barracón.

El resplandor de la lámpara salía por la abertura de la puerta.

—Sois muy descuidado Tomasi—dijo el alemán.—Tenéis todo abierto.

Desde el dintel mostró á su compañero las dos filas de penados, diciendo:

—Estos animales podrian hacernos una mala pasada y escaparse.

—¿A dónde queréis que vayan?—contestó el corso.

Entró en el inmenso dormitorio.

Sus ojos se fijaron desde luego en el gergón de Juan,

Estaba abandonado.

Tomasi lanzó un terno.

—César tenía razón—dijo encogiéndose de hombros.—Uno de estos bribones se ha escapado.

Schmidt estaba ya lejos y había descargado su arma para dar la voz de alarma y llamar á los auxiliares.

Juan Montarón que estaba ya á mitad de distancia se paró de pronto.

Aquel tiro le aterrorizó.

Su fuga era conocida.

Pero no era éste el único motivo de su inquietud.

Schmidt había desatado el perro, y éste llegaba á escape sobre su pista.

Juan emprendió de nuevo la carrera, redoblando la velocidad; pero César llegó, en pocos instantes, como un huracán sobre el fugitivo.

Juan se preparó, apoyándose sobre sus robustos jarretes, y recibió el choque.

César rodó por tierra, pero se levantó en seguida.

Era un dogo de mucha alzada, que gozaba en Mandu de una terrible reputación de ferocidad.

Juan le asestó un segundo golpe con el pedazo de reja que llevaba en la mano, y le cogió por la garganta.

Entonces hubo una lucha horrible, en la que el hombre llevó la ventaja.

Juan tuvo un instante entre sus manos al animal medio extrangulado, y balanceándole por las patas de atrás, le destrozó el cráneo

contra un pedazo de roca que sobresalía del terreno.

Pero había perdido tiempo.

El ruido de piedras que rodaban bajo pasos precipitados, le advertía que los guardas estaban sobre sus huellas.

Y por el ruido de la carrera pudo comprender que éstos eran numerosos.

Felizmente estaba cerca del sitio de la cita.

Cobró ánimo, y con los pies molidos, llenos de sangre, llegó al sitio que su hermano le había indicado.

Dos hombres le esperaban de pie en la lancha.

—¡De prisa!— ordenó uno de ellos.

Era el vizconde de Fleuse.

Un tercero, un desconocido, estaba en el timón.

El fugitivo saltó á bordo, los remos se agitaron, la lancha se deslizó en la bruma.

Pero casi en seguida, una salva de fusilería saludó su partida.

Juan, que estaba de pie en la parte de atrás, al sonar la descarga cayó al lado del piloto.

—¡Me han herido esos bandidos!— dijo.

He aquí lo que pasaba en la playa, desde donde habían hecho fuego.

El Corso, precedido del alemán, después de haber tratado en vano de detenerle, se había visto obligado á seguirle.

En el momento en que los dos llegaban á la orilla del mar, desaparecía en la bruma la lancha: no lo vieron pero oyeron en el agua un ruido que á la distancia en que estaban se

podía creer producido, lo mismo por un hombre que nadaba, que por los remos de una lancha.

El fuego que Juan había oído había sido hecho por el alemán y dos ó tres guardas del Mandú.

Cuando sonó la descarga un grito estridente llegó hasta ellos.

—¡Se concluyó!— dijo Tomás. —¡Ya tiene bastante el pobre diablo! ¡Pero cómo esperaba escapársenos?

La luna se cubrió de nubes y todo desapareció en las tinieblas: el mar y las rocas, la tierra y sus rojas playas.

—*De profundis*— dijo el alemán burlándose.

Y al mismo tiempo hizo un último disparo, para escuchar el ruido que los ecos repetían.

Después hubo un momento de silencio.

Los guardas escuchaban con atención.

El ruido había cesado.

Nadie sospechó que el fugitivo tuviese cómplices.

Ninguno supuso tampoco que tuviese una probabilidad de salvación.

La lancha marchaba entretanto hacia el estrecho de San Vicente, después de haber cambiado de rumbo para despistar á los sitiadores y evitar sus balas.

A cosa de las diez llegó al lado de la balandra, que tenía en su mástil una luz roja y otra azul, para evitar todo error.

Dos horas después, ayudada por una buena brisa, entraba en el puerto de Nonueca y al día siguiente por la mañana, á cosa de las nue-

vo, tranquilamente, sin tomar ninguna precaución para disimular su cargamento y sus pasajeros, salía para una de esas excursiones cotidianas.

No debía volver hasta pasados dos meses.

El parte del vigilante de Mandu no fué entregado á las autoridades hasta cerca de mediodía.

Al llegar á Brisbane la balandra, trasladaron á Juan á un hotel.

Una de las balas del alemán ó de los guardas había atravesado un costado al fugitivo, causándole una herida muy grave. Pero era tal el valor del herido, que durante la travesía no había proferido una queja.

Los únicos cirujanos que cuidaron al herido fueron el vizconde y Guillermo. No quiso otros.

La alegría de recobrar la libertad contribuyó sin duda á su curación, pero tuvo que estar algunas semanas en cama en el hotel mientras sus compañeros exploraban los alrededores de Brisbane.

Un día, durante una de las excursiones de su hermano y del vizconde al Norte de Brisbane en busca de punto para establecerse, encontró Juan un periódico escrito en francés entre una porción de ellos que le habían dado para que se entretuviera leyendo.

Era *La Francia Austral*.

Aquel periódico se imprimía en Noumea.

Era ya atrasado de algunas semanas.

Juan lo cogió con ansia.

Tal vez hablara de su fuga.

No se engañaba.

He aquí lo leyó con estupor en la segunda columna:

UN RASGO DE LOCURA

»Se cree generalmente en Francia que no hay cosa más fácil que fugarse de la Nueva Caledonia.

»Que esto es un error, lo prueba la aventura de un deportado célebre.

»Es, por el contrario, casi imposible huir de allí, á menos de poseer recursos secretos bastante considerables y cómplices diestros y determinados.

»Ciertamente, en el asunto de que vamos á hablar, no ha habido tentativa de evasión, sino una voluntad decidida de suicidio.

»Hace algunas semanas, el transporte el *Garonna* desembarcó en Numea un convoy de penados.

»Entre ellos se encontraba el héroe de un drama ruidoso, el asesinato en Sologne de un oficial muy rico y de gran porvenir, el capitán de Corbiere, drama que excitó un vivo interés y del que la prensa francesa se ocupó mucho hacia fines del año pasado.

»Este condenado se llamaba Juan Montarón.

»Diferentes veces había manifestado la intención de concluir con una vida que juzgaba insostenible.

»A pesar de la más activa vigilancia, ha encontrado el medio de poner en ejecución su proyecto.

»Juan Montarón se ha suicidado hace dos días.

»He aquí como:

»En el momento en que el vigilante de los condenados, empleados en Mandu, cerraba la puerta del dormitorio, Juan Montarón atropellando al guarda, que no tuvo tiempo de hacer uso de sus armas, huyó.

»El fugitivo se dirigió hacia el mar.

»La noche era oscura.

»El guarda, después de haber dado la voz de alarma á sus ayudantes, se puso resueltamente en persecución del preso, ayudado por uno de los guardas de Mandu, Schmidt, bien conocido de todos los que han visitado ese célebre establecimiento.

»Al mismo tiempo el perro César, un terrible animal que inspiraba á los condenados más terror que los mismos guardas, fué lanzado sobre la pista del fugitivo.

»No tardó en alcanzarle.

»Pero no fué el más fuerte.

»Pocos momentos después se le encontró moribundo con el cráneo abierto por un arma que se supone ser un fragmento de reja de arado que se encontró cerca, entre unos espinos.

»Desde lo alto de la playa vieron los guardas, al través de una espesa bruma, lanzarse al mar al fugitivo, hicieron fuego sobre él y debieron alcanzarle varias balas.

»Su cadáver no ha parecido, ni era posible que pareciera.

»Nadie ignora que los tiburones, muy nu-

merosos en la vecindad de Mandu, adonde son atraídos por los despojos de las fábricas de conservas, son los más temibles centinelas de la costa, y no dejan, á los que intentan una evasión, ninguna probabilidad de salvación.

»La autoridad no ha tenido, pues, más que hacer constar la muerte de ese desgraciado que ha preferido un fin terrible á la miseria de una esclavitud que era incapaz de soportar.

»Hemos leído el acta de defunción de ese vástago de una gran familia decaída.

»Es indudable que los Montarón son los descendientes directos de los marqueses de la Ferté Montarón, que jugaron un cierto papel bajo la antigua monarquía, y que eran aún rico y poderosos á fines del siglo pasado.

»El fin trágico que el desgraciado Juan Montarón ha tenido, cierra de la manera más dramática un asunto que tuvo en Francia una cierta resonancia.»

Juan Montarón no creía á sus ojos.

¿De modo que estaba muerto... muerto legalmente?...

El no existía ya á los ojos de la ley ó de la justicia.

Luego no le buscarían, no tratarían de prenderle, puesto que estaba borrado de la lista de los vivos.

Desde aquel momento, ¿por qué no entrar en Francia, vivir allí bajo nombre supuesto y trabajar para ganar su pan, haciéndose mozo de cuerda, obrero ó cochero de alquiler en caso necesario?

Su hermano Guillermo trataría de hacer for-

tuna ayudando á su compañero de aventuras. Imposibilitado para montar á caballo y hacer marchas largas, á causa de su herida, ¿en qué podía ser útil á sus compañeros?

Y además le faltaba el aire del país.

Quería volver á ver la Boca del Lobo, saber lo que allí pasaba; volver á ver también á Pedro, á su madre, y sobre todo á Teresa.

Veinte veces leyó y relejó el artículo que daba la noticia inesperada de su muerte.

Y con aquel buen sentido que le dictaba lo que hubiera debido decir para defenderse ante el tribunal de Blois, comprendía que aquella acta de defunción extendida por las autoridades de Noumea para cubrir una negligencia, ó de buena fe tal vez, llevaba un cambio radical á su condición.

Nadie tenía interés, en lo sucesivo, en ocuparse de un penado difunto.

¿Quién impediría, con algunas precauciones, respirar aire del país, sin el que no podía vivir?

Una dificultad le detenía.

No tenía dinero para pagar el pasaje y repatriarse.

El vizconde de Fleuse y Guillermo, que habían salido para hacer una excursión larga, con objeto de ver unos terrenos, cuya compra les proponían, le habían dejado un billete de mil francos; y preciso es decir, en obsequio á la generosidad del vizconde, que compartía su dinero como un hermano con sus compañeros; pero Juan Montarón, por delicadeza, no quería tocar aquella cantidad más que para pagar los gastos que ocasionara en el hotel.

Se preguntaba qué iba á hacer cuando recibió del vizconde la carta que sigue:

«Mi querido Juan:

»Quiera Dios que cuando esta llegue á vuestro poder estéis completamente restablecido.

»Así lo espero y lo deseo vivamente.

»Tengo que daros una noticia que creo feliz.

»Acabo de adquirir en un precio ventajoso una concesión de terreno en medio de la región de las minas de carbón y de cobre que están hoy en plena explotación y cuya importancia aumenta de día en día.

»Estos terrenos pertenecían á un riquísimo propietario australiano que explota otros muchos y se decide á liquidar sus negocios para irse á vivir á Londres ó París después de haber hecho fortuna.

»He hablado de vos á mi vendedor, señor Turner, explicándole vuestra herida como consecuencia de una imprudencia.

»Va primero á Londres, donde tiene grandes intereses, y debe embarcar en Brisbane en un barco de la Compañía Hampden, de la que es uno de los administradores.

»Le vereis en el hotel de Halifax, donde estais, de aquí á dos ó tres días.

»No olvideis que para él, como para todo el mundo, sois pariente mío, y que Juan Montarón está enterrado, al menos hasta el día de la justicia ó del indulto, que llegará con seguridad.

»Ya nos teneis aquí instalados para mucho tiempo sin duda.

» Vivireis aquí con nosotros; seremos tres compañeros de armas que nada podrá desunir.

» Nosotros regresaremos á Brisbane dentro de unos doce días.

» Todo está arreglado con el señor Turner, y ya estamos en posesión de un dominio que no os describo, porque pronto lo vereis.

» No creo haber empleado mal mi dinero.

» El porvenir nos dirá si me equivoco.

» Hasta muy pronto, mi querido Juan.

» No os priveis de nada, y considerar como vuestra la pequeña suma que os hemos dejado.

» Quiero que en lo sucesivo todo nos sea común y que compartamos como hermanos la buena y la mala fortuna.

» Vuestro amigo,

» FELIPE DE FLEUSE..»

Juan Montarón á Felipe de Fleuse.

« Mi querido y buen amigo:

» He recibido vuestra carta en el momento en que empezaba á inquietarme por vos y por Guillermo.

» A Dios gracias, veo que todo va bien y quiero creer que vuestras esperanzas se realizarán.

» En cuanto á mí, me siento mucho mejor.

» Dentro de pocos días estaré fuerte, como si nada hubiera sufrido.

» He visto al señor Turner, quien me parece un hombre muy respetable.

« Me ha afirmado que en pocos años, si vuestra ambición no es desmesurada, podréis volver á Francia victoriosos.

» Yo me decido á volver á Francia.

» No creais que cometo una imprudencia.

» Puedo deciros que menos que yo mismo me meta en las manos de la policía ó de los gendarmes, estoy en absoluta seguridad.

» Así lo comprenderéis al leer el número del periódico *La Francia Austral de Noumea*, que os envío con esta carta.

» En ese periódico veréis un hecho realmente extraordinario y que os admirará como me ha admirado á mí.

» ¡He muerto!

» No es broma.

» El señor Turner, á quien he dicho mi propósito de volver á Francia por algún tiempo; se ha mostrado muy atento conmigo.

« Me ha conseguido el pasaje hasta Londres á mitad de precio en un paquebot de la compañía el Sydney, en el que embarca el también.

» El viaje me costará, pues, doscientos cincuenta francos solamente.

» Tomo otros doscientos cincuenta para tener dinero á mi llegada á Francia, y dejo el resto del billete de mil francos al Sr. Davison, el dueño del hotel, para que os lo entregue á vuestro regreso.

» Si queréis saber porque me marché, he aquí la razón:

» Me devora el deseo de saber lo que pasa en Francia; yo no sé que presentimiento me ad-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

